

A R C A D I A F E L I Z

Manuel Moreno

Los mil ruidos de la calle se filtran por entre las rendijas que dejan las desiguales maderas del balcón, muy hinchadas por las últimas lluvias. La habitación se llena poco a poco de la estela rasante de los coches que pasan, mezclada a otros diversos ruidos: taconazos sobre el asfalto, voces lejanas de niños, chirridos de garrucha procedentes de un andamio cercano, toda una vida multitudinaria que empieza a despertar en el cerebro de Juanjo. Con la cabeza sumergida aun entre las sábanas, lucha por despejar sus ojos cargados de sueño. El hueco entre las cortinas deja pasar unos delgados rayos de luz que difuminan los objetos del cuarto en una vaga penumbra.

Felisa, la doncella, vuelve a entrar dejando entornada la puerta. Es una mujer madura, de cara arrugada y seca y ademanes mecánicamente autoritarios. Sus nudosas piernas, enfundadas en medias de algodón color carne, se mueven ágiles a paso de marimacho. A Juanjo, en su duermevela, le recuerdan los saltos de las marionetas que vió en la última feria de septiembre. El uniforme negro de planchadas tablas y el delantal blanco de almidonado pe- to le encajan como un guante al cuerpo fibroso. Es como una segunda naturaleza que hubiera sustituido eficazmente su primitiva raíz de campesina.

- Vamos, señorito - Su voz restalla cascada entre los dientes irregulares - Que son ya las nueve y media y hay que bajar a la tienda. Ya sabe usted cómo se las gasta su abuelo.

A la vez descorre la cortina, haciendo que la luz, como una súbita marea de espuma, inunde totalmente la habitación. Con un gruñido y murmurando que siempre pasa lo mismo, recoge la cha-



queta mezclilla tirada a los pies de la cama y el pantalón arrugado sobre el suelo, ajustando ambas prendas al sillón. Sale, dejando la puerta encajada.

Juanjo se despereza, mientras la baila aun en la retina la imagen de la criada. La recuerda siempre en su puesto, igual que los muebles pesados y oscuros de la casa, como el busto de bronce del abuelo fundador que preside la sala de recibo, como el juvenil retrato de su madre realizado por Ramos, el pintor decano de la ciudad que acaba de ser elegido miembro de la Academia, después de batallar por conseguirlo durante tantos años.

Con un amarguísimo gusto en la boca, se incorpora en la cama con un leve gemido. Las mañanas de resaca Juanjo se siente muy desgraciado. Además de tragar la saliva con asco, tiene que levantarse para ir a trabajar a la tienda, sintiéndose tan cansado y con la cabeza tan terriblemente embotada. Todo porque al viejo se le ha metido en la cabeza meterlo en la tradición tendera de la casa. Su mismo padre dijo una vez que el abuelo tenía un fatal sentido de las proporciones y Juanjo, sobre todo esta mañana, está completamente de acuerdo.

El tic-tac del despertador le obliga a lanzarle una soñolienta ojeada que tiene la virtud de galvanizarlo. Encajando con prisas las babuchas, se lanza al cuarto de baño. En el armario, bajo un montón de toallas, guarda el frasco de la magnesia. No quiere acordarse de cuando hace un mes el viejo entró en el lavabo y lo vio sobre la repisa entre los trastos de afeitar. Se puso furioso, lo trató desconsideradamente de borracho y asomándose a la ventana, estampó el frasco contra las losas del patio. Luego, la risita de los empleados de la tienda acompañó al muchacho durante unos días. Pero maldita la cosa que le importa a él eso.

Ya con el refrescante gusto alcalino en la boca, Juanjo se arre-



gla y desciende al comedor, mientras tararea desafinadamente una canción que se le ha quedado grabada del guateque de la víspera, en casa de Antoñito. Sobre la gran mesa rectangular del comedor está preparado el desayuno, torrijas con chocolate. Felisa limpia con denuesto un frutero, arrimada al aparador.

- Buenos días, Felisa.

Ella mantiene la boca cerrada, como si fueran a robarle la lengua. Sus malos días. ¡Vaya genio que se gasta!

- Felices, señorito.

- ¿Ha bajado ya mi tío? - Pregunta, mientras se sienta a la mesa.

- Todavía no - Ella deja un momento de frotar y lo mira con intención - El señorito Eduardo no se levanta antes de las diez y pico.

- Pues ya son ¿no?

- Es que a veces el pico es un poco largo - La doncella sonríe con un lado de la boca, mientras sigue su tarea, ya sin prestarle atención.

- ¡Ah! - Juan insiste al cabo de un momento en sus averiguaciones - ¿Y la señora?

La doncella parece encontrar de pronto la oportunidad que buscaba. Se le pone delante en jarras con ademán colérico.

- ¿La señora, cómo va a estar? - Grita, con el rostro encendiéndosele - ¡Furiosa con usted! Anoche dió usted al entrar el escándalo padre, al venir con esos señoritos amigos suyos todos vociferando. Como que pusieron en pie a toda la casa. ¡Vaya elementos!

Después de la chisporroteante descarga, su mirada se dulcifica algo. Añade en otro tono, mientras contempla el silencio al parecer contrito de Juanjo:



- La señora fué a San Miguel a escuchar la misa de nueve. Es la Cuaresma y hay después bendiciones. Fué con doña María Luisa.

Sigue frotando con fuerza, como queriendo despellejar el cubier to a fuerza de sobones. Se detiene de pronto, con la expresión to- talmente cambiada.

- Si no lo digo por usted, señorito - Dice, arrepentida de su brusco arrebató al contemplar la cara baja de él - Si ya sabemos que son las malas compañías... Sobre todo ese Puma del diablo, que Dios confunda... Yo se lo digo sobre todo por sus abuelos y por su madre, que se llevan cada disgusto...

Juanjo sigue callado, como asintiendo con su silencio. Levanta la vista con afectada inocencia.

- Yo no me acuerdo de nada de lo que pasó anoche, la verdad...

- Ya, ya... Siempre le pasa lo mismo - Ella ha cogido otro cu- bierto y empieza a restregarlo con fuerza, aunque ya hecha mieles - Ande, ande, tómesese eso deprisita, que su abuelo estará abajo echando chispas. El pobre se lleva cada disgusto con los hijos...

Juanjo empieza a despachar el desayuno mientras la contempla - ya totalmente desentendida de él -, recordando sus viejas ternuras. Sin saber por qué, le vienen a la memoria retazos de su historia que le ha contado María, la cocinera que lleva cuarenta años en la casa. Su llegada del campo muy jovencilla, su perruna adhesión a los señores, su posterior desengaño amoroso con el célebre Paco, el chófer que no dejaba títere con cabeza entre el servicio feme- nino de la casa. Después de la muerte de Paco en un accidente, se puso luto una temporada, como si hubiera sido su mujer en lugar de una de las muchas novias desdeñadas.

Juanjo mastica con fuerza, trozos de historia y trozos de torri- ja. Se ríe él mismo de la comparación mientras sigue engullendo.



De pronto, se queda mirando el trozo que tiene en la mano. Le ha invadido de súbito una invencible sensación de disgusto. Como si estuviera masticando un trozo de la vida de Felisa, como si su boca fuera la boca de Paco, el chófer que murió en accidente hace tantos años. El chófer que se comió el alma de la criada, convirtiéndola en una solterona. ¡Pero qué tonterías se le ocurren! Molesto, intenta seguir comiendo, pero algo se le atasca en la garganta. Una visión extraña se agita delante de sus ojos. Le parece que detrás de esa boca se perfilan muchas otras, infinitas bocas. Y que una de éstas puede ser la suya. Se levanta con aire brusco, dejándolo todo a medias.

- Bueno, hasta luego.

La criada vuelve la cabeza, contestándole con suavidad:

- Hasta luego, señorito Juanjo.

El joven, todavía con esa desazonante sensación en el pecho, desciende por la escalera que conduce a la tienda. Ajusta maquinalmente un cigarro que extrae de la pitillera, pero vacilando un momento, se lo vuelve a guardar. Atraviesa el patio, grandes losas blancas y negras con mampara de vidrio y llega a la puerta del fondo a la derecha. A la izquierda se extienden rectangulares cristaleras de vidrio esmerilado, tras las que se divisan algodonosas siluetas humanas. Los empleados de los Grandes Almacenes parecen caminar entre una lluvia de copos de nieve. Juanjo empuja el pomo níquelado de la puerta.

La tienda, una enorme sala con estantes del suelo al techo, tiene un mostrador irregular que sigue sumiso la configuración de la pared, dando un gran espacio al público. Las estanterías, abarrotadas de toda clase de telas, lanas, percales, sedas, son como un inmenso abanico cromático desplegado caprichosamente en torno a



las paredes. En el ambiente flota un ligero olor característico, residuo de viejas mezclas químicas.

La sala se encuentra con muy escaso público y los dependientes que no atienden se dedican a recolocar con parsimonia paquetes en los estantes o charlan con discreción del próximo Betis-Laverna.

Los ojos del muchacho se dirigen mecánicamente a una mesa con tablero de cristal, situada a la derecha. El sillón giratorio muestra impasible sus bíceps metálicos. A un lado se encuentra la Caja, jaula de cristales con filos de metal. Dentro de ella, Pastrana, el cajero, coloca meticulosamente fajos de billetes en el cajón del mostradorcillo. Uno de ellos le resbala de las manos y cae al suelo con un ruido sordo.

- Hola, Jorge.

- Buenos días, Juanjo - Contesta Pastrana, sonriendo apagado. En la tienda le dicen el Supernúmero, a causa de su manía detallista. También le acusan de establecer cuidadosos y prolijos cálculos en cada sorteo de lotería a fin de hallar el número cumbre que le conduzca a su liberación de sufrido proletario. Está considerado no obstante como muy buena persona. Ahora añade con amabilidad - ¿Qué tal? - Su cabeza calva se dirige al paquete caído y sus manos se apoyan en la madera para inclinarse, pero él permanece muy quieto, esperando la respuesta de Juanjo. Sus ojos, de un azul cándido y sumiso, se apoyan cortésmente en la cara del joven.

- Voy para allá - Contesta éste con aire algo displicente -

- ¿Está mi abuelo?

Pastrana mueve la cabeza con pesar:

- No le he visto salir. Estará seguramente en el despacho. Don Eduardo - Ajusta cuidadoso la voz para despojarla de matices, señalando a la vez con la barbilla el sillón vacío - vendrá enseguida, creo.



El joven atraviesa la tienda entre los dependientes. Va saludando con movimientos de cabeza y alguna palmada en el hombro. Antes de empujar la puerta del fondo, se detiene un momento para hacer acopio de aire. Luego entra muy despacio.

La trastienda recibe luz por dos grandes ventanales situados a derecha e izquierda. El olor de la tienda triunfa en ella sobre el del papel rancio y húmedo, olor éste que tampoco parece importarle mucho a don Pedro, tan largamente habituado. Su mesa está entre la del hijo José, a la derecha, y la de Rozas el apoderado, a la izquierda. Es él quien primero levanta la cabeza al ruido de la puerta

- ¿Qué tal? - Grita con voz airada - ¿Se ha dormido bien?

Juanjo da algunos pasos, vacilante. La recepción que le dispensa no es ninguna novedad. Es lo de siempre. Su abuelo, metido en el mismo carril toda la vida, se pasa el tiempo haciendo números y lanzando unas broncas fenomenales. Ahora sus ojos brillan negrísimo detrás de las gafas doradas. Se ha retrepado en el sillón y lo mira como si se lo fuera a comer. ¡Valiente pamema de viejo! Pero él, a pesar de todo, no se siente muy seguro de sí mismo. Se va acercando poco a poco, con precaución. Extiende las manos para apoyarse en la mesa, pero las retira sin dejarlas caer, mientras se pasa la lengua por los labios.

- E... e... sí... es que anoche, ya sabes, como Antofito Rivera se despedía...

El viejo lo mira con mayor furia aún:

- ¿De quién, de tí? ¿Es que se va al otro barrio?

Juanjo mira obstinado la mesa sin contestar. Don Pedro alza más la cabeza y habla volviéndola tanto a derecha como a izquierda, como tomando a los otros por testigos.

- ¡Vaya, vaya! ¿Qué os parece el niño? Unas veces es Rivera,



otras López, otras García y otras... ¡La Pompadour! - Ha ido alzando la voz hasta cortarla bruscamente con un pufetazo sobre la mesa, que hace estremecer tinteros y papeles. El apoderado mantiene un leve gesto de asentimiento. José, con los ojos entornados, disfruta goloso de su cigarro - Lo cierto es que no hay forma de que cada día se entre aquí a las nueve ¿estamos?

De improviso se detiene al observar los ojos relucientes de su hijo. Algo sólido parece cortarle el habla. Se inclina con brusquedad sobre los documentos de su mesa, con el rostro aun levemente congestionado.

- Bueno, pues, que no vuelva a ocurrir... - Murmura, con un aire vagamente humillado. Se ajusta las gafas y sin mirarlo, le alarga un papel - Vamos, pasa, que hay trabajo. Llévate esto y dáselo a Millares. Dile que en la suma del centro hay un error de cien. ¡Cómo empezamos la mañana, caray!

Juanjo se encamina al otro despacho, al tiempo que sus músculos tensos se van relajando poco a poco. Por un milagro el viejo no ha hablado del jaleo de anoche. Por lo visto fué algo de pánico según Felisa, aunque él no hace memoria de nada. Claro que cuando su padre está presente es como un pararrayos para las descargas del viejo. Eso de fallarle a uno la vocación tiene también sus ventajas para los demás. El caso es sacar cada uno su provecho.

El cuarto interior, que ocupan el contable y dos mecanógrafos, es grande y bien acondicionado, recibiendo claridad por una mampara de vidrio que hace de techo. Las máquinas de escribir tabletean como pequeñas ametralladoras escupiendo veloces letras contra el blanco horizonte de los impresos. La luz se refleja avara sobre el brillante cromado de los resortes.

Los grupos de correo escrito van aumentando a los costados de



López y Guzmán, que no levantan cabeza. Millares, sentado a una mesa en rampa, incrusta contra su pecho un enorme Libro Mayor, mientras hace periódicas anotaciones en el Diario que mantiene a su izquierda. Cada vez se alza cómicamente en puntillas para alcanzarlo, izando la pluma como un banderín.

- Buenos días.

- ¿Qué hay, Juanjo? - Millares arquea las cejas ante el papel que el otro le alarga. Es un hombre de treinta y tantos años, de cabellos negros y lustrosos que maltapan su calva. Anda siempre con unos fondillos enormes, como un buey derrengado. En su cara regordeta se destacan unos labios gruesos y unos ojos húmedamente negros.

- Me ha dicho mi abuelo que hay aquí un error de cien.

- ¿Dónde? ¿En qué suma? Porque hay tres.

- No sé, eso me ha dicho - Contesta Juanjo, dirigiéndose ya a la mesa del fondo, que ocupa junto a López. Este le saluda con una breve inclinación, sin dejar de teclear.

El contable lo mira alejarse, menea la cabeza con su eterno gesto de vencido bajo el yugo y agachándose de nuevo, se dispone cuidadoso a sumar.

- ¿Qué hago, López?

Juanjo se ha sentado y mira al otro de hito en hito. López tiene cincuenta años, pelo del color de la estopa y gafas amarillentas. La barbilla le sobresale blanda sobre la encorbatada camisa de finas listas verdosas, que se corta contra el usado babi gris. El muchacho sabe que cuando él no está presente, López reniega en voz alta de su falta de iniciativa y de formalidad, sin dirigirse en particular a nadie, aunque mostrándose muy indignado. Los otros se lo han contado entre risas y Juanjo, al que el incidente le ha hecho mucha gracia, los ha coreado a carcajadas.



La expresión de López es ahora muy seria ante su pregunta, a pesar de su falta de decisión para mirarle de frente. Deja vagar su mirada por el cuarto antes de decidirse a abrir el cajón de la mesa.

- Pues mire, si quiere... si quiere... puede ir haciendo volantes de entrega - Dice, alargándole un papel - Aquí tiene una lista con nombres.

El joven no aparta sus ojos de él, mirándolo con expresión divertida, que aturrulla al otro, haciéndole bajar la vista. Juanjo se toca los bolsillos, rozándolos con la punta de los dedos.

- ¿No tendrá usted una pluma, por favor? - Pregunta con voz muy suave - La mía me la he dejado en casa.

- Tenga usted - López, sin mirarlo, le alarga un lapicero de la ristra que le sobresale del bolsillo del guardapolvo.

Juanjo le da muy amablemente las gracias y empieza a rellenar los volantes con un vago gesto de fastidio. Al cabo de cinco minutos, da cuerda a su reloj y lo mira fijamente, acercándolo al oído. Emplea otros cinco minutos en observarlo desde todos los ángulos y al fin lo comprueba con el reloj que cuelga de la pared frontera del cuarto. Se queda unos instantes pensativo. De pronto levanta la cabeza - Oye, Paco - Habla dirigiéndose a Guzmán, su mejor amigo de la tienda. Guzmán es un mozo de cabello negro y rizado y rostro muy moreno, pinta de gitano. Lleva diez años en la casa y en su prima juventud cultivó unas vagas aspiraciones toreras - ¿Viste el domingo al Plus Ultra?

- Sí - Contesta éste, mostrando una dentadura casi perfecta - ¿Y tú?

- Yo también - Sigue animadamente Juanjo - ¿Qué te pareció el partido?

- Muy bueno que estuvo. Hacía tiempo que no se veía tan buen juego

- Sí, pero... - Duarte parece haber perdido de repente el hilo de



la conversación. Mira al otro, proyectando su mirada sobre el cuello. Se siente de pronto como un plomo, como en el momento de levantarse bajo el imperio de la resaca. Su pupila no se diferencia del resto del iris, que parece incapaz de trasladarse a los costados del cristalino, lo que da la sensación de que mira con toda la cabeza, como un torno de carne - y... y el portero de ellos ¿qué te pareció?

El cuerpo envarado de Guzmán se remueve inquieto en la silla. Sus ojos negros están cargados de amabilidad, pero de vez en cuando echa una ojeada hacia la puerta. Ser sorprendido en flagrante charla, sobre todo por don José, equivale a bronca segura. Cualquier conversación extraoficial entre los empleados, por menuda que sea, tiene la virtud de ponerle frenético.

- Metió la pelota en su propia meta - Le contesta al fin - El tuvo la culpa del primer gol. Pero luego estuvo bien. Se tiraba de los pelos.

Sigue su trabajo, aunque de vez en vez vuelve su sonriente cara para indicar que no desatiende al hijo de los jefes. Este, muy inclinado sobre la mesa, con la mano izquierda entre las piernas, traza caprichosas curvas sobre el papel. Al levantar de pronto la cabeza ve fijos en él los ojos de López. Este desvía rápido la vista y Juanjo sigue con los volantes.

Un ligero crujido de la puerta precede a la entrada de José. El tableteo de las máquinas de escribir parece aumentar de repente.

- Juanjo.

Los otros tres lanzan un suspiro de alivio.

- ¿qué hay, papá? - Contesta el muchacho, volviéndose.

Su padre lanza al cuarto una detenida ojeada. Los empleados se encuentran completamente absortos en su trabajo.

- Las facturas de Pepe Román. Hay algunas pendientes, creo.



- No sé... - El joven se alza de su sillón y tras una desconcertada mirada a su alrededor, va a pedírselas al contable. Tras unos instantes de forcejeo con un montón de facturas, éste se las alarga.

Con ellas en la mano, José cierra la puerta tras sí, encaminándose a su despacho.

. . . . .

En la trastienda, la voz de don Pedro, acogiendo con cortesía al joyero, suena sin embargo a la defensiva, con un leve matiz desafiante :

- ¿Y qué? De paseo ¿no?

Román, muy prensado en el sillón de brazos, se remueve intranquilo a su pesar.

- Pues nada, que daba una vuelta por aquí y he aprovechado para liquidar las facturillas pendientes.

El triple saludo del joyero ha sido caluroso. Pero la correspondencia le ha sido bien diferente. Empezando por José una cordial acogida, que pasando por la matizada corrección de Rozas, llega a frialdad ostensible en el dueño de la tienda.

- ¿Qué? - José pregunta desde la puerta, acercándose con las facturas en la mano - ¿Mucho negocio con la Semana Santa?

Román aparenta desenvoltura, pero el aleteo de sus ojos oscuros traiciona aun su desconcierto ante una acogida que imaginaba más cordial.

- No me digas, hombre - Contesta sonriendo - Todo está tan malo...

- ¿No se vende? - Don Pedro se deja caer sobre su sillón, aguzándolo con una mirada penetrante.

El joyero ofrece abierta su pitillera.



Duarte deniega con un ademán algo seco, Rozas dice correctamente gracias y José toma un pitillo. Un leve tono rojizo se incrusta en las mejillas de Román. Hace muchos años que a él no le hacen un desaire. No obstante, dominándose, enciende con parsimonia su cigarro, inclinándose hacia adelante con una sonrisa. El breve intervalo le ha servido para sentirse el maestro de siempre. Se siente luchador astuto por encima de todo.

- Poco, don Pedro, muy poco - Dice con voz deliberadamente tranquila - ¿Qué quiere usted? La gente no tiene dinero. Si fuera usted, claro, sería distinto...

- ¿Por qué?

La pregunta cortante de don Pedro no le desconcierta esta vez. Sus dedos amercillados sostienen con delicadeza el cigarro, llevándose a la boca. Su gruesa humanidad parece esponjarse con la pregunta, ya encajada en el ambiente ligeramente hostil de la tienda. José contempla con una silenciosa sonrisa el diálogo entablado. Rozas parece exclusivamente ocupado en sus papeles.

- ¿Por qué va a ser, don Pedro? - Dice con seguridad - Usted tiene muy acreditada la casa. ¿Quién podría negarlo? No hay nadie en Laverna que pueda desconocer la labor que usted realiza.

- ¿La labor que yo realizo? - Pregunta extrañado don Pedro.

La voz flexible del joyero habla despaciosamente, como para dar tiempo a que sus ojos escrutadores estudien cada detalle de los tres rostros que se alzan frente a él.

- Sí, claro. Dentro del comercio de la ciudad, ya sabe usted lo que representa su tienda, don Pedro - Se inclina sobre la mesa, apoyando los antebrazos en el borde - La importancia de la casa ya la conocen todos...

El diálogo adrede vago y fútil irrita a don Pedro, pero con una



irritación que no excluye un aire preocupado. Se cuadra bruscamente en su sillón, con el rostro tenso.

- ¿Adónde quiere usted ir a parar?

La agresiva pregunta parece rebotar en la grasosa carne de Román. Sonríe bajando los ojos hacia el cenicero, donde aplasta la colilla. Se siente de pronto dueño de la situación.

- No se le puede a usted hablar de la tienda, don Pedro, ni aun para alabarla. Enseguida se pone usted en guardia como si fueran a quitársela.

El dueño de la tienda acusa el golpe. Sus labios tiemblan un segundo, pero una repentina llamarada brilla en sus ojos.

- Nadie sería capaz de eso - Dice con energía, muy inclinado sobre su interlocutor - La tienda es mía y después será de mis hijos, la tienda es Duarte hasta los huesos.

La cara de Román refleja un involuntario respeto, que lo hace envararse en su sillón. José mira a su padre con curiosidad. Rozas fija agudamente sus ojos en el joyero, que extiende su mano en un gesto conciliador.

- Nadie ha dicho nada, don Pedro. ¿Es que no la ha sudado usted? Lo que pasa es que tiene usted los nervios de punta, eso es todo. Y es muy lógico que defienda su tienda, se lo merece. Pero no contra enemigos imaginarios - Hace una pausa con un segundo de transición, dirigiéndose al hijo con tono digno - ¿Tienes ahí el importe total de las facturas, José?

Se echa mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrae un talonario de cheques, extendiendo uno por el importe que el otro le indica y alargándoselo a continuación. El viejo lo observa preocupado.

- Bueno, don Pedro, hasta otro día - Estrecha su mano y la de Rozas y añade con un leve roce de desafío - Y que no se dé usted que-



braderos de cabeza gratis, permítame que se lo diga como buen amigo.

José lo coge amistosamente del brazo y le acompaña a la puerta de la calle.

- ¡El farsante! - Exclama don Pedro - Y éste - Señala con un pulgar desdeñoso la mesa vacía de su hijo - como si ya no hubiera clases, como si los granujas y las personas honradas fuéramos todos lo mismo. ¿Tú qué piensas de todo esto, Felipe?

Rozas se recuesta pensativo, moviendo la cabeza con aire de duda.

- No sé, don Pedro. Pero éste anda buscando algo. La excusa esta de las "facturillas", como él dice, no vale.

- Eso es lo que yo me pregunto. Tú ya conoces a este pájaro ¿no? La historia que tiene es como para dejarse la cartera en casa cuando hay que visitarlo.

Rozas lo mira con curiosidad.

- Sí, algo he oído decir...

Don Pedro se encoge de hombros, hablando con hiriente sarcasmo:

- El hijo de tal que peor ha parido madre. Ya antes de la guerra, en la dictadura de Primo de Rivera, se ensució lo suyo, dándole suministros al ejército. Y cuando la guerra empezó y después en el año del hambre, con el estraperlo de aceite. Pero camiones y camiones.

- ¡Vaya!

- Tiene ya mucho, pero muchísimo dinero, millones. Se le han venido dadas. En el escaparate de la joyería tiene permanente una verdadera fortuna - Se queda pensando, sentencioso - En esto, todo es empezar. Tanto te da embarrarte por una perra gorda como por un millón. Y el granuja tuvo vista. Se amarró al carro del vencedor y ya lo ves, de Juan Lanas a amigo del Director General de Suminis-



tros, del Gobernador Civil y qué sé yo de cuantos más... Y ahora, a la bartola... En fin... - Añade con un expresivo gesto de desdén - Cada prójimo con sus pecados.

José vuelve de la calle, sentándose silenciosamente en su mesa. Su padre se vuelve a mirarlo.

- ¿Y qué te ha contado el pájaro ése?

Su hijo se encoge de hombros.

- Nada ¿qué me iba a contar?

- Buena persona ¿eh?

- A mí me parece simpático ¿por qué no?

- oOo -

Eduardo, después de su diaria copa de coñac a media mañana, se siente con disposición benévola hacia todo el mundo. Hasta se digna gastar alguna que otra broma a los dependientes jóvenes, sobre todo a Andrés, el muchacho de la Caja que es tan gentil. Eduardo le sostuvo el otro día una conversación con algunos sobrentendidos que el chico no se molestó demasiado en querer captar. Aunque le resulte duro de creer, quizá eso indique que en esta ocasión tendrá que realizar serios esfuerzos para conquistar su interesante simpatía.

Hoy, sin embargo, Eduardo se encuentra sumamente molesto por otras cosas que le afectan de un modo muy directo. Ha ocurrido un incidente que viene a turbar su acostumbrada acogida amable hacia todos. La Hermanita Asunción, la parlanchina limosnera del Espíritu Santo, encontrándose enferma este fin de mes, ha enviado en su lugar una sustituta. Esta se ha mostrado correcta, pero sin preguntar siquiera por él, se ha limitado a informar a Pastrana de la enfermedad de la Sor, alargándole el recibo mensual de cobro. El ratito de charla con el que la Hermanita le informa periódicamente sobre las nove-



dades del convento, se ha frustrado esta vez.

- ¿Tienes ahí el recibo?

Emboscado discretamente detrás del cajero, observa con cierto disimulado rencor a la monja que, adosada al mostrador, mantiene bajas sus tocas blanquísimas.

- Sí, señor - Le contesta Pastrana, tendiéndole el recibo - Pero dice la Hermanita que como era trimestre, allí le han dejado en blanco la cantidad.

Esto encima. Eduardo mira el papel por todos lados, con las cejas muy fruncidas. Este comercio que se traen las monjas del Espiritu Santo le parece un tanto desleal. Se convino en que serían dos duros todos los meses y no más. Si él alguna vez ha entregado tres o cuatro a Sor Asunción, ha sido sólo y exclusivamente por su propia voluntad, no por imposiciones de nadie. Al menos ella sabe pedir las cosas con mucha gentileza. Es tan simpática que nada se le puede negar. Ahora esta otra le hace agitarse intranquilo, mismo en el sillón giratorio que él cuida tanto de no estropear. La última reparación le costó un sentido.

- Bueno, bueno... - Dice, dedicándose a contemplar con astucia al cajero, como esperando de él alguna solución. Vuelve a sentirse muy molesto. Es verdaderamente bochornoso lo que han hecho las monjas este mes. De repente toma una desesperada decisión, enrojeciéndose muy nervioso ante la sosería de Pastrana - Venga ¿qué esperas? - Le ordena con ademanes bruscos - Ponle, ponle dos duros. Como todos los meses.

El cajero se le queda un momento mirando, con aire de extrañeza. Jamás ha reaccionado su jefe de esa manera con respecto a las monjas. Pero ahora se le ve que no quiere saber nada del asunto. Eduardo sigue firmando correo con ademanes furiosamente rápidos. Sin em-



bargo, no puede contenerse por más tiempo y sacando el pañuelo, se limpia el sudor de la frente, a pesar de que no hace calor. ¿Qué pensará de esto la Hermanita Asunción?

- Todavía hay muchos gastillos este año ¿no crees?

El comentario lo hace mientras vuelve a mirar discretamente a la Sor, que aguarda siempre impasible sin levantar siquiera la cabeza. Eduardo aprieta el lápiz entre sus manos con rencorosa fuerza. ¡Pero qué cara de bruta tiene!

Los ojos de Pastrana brillan un momento inspirados. De súbito se inclina más sobre la mesa:

- Sí, señor, eso es... La cuenta de enero...

Su patrono levanta de pronto la cabeza, sin poder ocultar su admiración. Una sonrisa de alivio le dilata la cara. Este Pastrana, con lo tontajo que es, tiene a veces golpes geniales. Vale mucho, aunque es lástima que sea tan viejo y tan feo. Eduardo rubrica su salida con expresivos movimientos de cabeza, mientras vuelve a secarse la sudorosa calva, ya liberado.

- Sí, eso, eso es... Claro, era eso. La cuenta de enero...

Andrés, en la otra mesa de la Caja, a pocos metros de distancia, sonríe también, sin interrumpir sus números. Él tiene un oído muy fino y no ha perdido puntada de la breve, pero sustanciosa conversación. Ya conoce la pasta de don Eduardo y las cosas que se susurran por ahí aunque ni valga la pena de pensar en tales chismes. Bastante tiene él con sus propios problemas.

Sus dedos largos, como si guardaran ojos en sus yemas, circulan ágiles extrayendo fichas, repasando facturas, cogiendo a ciegas la pluma, el lápiz o la goma para hacer una rectificación. Cada día la misma tarea mecánica, ésta llega a realizarse con independencia absoluta del cerebro. La labor, burocrática consiste en mucho aguante de



culo, una columna vertebral flexible y una sólida capacidad para soportar impasible a los jefes, que confunden a menudo la noble profesión numérica con el gobierno de una península a lo Paco. Bastantes comentarios ha hecho él ya sobre la profesioncita en cuestión.

Su vista se detiene sobre su amigo que, adosado al mostrador, enseña unos retales de cretona a una dama vieja, señora la más cargante que haya entrado en la tienda desde hace muchos años. Le vienen a la memoria los pequeños acontecimientos de la víspera, cuando estuvieron en "La Bolera", uno de los bares de Laverna donde la gente se dedica a matar el tiempo lo más sabiamente posible. Hay un salón de bolos que se separa del resto del bar por medio de un zócalo con cortinas rojas que descienden desde el techo y que dividen en dos partes desiguales el establecimiento. Tiene orquesta diaria, pero la gente sólo va a bailar los domingos. El salón de la bolera se ve siempre más animado.

Alvaro se empeñó en echar una partida y él no tuvo siquiera fuerzas ni humor para rechazarla. El bar se hallaba escasamente concurrido a pesar de los constantes esfuerzos de la orquesta por introducir un poco de animación en el deslabazado ambiente, en el que el ruido de los bolos se confundía con el ritmo del pasodoble que interpretaban en el momento de su llegada. Los dos amigos pasaron a la otra sala y se dedicaron a contemplar durante unos minutos los ejercicios de los jugadores. Las bolas salían impulsadas con fuerza, avanzando con velocísimos reflejos sobre su superficie brillante y rompiendo con estrépito la simétrica formación de los blancos. Las tres boleras se hallaban ocupadas por otros tantos jugadores, que eran relevados con frecuencia a causa de las apuestas que se cruzaban.

- ¡Cómo nos distraemos! ¿eh? - Comentó Andrés con leve ironía, apoyándose en una de las columnas - Da gusto ver la habilidad de es-



te mozo.

Alvaro hizo un gesto de indiferencia.

- ¿Qué quieres tú? Es una forma como otra cualquiera de pasar el rato.

El chico que jugaba en aquel momento se sentía centro de la atención general. Los que le rodeaban se encontraban pendientes del menor de sus movimientos. Las luces blancas de la pista, proyectándose sobre su cara, revelaban la tirantez de los músculos de la boca y las arrugas de concentración de los empequeñecidos ojos, ocupados en calcular la trayectoria de la pelota que se disponía a lanzar. Parecía totalmente ajeno a la expectación que provocaba a su alrededor.

- ¡Tira ya! - Acució nerviosamente uno.

- Me pone en el once - Aseguró otro.

- Dejarlo, hombre, que cada uno tire como le dé la gana.

El jugador, sin hacer caso, se inclinó hacia adelante, adoptando la postura exacta de su ídolo favorito: Los pies algo separados, la mano derecha balanceando rítmicamente la bola y la vista fija en el blanco central donde había de concentrar toda la fuerza del choque. El proyectil partió con súbita fuerza, siguiendo la línea precisa trazada por el cerebro y abatiendo con matemática precisión todos los bolos. El murmullo de admiración contenida estalló en un coro de alabanzas.

- ¡Muy bueno!

- ¡La vista que tiene!

- El tío, cómo guipa.

Aquellas exclamaciones no parecieron afectarle lo más mínimo. Con la misma lentitud con que los boxeadores inteligentes se retiran a un rincón después de dejar k.o. a su adversario, el joven fue



a sentarse en una de las banquetas laterales, desde donde contempló los sucesivos fracasos de los jugadores que pretendían emular su espléndida forma. Al cabo de varias jugadas y como condescendiendo a la mirada general de súplica que le rodeaba, se acercó de nuevo y con gran soltura y limpieza, repitió modestamente su hazaña.

- Es bueno - Comentó Alvaro con una lucecita de aprecio en los ojos - Todas las tardes viene aquí, tira cinco o seis veces acertando siempre, y se marcha.

- ¿Quién es? - Preguntó Andrés con curiosidad.

- ¿No lo conoces? - Su amigo le miró con sorpresa - Es el menor de los Güiráldez. Su padre tiene una fábrica de helados y muchos miles de duros. Al niño lo ha obligado a estudiar, pero los libros no le entran en la cabeza.

- Es torpe.

- Negado por completo. Ahora, que como deportista lo tienen como un verdadero fenómeno.

Andrés, encogiéndose de hombros, se acercó al encargado de los bolos, pidiéndole una tanda de tres y ocupando una de las boleras. Aunque puso el máximo cuidado en la tirada, la pelota, dirigida con demasiada fuerza, sufrió una desviación, derribando sólo la mitad de los blancos. La siguiente tumbó siete de los diez bolos, pero en la última la pelota hizo un extraño y se fué por el canalillo lateral con la mayor inocencia.

- ¡Qué diablo! - Exclamó, al contemplar la sonrisa burlona de algunos espectadores - Yo no sirvo para esto.

- Déjame a mí - Alvaro lo apartó, ocupando su lugar - Seguro que te aventajo.

Alvaro, efectivamente, lo hizo mejor. Sus dos primeras jugadas fueron mediocres, pero la tercera, estudiada con gran ahinco, de-



trabó nueve blancos y mantuvo el último tambaleándose.

- ¡Mecachis, por un pelo!

- ¿Vas a repetir?

Alvaro repitió, pero no consiguió igualar su primera tirada. Se retiró secándose las manos sudorosas y mirando a su amigo con aire pesoso.

- Bueno - Concluyó éste con amable burla - Ya estás contento ¿Querías bolos y ya los has tenido ¿Qué hacemos ahora?

Avanzaban ya por la sala del bar, donde la orquesta tocaba un lánguido aire sudamericano ante la pista desierta. El público, bien escaso, escuchaba la música con vago aire nostálgico, como si estuviera sumergido en un sueño.

- Y la gente ¿por qué no baila? - Preguntó Andrés - ¿Es que no se le ocurre siquiera?

- Que no la deja el cura - Bromeó Alvaro.

- No digas tonterías, lo que pasa es que éste es un pueblo de viejos. Aquí la juventud no tiene alegría ni para bailar siquiera.

- Bueno - Su amigo hizo una mueca de fastidio - Ya estás tú con tus críticas. Haz el favor de dejarme en paz. Vamos a tomar una caña.

- ¿Dónde?

- Aquí mismo.

Se sentaron a una de las mesas más alejadas de la música. Andrés sacó un paquete de cigarrillos, ofreciendo a Alvaro. Fumaron despaciosamente durante un breve rato. La orquesta batía el cobre sin desmayo.

- Esto es un cementerio - Dijo Andrés, tocando las palmas. Un camarero vino con presteza - Una caña para mí.

- Otra aquí.



- ¿Qué hay de tapas?

El camarero recitó de carretilla el menú.

- Gambas al ajillo para mí.

- Carne a la plancha.

Alvaro se entretuvo en mirarse en el espejo que cubría toda la pared de enfrente. Se ajustó la corbata. El mozo vino con los servicios y él se apresuró a beber un buen trago.

- ¿Has escrito algo últimamente?

- Un cuento corto, pero no me gusta mucho.

- ¿Lo llevas encima?

- No, el domingo nos reuniremos en casa a leerlo. ¿Hace...?

- Bueno...

- ¿Qué hora es?

Alvaro miró el reloj.

- Las ocho menos cinco.

Se oía el ruido continuo de los bolos en el salón contiguo. El diapasón normal de las voces subió de repente, estallando en una disputa mezclada de interjecciones y frases entrecortadas.

- Los jugadores se matan.

Alvaro se puso en pie de un salto.

- Voy a ver qué pasa.

- ¿Tanto te importa? No llegará la sangre al río, todos los días pasa lo mismo.

Volvió al cabo de un minuto, acomodándose de nuevo a la mesa.

- Una apuesta de las buenas. Al Güiraldéz por poco le estropean el físico, pero al fin nada de particular. Mucho ruido y pocas nueces.

- Como todo aquí. ¿Tú lo conoces?

- Un poco. Estudiamos en el Instituto, pero en cursos diferentes.

El acababa de entrar y yo iba por tercero.



- ¿Y él, terminó bachiller?

- No creo - Alvaro se tocó ligeramente la cabeza - Poco de aquí.

- Y tú de aquí - Andrés se indicó el sitio de la cartera - Cojo él y cojo tú.

- ¿Qué quieres? - Frunció los labios con hastío - Como tú, como casi todos. Dios da pañuelos a quien no tiene nariz.

- Pero a tí te gustaba lo de matasanos.

- Sí, me gustaba ¿y qué? - Alvaro quebró contra el cenicero su cigarrillo a medio consumir. Sus mejillas se habían atirantado de pronto, mientras él se inclinaba hacia adelante, hablando en tono rebelde, casi agresivo - ¿Me sirve eso de algo? ¿Me sirve de algo que me guste una cosa si no puedo estudiarla? - Se calló de pronto, como si comprendiera lo inútil de todas sus palabras. Bebió un sorbo de su vaso, recostándose con desgana en el asiento - Ya hemos hablado mil veces de todo esto y estoy hasta la punta del pelo. ¿De qué le sirve a uno romperse la cabeza buscando solución a lo que no la tiene? Lo mejor es pasárselo todo por debajo de las piernas y tratar de darse la mejor vida posible, que eso es lo único que a fin de cuentas te vas a encontrar. Por más que tú digas lo contrario.

Hubo un silencio pesado, vacío de sentido. El público había comenzado a desfilarse y sólo quedaba una pareja en el rincón, diciéndose ternezas por los ojos. Los músicos, a pesar de la temprana hora, comenzaron a enfundar aburridamente sus instrumentos, descendiendo de la tarima y acercándose al mostrador para refrescar. Andrés dijo:

- Me voy a ver a Carmen. ¿Tú qué haces?

Alvaro había recobrado ya su aire apático. Sonrió con esfuerzo.

- Yo me echaré una novia, así tendré un sitio donde ir por las tardes.

- No sería mala idea. Te hace falta una chica.



Al salir del bar, se fueron cada uno por su lado. Ahora, Andrés deja por un momento el Cuaderno de Caja y contempla a Alvaro, que con inagotable paciencia sigue enseñando telas a la señora cargante del mostrador.

El muchacho suspira, pensando en lo absurdo de la situación. Hay muchas cosas que a fuerza de ser consideradas por todos como naturales, llegan a veces hasta a hacerle dudar de su propia razón. Andrés lee todo lo que puede, cuantos libros caen en sus manos, a fin de tratar de explicarse el mundo en que vive, buscando al propio tiempo una evasión que se lo haga soportable. Pero la evasión no aparece por ninguna parte, quizá porque para encontrarla las circunstancias exijan la medida extrema. Sí, habrá que lanzarse un día fuera de este mundo tan trillado ya, para tratar de conocer una vida distinta, aunque también sea amarga y dura y cruel. No, lo peor de esta vida no es que sea amarga o dura o cruel, es que simplemente no es vida ni cosa que se le parezca. Eso que deja a la gente vacía, con sólo unas difusas ganas de consumirse como un cirio gastado, es simplemente la ausencia de vida, de gérmenes vitales que consumir. A veces hay también ganas de matar a alguien, ya lo creo. Por ejemplo, a don Eduardo, al desagradable don Eduardo, que se obstina en gastarle bromas con frases de doble sentido y que lo mira siempre con una ambigua expresión en sus ojos de buho.



Las cortinas de paño gris con que doña María Luisa trata de paliar el aire severo del gran salón a la entrada de la primavera, atenúan difícilmente la impresión de pesadez que producen sus muebles oscuros. En invierno, sin embargo, los inmemoriales cortinones de paño grueso, conmovidos por el crujiente chisporroteo de los leños que se consumen en la chimenea, consiguen dar un ambiente acogedor a las largas noches de brisca y lotería. Para José, no obstante, aquellos fué en tiempos una sala de juicios donde adustos cardenales por un quítame allá esas pajas condenaban inevitablemente a unos cuantos herejes a la hoguera. La anciana señora que, escudada en sus firmes principios, no se escandaliza fácilmente ante los blasfemos modernos, conviene en efecto que durante el buen tiempo es mejor reunirse en el salón francés para hacer vida de hogar. Sus cortinas beige y sus muebles de limoncillo contrarrestan eficazmente el tórrido espíritu que durante los días claros parece desprenderse del viejo salón.

Pero ahora, todavía en las postrimerías del invierno, doña María Luisa, bajo las tintas rosadas de un crepúsculo mate, prefiere esperar a los suyos bordando sus delicadas labores junto a la ventana grande que comunica con el patio. Sabe que el salón viejo, desde el que se divisa la puerta falsa de la tienda, es particularmente querido de Pedro. Hace ya muchos años que él, al alzar la vista, divisa tras los cristales la inconfundible silueta de su mujer.

Con un leve suspiro de impaciencia, fija sus ojos en el reloj de pared que con su monótono latido parece presidir el vetusto silencio de la habitación. Son ya las nueve corridas y él no acostumbra a retrasarse tanto sin dar aunque sólo sea un ligero aviso con Remigio el ordenanza. Para ir haciendo tiempo se dirige al comedor y del aparador grande va sacando los cubiertos y el ancho mantel rosa pálido,



que extiende cansadamente sobre la mesa.

- Aun faltan más de tres cuartos, señora - Felisa, echándose atrás un mechón gris que se le ha soltado de la ceñida horquilla, espía desde el umbral cada uno de sus pliegues preocupados. Ella le sonríe con vaguedad, agradecida de su constante cuidado. Son ya más de cuarenta años atendiéndola, sirviéndola, adivinando sus menores deseos - Y la señorita Mariana tampoco ha llegado todavía -  
- Concluye la criada.

Doña María Luisa sigue colocando distraídamente los cubiertos. Ella la ayuda, terminando de distribuir con hábil rapidez los finos cuchillos de postre. La mira, muy preocupada por su aire de cansancio. De algún tiempo a esta parte, su señora no es la misma de antes.

- No importa, Felisa - Dice al fin doña María Luisa, dándose unos breves toques en el pelo frente al espejo y despojándose del delantal y las gafas - Pero ya debían estar aquí. Voy a ver si los aligero un poco. Tú dile a María que vaya preparando.

Con fatigados ademanes se encamina hacia la puerta, pasándose una mano por la frente, mientras lucha por despejar sus pensamientos. Esta obsesión tremenda no la abandona nunca, llegando a veces hasta producirle fatiga física. Sus ojos azules parpadean, invadidos de repente por una oleada de líquida emoción. Se apoya con fuerza en el quicio, mordiéndose los labios y cerrando los ojos.

- ¿Qué tiene usted, señora? - Felisa se ha acercado rápida, pues rara vez ha visto tan demudada a su señora. Trata de sostenerla, pasándole las manos bajo las axilas, pero enseguida aploma los brazos con un gesto de impotencia. La cara apenada de su ama no tiene secretos para ella. Agacha la cabeza, frotándose maquinalmente las manos con el delantal.



- Los hijos, señora - Murmura compasiva, sin mirarla - Los hijos..

Doña María Luisa asiente con la cabeza, mientras clavándose las uñas en las palmas, lucha por sobreponerse.

- Sí... - Susurra al fin entre ahogos - Sí, Felisa, los hijos y el niño. Y él, sobre todo, él...

Tratando de disimular su angustia, se dirige a la escalera que conduce a la tienda. Antes de entrar procura componer su rostro demudado, ensayando una sonrisa que le sale convertida en mueca. Un flexor que ha quedado encendido sobre una mesa origina la ranura de luz que la hizo creer que alguien quedaba en la tienda desierta. La luz turbia del farol del patio, entrando por las grandes cristaleras esmeriladas, deja en una vaga penumbra el mostrador marmóreo, los rectángulos de luz fluorescente, los estantes de roble donde reposan las telas, las mesas donde se extienden para cortar. El paisaje, tan entrañablemente familiar, tranquiliza sus nervios. Con paso vivo se dirige a la trastienda empujando la puerta.

- ¿Quién anda por ahí?

La estancia mantiene grandes zonas en sombra que aparecen limitadas por el corto círculo brillante que sale de la lámpara de mesa. Don Pedro, casi acurrucado en su asiento, ha levantado la cabeza con sobre salto. Sus cabellos, completamente blancos, nimbaban de luz el bosque de arrugas de sus facciones marchitas.

- ¡Ah! ¿Eres tú?

Ella lo observa ansiosa, sintiendo que una mano férrea la estruja por dentro. Pedro nunca ha tenido ese aire desolado de vencido, ese lívido desmejoramiento que se le ha acusado en los últimos tiempos. Una naturaleza tan trabajada como la suya no puede soportar golpes tan duros sin quedar completamente abatida. El ya se lo dijo un día: María Luisa, me siento ya acabado, me han fallado todos los salvavidas. Y es



eso lo que ella lee ahora en sus ojos. La soledad trágica de los naufragos que han perdido toda esperanza.

- ¿Cómo es que te has quedado solo?

El se encoge de hombros, indiferente.

- Se fueron todos. Rozas ha estado aquí hasta hace un cuarto de hora. José se fué a media tarde, a eso de las cuatro. Por lo visto, ya había dado de sí lo suyo.

Ella se sienta en una silla cercana a la mesa, oprimiéndole el brazo con un gesto tierno. Comprende lo fútil de la pregunta que va a hacer, pero eso le permitirá a él desahogarse. Conoce las duras fibras de su carácter y su enorme necesidad de que se le tienda un clavo al que agarrarse. Ella es como el blando sillón que el hombre ocupa en invierno para reposarse junto al fuego.

- ¿Qué tienes, Pedro?

El no contesta de pronto. Se deja caer de bruces sobre la mesa, apoyando la cabeza entre las manos y suspirando con fuerza.

- ¿Qué voy a tener, mujer? Lo de siempre.

Ella recuerda la conversación que acaba de tener con Felisa, sintiéndose de nuevo llena de angustia. Es algo tan fuerte que se cuele adentro como una ola, penetrando por todos los rincones. Es como un animal con garras, como una banderilla que se clava, como un nervio que en las entrañas gimiera furiosamente dolorido.

- ¡Los hijos!

El baja la cabeza, dejando escapar una voz sorda:

- Sí, los hijos... Los hijos, que son unos inútiles y unos canallas.

Se echa de pronto hacia atrás, con los ojos muy fijos sin ver.

- Escucha, aunque te parezca increíble - Dice con brusquedad, con la voz restallándole ahogos en la garganta - Esta tarde, duran-



te media hora, José, ese canalla de José, que no tiene otro nombre estuvo haciendo pajaritas de papel en mis mismas narices. !Se necesita mala uva! !En mis mismas narices! - Repite en un furioso arrebatado - Y yo no lo miraba... Yo no lo miraba, esperando que terminara para darle unas facturas. Y Rozas tampoco miraba, él sabe lo que a mí esto me duele. Pero yo sé que veía, !qué veía muy bien! !Y mira!

Se levanta brusco derribando su sillón y acercándose a la otra mesa, abre el cajón con violencia. Entre tampones y sellos aparecen muchas pajaritas de diversos tamaños y colores, unas de papel de periódico, otras con membretes de la casa. Don Pedro, de súbito se queda contemplándolas como fascinado.

- Y no las puedo tirar, porque es peor - Murmura muy bajo - Mañana las volvería a hacer. Ya me ha pasado una vez.

Ella aprieta con fuerza los puños, clavándose las uñas en las palmas para no estallar en gritos histéricos. Un recuerdo sin embargo la atenaza por la garganta, bajándole la cabeza y oprimiéndole los labios con inhumana fuerza. Ella no puede defender totalmente a ninguno de los dos, sólo puede defender con la piedad, desgarrarse en ternuras, su vieja y cruel ley de mujer. El Señor señaló a la mujer en la tierra obediencia y amor. !Misericordiosa Madre que tuviste tu Hijo Crucificado!

Se acerca a su marido, oprimiéndole el hombro arrebatada. Su perfil de viejo! amado, tan dolorosamente amado...

- Dime, Pedro - Susurra cálida, temblándole los labios - ¿Qué podemos hacer?

El, más decrepito que nunca, se acerca al sillón y lo alza para dejarse caer a plomo en su interior. El ha soportado tempestades que habrían derribado encinas, pero hay algo que no pueden



soportar los hombres, los viejos hombres. El sentir que a su alrededor se derrumba poco a poco el edificio levantado durante toda una vida, el edificio amasado con granos titánicos durante sesenta años.

- Sí, es su venganza - Murmura - Su venganza, lo sé hace tiempo. El está amargado hasta los huesos. Yo era fuerte, muy fuerte y muy hábil entonces, hace ya tanto tiempo, y lo destrocé, lo destrocé sin piedad. Porque quedó roto como un guijapo, aunque entonces no se le notara. Pero ahora sí, ahora le veo a veces una mirada de muerto, de hombre que vive a fuerza de los codazos que le dan los otros al pasar por su lado. Y cuando oigo sus voces en la tienda, armándole la bronca a cualquier infeliz por una tontería, siento unas feroces ganas de intervenir para abofetearle por su cobardía. Pero algo más fuerte que yo me deja clavado en mi sitio. Y cuando él entra, relamiéndose como un cerdo que ha comido bien, yo noto que me está buscando los ojos para reírseme en las barbas. Y me hago el desentendido porque yo también me siento con mala conciencia.

Ella se aprieta las manos, temblando hasta la entraña. Le parecer ver con sus ojos la llaga física que corroe la carne vieja y maltratada de su marido. Su garganta se le estrangula con las palabras, pero ella no puede ocultar las cosas que sabe.

- Tú sabes, Pedro, por qué es todo eso.

El se remueve intranquilo en la silla, con el sudor cuajándosele frío en torno de las sienes.

- Sí, lo sé - Dice muy despacio, con las palabras atirantadas - Lo sé de sobra.

Ella se inclina sobre él, hablándole con suavidad:

- Pero hay algo que no sabes, Pedro, algo que he sabido por Mariana y que te he ocultado siempre. Al poco tiempo de renunciar, ya casado, José empezó a tener pesadillas horribles, Me lo contó llo-



rando Mariana. Decía que se empapaba en sudor porque soñaba que estaba metido en un agujero de campaña y que no podía salir porque nadie oía siquiera sus voces. Al mismo tiempo alguien le echaba paletadas de tierra. Y él oía tocar a generala, sus compañeros de cuartel lo aclamaban buscando con ansia a su capitán extraviado. Parece infantil e idiota, pero los sueños tienen su influencia en la vida real sobre todo cuando hay una llaga que sangra. Y yo quiero, Pedro, que tú lo sepas para que lo comprendas, para que sepas cuán desgraciado es él también. Creíamos que aquello de ser militar se lo llevaría el viento, pero... Se le ha quedado dentro y lo envenena...

El continúa con la cabeza hundida, bajo el peso de estas palabras que lo trastornan hasta el fondo.

- Yo no tenía que haberlo obligado - Dice en voz muy baja - Ahí fué donde me equivoqué. Yo soñaba con verlo hecho dueño absoluto y mandar a todos, sobre todo mandar a Rozas, que al fin y al cabo es un advenedizo... Pero no hay nada que hacer. Cuando yo muera, que no está lejano el día, él será el jefe de todo. No hay otro.

- ¿Y por qué no, Pedro? - Replica ella con calma - El nos conoce de tiempo y no se atreverá nunca a ingresar en un ambiente que no le corresponda... En cuanto a que tú vas a faltar, no tienes que pensar en ello siquiera. Aunque eso sí, tienes que darte cuenta de si faltas, José no dirigirá nunca la tienda. El nunca se ha sentido a gusto, no sé como pudiste llegar a convencerlo. No debiste intentarlo siquiera...

Don Pedro, aun con la cabeza baja, ha cerrado con fuerza la boca al oír sus últimas palabras. Sí y sí. Ella puede pensar lo que quiera, ¿pero cómo podía él admitir que la tienda se quedara sin dueño, cómo va él a tolerar que el día de mañana los Duarte sean sólo un recuerdo en la historia de SU TIENDA? !Nunca!



- ¿Y los otros, qué? - Grita de repente colérico, levantando la cabeza con brusquedad - ¿Qué hacen los otros por arreglar eso? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Ninguno sirve para maldita la cosa!

Doña María Luisa se pone en pie, rígida ante la brutal avalancha de palabras. Se esfuerza por parecer serena, dominando a duras penas el temblor de sus labios.

- Pero... ¿es que no te ayudan?

El deniega enérgicamente con la cabeza, todavía irritado. Por lo visto, su mujer no conoce aun a sus hijos. Si los tuviera tratando como su padre.

- No seas cándida, mujer. Eduardo y Juanjo sólo se preocupan de sí mismos. De sus queridos placeres, de sus bonitas juergas y de dormir a la pata a la llana... ¡Mala casta me ha salido, sí señor; mala casta!

Ella aprieta la boca, soportando estas cosas que la hieren como un cilicio. Procura dominarse al contestarle :

- Pero Miguel es diferente.

- Y menos mal que lo es - Dice, algo más tranquilo - Pero se le empestilló lo del campo. Y ahí lo tienes... No se porta mal desde luego, va sacando buenos beneficios, casi un millón en la última cosecha. No es despilfarrador con los peones... Pero no sé por qué no quiere nada con la tienda.

- No le gusta.

- ¡Bueno! - Él se echa atrás con un estremecimiento de hombros, mirándola con enfadados ojos - Ahora va a salir aquí cada uno con su gusto. Lo que hay que ver ~~que~~ es que a la tienda le hace falta gente despabilada y que sea de la familia. Ese es el problema y hay que apechugarlo. ¿Más claro?

Doña María Luisa se muerde los labios, pensativa. Va a hablar,



vacila y finalmente, con voz muy baja :

- Ya sé que no quieres hablar de ella siquiera. Pero...

Su marido enrojece repentinamente, mientras traza un violento hachazo en el aire.

- De esa hija descastada, ni una palabra - Dice con súbita energía - Para mí como si se hubiera muerto. Bastantes quebraderos de cabeza me dió en su día. No quiero oír hablar más de ella. ¿Entendido?

Con ademanes nerviosos empieza a recoger las facturas esparcidas sobre la mesa. Le ha invadido de repente la suplicante cara de su hija cuando fué a verlo al despacho, el anuncio del matrimonio en la prensa como un desafío, la irónica felicitación de Román cuando el nacimiento de la nieta a la que ni siquiera conoce.

Su mujer se ha quedado clavada. Siente que algo precioso que existía entre los dos se ha roto de manera violenta. Su rostro se ha vuelto de piedra, mineralizados sus viejos ojos por un sentimiento que su marido trata en vano de descifrar.

El anciano enciende las luces fluorescentes de la gran sala, haciendo huir la luz íntima en que los envolvía el flexor. Empujando con ligereza a su mujer hacia la salida, sale tras ella con paso inesperadamente firme.

- oOo -

! La escalera tan oscura, con sus barandas como dos largos huesos animales, le hace detenerse bruscamente antes de pisar el primer escalón. La luz macilenta del farol, resbalando morosa sobre las columnas de viejos tonos amarillentos, agiganta en larguiruchos prismas las siluetas de los maceteros que vigilan las cuatro esquinas del patio desierto. Los gastados bordes de los primeros peldaños recoger



con dificultad el resplandor difuso que se cuele bajo los arcos, dejando en la penumbra el primer descansillo que apoya la terrible subida que se avecina.

José duda antes de empezar, tratando de afirmarse bajo los pies y echando una turbia mirada hacia arriba. Le endemoniada escalera es como un amenazador agujero negro que no tuviera límites para sus vacilantes piernas. ¿A quién se le ocurriría hacer las escaleras hacia arriba? Algún arquitecto idiota que no tendría idea de lo difícil que resulta subirlas en una noche tan oscura. ¡Condenada escalera!

Decidiéndose de pronto, se agarra con ambas manos al barandal y empujando el cuerpo hacia adelante, tantea con los pies hasta encontrar un primer punto de apoyo. Gracias a Dios, aquí hay uno. Poco a poco, resoplando furiosamente cada vez que le falla un pie y sentándose un par de veces durante la accidentada cuesta, consigue ganar la primera meta. Desde la cumbre, sentado en el suelo, contempla orgulloso de sí mismo el camino recorrido, echando una ojeada hacia arriba con aire de reto.

Con la vista ya acostumbrada a la densa penumbra de la escalera se siente ya dueño de la situación. No tiene ninguna prisa. Los grandes capitanes de la antigüedad, antes de tomar una difícil posición al enemigo, calculaban su lado más vulnerable con gran habilidad y paciencia. Escipión ganó Numancia porque se le metió en la cabeza rendirla por hambre, que era la única manera de ganarla. Alejandro se hizo el amo del mundo porque era un tío sencillote que no desdeñaba beber vino tinto con los soldados. ¡Cuánto le habría gustado ser Alejandro! Se entretendría en ganar batallas y pondría un asalto en regla a la tienda hasta rendirla sin condiciones. Y el viejo tendría que capitular y pedirle perdón por la forma cochina con que se ha portado con él. No, que a lo mejor era tan tozudo que lo incendiaba



todo y moría entre los escombros agarrado al libro de la familia. ¡El muy bruto! Capaz era de comerse los mostradores antes de dejar entrar al enemigo.

Resuelto a emular a su maestro, se apresta valerosamente a la lucha. Levantándose con miles de precauciones, fija sus fascinados ojos sobre el primer objetivo a alcanzar, la seductora perilla de la baranda. Es como una teta negra de mujer, de mujer negra. El siempre ha sido un don Juan. ¡A por ella! Con un brinco desesperado se echa de pronto hacia adelante, consiguiendo abrazarla contra su pecho.

Conquistada ya esta posición clave, se dedica a contemplar beatíficamente la segunda meta a conseguir. Ya es todo coser y cantar, ¡qué diablos! De cobardes nunca se ha escrito nada. Paco sí que ha sido un cobarde al dejarlo luchar hoy solo contra el enemigo. Si hubiera venido con él, entre los dos lo habrían despachado en un abrir y cerrar de ojos. ¡Qué buen tipo es Paco después de todo! ¡Pero qué mala uva tiene algunas veces! Cuando le pegó la bofetada a aquel conde inflado... Pero el caso es que estuvo muy bien, se lo merecía por cabestro. ¿A quién se le ocurre comprarse un título como quien se compra una vaca? ¡Qué burros son los nuevos ricos! Porque la casta se tiene, sí señor. El que tenga dinero, por sudado que sea, que ofrezca buenos negocios a la genta con estilo y entonces se le podrá tolerar. Si no, ¡cáscaras!, que se fastidie.

Este breve descanso le ha servido de mucho. Ya alcanzará la segunda meta, que nada imposible hay para un Duarte. Como que en todas partes hemos puesto el mingo. Ya en la guerra dimos chasco a los rojos. Se pasaron una semana buscándonos sin dar pie con bola. Como que toda la familia se había largado a Sevilla, donde habían triunfado los nuestros desde el primer momento. ¡Valientes cretinos! Capa



ces de sentarse en taparrabos sobre sillones de terciopelo, con la leche esa de la justicia social.

Dejando de lado estos pensamientos que no vienen a qué, se asegura sólidamente sobre las piernas, recomenzando la subida por el flanco derecho del enemigo. Ya falta un único escalón, que queda triunfalmente coronado. Sólo queda ahora la puerta de entrada, pero no tiene más que dejarse colgar del tirador de hierro y la puerta queda atrás vergonzosamente vencida.

La victoria sin embargo ha sido de pronóstico y no quiere estropearla ahora echando abajo los muebles. Cerrando los ojos con fuerza y abriéndolos enseguida muy despacio, se orienta por medio del rayo de luna que entra por la ventana del recibidor. A tientas busca la llave de la luz, pero no le da tiempo a girarla. Una acechante sombra se le ha adelantado y una crudelísima luz viene a herir con violencia sus pupilas irritadas. Echándose hacia atrás con un desmañado gesto, huye de aquellas llamaradas vivas que le escuecen tan profundamente en los ojos. Desde el fresco refugio donde ahora se encuentra, deja pasar unos instantes antes de aventurarse a lanzar una ojeada hacia el temible salón tan odiosamente iluminado. ¡Caramba, qué sorpresa! Su madre nunca está levantada a estas horas, siempre se acuesta con las gallinas. ¿Qué habrá pasado, se habrá muerto el viejo?

Ella, muda y casi sin mirarlo, traslada de la consola a la mesa la lámpara pequeña, encendiéndola y apagando la malvada araña que cuelga del techo como un gran insecto dañino. Enseguida se dirige a la húmeda delicia donde él se encuentra refugiado.

- Buenas noches, José - Cogliéndole del brazo, lo conduce hasta el sofá, haciéndole sentarse en él - Te esperaba.

El se deja llevar con docilidad, sintiéndose de pronto brus-



camente despejado. Aunque lo intentó montones de veces, nunca ha conseguido zafarse de la influencia que sobre él ejerce su madre. La turbanulta que reina en su cerebro le hace enlazar aun torpemente las ideas, pero algo como una mano fuerte y delicada a la par, parece empeñada ya en restablecer un poco de concierto. Es que la juerga en casa de Paco ha sido de pronóstico !caramba! Con dos como ésa se vuelve tarumba a cualquiera.

Dejándose caer pesadamente sobre el sofá, se pasa un pañuelo por el rostro sudoroso, mientras mira a su madre con preocupación. Doña María Luisa arrastra un sillón hasta colocarlo a su lado, sentándose sin apenas tocar el respaldo.

- ¿Me esperabas? - Dice él al cabo de un momento, con voz casi normal - ¿Qué hay?

Ella mantiene su aire tranquilo y seguro.

- Tengo que hablarte con urgencia.

- Pero... ¿qué hora tenemos? - Pregunta José, intentando inútilmente descifrar las manillas del viejo reloj - ¿Y qué pasa?

Ella le contesta muy pacífica, mientras cambia de sitio la lámpara para que le moleste lo menos posible.

- No es muy tarde, hijo. Todo el mundo está durmiendo y podemos hablar tranquilos.

- Pues no sé de qué - El, ya despejado, se encoge de hombros sin mirarla, hundiéndose más en el sofá - En fin... - Concluye con un gesto vagamente hostil - tú dirás...

Ella, en silencio, lo escruta hasta el fondo de los ojos. Nunca ha podido comprenderlo del todo. Este hijo se le antoja el más complicado y a la vez el más querido, después de ~~keax~~ la niña. Su María Luisa, después de todo, ha encontrado un hombre religioso y trabajador que la quiere, pero José ha tropezado con una mujer de una aterradora pasividad, que aunque no tonta, se encuentra in-



finitamente alejada de los problemas de la vida. Doña María Luisa sospecha que incluso lee libros de los señalados en el Índice. Haciendo un gesto de resignación, se decide al fin a abordar el tema del momento.

- ¿Puedes escucharme ya, José?

El la mira con gravedad, pasándose por los labios una lengua saburrosa.

- Sí, mamá, dime lo que sea.

Ella se reconcentra antes de hablar, estudiando con atención el efecto de sus palabras. Sus cabellos, blancos con algunos mechones negros, recogen los suaves reflejos que despiden la lámpara. Sus manos, pálidas sobre el regazo negro, se cruzan entre sí con fuerza.

- José, conozco muchas cosas que pasan en la tienda y también en tu lecho. Sé de tus riñas injustas a los empleados, de tus pajarritas de papel y de tus pesadillas... Ya ves que soy precisa.

José parece no haberla escuchado. Sin mirarla se desabrocha el cuello de la camisa, dejando vagar sus ojos por la habitación. Se ahoga dentro de esta sala que siempre ha odiado, tan desolada de espíritu humano, pero que sirve tan bien de marco a sus padres viejos. Sobre todo a su padre, que parece el reflejo exacto de las amarillentas fotografías de los antepasados que ya de pequeño se obstinaba en mostrarle como ejemplo. Caras solemnes y estiradas, ojos donde resplandecía un orgullo mezclado de tristeza, hombres y mujeres que todos miraban al pasado, venerándolo como motivo de existencia. Pero hombres que jamás habrían descendido a estas embajadas.

- ¿Te ha mandado... "él"? - Dice al fin con voz muy suave.

Ella crispa los labios, sublevada ante el tono de la pregunta. Habla con voz muy baja, pero enérgica :



- Tu padre duerme ahora y no sabe absolutamente nada de esto. Ni yo querría que lo supiera por nada del mundo. Todo esto es cuenta mía.

El se golpea las rodillas en un cansado gesto, con las ojeras más pronunciadas que nunca.

- Bien, mamá ¿qué quieres? Que me comporte como un hijo perfecto ¿no es eso?

Ella no le responde enseguida. Replegándose muy despacio sobre sí misma, empieza a hablar con voz inesperadamente tímida:

- Mira, hijo, sabemos de tu constante malhumor, de tus cóleras, de tus pesadillas...

La rabia que se extiende fulminante por la cara de su hijo, la hace detenerse. José se ha precipitado de pronto hacia adelante, desahogándose en una violenta explosión de cólera que le amarrata súbitamente las mejillas.

- ¿Y cómo al saber tú todo eso me pides que me calle, que me trague la bilia que me derramó él hace tantos años, cuando yo sabía tan poco de las cosas que casi ni podía defenderme?

La voz le ha salido ronca y exasperada, ahogándose entre los chapoteos de la garganta. Sus ojos, sin embargo, tienen ahora una turbia luz de angustia. De repente se levanta, dando unos frenéticos pasos por la habitación.

- ¡Se trata de aquello, siempre de aquello...! - Grita, doblándose de nuevo como un muñeco sobre el sofá y apoyando las sienes entre los puños - Quisiera aprancármelo de la cabeza... De verdad, quisiera arrancármelo de la cabeza...

Ella lo escucha con el corazón acongojado, sin atreverse a hablarle. El continúa con voz más serena, con las manos prensando inquietamente los desordenados cabellos de sus sienes:

- Fuí cobarde, sí. Me puso delante de los ojos la tienda, la coch...



na tienda que aborrezco desde entonces, y yo me dejé convencer como un idiota. Yo sería apoderado, jefe, mandaría a todos, porque para algo éramos gente de clase... ¡Pamemas, todo pamemas que yo me tragué como un tonto de pueblo! Como si el hacer uno en la vida lo que le gusta no fuera lo que más vale en el mundo.

Con la boca caída entre los brazos, se deja caer con laxitud contra la esquina del sofá, acurrucado como un niño. Aquella sensación de desamparo la estremece a ella hasta lo más profundo. Jamás se ha sentido tan impotente ante el dolor de un hijo. Prensada entre estos dos dolores como entre dos hierros que la estrujan sin piedad, quisiera que el bálsamo con que quiere aliviar al uno no sea una llaga para el otro. Dolor de mujer y de madre que la consume como una antorcha purificadora de pecados. ¡Pero Señor, Señor, en esta ocasión dame fuerzas! Sin Tí soy sólo una pobre pavesa empujada por el viento

Con un apurado temblor en la garganta, trata de ordenar como puede sus confusos pensamientos. Tiene que hablar con claridad, sentirse como la enfermera que cura heridas sin dejar de mirarlas con ojos amargamente lúcidos.

- No te voy a decir que tu padre hizo aquello por tu bien, porque no sería cierto. Lo hizo por el egoísmo de su tienda, por esa tienda que él ama y cuida desde hace tantos años... Y yo sé cómo la quiere, más que a mí, más que a vosotros, más que a su propia vida... ¿Qué quieres? - Añade con cansado gesto - Son más de cincuenta años enterrados en ella, día a día, sudándola y poseyéndola casi... como una mujer. Y todo se hubiera truncado si él no hubiera conseguido entonces aquello de tí...

José se incorpora lentamente, con los labios fruncidos mirando fijo al suelo:

- Llegó hasta la amenaza de desheredarme, de no dejarme un cénti



me. Habría sido terrible. ¿A quién hubiera podido recurrir yo?

Ella se aprieta las manos, estremecida ante estas palabras reveladoras. ¡Qué terrible es a veces el dinero! Deja a los hijos desnudos ante la vida. Y viene una corriente, por pequeña que sea, y los hijos se van, arrastrados como náufragos.

- Ahora ya es tarde - Suspira - Y hace ya tanto tiempo... No me explico como no ha pasado esto antes.

Los ojos de José brillan de pronto.

- Es que hasta ahora - Dice, con un relámpago burlón en ellos - yo había guardado las formas. Quizá por mi hijo.

- ¿Por Juanjo?

- Sí - Asiente él con la boca torcida - por Juanjo. Pero no valía la pena. Es peor aun que yo, el ambiente lo ha podrido de una manera espantosa. Es él quien dará lustre a la casta, mamá.

Ella se alza de pronto, estudiando sus ojos irónicos desde muy cerca y oprimiéndole nerviosamente un hombro. Lucha por conducir sus palabras, pero éstas vibran contenidas, como secos golpes contra su propia carne.

- Hijo, no quiero que seas ruin. Quiero que seas un hombre noble, a pesar de que no hayas podido ser lo que hubieras querido. Tú sabes que la medida de los hombres es simplemente su nobleza. Y yo no quiero tener un hijo que no sepa ser un hombre entero. ¡Compréndeme, hijo. En aquella ocasión él tuvo la culpa, pero tú también la tuviste. Olvidemos aquello en lo posible. No amargues los últimos años de tu padre.

José se desprende de la mano que lo oprime y da unos pasos por la habitación, agitado. Los pasos resuenan sordos sobre el pavimento enlosado. Se detiene delante de una ventana e interroga la oscuridad, apenas amortiguada por un débil halo de luna. Sin volverse, habla con cierta rabia colérica:



- ¡No sé, mamá! Ahora te lo prometo, pero mañana no sé - Se limpia el sudor de la frente, empapada - La tienda no la puedo resistir, ni el casino, ni la ciudad entera, que me parece una ciudad llena de muertos que andan por la calle y que se dan los buenos días creyendo que están vivos - Se vuelve con brusquedad - Es como si yo estuviera muerto ¿comprendes? Sobre todo cuando veo a la gente que se ríe. Tengo la impresión de que estoy vivo en la medida en que soy malo.

Su madre lo escucha aterrada. Se le acerca y cogiéndole de nuevo por el brazo contempla su cara helada e inexpresiva.

- ¡Pero eso no puede ser! - Exclama en un arrebató - Tienes que desechar esas ideas absurdas, hacer algo, qué sé yo, algo que llene tu vida, o ver a un especialista, viajar, qué sé yo, algo, en fin, hijo mío....

Se interrumpe, mordiéndose los labios con ansiedad. José la mira con una expresión de infinito cansancio.

- Lo he intentado todo, mamá. Ningún médico puede curarme, ninguna Academia puede admitirme ya, soy demasiado viejo. Y los viajes tampoco me sirven de nada. Ya he hecho un montón, lo sabes. Los primeros días bien, después todo igual. Me peleo con la gente que encuentro, no sé qué me pasa. Una vez me llevé dos días en la cárcel de un pueblo. Me sacó un coronel, viejo amigo mío que estaba allí de guarnición. Un militar, figúrate... ¡qué sarcasmo! ¡Deber la libertad a un militar! ¿Es que no es para reírse?

Ella lo contempla con las cejas muy fruncidas, parpadeando.

- Pero, hijo, no te entiendo. Yo veo a mucha gente que no llega a conseguir en la vida lo que quiere. Que está en las mismas condiciones que tú. Y sin embargo, no se desesperan, lo llevan con resignación.

José deniega con la cabeza, amargo.

- No en mis mismas condiciones, mamá, sino mucho peores, yo lo sé,



sin solución posible. Y no tienen más narices que aguantarse. Y los que se aguantan estando con oportunidades como yo lo estuve, son gente cobarde como yo. ¿Qué esperas? - Concluye encogiéndose de hombros.

- Eso no me consuela lo más mínimo.

- Tienes que buscarte un equilibrio como sea - Dice ella con firmeza.

El se esfuerza en reprimir una mueca de fastidio.

- Ya tengo una querida, mamá. Eso es lo que más me sobra. Yo soy un desequilibrado, eso es todo. No hay cosa que a estas alturas pueda poner en el otro platillo de la balanza.

Ella, en un impulso, le coge una mano entre las suyas.

- Pero prométeme que harás todo lo que puedas para no amargarlo a él. ¡Prométemelo, hijo! - Implora, con un gesto de vehemencia incontenible.

José desprende su mano con suavidad. Cuando le ve a su madre esos ojos suplicantes, quisiera meterse bajo tierra.

- Anda a acostarte, mamá, es ya muy tarde. Haré lo que pueda, pero créeme, he perdido bastante el dominio sobre mí.

Ella insiste de nuevo, agarrándolo del brazo con un ademán posesivo. Se siente súbitamente llena del manantial oscuro de donde diariamente saca renovadas fuerzas para la lucha. José, tan distanciado siempre, podría volver ahora al Refugio Sagrado donde no existen las diarias tempestades de la Carne, el Demonio y el Orgullo, las tres pasiones terribles que tanto entristecen a los separados de Dios. Ella luchará por su hijo.

- José ¿has pensado alguna vez en rezar?

El la mira con asombro, faltándole poco para reír.

- No, mamá, por favor, nunca. De pequeño ya hice bastante el muñeco. Hace más de veinte años que no rezo un Padrenuestro.



Ella se muerde los labios, contrariada. ¡No importa! ¡Cuántos que se habían alejado totalmente vuelven a encontrar consuelo en el Refugio Divino! Son palabras de don Anselmo, las recuerda de su última confesión. Una luz ardiente brilla en sus pupilas, coloreando de matices su voz apasionada:

- Hazlo, hijo, reza con fe, con toda la fe que puedas... - Se interrumpe, prosiguiendo con seguridad profética que la sorprende a sí misma - Tendrás tu recompensa, la tendrás, lo sé...

Parece ver de pronto la cara de su hijo, que la contempla con fastidio. Inclina la cabeza desalentada, llevando ya en los ojos una apagada luz.

- Hazlo, hijo - Murmura - Ríete si quieres, pero hazlo.

Le aprieta las manos en un último gesto de súplica. Luego se marcha ligera por el pasillo, en dirección a su cuarto. José enciende un cigarro y se deja caer a plomo sobre un sillón. Sabe que ya no podrá dormir esta noche. La borrachera que ha cogido no le ha servido para maldita la cosa.

- oOo -

Los árboles del Parque de Bellavista sienten un cálido sol sobre su membranosa carne morena, de la que empiezan a brotar hojas diminutas, índice de la savia que corre ya por el interior de los troncos. Los largos paseos alquitranados se ven invadidos por los grandes manchones de sombra que las lanzas de sol proyectan a través de las cobrizas copas, haciendo corporizar personas y objetos en luminosas penumbras.

En la plazoleta de María Cristina, bajo las viejas encinas de sangre lechosa, se reúnen los niños en torno a las barcas que, prisió-



neras en la rectangular valla de desteñidos listones, ofrecen a la chiquillería su mágico balanceo aéreo. El juego de entrada y salida con alboroto de los pequeños se repite cada vez que las barcas se detienen, rasando cada vez con más fuerza la gastada plataforma de madera.

Sentada en uno de los deslucidos bancos de hierro, María Luisa Duarte ve a su hija Rafaela salirse del inefable rectángulo y ponerse a perseguir a otra niña grandullona hasta darle fácilmente alcance. La plazoleta es como un refugio íntimo, lejos de las ruidosas avenidas centrales, donde a ella le gusta perpetuar el goce inimitable de estas mañanas de sol. El griterío de los chiquillos, aumentado con el parloteo de las niñas que los vigilan, no consigue turbar su sosiego interno. Rozando las tapias del Parque se divisa desde allí la enorme mole del Cuartel de Infantería, desde donde viene Carlos a recogerlas durante todas estas mañanas de vacaciones de la niña.

Siguiendo la menuda figura de Lita, que dibuja en el suelo un cuadrado de tiza para su juego de tocaté, la muchacha deja que sus dedos sigan maquinalmente el monótono ejercicio de las aceradas agujas. La niña, en el centro de la reunión, va dirigiendo a las otras con una vivacidad saltarina de pájaro: Tú primera, tú después, ahora te toca a tí, enseguida a mí - El juego queda organizado en breves momentos bajo la fértil disciplina de su pequeña. ¡Si la viera su abuelo! El, que no ha llegado a conocerla, después de seis años.

Pasándose una mano por la frente, arrugada de súbito, se abisma en preocupaciones que a veces la turban sin que pueda evitarlo. Hace mucho tiempo que no ve a su padre, ni siquiera de lejos. Es que él sale tan poco. Su madre le cuenta las discusiones en la casa, que son como siempre a causa de la tienda. La tienda es como un ser vivo



entre ellos. Desde que nació, la tienda forma parte de su vida. No recuerda acontecimiento importante en la casa que no aparezca ligado a ella. El bautizo de todos los crios se ha celebrado siempre entre aquellas paredes. Su padre, con lo raro que es con el personal, juntaba ese día a todos los empleados alrededor de una mesa bien provista. María Luisa recuerda a Mariana con Juanjo en los brazos, presidiendo el banquete ante el festejo tan ansiado del primer nieto. El abuelo parecía un chiquillo, estrechando la mano a todo el mundo y distribuyendo puros con una generosidad desconocida. Ella tenía entonces doce años y se le quedó aquello perfectamente grabado. Y todo era por la tienda, porque aquel niño era al fin el soñado heredero. Es en verdad algo terrible y apasionante a la vez el no poder desprenderse de un organismo que no es siquiera una persona, pero a la que se siente respirar como si lo fuese. Quizá si la tienda no hubiera existido, otra hubiera sido la reacción de su padre al matrimonio suyo con Carlos. Pero...

- ¿Hace mucho que estáis aquí?

Se sobresalta ligeramente, aunque se recobra enseguida. Absorta en sus pensamientos, ni siquiera ha sentido los pasos de Carlos sobre la senda enarenada. Se besan en las mejillas.

- Sí, - Le responde, mientras guarda apresuradamente el crochet en la bolsa de hule - Desde hace una hora. No hemos llegado antes porque estuve lavándole la cabeza a la niña. Aprovecho el que empezó ayer sus vacaciones.

- ¿Vacaciones?

--Sí, las de Semana Santa.

- ¡Ah, ya!

Carlos no entiende muy bien eso de las vacaciones en los colegios. Cada dos por tres los buenos maestros despachan a los chavales para su



casa, dándoles el consiguiente alborozo. Ya quisiera él esos asuetos en el cuartel, sobre todo los días en que al comandante le duele el estómago. ¡Bah! - Exclama para sí, encogiéndose de hombros - ¡qué importancia tiene todo eso! Con la cantidad de cosas que habría que arreglar...

Se vuelve de repente, al sentir una presión sobre su brazo.

- Cuando quieras, Carlos.

El sonríe, ya liberado de sus pensamientos. Ahueca las manos en torno de la boca.

- ¡Lita!

La niña, que no lo ha visto llegar, se despide presurosa de sus compañeras, volando hacia el banco donde ellos le aguardan. El capitán la levanta en brazos y la mantiene suspendida por la cintura, mientras Rafaela ríe, enseñando las grandes muelas de la boca.

- ¿Es que no quieres darle un beso a papá? - Le pregunta, fingiendo un gesto de enfado al tiempo que le mantiene la cara alejada de la suya.

- Tú no quieres - Ríe la niña, balanceando alegremente las piernas.

- Ahora sí quiero - La acerca a sí y ella lo besa en un soplo - Vamos a comer, guapa ¿Con quién quieres comer mejor, con papá o con mamá? Que como no me guste lo que digas - La amenaza con un fruncir de cejas - te dejo colgada toda la vida.

Ella abre unos ojos tamaños, haciendo un mohín de graciosa incredulidad.

- ¿Y me llevarás al cuartel? - Pregunta, fingiendo miedo.

- Ya lo creo - Contesta él muy serio - Y te pasarás todo el día pelando patatas - Enseguida agrega, ensayando un gesto terri-



ble - Vamos a ver, contesta ¿con quién de los dos quieres comer mejor?

La niña, reflexiva, sopesa el pro y el contra. Vacila un segundo, mirando ~~ex~~ con el rabillo del ojo a su madre, que a la expectativa la amenaza con el dedo.

- Con los dos - Suelta de pronto con expresión triunfal - Me gustan los matrimonios.

Ellos ríen a carcajadas ante la inesperada salida.

- ¡Pícara! - Exclama su padre, dejándola en el suelo.

Con la niña entre los dos agarrada de la mano, se encaminan hacia la calle. La pequeña de vez en cuando se suelta y corre hacia adelante atraída por un pájaro, un amigo o una fuente en que beber. Sus padres no la pierden de vista.

Tras la verja herrumbrosa del Parque, ya en los comienzos de la ciudad, la encalada blancura de las casas produce unas calles hirvientes de luz. En la acera derecha, sin embargo, el inmenso monolito del Cuartel, con sus ladrillos rojos recortados contra el cielo, esgrime una vaga alusión guerrera en la achaparrada quietud de la calle de la Sangre. El tiempo, magnífico, convida a primavera, y las gentes se emboban con la estación, prodigando unos saludos más animados que otras veces, o dejando que por su despiste se pierdan en el vacío.

La casa de los Fernández no queda lejos. Al cabo de un cuarto de hora María Luisa y Carlos avistan la calle Trinitarias. Una calle tranquila, pues sólo turba por lo regular su silencio las campanadas de la iglesia de San Félix, que hace esquina con la Corredería. Las frecuentes novenas que organiza don Tomás el párroco atraen sin embargo no pocas feligresas que dejan la calle atestada de automóviles ruidosos.



Al cruzar ante la verja de la Parroquia, sale de ella la condesa de Cerro-cristo. Carlos no puede contener un mohín de desagrado, que se esfuerza en disimular. Doña Herminia tiene un sorprendido gesto, al que sigue otro instintivo de volverse atrás. Pero sin un posible retroceso, se rehace instantáneamente, dirigiéndose hacia ellos con una ancha sonrisa en sus labios sensuales.

- ¡María Luisa, hija! - Le planta de buenas a primeras dos sonoros besos en las mejillas - ¡Que no se te ve por ningún lado! Ni a tí, Carlos - Le estrecha la mano con la punta de los dedos - ¿Qué tal te va?

- Muy bien, Herminia - Contesta María Luisa muy tranquila, mientras sigue con la vista a la niña, que ya va entrando en el portal de la casa - Es Lita - Explica, viendo que la condesa sigue extrañada a ojo.

- ¡Ah, la niña! ¡Qué rica! - La de Cerro-cristo se vuelve con un ampuloso meneo de faldas, sin lograr ver a Lita, ya desaparecida.

- ¿Y tu hija? - Le pregunta la muchacha.

- Tan guapa como siempre - Replica la otra con entusiasmo - casi tanto como tú. Lástima que esté ahora en Inglaterra - Su expresión es ahora muy dolida - ¡Me encuentro tan sola!

- Pero te quedan los estudios ¿no? - Carlos la mira con fijeza, consciente de los estragos que realiza.

Ella le devuelve la mirada, luciente de súbito en un agrio destello. Poniéndose de pronto a la defensiva, se pasa dos dedos nerviosos por las comisuras de los labios. ¿Pero quién les mandará meterse en camisa de once varas a estos militarotes groseros, a esta gentuza salida de la nada? Apretando los labios, lucha por reponerse

-Sí, pero como una hija... - Se yergue de pronto con decisión - ¡Una hija es algo insustituible! ... A propósito, María Luisa... -



- Utiliza ahora una de esas relampagueantes transiciones que la han hecho famosa - ¿Irás el domingo al festival?

«¿Qué festival?

- ¡Hija, cuál va a ser! - Replica algo escandalizada - Que estás en la luna - Cambiando con rapidez de tono - ¡Ah, perdona! Que el jueves último, cuando se atornillaron las cosas, no estabas tú...

Ella lo mira muy fijo, dejando caer las palabras con lentitud calculada :

- Ya sabes que no suelo ir mucho a "vuestras" Juntas.

La condesa acusa el golpe, frunciendo de pronto las cejas y comprimiendo mucho los labios. Se esfuerza en recobrar de su justificada sorpresa, porque ¡caramba! nunca hubiera esperado esto de una Duarte. Tan educada y con los principios que le ha inculcado su madre... "Vuestras juntas", vaya... Aunque ya se ve, si está claro... Contagiada de la grosería del marido, si estos tíos son una plaga...

El corto silencio le ha servido para atrincherarse, aunque estima mejor el pasarse las alusiones por debajo de las piernas.

- Bueno, hija... - El tonillo que emplea la hace sentirse muy por encima de la cría - Pues como quieras... Vamos, yo lo decía por si te interesaba...

- ¿Pero qué festival es ése? - Pregunta de pronto María Luisa, con la cara muy atenta.

La otra cambia repentinamente de expresión, como ansiosa de exponer una idea fija :

- Verás, María Luisa - Explica con un ardor inesperado - Se trata de conmemorar el dolor de las viudas y madres que perdieron a los suyos en la Cruzada. Hemos pensado ponerle M.O.G., esto es, Mujeres Oprimidas por la Guerra. Pero el término Mujeres, así, Mu-



eres a secas, nos parece un poco, ¿cómo diría yo? un poco vulgar, es algo que raspa el oído, ¿no crees tú? ¡Vaya! - Agrega con un gesto de impaciencia ante la pasividad de la muchacha - La cosa no sé como explicártela, es cuestión de sensibilidad, ya me entiendes. Teniendo en cuenta además que pensamos resaltar el homenaje en la viuda del general Romero, que acaba de llegar de Madrid... - Reaccionando con brusquedad al ver la cara de extrañeza de María Luisa - ¡Pero hija! ¿Es que no conoces a doña Cecilia, la que viene a Laverna todos los años a tomar las aguas medicinales de San Roque? Es una dama distinguidísima que lleva siempre un aire de tristeza... Sí, hija, es la viuda del general Romero, ése que murió tan heroico en el Ebro, ya sabes... En fin - Continúa ya en tono normal - que dadas las circunstancias personales de doña Cecilia, eso de M.O.G. habrá que pensarlo. De todas formas, el domingo nos reuniremos a sesión cerrada... - Se interrumpe, prosiguiendo al cabo de un momento con acento más distante - En fin, si tú quieres venir, nadie te obliga, ... Como tú quieras...

Oprime el bolso contra su pecho, quedando a la expectativa. María Luisa trata de sacar su voz más modosa, la de colegiala modelo.

- Descuida que si tengo un ratito de lugar, Herminia, descuida que iré, tenlo por seguro.

La Cerro-cristo recobra su aire animado, apretándola familiarmente el brazo:

- Allí estaremos, a las cuatro en punto. Ya sabes, avenida del Generalísimo 104, el local de costumbre. Se pide puntualidad militar. Como comprenderás - Celebra su propio rasgo con una amplia sonrisa - tratándose de un general, hay que dejar bien sentado el prestigio de nuestra Junta. Además, yo soy la encargada de todo...



6onque - Estrecha sus manos con rapidez - Hasta el domingo.

Carlos y María Luisa la miran alejarse con su ligero paso, donde ya creen ver un cizerto aire marcial.

- ¡Vaya elemento! - Comenta él - Y además, como una cabra.

- No la puedo aguantar - Le contesta ella, moviendo la cabeza mientras la ve desaparecer detrás de la esquina - Ya en casa te contaré cosas de ella. Tú no sabes de la misa a la media.

Entran en el portal y ella se adelanta por la estrecha escalera. En el último escalón, fumando filosóficamente un cigarro, les aguarda Juanjo. Al verlos llegar se pone en pie, sacudiéndose los fondillos.

- Hola, tita ¿qué tal? - La besa, estrechando la mano de él - ¿Qué hay, Carlos?

- Poca cosa - Contesta éste con tranquila indiferencia - Y a tí ¿qué tal te va?

María Luisa rebusca la llave en su bolso, preguntando:

- Y la nena ¿no la has visto subir?

- No - Replica Juanjo, entrando tras ellos - ¿Venía también con vosotros?

- Sí - Dice Carlos - Pero la vimos entrar, ésa no se pierde. Estará en el entresuelo con los niños del practicante - Enseguida agrega con una sonrisa intencionada - Nosotros, como verás, no somos clasistas.

- ¡Ah, claro! - Juanjo, muy sorprendido, ha contestado al azar.

La dueña de la casa recoge las cortinas del cierre y entorna las maderas. Está muy orgullosa de sus tres habitaciones y su cocinita, que con muy poco trabajo se pueden mantener relucientes como patenas. ¡Qué diferencia del enorme caserón de la calle Riveros! Allí siempre trajinando y siempre con los rincones oscuros,



a pesar de las trabajadoras criadas. Esto es mucho mejor. Por todos estilos.

Los hombres se han sentado alrededor de la estufa. Ella, antes de entrar en la cocina, pregunta:

- ¿Cómo están por casa? ¿Y la abuela?

- Como siempre - Le contesta Juanjo - Todos bien.

- ¿Has almorzado ya? Es apenas la una, voy a prepararte también.

El la detiene con un ademán.

- No, no te molestes, voy a comer con los primos de la bodega. A las dos tengo que estar allí. Sólo que pasaba por aquí y como todavía es temprano...

- ¿Pero no has ido hoy a trabajar?

- Sí, claro - Juanjo se aturrulla algo - Pero como es sábado, he salido un poco antes. Los sábados - Explica - no se trabaja por la tarde.

María Luisa deja sobre la mesa una botella de vino y varias copas que extrae del aparador de la cocina.

- Bueno, no almorzarás - Sonríe con malicia - Pero de una copita no hay quien te salve.

El tono de su tía le hace alzar la cabeza. Siempre que ella habla con doble sentido, él está al quite. ¿Pero es que no sabe ella todavía que la juventud es precisamente el tiempo de las borracheras?

- Eso nunca se desprecia, vaya.

Ella reprime una sonrisa, mientras se mete en la cocina para ir preparando. Su sobrino, a pesar de lo soso que parece, tiene a veces buenos golpes, aunque a lo sordo. Las coge en el aire, si lo conocerá ella.

Carlos llena las copas hasta el circulito rojo que marca el



cristal.

- Como los veteranos - Comenta Juanjo, señalándolas con el dedo

- ¿Tú no?

- Yo también - Sonríe el muchacho - Pero echo después la otra mitad.

- Ya, ya, - Carlos lo contempla con una mueca - Y después la otra y la otra, y la otra... Ya lo sabemos.

- Es natural, hombre - Dice el otro, algo displicente - Es la edad ¿no crees?

Carlos no contesta, bebiéndose la copa. Juanjo lo imita con un vago suspiro.

- Buen vino.

- No está mal - El dueño de la casa vuelve a llenar las copas, llevándole una a su mujer - De las bodegas de tus primos viene.

- Ajá - Juanjo chasquea de nuevo la lengua, después de embaularse la segunda - Lo diré allí.

Carlos, con un despreñido gesto irónico, se la vuelve a llenar sacando unas aceitunas del aparador. Se sienta de nuevo, haciendo crujir el sillón. Hay una pausa de silencio. Juanjo mira al suelo con aire preocupado.

- Buen día - Comenta Carlos por decir algo.

- Estupendo, es verdad - Responde Juanjo, mirando por la ventana.

Hay otra pausa, que ninguno de ellos sabe como llenar. El militar tabalea despaciosamente sobre la mesa. Sus facciones, morenas y muy pronunciadas, se hallan en completo acuerdo con su cuerpo musculoso y duro. Juanjo, por el contrario, tiene unos rasgos blandos que armonizan fácilmente con su cuerpo de líneas arredondeadas.

Beben otra vez en silencio y toman aceitunas. Llega María Lui-



sa, rompiendo por fortuna el deslabazado ambiente, que amenaza ahogarlos con su tensión.

- ¿Y qué tal te va en la tienda? - Pregunta Carlos - ¿Contento?

- Muy bien, claro.

Juanjo reprime un bostezo de fastidio. ¡Pero qué lata le dan siempre con la dichosa tienda! Tiene unas ganas de salir de ella, aunque sea vendiéndola por cuatro perras gordas.

- Te vas imponiendo en la dirección, claro.

Y venga ahora con el cachondeo. El muchacho lanza un suspiro y prefiere cambiar de táctica.

- Natural - Replica con un leve acento de desafío - Algún día habrá que dirigirla ¿no te parece?

Carlos esconde una sonrisa burlona y Juanjo sonríe también. Su tía sigue colocando los cubiertos, mientras va y viene del comedor a la cocina. El sol mete su polvareda de oro por entre los visillos del cierro, dando un brillo cálido a todos los objetos del comedor.

- ¿Qué hora es? - Juanjo se ha levantado de pronto, como espantado.

- Las dos menos veinte.

- Me tengo que ir - Esta vez no reprime el bostezo - Está cerca pero siempre tomamos el aperitivo antes. Y la niña ¿no viene todavía?

- Estará en el piso de abajo - Le aclara Carlos - Ahora bajaré yo por ella.

El joven vacila un momento, pero sin decir nada se despide de ellos.

- Hasta pronto. Ahora le diré adiós al bajar. Sé donde es.

- Dale de mi parte recuerdos a la abuela - Le encarga ella -



- Hace lo menos tres días que no quiere venir por aquí.

- Descuida.

Juanjo cierra la puerta con cuidado, al tiempo que se encoge de hombros. Para embajaditas está él. Bastante tiene con sus propios problemas.

- ¿Para qué habrá venido? - Se pregunta Carlos.

Ella hace un ademán de ignorancia.

- Quizá para hablarme a mí sola - Dice al fin - Algo le debe ocurrir. El no viene por aquí así como así.

- Pero está tan tranquilo - Replica él, mirándola con cierto asombro - Y no ha dicho ni pío.

Ella le contempla con aire de simpática suficiencia, colocando la sopera en el centro de la mesa. Enseguida extiende el índice como una maestra:

- Tú, amiguito, no conoces a la gente. Mi sobrino para que lo sepas, es de los que ponen a mal tiempo buena cara. Cuando le conviene, claro.

Carlos la mira, intrigado todavía.

- El socarrón - Su acento es poco convencido - Bueno, pues, ya me contarás si vuelve.

Ella, sonriéndole, le pasa una mano por el cuello.

- ¡Claro, tonto!

La niña asoma de pronto la cabeza entre el quicio y la hoja de la puerta.

- ¿Has visto al primo Juanjo?

- Sí - Lita tiene una leve sonrisa de picardía - Cuando entré, pero él no me vió a mí.

Sus padres la miran con asombro. A María Luisa la asalta de súbito una idea.



- Y a la señora de Cerro-cristo ¿la viste?

La niña se dirige muy despacio hacia la mesa, con una graciosa seguridad :

- También. Es una señora muy antipática.

Ellos la miran con sorpresa antes de soltar la carcajada.

- ¡Caray con la niña!

Su padre la estudia con atención durante un largo momento :

- ¿Tú quieres al primo Juanjo?

Lita lo mira reflexiva, mientras su madre, sosteniéndola por los brazos, la acomoda a la mesa. Su padre empieza a servir la sopa, sin quitarle los ojos de encima.

- El no me quiere a mí - Dice al fin la nena con gesto grave, empezando a comer - Ni a nadie.

- oOo -

Juanjo, en el portal de la casa, chupa con fuerza del cigarro que acaba de encender en la escalera, encontrándolo apagado y con un gusto que le sabe de pronto amargo. Aplastándolo entre sus dedos con un brusco arrebató, lo arroja con rabia al centro de la calle, donde describe una breve voltereta. ¡Maldita sea! El día en que empiezan a salir mal las cosas, hasta el dichoso tabaco le sabe a mierda. Con el rostro contraído aún pega un salivazo en la acera, mientras sigue dándole vueltas en la cabeza a su problema. Lleva cinco días ya más preocupado que la leche y no hay Dios que le saque las castañas del fuego. ¡En menudo atolladero lo ha metido el tal Puma, el carajote! Y para colmo, hoy que pensaba abordar a su tía sobre eso, se encuentra con la puerta cerrada y que cuando llega viene acompañada del otro cataplasma.

Después de avanzar pensativo por Trinitarias, sigue enfilando



la Corredoría y el Santo Amor en dirección a la bodega. Ante su memoria van desfilando cada uno de los detalles de la escena.

Aquel día, había que reconocerlo desde luego, cuando recalaron los tres en la Venta de Maurito, venían ya bastante cargados del cortijo de Miguel. Antes de tomar el coche del Puma para ir a la Venta se habían bebido entre los cinco casi una docena de botellas en menos de dos horas. Así que después del primer choteo con las niñas, cuando el Puma propuso la partida de cartas, él, la verdad, tenía ya una tajada como un mulo. Pierde hasta la camisa y ni se entera, seguro. Jugó con los corazones y los diamantes bailándoles como locos delante de los ojos y con una soñarrera que sólo se le despejó un tanto al verle la cara al otro, una vez terminada la partida.

- Bueno, Juanjo - Le decía el Puma, con el pelo caído sobre la cara congestionada y abombando las mejillas como si fuera a vomitarle encima - Que aquí hay que apoquinar. Me debes dos mil pesetas

El muchacho se pasaba una mano por los ojos, luchando por despejarlos de telarañas. Bajo el bigote rojizo de pelos duros como cerdas, veía sus labios abultados, contrayéndose en una mueca que se le antojó de pronto bestial. Se sentía mojado en sudor hasta las corvas, mientras la torpeza en que nadaba su cerebro se iba licuando bajo la influencia de los ojos verdosos del otro, entornados en una mirada que veía de súbito acechante. Sabía que el Puma, era voz pública, aguantaba mucho más de lo que le había visto beber, y se sentía intranquilo, como tomando conciencia de algún cercano peligro. El gesto torpe de sus manos manejando los naipes le fascinaba, como si presintiera que en un momento preciso aquellos dedos nudosos iban a recobrar su agilidad esgrimiendo el cuchillo que - junto a los desechos de comida, - destellaba en la sumida atmósfera su ace



rado reflejo. Sobre todo, sentía penetrar en su cuerpo el dardo de aquellos ojos relucientes, que traicionaban con su vivacidad el juego inhábil de las manos.

Luchando por liberarse de la ola de pánico que amenazaba invadirle haciéndole emprender delante de los otros una huida vergonzosa, se echó bruscamente hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza y moviendo la cabeza de izquierda a derecha en un desesperado intento para hacer frente a la situación.

- Está bien, hombre - Le contestó de pronto, respirando con fuerza y ensayando un ademán despreocupado - Te hago un cheque y tan tranquilo.

El Puma se le quedó mirando durante un largo momento, reflejando en su cara una mueca de desencanto que trató enseguida de reprimir. Sus párpados se bajaron súbitamente y un breve gruñido de asentimiento se escapó de sus labios. Al echarse hacia atrás, su rostro congestionado pareció distenderse y la nube que invadía sus ojos se aclaró de súbito, mientras se repantigaba en la silla, esperando. El mazo de cartas quedó abandonado sobre la mesa. Juanjo, intuyendo que se había encontrado al borde de algo temible, sintió que se aplomaba de pronto sin fuerzas contra la silla, quebrado ya aquel asfixiante minuto de angustia. Se tanteó en los bolsillos buscando el talonario de cheques de Eduardo y desenfundó la estilográfica con mano que procuraba hacer firme.

Estaban en la trastienda de la venta, en una reducida habitación iluminada sólo por la lámpara que difundía una luz rojiza sobre los reunidos. Carteles de toros, fotografías dedicadas de artistas, inscripciones talladas en la madera cubrían las paredes del suelo al techo. Una mesa de mediano tamaño, rodeada de sillas plegables, ocupaba casi totalmente el cuarto. La cargada nube escarlata, proyectándose en una espesa atmósfera de humo y sudor, resbalaba sangrienta so-



bre el reluciente vidrio de las botellas y copas que cubrían un extremo de la mesa.

A su derecha y enfrente a la izquierda del Puma, contemplando la escena con ojos soñolientos y sin darse cuenta de nada, se sentaban Paco Urrutia y Juanito Torres, dos buenos amigos pero que en la vida, Juanjo estaba seguro, habrían dado la cara por él. Más atrás, la Irene, la Corales y la Niña del Espejo miraban atontadas el juego bostezando de vez en vez. Valientes brutas, como para defenderlo en un caso de apuro. Y no es que él sintiera jindama, pero ¡caray!, había oído cada cosa del otro, cada historia que se contaba por ahí. Fresco, el más campechano del mundo, pero borracho, con el mal vino que tenía, capaz de sacarle los hígados a su padre. Menos mal que detrás de él estaba la Mary, que no era como las otras. Esa sí que era una infeliz.

Por milagro había conseguido llenar el cheque, no sin dejar adrede un borrón sobre la firma. Así les costaría más. Después de todo, para lo que iba a servir. Lo esencial era salvar aquel peligroso momento.

- Bueno, ahí tienes - Dijo, empujándolo hacia el otro, con un ademán que le salió repentinamente desafiador. Se sentía ya más seguro, habiendo conseguido parar el primer golpe.

El Puma se echó hacia adelante, mirando el cheque por todos lados, mientras se servía una copa y la bebía lentamente sin apartar los ojos del menudo rectángulo. Juanjo sintió de pronto ganas de reír. Por mucho que mirara no iba a sacar nada en limpio. El cheque ya lo había estudiado de antemano, no llevaba más que el número de la cuenta y el nombre del cuentacorrentista no aparecía más que en la firma. Que mirara hasta quedarse ciego, ojalá.

- Gracias, muchacho - El Puma se guardaba cuidadosamente el ta-



lón en la cartera, mientras esbozaba un gesto casi amistoso - Las cosas entre hombres, formales. Así me gusta.

- Claro, hombre - Le contestó Juanjo sin mirarlo, al tiempo que se levantaba. Detrás de él, tumbada grotescamente sobre una silla, estaba la Mary, la única que a lo mejor se habría interpuesto entre el Puma y él si hubiera habido bronca. Levantándole la cabeza, la contempló durante unos momentos. Era una muchacha de ojos pequeños y mejillas redondas que apenas tendría veinte años y que había empezado hacía poco en casa de Alejandro. Era de todas con la que mejor se llevaba, a pesar de ser bastante certa de entendederas. Pero ahora dormía aún la mona feroz que entre todos la habían hecho coger, jaleándola cada vez que la empujaban a tomar una copa. Sus ojos cerrados enseñaban el rimmel corrido y su boca era un manchón churretoso de carmín.

- ¿Es que no sigues jugando? - Preguntó Torres, abriendo los brazos en un bostezo descomunal - Déjala, esa está ya k.o. Como no ha embaulado ná.

- Y tanto - Dijo la Corales, acercándose - Como que está pidiendo a gritos la cama.

- Y para dormir - Rió el Puma, mirando a Juanjo con intención - Ya tienes la noche jodida.

Juanjo frunció los labios, mirándolo con insolencia.:

- ¡Que te crees tú eso! Como no voy a arreglar yo pronto esto.

Cogió un florero que había sobre la repisa del fondo y sacando las aburridas rosas, las arrojó a un rincón. Luego mantuvo suspendido el jarro de vidrio sobre la nuca de la Mary, dejando caer un chorrito, que resbaló escurridizo sobre la espalda. La muchacha pegó repentinamente un salto, con los ojos espantados - ¿Quééé...? ¡Malage! - Gritó enseguida con brusca ira, agitando los bra-



zos ante la cara de Juanjo y amenazándolo con los puños - ¿Quieres dejarme tranquila, mamarracho?

- ¡Caramba, chica! - Urrutia, doblado sobre la silla, pegó una risotada que los otros corearon - ¡Qué mal despertar tienes!

La Mary todavía parpadaba, mirando desafiante a su alrededor, ya pasado el arrebató. Se echó a reír de pronto, alisándose el cabello a dos manos.

- Perdona, buen mozo. Es que tengo los nervios hecho polvo -  
- Hizo una caricia a Juanjo, que la miraba con ojos entornados a través de la cortina de gasa de su cigarro - Enseguida estoy contigo.

Los otros rieron, celebrando la inesperada reacción.

- Te la tienes mataíta, Juanjo - Volcado sobre la silla Torres reía a carcajadas, abriendo mucho la boca - ¡Vaya flecha que tienes!

El Puma, extendiendo en silencio los naipes sobre la mesa para formar un solitario, echaba de vez en cuando una ojeada al grupo. Las otras miraban indiferentes, arreglándose el pelo o prensándose las faldas arrugadas.

- ¡Eh, vosotras! - Les gritó de pronto Urrutia, levantándose con esfuerzo de la silla - ¡Que parecéis muertas! ¿Qué carajo os pasa?

La Niña del Espejo soltó una brusca risa, acercándole mimosa la boca.

- El que no nos pasa, negro.

Juanjo se había dejado caer en un sillón, con los ojos semicerrados. La Mary, sentada a su lado, lo contemplaba pensando que el sueño es contagioso. Se estaba tan a gusto durmiendo muchas horas seguidas, como cuando era pequeña en casa de sus padres, todo ya tan brumosamente lejano...

Juanjo no quería seguir sentado. Echando la silla hacia atrás



se esforzó en levantarse, pero tropezando, hubo de agarrarse con fuerza a la mesa. Las piernas le fallaban. De repente le había entrado conciencia del bochorno que hacía dentro de la habitación, oprimida contra él como si sus paredes fueran de pronto a resquebrajarse de calor. Los otros le miraban, riéndose al ver las camballadas que daba al ir hacia la puerta. La embriaguez, comprimida hasta entonces por el miedo, se desbordaba ahora estallando en toda su potencia y removiéndole furiosamente las entrañas. Ninguno se molestó en ayudarlo. Como un sonámbulo atravesó el bar de la venta, con los ojos muy abiertos por la angustia. Un obrero que tomaba una copa junto al mostrador le siguió con los ojos. Y Maurito no aparecía por ningún lado. ¿Dónde, dónde estaba? Estaría en el sótano atiborrándose de vino, ¡qué asco!

Trató de hablar sin saber siquiera lo que iba a decir, pero enseguida notó que era peor. El flujo de hieles que le recocía el estómago subió de pronto hasta su garganta en una marea incontenible. Ya estaba muy cerca de la puerta, pero ni siquiera le dió tiempo a salir a la carretera. De su boca salió una ola nauseabunda que regó bruscamente todo el umbral. Tosiendo hasta la asfixia, con el rostro congestionado hasta la sangre, se apoyó en el quicio, aguantando otra brutal sacudida que provocó un nuevo cuajarón de inmundicias. El obrero que estaba al mostrador se le acercó por detrás sin saber qué hacer, moviendo torpemente las manos.

- Señor - Deja, viendo que Juanjo había detenido un momento sus vómitos - ¿Se encuentra algo mejor?

El muchacho lo miró entre las lágrimas saltadas por los violentos esfuerzos. Asintió con la cabeza y trató de sacarse un pañuelo para limpiarse la boca manchada de residuos, de pequeñas motas de un amarillento verdoso que aparentaban la blandura de la gelatina. El



obrero entretanto le daba tímidos golpecitos en la espalda, diciéndole : - Vaya, señor ¿ya pasa?

Al volverse, vió que Maurito subía ya por la escalera de la cueva. Mientras cerraba la compuerta contempló las huellas del acceso con las cejas muy fruncidas, mirándolo a él con fijeza. Juanjo, apoyado contra la pared, se había quedado muy pálido.

- Vaya, señorito - Comentó el tabernero con ligera sorna, alargándole el paño que llevaba colgado de la cintura - Que le ha sentado a usted mal la juegucita, vaya. Límpiense usted los zapatos que los tiene buenos.

El muchacho le obedeció, dirigiéndose luego con cansado paso a una silla de tijera que había en el rincón. Maurito le sirvió enseguida un café bien cargado que le hizo sentirse repentinamente mejor. El obrero se había retirado con discreción al otro extremo de la barra, desde donde lo observaba con disimulada curiosidad.

- ¿Va eso mejor, don Juanjo? - Le preguntó el tabernero, regañando el umbral a bruscos manotazos de un serrín rasposo que sacaba del saquillo que llevaba entre los brazos.

- Sí - Le contestó Juanjo. Su cabeza se había despejado, la sentía hueca como un balón de aire. Sus ojos miraban obstinadamente los grumos amarillanetos de serrín, que parecían empapados de una indeleble sustancia grasosa.

Se levantó de pronto y murmurando un gracias apenas audible a pasar con los ojos bajos por delante del obrero, volvió a meterse en la trastienda. Maurito le siguió con la vista, moviendo la cabeza con gesto vagamente compasivo.

Al entrar en el cuarto, una bofetada de aire caliente mezclada a los sudores agrios allí acumulados, estuvo a punto de hacerle vomitar de nuevo. Respirando con fuerza y tratando de habituarse a la



espesa humareda que le escocía en los ojos, se repuso sentándose a la mesa dispuesto a continuar la partida. No bebió más en toda la noche procurando conservar la máxima lucidez, pero las alternativas del juego no le permitieron recobrar el cheque. A pesar de sus desesperados esfuerzos y de una loca suerte que estropeaba con su torpeza, quedó debiendo las dos mil pesetas al Puma.

Esta mañana, cuando a fuerza de querer olvidar el incidente casi lo había logrado, Juanjo ha recibido en la tienda una llamada de teléfono. El Puma tuvo pocas palabras, pero tan secas que no daban lugar a dudas sobre las ganas que tenía de fastidiarlo. Se había enterado de que a Juanjo no le quedaba una lata en el Banco, aunque no había llegado a saber que el talón era de la cuenta de Eduardo. En la ventanilla se lo habrían rechazado desde el primer momento al ver su firma, seguramente sin molestarse en comprobar la numeración. Le ha dado tres días de plazo para rescatar el cheque a cambio de las dos mil del ala. El pensaba hablarle a María Luisa, pero la presencia del otro lo ha estorbado. Después de todo, no tiene la cosa demasiada importancia. El Puma tendrá sus prontos, pero la cosa ya ha pasado y a lo mejor le perdona la deuda cuando vaya a llevarle el dinero. Y por otra parte, cuando él plantee a alguien de verdad el asunto, ¿quién no le va a prestar dos mil pesetas al nieto de don Pedro Duarte, el dueño de los Grandes Almacenes? El viejo estará como una chiva, pero lo que es el cartel no hay quien se lo quite.

Juanjo hincha el pecho y sigue para la bodega de los primos con el ánimo más confiado. También puede decírselo a Luis, el mayor de ellos. De seguro le deja las pesetas.

Pero aquel día resultó imposible. Era sábado y el tío Francisco se pasó toda la tarde enseñándole minuciosamente toda la bode-



ga, desde el embotellado al cuarto de muestras pasando por el taller de tonelería. Otra chaladura como la del abuelo con la tienda, valientes lilas están hechos todos los viejos. Lo cierto es que cuando Juanjo por la noche se despidió, guardaba aún dentro las palabras que había de decir a su primo.

- oOo -

La joyería de Román está casi en el centro exacto de la calle Lonja, encajada entre los calzados LA IDEAL y el almacén de tejidos EL BUEN VESTIR. Su escaparate goza fama de albergar normalmente una verdadera fortuna, a pesar de que Juanjo sabe que las gentes de la localidad critican el pésimo gusto con que están dispuestas las mercancías en el interior de las vitrinas.

Deteniéndose a contemplarlas en su evanescente deambular, se mete perezosamente las manos en los bolsillos, dejando desfilar ante sus distraídos ojos el fulgurante destello de los promontorios expuestos. Estos días en que le atosiga esa machacona preocupación, su retina sólo capta un contorno difuso de las cosas. De todas formas, él pone cuanto puede de su parte/por solucionar el problema, aunque ahora se encuentre tontamente falto de atrevimiento para aprovechar esta oportunidad que tiene ante las narices. Echando por fin a derecha e izquierda una furtiva ojeada que sólo lo tranquiliza a medias, se decide bruscamente a entrar en la tienda.

- ¿El señor Román?

El dependiente, absorto en la contemplación de un panel que acaba de ordenar, levanta sobresaltado la cabeza al oír aquella voz tirante. Sus ojos parpadean un segundo antes de que sus oídos hayan asimilado completamente la pregunta.



- Enseguida le aviso, señor.

- De parte de Juanjo Duarte - Indica el joven con apresurada voz, masticando con fuerza el cigarro que acaba de sacar del bolsillo.

- Sí, señor - El dependiente esboza una sonrisa, corroborando a continuación antes de entrarse con paso ágil en la trastienda - Si ya sé...

El muchacho muequea, fastidiado. Laverna es como para que él cometa de día un crimen, como no lo conoce nadie... Con más de cien mil habitantes y es como un pañuelo. En fin, si ahora le sirve de algo, menos mal.

Procura distraerse echando una ojeada al local, que se le revela floreciente. Las vitrinas de las paredes están llenas de fruteros, bandejas, copas de premios y otros objetos que su vaga mirada no se preocupa de identificar. Bajo el encristalado mostrador se agrupan en mezcolanza toda clase de piezas grandes y chicas, desde relojitos de señora hasta gruesas pulseras de pedida, dispuesto todo con cierta ostentación que se le antoja un tanto vulgar. Juanjo comprueba satisfecho el aire de nuevo rico que respira todo el ambiente de la joyería. Es difícil que no le atienda Román. Los nuevos ricos se pirran por servir a la gente de clase, sobre todo si ésta tiene dinero. Centenares de veces lo ha oído y esta confortante seguridad le sirve ahora para aplacarle los nervios.

! La cortina de la trastienda se aparta de pronto para dejar pasar al sonriente Román, que llega seguido de su acólito. Con la mano muy extendida avanza dando la vuelta al mostrador, estrechándole muy calurosamente la suya.

- Perdona, Juanjo, si te he hecho esperar - Le aprieta el brazo con afecto - Pero me has cogido en la mesa con el último boca-



do. ¿Tú has almorzado ya?

Juanjo, a pesar de sus buenas esperanzas, no esperaba tan cordial recibimiento. Algo sorprendido, procura sin embargo ponerse a la altura del otro.

- Sí, sí, acabo de almorzar. Pero tú continúa tranquilo.

- No, no, pero si ya había terminado... - Le invita a pasar a la trastienda. El dependiente se desliza tras ellos en dirección al local, dejándolos solos.

La trastienda es una pieza mediana con una gran mesa al fondo, donde a la luz de la lámpara del techo resplandece un confuso aglomerado de joyas. Cuatro butacones de terciopelo rojo se encuentran en torno a otra mesa de despacho más pequeña, que aparece atestada de papeles. Al lado del diminuto estante que alberga unos tomos de literatura policíaca, se halla la puerta de comunicación con la vivienda.

El joyero invita a Juanjo a sentarse en uno de los butacones, instalándose en el borde del otro.

- Pues tú dirás, mocito - Dice sonriéndole, mientras le ofrece de la tabaquera que acerca de la mesa - ¿Qué me cuentas?

Juanjo traga saliva antes de contestar, considerando ahora la difícil embajada. Coge un purito de la caja con la derecha, pero al querer soltar con la otra su colilla en el cenicero, tropieza con el borde de la mesa, regando de ceniza la alfombra. Se inclina rápidamente en un vano intento por impedirlo, pero el joyero lo frena poniéndole una mano en el hombro.

- Nada, hombre, no te preocupes - De un amigable papirotazo le hace caer la colilla al suelo, ofreciéndole el encendido mechero y alumbrando él a su vez - Si está para eso...

Enseguida se deja caer sobre su butacón, mientras le contempla con amistosa confianza, donde hay sin embargo un sentido escrutador



de alerta.

- Vaya, vaya con Juanjo, que nunca se quiere dar una vueltecita por aquí... !Pero qué sorpresa, hombre!

Se queda mirándolo con una media sonrisa invitadora. Juanjo chupa fuerte del cigarro, buscando frenéticamente en su interior las difíciles palabras que tiene que pronunciar. El joyero parece decidirse de pronto.

- ¿Alguna joyita? - Dice despacio, con los ojos amablemente entornados, acariciándose enseguida el mentón con gran parsimonia  
- ¿Algún apurillo?

El joven, descargado de pronto de un peso enorme, respira con alivio. Se esfuerza por hablar en tono normal, tragando apresuradamente la saliva :

- Sí, eso es, Pepe. Tú lo has dicho, lo has adivinado.

Román no contesta enseguida. Levantándose con una agilidad que parece increíble en su grueso cuerpo, hace girar el mueble de la biblioteca, extrayendo de su interior una botella de coñac y dos copas. Se acomoda de nuevo en la butaca, entreteniéndose en llenarlas despaciosamente hasta los bordes. Tiende una a Juanjo y cogiendo la otra entre dos dedos se repantiga con cuidado, dedicándose a mirar el líquido a través. Sus ojos escrutan las burbujitas que chisporrotean débilmente en la superficie del líquido, entreteniéndose en crear otras al imprimir al cristal cortos movimientos rotativos.

- ¿Cuánto? - Inquieta con suavidad sin mirarlo.

Juanjo se encoge un poco en el asiento, la mirada fija en la fascinante copa del joyero, que gira sin cesar en su pequeño bamboleo convulsivo.

- Tres mil y pico. Tres mil... quinientas.



Se echa bruscamente hacia atrás, conteniendo la respiración, con los ojos aun prendidos de la copa. La pequeña tempestad dentro de las paredes de vidrio prosigue interminable. Sube, baja, sube, baja... Juanjo siente apretada la garganta, mientras trata inútilmente de tragar saliva. Aquel sube y baja, aquel gira y gira que deja las fauces secas como esparto. Aquello que gira como un interminable tío-vivo, como una montaña rusa eterna, como una ruleta que puede hacerle definitivamente ganador...

- ¿Mujeres? ¿Juego?

La voz del joyero ha cortado algo de súbito al dejar la copa sobre la mesa. Juanjo, aliviado de pronto, sonrío como ante un viejo camarada :

- Una de cal y otra de arena.

- Ya - Román paladea con un placer inesperado, bebiéndose de un trago la montaña rusa - Me firmarás un pagaré. Sin fecha.

Juanjo respira ya profundamente, mirando su reloj. Son las dos y media y a las tres tiene que ver al Puma. ¿Cómo no se le ocurrió antes?

- Lo que quieras, Pepe.

El joyero le indica la mesa con un gesto protector, de complacido Mecenas.

- Ahí tienes papel y pluma. Sabes hacer un pagaré, claro...

Juanjo vacila un momento, mientras se acomoda a la mesa con infinitas precauciones. No acaba de creerse su inesperada suerte. Este Román es un tío muy listo, seguramente será mentira lo que se dice de él por ahí, que ha ganado todo su dinero robando.

- Claro - Le repite. Pero su voz suena poco convencida, lo que no escapa al oído ejercitado del joyero.

- Yo te lo dictaré - Se levanta de la butaca con ademán campechano - para que te salga bien a la primera ¿De acuerdo? - Se sient



en el brazo del mueble frente a él y lo mira entre sus ojos entornados - Es importante saber hacer un pagaré ¿sabes? A los trece años yo ya sabía hacerlos - Se incorpora con una vaga sonrisa, asaltado de súbito por el recuerdo - De seguro mi principal se acordó toda su vida de aquel mi primer pagaré... ¡je! ... Bueno - Recobra su aire serio - A lo que íbamos...

Juanjo, pasada ya la ráfaga de admiración, escribe el documento a su dictado. Un pagaré de tres mil quinientas pesetas sin vencimiento ni fecha.

El joyero saca enseguida de su cartera cuatro billetes, entregándoselos en un gesto de amigo que emociona fuertemente a Juanjo. Mientras se despide con inmensa efusión, ahoga en su interior un suspiro de alivio. Además de cancelar la deuda con el Puma cuenta ahora con unas pesetas para darse un buen garbeito.

Cuando se queda solo, Román saca un gran sobre de uno de los cajones de la mesa de despacho y escribe algo en la cubierta, metiendo dentro el pagaré. Abre la caja de caudales empotrada en una de las esquinas del cuarto y la guarda entre otros papeles, haciendo girar la combinación y asegurándose de que queda bien cerrada.

Sobre el exterior del sobre hay sólo tres palabras :

GRANDES ALMACENES DUARTE.

- oOo -

Andrés y Alvaro salen juntos de la tienda, concluida ya la jornada. A las siete de la tarde hay todavía bastante claridad, aunque ya todas las luces de los establecimientos y escaparates están encendidas. El naciente crepúsculo, insinuándose lentamente entre las cuadrangulares vértebras de los edificios, da al color azul pálido



del cielo una delicadeza de joya.

Los dos muchachos van agotando con parsimonia la calle Rivero, entrándose a seguido en la avenida Lonja. A su mitad, ampliamente rebasada la rotonda del Palomo Rojo y el reloj público que como un guardián del tráfico domina las cuatro encrucijadas, se encuentra la librería Gener, una de las mejor surtidas en literatura, pues es casi la única de Laverra en su género. Andrés pasa raramente por delante de su vitrina sin detenerse a esculcar las últimas novedades.

- Mira, Alvaro - Exclama de pronto, agarrándolo con fuerza por el brazo - "El manantial", de Ayn Rand.

Ambos se pegan a la cristalera, observando el libro con curiosidad.

- ¿Vas a comprarlo?

- En cuanto pueda, ya lo creo - Andrés está completamente absorto en la contemplación - ¡He oído hablar tanto de él! Voy a preguntar cuánto vale - Se entra en el establecimiento para volver a salir al cabo de un momento - Cien pesetas, no está mal. Lo menos setecientas páginas. Pero son cien pesetas, vaya... ¡Cualquiera la tiene! Tendré que escurrirme de verdad. Menos mal que estamos a veinticuatro.

Sus ojos valoran con delectación la sobria arquitectura del volumen expuesto. Tras el grueso cristal Gary Cooper y Patricia Neal sonrían en la portada. Alvaro enciende un cigarro al cabo de unos momentos, aguardando a su amigo con filosófica paciencia. Andrés no le hace el menor caso.

- ¿Dónde vamos? - Pregunta por fin Alvaro, viendo que él, como de costumbre, no acaba de arrancar. Decidiéndose, lo agarra por un brazo, llevándose lo hacia adelante. Andrés lo sigue con la cara



todavía vuelta hacia el escaparate, parpadeando con aire súbitamente despierto.

- Vamos a dar una vuelta - Le responde al cabo del tiempo, recobrándose con pesar - Lo de siempre.

- ¿Qué echarán hoy?

- No sé - Se encoge de hombros - Cualquier película buena está aquí de más. ¿Es que no lo sabes?

- Bueno, pero vamos a ver la cartelera del "Maravilloso".

- Vamos.

Siguen caminando lentamente hacia el cine que alza su mole grisácea en la última bifurcación de la calle, pasada la de Bagocheros. Es un miércoles y a pesar de que el tiempo es bueno, poca gente transita la calzada. Empleados que como ellos acaban su trabajo, algunas chicas medio bien que dan una sola vuelta temiendo ser muy vistas, algunos pollos arrastrapiés que desdoblán su aburrimiento entre las dos aceras y cuatro tratantes que jalonan los cafés esperando un negocio. En el Casino Lavernés ya se atreven los socios a sacar butacas a la calle, porque el tiempo ha mejorado y se huele ya el azahar de la Semana Santa. La larga hilera de sillas cobrizas va de un extremo a otro de la fachada. Delante de los sentados, pequeñas mesas redondas de un solo pie se guarnecen en su superficie de oblongas copas de vino y tapas variadas.

Andrés y Alvaro avanzan paralelamente a la fachada del Casino, marchando en dirección a la rotonda. El primero contempla muy fijo la apretada fila de socios, recorriendo cabezas con la vista a medida que avanza. Sus ojos están empuerrecidos y el labio inferior le sobresale con un gesto levemente brutal.

- Los cretinos de siempre - Murmura muy despacio, acentuando cada palabra que le silba entre los dientes.



- ¿Qué te pasa? - Le pregunta Alvaro, con el tono de quien conoce de antemano la respuesta.

El otro lo mira con las cejas muy levantadas.

- ¿Qué me va a pasar? - Su ademán es despectivo - Los cretinos esos, que no tienen arreglo.

- ¡Je! - La risa de Alvaro restalla aserrada - Tú no los puedes tragar.

Andrés lo mira con irritación, deteniéndose a contemplar la hilera de cabezas desde el extremo de la rotonda.

- ¿Y quién los puede tragar, sino ellos mismos? Son los cerdos más grandes de la tierra. No dan golpe, con millones - Se pasa la lengua por los labios, escupiendo con fuerza y mirando muy fijo a su amigo - Alguno hay que tiene ciento de millones, ciento de millones ¿te enteras?, y que no ha asomado la jeta fuera de aquí, como quien dice... Con tantas cosas como hay que ver por el mundo, los muy... Se pasan la vida aquí, como carcamales asquerosos.

- Bueno, pero no todos - Replica Alvaro con viveza, reculando ante la arremetida - A tí te da por generalizar, ahí está tu falta. Yo te conozco bien, pero cualquiera que te escuchara diría que estás rebosando odio contra todo el mundo. Te pasas el día despatriando a diestro y siniestro. Y de esto, yo te digo que conozco a algunos que son buenas, pero muy buenas personas. Y que trabajan, y que viajan... Y que no tienen los millones muertos, como tú dices. Caso de que los tengan, que no todo el monte es orégano.

- Esos, los menos - Le replica Andrés cortante, echando de nuevo a andar - Tanto que podían hacer por Laverna... y nada. A criar barriga los muy... Y se mueren de aburrimiento, no creas. Pero nada, ellos erre que erre...

Alvaro se acompasa al andar de su amigo.



- Eso de que se mueran de aburrimiento habría que verlo. Ellos tienen sus distracciones.

Andrés levanta la cabeza con brusquedad.

- ¿Qué dices tú de distracciones? - Las palabras salen escupidas entre los dientes apretados - ¿Tú estás bueno de la cabeza, muchacho? - Se le vuelve, plantándose en el centro de la rotonda y apretando los puños con fuerza, mientras habla como siguiendo una idea fija - Mira, Alvaro, en dos palabras te describo al tipo ese. Como verás, le he dado vueltas a la cosa... Es un tipo que nace con dinero, que es mal estudiante, flojo por los cuatro costados, que cuando acaba una carrera a fuerza de tarjetas, es todo lo de Dios. Obtiene el titulito, aunque a veces se queda sin él a pesar de todos los chanchullos, y ya se cree con derecho a sentarse en el casino para toda la vida, a emborracharse de vino y de murmuraciones. Como ves, tengo pensado lo mío sobre ello. El tipo lo tengo definido: Ignorante, egoísta y necio. ¿Qué quieres tú que se haga de un elemento como ése?

Alvaro menea dudoso la cabeza, mientras se rasca el cuello con cuidado.

- No te negaré que en parte tienes razón, pero es tu defecto de siempre, Andrés. Y te llevarás muchos disgustos, te lo tengo dicho. Generalizas y generalizas y metes a todos en el mismo saco. Y mira que yo estoy escarmentado por muchas cosas, tú lo sabes.

Andrés, con el rostro contraído, lo mira con dureza.

- Pues mal se conoce, muchacho.

- Lo que yo te digo que lo uno no quita lo otro - Alvaro desvía la vista, mordiéndose los labios - Yo conozco a algunos que son buenas personas, ya te lo he dicho, y que valen, vaya. Las cosas no hay que sacarlas de quicio, hay que mirarlas tal y como son.

Andrés le contempla con ojos duros e irritados.



- Mira, muchacho, no me vengas con cuentos. Si son buenos, que les hagan un cerco a los otros. Lo que yo te digo es que tiene que llegar un día, no sé cómo ni cuándo - Señala hacia atrás con el pulgar curvado - en que esta vergüenza de gente desaparezca. ¿Estamos?

Su amigo mira cansadamente hacia otro lado, mientras se carga de infinita paciencia.

- Si estoy de acuerdo contigo, Andrés - Le contesta con monótona voz - Si estamos de acuerdo...

- ¿Entonces...?

Alvaro lo coge del brazo, haciéndole marchar.

- Mira, Andrés, no tengo ganas de berrenchines. Que nos pasamos discutiendo las veinticuatro horas del día. ¿Es que ganas algo con ello? Yo ya te lo he dicho, repitiéndotelo mil veces, que estoy harto de coles, que ya me he tragado mis berrinches y que el juego que le podamos sacar a la vida, eso es lo que nos vamos a encontrar. ¿De acuerdo?

Andrés se deja conducir unos pasos con el ceño fruncido, deteniéndose de golpe. Respira profundamente y apretando los párpados, deniega enérgicamente con la cabeza.

- No, Alvaro, no - Le replica, ya con voz más tranquila - Por favor, no me hables así. Que me parece estar escuchando a uno de esos - Lo mira con los ojos muy abiertos, consideradamente - Yo sé lo harto que estás de muchas cosas, de muchas cabronadas. ¿Pero tú crees que ése es el camino para mejorar? Hay muchos como tú, eso es lo triste, coño.

Alvaro inclina la cabeza sin responder, dejándose llevar por el brazo.

- Anda, vamos.



Atraviesan la calle en silencio, hasta llegar a la entrada del "Maravilloso", que forma chaflán con la de Bagocheros. El letrero luminoso, llameando rojo en el crepúsculo azulino, es como una manada de luciérnagas suspendida de la fachada del cine. En los costados del interior, las fotografías en colores anuncian como película de turno "La Sierra de la Esmeralda Maldita". El cartel central reproduce el título en grandes caracteres verdes, formando un círculo que cobija una sonriente muchacha que juega con un lazo, vestida de vaquero.

- Lo que dije - Comenta Andrés, echando una superficial ojeada - Una porquería.

Alvaro enciende un cigarro, con el rostro aun ligeramente demudado. Contempla pensativo como se consume la cerilla entre sus dedos, hasta convertirse en una astilla negruzca.

- ¡Psht! ¿Entramos?

- Yo no. Tú, si quieres. Yo me voy a ver a Carmen.

- ¿A qué hora sale? - Alvaro habla todavía algo forzado.

- A las ocho. Tomaré un café entretante.

- Bueno, pues... Yo voy a entrar.

Andrés lo mira con las cejas muy levantadas.

- ¿Vas a ver esa birria? Pero si tenían que colgar al empresario...

Alvaro le contempla con ojos resignados.

- ¿Qué voy a hacer si no? Los otros me aburren.

Su amigo lo mira fijamente.

- Haz lo que quieras. Yo me he prometido no venir al cine mientras no echen buenas películas. O pongan un cine-club. ¿qué menos? En una ciudad como ésta...

- Pues estás apañado. ¡Buen aburrimiento te espera!



Andrés se encoge de hombros.

- Ché, lo de siempre. Dentro me aburro también, después de gastarme los cuartos como un primo.

Su amigo lo mira extrañado, con un vago gesto de protesta.

- ¿Pues qué quieres tú? Por lo menos son dos horas que se echan fuera.

Andrés lo mira con sorpresa, conteniendo difícilmente su irritación. Le clava en el pecho su índice extendido :

- Ese es el mal de todos nosotros, muchacho. Querer echar el tiempo fuera. Si hasta parece que tenemos prisa por morirnos...

- ¿Vamos a seguir discutiendo? - Alvaro lo mira con el cigarrillo colgándole desmayadamente de los labios - Si tienes ganas de desahogarte, vamos a una casa de tratos.

Andrés mueve la cabeza con fuerza.

- No quiero. Me aburren y me asquean, además de sacarme los cuartos como un imbécil. Como una película mala, igual. He estado otras veces y he salido peor.

- Pues chico, no sé...

Alvaro entorna los ojos, mirándolo apaciblemente a través de la cortina de humo del pitillo, que sigue colgado de su boca. Echa una ojeada al reloj.

- Bueno, Andrés - Le pone una mano en el hombro - Voy a entrar. Va a empezar la película. Son menos cuarto.

Andrés, delante de él, da un talonazo, cuadrándose :

- Suerte, muchacho, y 'ojones para aguantarla.

Su amigo, desconcertado, lo mira irse. Luego, encogiéndose de hombros, se va hacia la taquilla.



El salón francés, tan muellemente propicio en esta calma hora de las seis, proyecta la sombra azulada de sus butacas sobre el encerado parquet. Las alanceadas ráfagas de tibio sol, colándose a través de las entornadas vidrieras del balconcillo, diluyen todos los objetos del cuarto en una luz tierna, sin rebordes, como de tejido gelatinoso.

El sol moribundo de la tarde, destellando sobre los tejados de las casas de enfrente, recorta contra el ventanal los cuerpos de Carmela Uriarte y Charo Cisniega que, apoyadas en la barandilla, beben con delicadeza sus tazas de café. El grato bordoneo de las conversaciones, interrumpido a veces por un tintineo de cucharillas, no turba sin embargo el sueño de Paco Cifuentes que con un "Fotos" entre las manos, se ha quedado beatíficamente amodorrado en la butaca del rincón.

Su mujer, sentada en el brazo del sofá junto a la dueña de la casa, se inclina sobre ella con los ojos muy atentos.

- Mariana, hija - Dice con curiosidad - Cuéntame lo de tu suegro ¿quieres? Que a lo mejor es grave. Hay que ver, con lo simpático que se me hace...

La mujer de José, sin dedicarle una sola ojeada, sigue echando tranquilamente café en su taza. Las piernas de Juana, muy hundidas en seda, se balancean con brusca impaciencia, descubriendo con generosidad sus macizas rodillas.

- ¿Qué quieres que te cuente, mujer? - El tono de Mariana es ausente. Sigue manteniendo la cafetera en alto - ¿Quieres más café? A mí me apetecía... - La interroga con los ojos, soltando el recipiente al ver que la otra rehusa con un ademán - Como quieras... - Coge su taza y se recuesta con desembarazo en el sofá - ¿Qué decías? ... !Ah, mi suegro! Pues él se encuen-



tra bien, cosa pasajera. Como comprenderás, son los años, no hay que darle vueltas.

Se queda abstraída mientras bebe, evocando la cara del viejo cuando subió la otra noche de la tienda. Traía una cara tan pálida como la pared en que se recostó al entrar. Su suegra se asustó tanto que mandó enseguida recado a don Alejo a pesar de lo tarde que era. Desde luego hay mucha gente que se interesa por su salud, pero Juana hasta hace poco había hecho tanto caso de su suegro como de la luna. Es curioso que ahora pregunte tanto. Por eso ha preferido despistarla, aunque no le ve muy convencida de su respuesta.

La otra se ha dejado resbalar al interior del sofá, con una mueca despechada ante la evasiva. Dominándose sin embargo, insiste de nuevo:

- Pero él se cuidará ¿no? Porque hay que ver lo que ha luchado y lo que sigue luchando todavía... No vaya a ser que tenga alguna enfermedad ¿tú no crees?

Mariana disimula un gesto de impaciencia, pero el seco golpe con que deja la taza sobre la mesa la traiciona, haciendo encogerse a la otra sobre sí misma.

- ¿Qué va a tener, mujer? - Su tono es algo displicente - Lo que todo el mundo cuando tiene su edad. Nada. Todas las enfermedades y ninguna. ¿Has visto tú a alguien que con setenta y ocho años no se resienta de nada? Pues ahí lo tienes - Abre los brazos, como para mostrar algo cegadoramente evidente - Tú misma lo has dicho, lo trabajado que está.

Juana se la queda mirando con deseos de hacer aun otra pregunta, pero el pliegue contraído de los labios de Mariana la hace temer una respuesta demasiado cortante. ¡Caramba con Mariana, la mosquita muerta! Con la familia es una babaza, se derrite con to-



dos como si fuera miel, pero cuando se trata de complacer a una verdadera amiga le da por sacar las uñitas.

Con un mohín decepcionado se vuelve hacia donde su marido, que se despierta siempre como gallo de pelea, sostiene una verdadera batalla verbal con la Cisniega y la Uriarte. Se queda mirándolas con disgusto, entreteniéndose en enumerar con fruición sus numerosos defectos. Las dos están hechas unas pájaras, la una bebiendo los vientos por los primeros pantalones que se presentan y la otra, más vieja que el pópulo, presumiendo en todas las reuniones como si fuera una pollita. Dios, las cosas que tiene una que aguantar. Pero qué remedio, cuando no se ha nacido con dinero... Alzándose muy derecha sobre el sofá, levanta ligeramente la voz.

- Pero dejadme tranquilo a Paco - Dice con su mejor sonrisa - Que ya está hasta la coronilla de contar que si "Barceloneta" ganó por un cuerpo, que si ganó por dos o si por medio pelo. Qué tabarra, Dios, el cielo que me tengo merecido. ¿Pero se puede saber - Pregunta, acentuando hasta un límite imposible su amabilidad - qué es lo que queréis sacarle?

El, exhibiendo una sonrisa que tiene la virtud de sacarla de quicio, se repantiga más en la butaca, abanicándose tranquilamente con la revista. Como siempre que se duerme un rato en las visitas, tiene ahora el aire más despabilado que nunca. No parece sino que el condenado se prepara a salir poniendo banderillas, si lo tendrá ella calado.

- Déjalas, mujercita mía - Sus pequeños ojos están traviesamente entornados - Que les conviene. A lo mejor el día de mañana tienen que ganarse las pesetas como nosotros. ¿Es que la caridad no es la principal virtud que debemos practicar dada nuestra alcurnia?

Juana junta mucho las cejas, soltando de pronto una carcajada que regocija infinitamente a las otras. El duelo sempiterno del ma-



rimonio no constituye un secreto para nadie, ella lo sabe y trata de disimular el efecto que le causan sus estúpidas frasecitas de segunda intención. La sonrisa no abandona sus labios, mientras exclama con compasivo acento:

- Este Paco, hijas, ya le conocéis - Se lleva el índice a la sien con expresivo gesto - Así está. Mi caso, hijas, ni caso.

El abre mucho los ojos, abanicándose más despacio y hablando con voz llena de dulzura:

- Pero mi vida, si no digo más que la verdad...

La dueña de la casa, saliendo de su abstracción, empuja hacia ellos la mesita rodante de los cafés.

- Bueno, amigos - Anima con una sonrisa - Tomemos otra taza, que hay que calentar el ambiente, que esto está muy aburrido.

- La tripa es la que está aburrida - Paco se da una palmada en el vientre. - Y además, hace muchos años que no he bebido un café como éste, palabra.

Las patas de gallo de la Uriarte se multiplican repentinamente en una amplísima sonrisa, pero sus ojos alertas espían las reacciones de Juana.

- Pues aprovecha ahora, Paquito - Dice, con un gesto animador que hace brillar su enojado meñique - que la ocasión la pintan calva, que cuando llegan las vacas gordas ya se sabe...

Los ojos de Paco relucen de súbito, dejando caer enseguida los párpados con una sonrisa bondadosa.

- Carmela, no te puedes figurar cuánto te agradezco lo que dices. Tienes más razón que un santo, si siempre lo he dicho -  
- Se recuesta en la silla con vago pesar, mirándola con atento aire de alumno - No te puedes figurar siquiera la cantidad enorme de veces que echo de menos tus consejos, hay que ver, ya lo



creo... Con lo que dan unos añitos de experiencia, ya quisiera yo tener tu edad, porque hay que ver lo que tú has vivido... Carmelita

La otra se queda sin respiración, mientras un súbito arrebol la sube hasta la raíz del cabello. Mueve los labios, pero ningún sonido sale de ellos, optando por callarse al no encontrar de momento la respuesta adecuada. Juana la mira con ostensible compasión ante la sonrisa regocijada de las otras.

- Hay que dejarlo como siempre, hoy está imposible - Toma una golosina de la fuente que hay sobre la mesilla - Tú no le hagas caso, Carmela - Sus labios se curvan anchos sobre el dulce, llenándola la boca - Ya sabes, él tiene esas manías... Sobre todo - Se vuelve preocupadamente hacia las otras - ya sabéis, le da por gastarse el humor de la pobreza, como si en casa no tuviéramos...

- Pues hija - Tercia la Cisniega, cruzando con lentitud las piernas ante los ojos divertidos de Paco- Si tiene ese gusto, con su pan se lo coma. Aunque - Mirando a Juana con intención - yo no sé qué decirte, pero cuando el río suena...

Paco se incorpora con vivacidad, lanzándose al quite.

- Pues lo que os decía antes, mi "Barceloneta" es una yegua magnífica. Me ha hecho ganar en mi vida más dinero del que tenía cuando nací...

Su apresurada intervención ha cortado la respuesta de Juana. Ahora la Cisniega alza vivamente el brazo, como un dique.

- Para el <sup>!</sup>cárrro, muchacho, que no estamos para bolas - Su tono es de quien se tiene muchas cosas sabidas - Un poquito menos, guapo... - Se retrae en seguida sin embargo y fija sus entornados ojos en Juana - Aunque desde luego hay rumores. Ya, ya...

La Ibarragómez tiene un rápido destello, que se transforma en una expresiva ojeada que recorre con lentitud el cuerpo de la otra.



- Sí, mujer, ¿por qué no? - Su voz es más untuosa que nunca - Cuando se tiene algo... se explota...

La Cisniega acusa el golpe, buscando frenéticamente en su cerebro una respuesta. A su alrededor sólo encuentra ojos curiosos y divertidos. Ah, pero el recuerdo que la asalta puede ser definitivo para aplastar a esta sabandija, sólo tiene que procurar que no le falle la voz, porque está tan nerviosa...

- Ahora que me acuerdo - Respira con fuerza mientras deja caer su mano un segundo sobre la rodilla de Juana, que no puede evitar un leve respingo - Hija, ya sé que no tenéis muchos muebles y que los que os quedan no están muy allá que digamos - Hace un ademán de excusa, disculpándose con una risita ahogada - Si hasta me acuerdo todavía del siete que me hicieron en la falda cuando estuve allí. Con las puntillas, hay que ver... - Se detiene para observar el efecto de sus palabras, lanzando a continuación la pregunta - ¿Pero es que no podríais mandarme los silloncitos que te presté cuando el santo de Paco? Porque es que siento más vacío el saloncito... - Se los queda mirando, ojos interrogantes - Porque ya os habrán hecho el avío ¿no?

Cifuentes, cómodamente arrellanado en su butaca, observa a las dos mujeres con su aire crítico de costumbre. El papel de mediador no es muy lucido, pero tiene que aceptarlo a veces para evitar que el día menos pensado estas damas se agarren del moño con sus tonterías y armen la de Dios es Cristo.

- Pero, Amparo, mi alma - Dice rápido, frenando en seco la contestación de su mujer, que adivina tempestuosa - Si los silloncitos los tenías en el soberado, llenos de polvo... Más falta me hacen en mi casa. ¿Es que no sabes que soy pobre como una rata?

La Cisniega mira hacia otro lado, desconcertada. Le teme infini-



tamente más a él que a ella, porque cuando menos se piensa salta por peteneras. Con Juana, a pesar de las diferencias, se siente en un plano de igualdad en el terreno de las indirectas. Claro, el otro es un frescales al que no le importaría ponerse en calzoncillos en mitad de la calle.

- No, es que había pensado - Responde al fin, sin saber donde mirar - Me harían tan buen juego en el comedor, ahora con la entrada del verano... - Encogiéndose de hombros resignada, mientras mira de soslayo a la otra - Aunque vaya, si tanta falta os hacen, si sois tan pobres como dices...

Mariana interviene para cortar definitivamente la cuestión, dirigiendo a Cifuentes una pregunta directa:

- Pero vamos a ver, Paco - Dice, inclinándose hacia adelante muy interesada para desviar hacia ese punto la atención de las otras - Lo que yo me pregunto, ese orgullo que tienes de tu pobreza, porque es orgullo, no cabe duda... ¿quieres decirme de donde lo has sacado... si se puede saber?

El alza la cabeza sorprendido, frunciendo mucho las cejas. Sacando la pitillera, se entretiene en elegir cuidadosamente un cigarro mientras le da vueltas en la cabeza a la preguntita de campeonato de Mariana. Las otras le observan esperando curiosas, pero él, ocupado en encender, no parece dispuesto a contestar enseguida. Su habitual expresión burlona parece no haber existido nunca en su cara, lo que no le gusta nada a su mujer, que trata de atravesar rápidamente aquel momento difícil.

- Pues hijo - Le espolea con una media sonrisa - Si no vas a decir nada...

Paco la mira con un destello en sus ojos endurecidos, replicándole con aspereza:



- Tú cállate, haz el favor, que a tí nadie te ha preguntado -  
- Enseguida se calma, fijando su mirada en la mujer de José, que lo contempla con vaga ansiedad - ¿Que de dónde lo he sacado, preguntas? - Su voz se hace de pronto grave, al tiempo que entorna los ojos a través del delgado velo del cigarro - Es una cosa que sólo te puedo decir a tí, Mariana.

El largo momento de sorprendido silencio queda cortado de súbito por un corro de pequeños chillidos y gritos.

- ¡Que lo diga, que lo diga!

- Y que no le echa teatro...

- Venga, al grano, al grano...

- Eso no vale, que aquí somos todos unos.

Todas le acosan, haciéndole zalemas y suplicándole que hable, porque él tiene siempre muy buenos golpes. La dueña de la casa sigue sentada, con sus ojos escrutando nerviosos el rostro de piedra de Paco, que no parece dispuesto a hacer concesiones. Finalmente, las otras, desalentadas, van disminuyendo sus súplicas hasta dejarlo del todo tranquilo.

Ella se levanta de pronto con resolución y seguida por la mirada inquieta de Juana, se entra en el balconcillo, recostándose en el barandal y procurando hablar con tono ligero que no consigue ocultar su preocupación soterrada.

- Bueno, hombre - Le anima con una sonrisa - Dime, que estoy muerta de curiosidad.

Las demás siguen sentadas haciendo corro a Paco. Mariana se apresura a añadir:

- Ya veréis, ya veréis... Bueno, ya le conocéis - Se encoge de hombros - Se ha encaprichado y hay que seguirle la corriente.

El se levanta con cansancio del sofá y fijándose con cierto re-



godeo irónico en los rostros que le rodean, pega un bostezo descomunal. El cigarro le cuelga de los labios y el humo que sube le hace entornar los ojos en un parpadeo que Juana reconoce como el de las grandes ocasiones. Incliniéndose en un saludo reverencioso, se acerca a ellas dándoles unas palmaditas en los hombros.

- Hasta ahora, nenas, y portaos bien. Creedme, éste es un momento importante, porque las cosas de Paco Cifuentes, ya sabéis, no son nunca vulgares ¿estamos, nenas?

- Vaya, hombre - Le reconviene su mujer, cruzándose de brazos y procurando quedar bien ya que no puede hacer otra cosa - Que te están esperando como al Santo Advenimiento.

- Ya voy, mujercita - El le pellizca la barbilla y se le ríe en la cara - Que eres un sol, cielo, formalita como ella sola... - Chupa con fuerza del pitillo, haciendo un saludo con la mano - Hasta ahora, niñas.

Ellas se acomodan aburridamente en las butacas, al tiempo que él, entrabriendo las vidrieras lo justo para pasar, se entra en el balconcillo. Su rostro, transformado de repente, preocupa a Mariana, que nunca le ha conocido esta expresión. Vuelto de espaldas al saloncito, contempla en silencio las sombras que proyectan las chimeneas sobre los canales de tejas de las casas vecinas. Sus ojos duros y pensativos entre las arrugas de las ojeras, indican sin embargo a Mariana que los pensamientos de Paco viajan muy lejos. Hace años que lo conoce, pero sólo de algún tiempo a esta parte su máscara de tarambana ha comenzado a abrirse para ella por medio de algunas confidencias. Sin saber por qué, un vago temor le hace latir el corazón más aprisa que costumbre. Sin atreverse a interrumpir su mutismo, clava unos ojos interrogadores en su cara tensa.

- Me has hecho una pregunta - Paco la mira con fijeza, dejando que su voz se deslice con lentitud, como apresando cada palabra -



- y créeme, he sentido un repentino interés en contestártela. Pero en contestártela a tí sola. Las otras no podrían entenderme ni yo tengo el menor interés en darles a conocer lo que pienso. Pero tú, Mariana, por desgracia lo he descubierto hace muy poco tiempo, eres distinta y te lo puedo decir. No quiero regalarte los oídos porque no viene ahora a cuento, pero tú eres bastante inteligente y sabrás comprenderme mejor que todas esas - La pausa que hace le sirve para elegir un nuevo pitillo, que enciende recogiendo la brusca llama en torno a sus labios crispados - Tú me preguntas que de donde he sacado este orgullo, este orgullo de mi pobreza... Pues mira - Sus ojos chispean con súbito interés - ¿quieres que te diga? No existe una fuente concreta, porque lo he sacado de todos y de nadie... Concretando, de ésas que están ahí y de otros y otras que son como ellas. Verás, hay tanta gente que vive bien y se pavonea de su riqueza, tanta gente que vive mal y se pavonea de su riqueza también. He aquí yo - Sonríe con una mueca de cansancio - Lo pensé un día, hay que hacer algo extraordinario, sensacional, macanudo... aunque luego resulte todo una birria. Es que se aburre uno tanto, tan espantosamente, créeme, que yo daría a veces un brazo por encontrar un sentido a todo esto que me rodea. Es tan absurdamente idiota, tan estúpidamente imbécil... - Hace una pausa larga, contemplando con ojos vagos la larga ceniza de su cigarro y tirándola con el índice, al tiempo que levanta la cabeza y la mira fijo - Mira, Mariana, yo he tomado el partido de vivir muy bien, pavonearme de mi auténtica pobreza y soltar de vez en cuando un tufo de sinceridad - Se echa a reír de pronto, animándose su cara irónica ante las sabrosas perspectivas que recuerda - Como lo hago borracho o haciéndome el borracho, nadie me toma gran cosa en cuenta. No te tengo que decir porque ya lo habrás visto tú a pesar de que sales po-



co o te habrán ido con el cuento, que aunque yo me camufle con el bebercio, me tienen en todas partes por un frescales de marca mayor, incapaz de tomarme nada en serio. Pero me invitan porque se divierten conmigo.

Se ríe de pronto, pero enseguida un velo cubre sus ojos, empañándolos de fatiga. Mariana, con los suyos muy abiertos, le escruta con ansiedad mientras le pone una mano en el brazo.

- ¿Por qué haces eso, Paco? ¿Es que acaso te gusta hacerlo?

El no la mira, tocado en su interior por la voz suplicante. Frunce mucho las cejas y con calculados movimientos aplasta con sumo cuidado la colilla contra el hierro del barandal, convirtiéndolo en una masa informe, que arroja con fuerza a la calle. Enseguida alumbra un nuevo pitillo, mirándola con los ojos entornados a través de la débil cortinuela de gasa.

- ¿Yo qué quieres que te diga, Mariana? - Se encoge de hombros, mientras enarca las cejas en un frustrado gesto de vivacidad - Tengo la desgracia de ser menos burro que muchos y eso me crea unos complejos de que no te puedes hacer idea. ¡Lo feliz que sería yo con la cabeza llena de serrín y el estómago que tienen algunos! Pero como eso ni se compra ni se adquiere, yo prefiero atrapar sendas merluzas que me permitan desahogarme de las verdades que se me pudren dentro. ¿Está claro?

Ella le ha escuchado con los ojos muy fijos, con esa expresión que ella toma siempre cuando su marido empieza a decir cosas que ella nunca quisiera oír, tan terriblemente la lastiman. Inclina la cabeza, hablando en voz muy baja:

- Paco, tú nos desprecias a todos. ¿Verdad?

El observa durante unos segundos su frente baja, echándose de pronto a reír con fatiga:



- Pero tú estás loca, mujer - Dice, procurando reprimirse - Yo no desprecio a nadie, libreme Dios. Tendría que despreciarme a mí mismo. ¿Es que acaso no pertenezco a vosotros tanto como vosotros a mí?

Ella sigue sin apartarle los ojos :

- ¿Y estás seguro...?

El tiene en los suyos un relámpago :

- ¿De que no me desprecio a mí mismo?

Ella asiente con la cabeza, desviando su mirada. El mastica con fuerza la punta de su cigarro, con los ojos perdidos en la gran mancha gris que va taponando el cielo. Sus dedos tabalean sobre la madera durante unos segundos y su mirada indefinible, profundamente indefinible, parece carecer de un fondo conocido.

- Mira, Mariana - Su voz le suena a él mismo extrañamente normal - El que yo me desprecie a mí mismo o no, no tiene importancia a estas alturas. Los problemas de conciencia de un señorito como yo quedan anegados en otros muchos más gordos de solución mucho más difícil. Además, si tienes los ojos abiertos, te darás cuenta que de un costado a otro todo está tan podrido, que pus con pus poco se ve. Todo viene de muy atrás, de tan atrás que casi se pierde... - Sus ojos pensativos parecen escrutar las lejanías de que habla, con una expresión que la hace estremecerse - Son culpas - Sigue diciendo con voz muy lenta, con la mirada vagando en la tarde ensombrecida - culpas tan viejas como siglos... Culpas que un día traerán hombres que vendrán implacables a cobrarse esa inmensa deuda de justicia con todos los intereses acumulados. Ahora parece que no, que no existe nada, pero yo a veces, sobre todo cuando estoy muy borracho, tengo presentimientos terribles... Siento que a veces tiembla el suelo, como si debajo de él rugiera el



volcán que ha de tragarnos a todos.

Se calla, cerrando la boca con brusquedad, como temiendo haber dicho demasiado. Mariana ha cerrado los ojos, huyendo de la visión evocada por Paco. Un leve temblor la sacude incontinentemente los labios, mientras lucha por hablar.

- Paco - Exclama con angustia - ¡Qué terrible presentimiento el tuyo! Es algo de pesadilla...

Los ojos de él relucen unos segundos con intensidad, después inclina la cabeza tratando de sonreír, pero la mueca contraída que le sale está llena de hastío.

- No tienes por qué preocuparte - Le dice, procurando dar un tono ligero a sus palabras - Sabe Dios... - De improviso, se alza muy derecho sobre sus talones, abriendo bruscamente las vidrieras y precipitándose en el interior de la sala. De dos zancadas se acerca a la mesa, cogiendo la botella de coñac y levantándola en alto con ademán de triunfo - Vamos, niñas, animaos vosotras, que ya véis que a Mariana no se le puede gastar una broma. Enseguida pone cara de crío llorón - Viendo que ellas lo miran estupefactas - Pero, amigas, queridas amigas y carísima esposa - Sigue animándolas con grandes gestos, mientras alza aun más la botella - Bebamos, bebamos, que la vida se acaba y hay que gozar... ¡Que gozaarr...!

Extendiendo mucho el brazo izquierdo alza el derecho con la botella, bebiendo un gran trago. Las demás, entusiasmadas, le corean con pequeños chillidos y gritos.

- ¡Viva Paco I! - Grita la Cisniega.

- ¡Viva el rey de los guapos! - Le corea la Uriarte.

- ¡Viva mi niño! - Le sigue la Ibarragómez, dándole un abrazo, al que él corresponde con entusiasmo.

Mariana, aun fuera del cuarto, los contempla con asombro. Estas escenas son frecuentes en la casa, sobre todo en ausencia de su



suegra, pero ahora lo encuentra todo absurdo. Paco, rodeado de mujeres y exultante de dinamismo, canta el aria de "Tosca".

La puerta del salón se entreabre asomando la cabeza de Juanjo, que se vuelve enseguida hacia Patrocinio del Aire, dejándola paso. Cifuentes da el do de pecho y empujando la botella, aguanta corajudamente el aliento mientras bebe un segundo trago más largo que el anterior.

- Hola, Juanjito y Compañía - Saluda a continuación, limpiándose la chorreante boca con la manga.

-¡Hola a todos!- Gritan éstos, siendo coreados al punto.

Paco recobra repentinamente la seriedad, pero el brillo de sus ojos se le antoja sospechoso a Juanjo. No en balde han corrido más de una juerga juntos, y esto ayuda a conocerse. Serán patochadas lo que suelta, pero que tienen más gracias que la puñeta. Hay una diferencia de medio a medio con el Puma. Hasta se le puede dejar a deber dinero tranquilamente.

- ¿Habéis visto por ahí a Antoñito Rivera? - Pregunta Paco - ¿Se ha casado por fin con la hija de... su padre?

Juanjo se sonríe, completando mentalmente la frase sugerida, mientras llena un par de copas.

- Falta todavía una semana - Le contesta, dándole una palmada en el hombro - ¿Y tu "Barceloneta"? ¿Qué tal se porta?

- Como nadie. Todos estamos encantados con ella - Replica Paco, indicando a seguido con un gesto cortés a la del Aire - Menos la señora.

- A mí - Contesta ésta, acomodándose en un sillón y bebiéndose de un trago su coñac - No hay quien me empuje a ese terreno.

Es una mujer cincuentona, que usa siempre unos grandes escotes y conduce un Rolls-Royce con mucha habilidad. Ha viajado bastante



y adopta siempre un aire de superioridad que da dos patadas en el estómago a Paco. Para él es el prototipo de la funcional secretaria norteamericana... sin trabajo. Dejándose caer hacia atrás, comenta con un ligero sonsonete :

- Pues, hija, tú no pareces de tu tierra. A mí me das la impresión de una norteamericana que ha participado en muchos "rounds".

Ella, sin inmutarse lo más mínimo, se ha sacado de su bolsillo un espejito, entreteniéndose en reflejar en él un mohín de desafío, que no se molesta en acentuar demasiado.

- ¿Y qué? - Replica sin mirarle, mientras se pasa un pincelito por los labios - Hay que vivir la vida.

- Oye, Juanjo - La Cisniega, moviendo lentamente las caderas, se le acerca hasta casi rozarlo, con una sonrisa temblándole en las comisuras - Tú que vienes de la calle ¿me encuentras de buena facha? ¿No estoy muy pálida?

Al mismo tiempo da una vuelta en redondo para que él pueda contemplarla a su sabor. Juanjo se pasa una lengua por los labios, enrojeciendo ligeramente. Caramba con la gachí, se le pone de una manera que tendría que ser ciego para no darse cuenta de que está perdiendo guerra. Tranquilizado por una ojeada que le revela que su madre habla en este momento con Paco, redondea el cuerpo de la Cisniega con un despacioso ojeo de chalán.

- Por mí, chica - Le replica con lentitud, exhibiendo una mirada húmeda - estás estupendísima. De rechupete, ya digo - Agrega, moviéndose con la lengua unos labios repentinamente secos.

- Gracias, Juanjito, qué sol eres - Ella sonríe, acercándose al grupo de las otras y moviéndose con delectación ante el espejo - ¿Es que no jugamos hoy?

El leve crujido de la puerta al abrirse la hace volverse con



rapidez. José apenas tiene tiempo de lanzar una ojeada a los reunidos antes de encontrarse con ella de manos a la boca.

- ¡Pepe, hijo! - Le grita con repentina alegría, agitándole delante las manos - Que no pude venir a celebrarte los santos. Hijo, - Agrega con pesar - que me cogió en Madrid, ¿sabes? Era la apertura de Monteviolento, el modisto... Figúrate, no podía perdmelo por nada del mundo. ¡Fue tan maravilloso! - Habla con nostalgia, haciendo de pronto una sonriente transición - Pero tú que eres tan comprensivo me perdonas, ¿eh, Pepito?

- Claro, mujer, claro - José le estrecha rápidamente la mano y la deja plantada, huyendo de costado - ¿Quién no te perdona a tí?

Con un resoplido de alivio, se detiene bruscamente mientras observa a Paco, que no le quita los ojos de encima. Las pupilas de José centellean un segundo, enseguida los párpados se dejan caer, velándolas.

- ¿Qué tal, Cifuentes?

El rostro de éste permanece inmutable, pero sus dedos, contraídos sobre el fondo oscuro del pantalón, denuncian la tensión repentina de su cuerpo.

- Muy bien, Duarte - Replica sin embargo con voz tranquila - ¿Y tú, qué me cuentas?

Mariana, que a pesar de integrar el grupo, no ha perdido puntada del encuentro, sabe que su presencia es necesaria en este tirante encuentro. ¡Cuánto daría ella por que se comprendieran! No parece sino que cada uno, sin haber llegado siquiera a cruzar una palabra violenta, adivinara en el otro un enemigo. Su sonrisa trata de echar a broma la situación, en la que intuye un oscuro subsuelo que la asusta.

- Pero, amigos míos - Exclama, acercándose con rapidez - ¿Qué



bromas son esas? ¿Es que ya no sois Paco y Pepe?

Su marido tarda en responder, apretando ligeramente los puños con el cerebro tenso. Paco lo mira con una placidez que preocupa aun más a Mariana.

- Se trata de una apuesta - Dice al fin José.

Paco deja aflorar una media sonrisa a sus labios, asintiendo lentamente con la cabeza.

- Sí, claro, es una apuesta.

Juana, en el extremo más próximo del grupo, ha sorprendido su contestación. Abandonando rápidamente su puesto, se acerca a saltos palmoteando:

- ¡Que la cuente, que la cuente!

José se apresura a cortarle paso.

- Es un secreto entre Paco y yo.

El otro asiente casi con pesar, encendiendo con tranquilidad un cigarro.

- Sí, es un secreto - Le contesta, levantándose con un bostezo y dirigiéndose con lentitud al rincón. Adosado cautamente contra el fondo, ve acercarse muy despacio a José, diciéndole en voz baja cuando ve que ya puede oírle - Creía que estabas en Sevilla.

El otro lo mira con un frunce burlón entre las cejas.

- Acabo de llegar, querido. Estamos en el siglo XX.

- ¿Pero qué secretos se traen estos hombres? - Pregunta la Ibarragómez acercándose con leve paso, mientras una sonrisa confidencial le tiembla en las comisuras - Que no puede una enterarse de nada. ¿Qué forma es ésa de hablar? ¡Ni que estuviéramos en un velatorio!

José la mira con fijeza, con una mueca que le hace sobresalir el labio inferior.



- Cosas de hombres - Le replica, ligeramente hostil - Cosas de hombres, señora.

Ella finge un gran susto, retrocediendo un paso.

- ¡Huy, qué barbaridad, qué forma de tomar las cosas! - Su aire es de reto, dirigiéndose luego con ostentación a su marido - Bueno, tú ya me contarás luego ¿no, guapo?

Ninguno de los dos le hace caso y ella se retira al fin, sin abandonar su despechada sonrisa. José mira fijamente a Paco, mientras susurra :

- El domingo a las siete en el hipódromo.

El otro lo mira con sorpresa, pero enseguida sus ojos se bajan asintiendo.

- De acuerdo, allí estaré.

José le estudia durante un largo momento antes de dirigirse a la puerta. Cifuentes ve desaparecer su silueta en la oscura penumbra del salón viejo.

-ooOoo-

La atmósfera de la habitación, ardiente a pesar de la templada noche de primavera, le hace revolverse inquieto entre las sábanas, agravando el insomnio que se le ha hecho habitual a fuerza de costumbre. La alta ventana, entreabierta para que el paso de aire facilite la ventilación del cuarto, difunde sobre los objetos del dormitorio una luz que molesta vivamente los ojos fatigados de don Pedro. Dando otra vuelta procura adormecerse de nuevo, pero el obsesante cortejo de sus pensamientos sigue desfilando en su interior como una monótona procesión de espectros.

Son los hijos, siempre los hijos. Los hijos son las dos pala-



bras que murmuran constantemente sus labios, de una manera mecánica. Los hijos, que se le deshacen entre las manos como pompas de jabón que estallaran de súbito en el aire. Hoy ha estado trabajando con Rozas hasta las tantas, liado con el asunto de los suministros de Bilbao. Por fin han llegado a establecer una fórmula que convenza a estos vascos del diablo, que ponen cada vez precios más altos con el cuento de que la economía nacional está hecha polvo y que hay que tomar drásticas medidas para salvarse del caos. Como si la economía nacional no llevara lo menos quince años hecha unos verdaderos zorros. Y por otra parte está el personal, que es un problemita que también se las trae. Millares, el modesto Millares, que se ha atrevido a pedir aumento de sueldo con el cuento ese de la subida de precios y diciendo con su cara boba que si la cuenta de beneficios ha sido bastante saneada el año pasado. ¿Y los gastos?, le ha replicado él. Y al otro le ha dado por barajar cifras, valiente majadero. Desde luego cualquiera lo convence, estando en el mismo cogollo de la contabilidad. Con los empleados, ya lo tiene él dicho muchas veces, hay que mantener una rigurosa disciplina. Una buena vez a tiempo puede evitar muchos males en lo sucesivo.

Y por otra parte José, sin reaccionar en absoluto. El, que debería ser uno de los que trinaran más por el plan ese de los suministros. Viéndoles días y días discutir sobre el mismo asunto y buscando soluciones a problemas urgentes. Sólo una vez levantó la cabeza y escuchó con atención. Era cuando se trataba de las cifras finales a ofrecer. Sí, el dinero, como todos los Duarte, lo lleva metido en la masa de la sangre. Pero tener dinero sin tener otra cosa, es bien poco en la vida. Aunque el dinero sea la palanca del mundo, hay que tener además coraje, cerebro y amor por las cosas. Amor por la profesión, como dice Rozas.



Se siente sofocado con el calor asfixiante que despiden la cama. Incorporándose con trabajo, empuja el embozo hacia su mujer, que duerme sin bullir lo más mínimo. Él debe tener algo de fiebre seguro. De otra forma no se explica este baño de sudor en que se sumerge todas las noches. Ya don Alejo le ha recomendado que se cuide el corazón, porque empieza a fallarle de una manera alarmante. Bah, se encoge de hombros mientras se calza las zapatillas, le han fallado ya tantas cosas en la vida...

Observando el despertador de la mesilla, que marca las dos, meneaba dubitativo la cabeza. Se pone despacio en pie, decidiendo finalmente echarse encima el batón, mientras rebusca llaves y gafas en el traje colgado de la silla. Entreabre la puerta con cuidado, dirigiéndose a la salida a través del salón viejo, cuyos retratos antiguos, colgando a ambos lados de la pared, parecen querer acompañarle con unos ojos curiosamente amistosos. Contemplándolos a medida que avanza hacia el recibidor, se siente algo más confortado, como si en el descenso que emprende hacia la escalera, sintiera tras de sí estos seres amigos que le acompañan siempre en sus soledades y en sus tristezas.

El patio, vagamente iluminado con sus torneadas columnas y su sonoro silencio campesino, le hace detenerse de súbito junto al barandal. Es algo extraño que lo ha asaltado de repente, casi haciéndole retroceder, algo que sin embargo hace latir más acompasadamente sus nervios desquiciados. Sí, es algo como esa paz que se lleva dentro cuando se va a misa limpio de conciencia, como esa religiosa invitación a la escucha que hace comulgar oscuramente con todas las cosas.

Apoyándose en la pared se inclina con ansiedad hacia adelante, bebiendo el hechizo del momento con sus ojos deslumbrados. El aire



tiene la suavidad del terciopelo y el silencio se precipita de repente sobre él, fecundado por innumerables voces viejas que le susurran sus misteriosos secretos al oído. Sí, es verdad, qué terrible nostalgia, todo está lleno de recuerdos, cada centímetro de terreno tiene una punzadita para su corazón, cada losa cuadrada tiene una historia para él, cada columna querida parece susurrar el nombre de Pedro. Pedro, Pedro, Pedro... Y desde el fondo, las cristaleras de la tienda se le acercan bellamente entrelazadas, como las muchachas que avanzaban gentiles en el Eslava en el tiempo maravilloso de la más bella época de su juventud, recién casado con María Luisa... Y la puerta de la tienda se le abre invitadora, como se abrían entonces los ojos de ella, al despertar durante las inolvidables noches de amor, cuando él sentía que en el mundo sólo existían dos seres cálidamente entrelazados en la noche amándose, amándose... Los estantes del interior, llenos de telas perfumadas, con ese olor tan profundo que es una invitación a la vida, le dedican misteriosas sonrisas iluminadas, como la primera sonrisa del hijo, el primero, el que haría que la tienda fuera gloriosa, grande y querida en todas partes, el que haría que cuando se hablara de Laverna, junto a los monumentos públicos, a las glorias de la ciudad, a las instituciones célebres, se citara siempre la tienda de los Duarte y se hablara de don Pedro como del que la había engrandecido, iluminándola como una antorcha, influyendo sobre la economía nacional como una pieza insustituible. Por la tienda se hallan repartidos trozos de su propia vida, todo está extendido en una sonriente maravilla que no se acaba nunca. Todo gira en una amorosa danza, las sillas, las mesas, las telas, es su juventud fecunda y armoniosa que se despliega ante sus ojos como un coloreado ballet que gira y gira, acariciando con sus manos suavísimas su corazón fatigado de viejo luchador. Las mesas



de los despachos salen a recibirle con miríadas de sonrisas, como temblorosas anunciaciones que trajeran la noticia del nacimiento del primer nieto, el que cogería con manos firmes las riendas del negocio, viendo la inutilidad de los padres...

Es todo un sueño, son sueños que han girado locamente, vertiginosamente, desangrándose poco a poco con los años terribles, recibiendo amputaciones que por todas partes los han dejado mutilados, como esos niños contrahechos que ya no pueden danzar, necesitados de muletas. Sueños sin posibilidad humana de renacer, sueños ahogados como flores náufragas de un mar de cieno, sueños heridos mortalmente en el corazón y que luchan todavía por subsistir en medio de una frenética agonía...

Derrumbado en el sillón frente a su mesa de despacho, don Pedro oculta la cara entre las manos durante un largo rato. Luego la deja resbalar sobre su viejo rostro cansado, buscando a ciegas entre el manajo de llaves que sus empañados ojos no distinguen con claridad. Levantándose torpemente se dirige a la caja de acero empotrada en la pared, hurgando con mano temblorosa en la combinación y abriendo la pesada puerta. Escoge del manajo una llave diminuta y dejando a un lado los paquetes de facturas y los fajos de dinero, abre el pequeño departamento del fondo, extrayendo de su interior un libro que no lleva etiquetas sobre los lomos, como los otros alineados en los estantes.

Enciende la luz del flexor y apaga la del despacho, prestando así cierta intimidad a la pieza. En el centro reina la brillante circunferencia que proyecta el brazo metálico, quedando el resto sumido en una neblinosa penumbra. Don Pedro se deja caer pesadamente en la silla, calándose las gafas y empezando a hojear el libro con lentitud.

El volumen es de factura antigua y medianamente grueso.



Las hojas tienen color de pergamino y la tinta va desde un tono amarronado claro hasta un negro muy intenso, con algunos pasajes escritos en azul. Los tipos de letra también difieren, productos de épocas diversas.

El libro contiene pocas cifras: Fechas de nacimientos, de muertes, de inauguraciones... El resto es escritura compacta y firme, donde han colaborado hace ochenta años todos los Duarte. Es la historia de la familia desde que nació la tienda. 1870 es la primera fecha que aparece con caracteres góticos en la cabecera. La letra fina, algo descuidada, pero con ciertos trazos enérgicos, es la de don Arturo, su padre, el Duarte aristócrata que fundó la casa. Fue el primer hombre que en los últimos tiempos tuvo fuerza creadora en la familia, a pesar de que se había pasado una cómoda juventud en el carril de señorito. Pero supo reaccionar a tiempo, supo crear y supo transmitirle a él la fiebre de su creación, el amor y la ley puesta en una cosa concreta y auténtica. Se ve allí la fecha en que se ordenaron los primeros derribos, cuando se levantaron las primeras paredes, cuando se tendieron los mostradores de roble sustituidos después por los de mármol, cuando se iniciaron las primeras conexiones con Sevilla y Sabadell, cuando fueron a la estación a retirar la primera remesa don Arturo, Sánchez y Pablo, hombres que habían muerto hacía mucho tiempo, pero que dando sangre a cosas inanimadas, habían creado cosas vivas. Se anotaban las primeras dificultades en la marcha, la competencia exacerbada ante cada nuevo enemigo, la cruda oposición de la vieja aristocracia lavernesa, la boda de su padre, su propio nacimiento. Venía después un largo paréntesis de quince años, desde la muerte de su padre hasta que él mismo hizo su primera anotación en el libro a los diecinueve años. Luego todo mantenido con perfecta regu-



laridad, anotado todo por él, que había visto crecer a la tienda, la había dotado de fuertes fibras y nervios, le había metido sangre nueva en sus desfallecimientos, la había defendido de los malos suministros, de las huelgas, de la guerra europea con su artificial hinchazón, de la civil que la había paralizado, de la feroz carestía de los primeros tiempos de paz, de la voracidad del estraperlo, de las drásticas medidas tributarias que la habían amenazado en los peores momentos económicos de la nación. Venía también su propia boda, el nacimiento de sus hijos y más tarde nuevos nacimientos, nuevas muertes y nuevas dificultades y también nuevos éxitos. La vida entera de la tienda se mostraba allí como un gigantesco músculo desarrollado fibra a fibra desde su nacimiento, un músculo que enroscándose a los Duarte con la feroz seguridad de la liana virgen, hacía vibrar la sangre y la savia en un mismo y único latido.

Don Pedro ha terminado de hojear el viejo libro. Sus ojos quedan pensativos sobre la última página durante un largo rato.

Con un vago suspiro, se pasa la mano por una frente preñada de tenaces arrugas.

Luego, ajustándose las gafas, empieza a escribir...



En Motril,  
una mano que no sabe escribir  
ha escrito:  
"aquí no ay mas que ambre".  
Antonio Pérez,  
POETA.-

Miguel cuelga el teléfono, después de haber sostenido la corta conversación. Se repantiga sobre la butaca y cruza las piernas.

- Está loco el viejo - Murmura - ¿Para qué querrá verme con tanta urgencia? Será algo de la tienda, seguro. Siempre está a vueltas con el dichoso establecimiento.

Entra Rodríguez, el capataz. Rodríguez es alto, grueso, con manos grandes y ojillos que relucen como negras cuentas de vidrio.

- ¿Qué hay?

- Son unos flojos, don Miguel - Dice, señalando con la mano al exterior - Los he mandado arrancar la maleza de "El Pantanillo" y no quieren. Dicen que hay mucha agua. Como si no la hubiera por todas partes.

Duarte se levanta brusco, haciendo caer al suelo una de las carpetas que hay sobre la mesa. El capataz se apresura a recogerla.

- ¡Pero qué idiotas! - Exclama en un arrebató, con los ojos brillantes de cólera - Ni que fueran hijos de condes - Se le acerca con el mentón levantado - ¿Y qué ha llovido para eso?

Lo planta, paseándose por la estancia con las manos en los bolsillos.

- Pues nada - Se irrita, mostrando ante el otro la cosa evidente - Unos días, insignificante... - Se detiene un momento ante él - Bueno ¿Y no quieren echar la peonada hoy?



- Eso dicen, don Miguel - Rodríguez maneja la boina entre las manos. Sus ojos cazurros siguen sumisos los pasos del amo.

El hacendado se para y mira por la ventana. Es un comienzo de abril, pero el día está nublado. Persiste aun la dura semana de lluvias, que ha impedido toda clase de labores en el campo. El grupo de campesinos, emboinado y silencioso, forma una masa compacta, como buscando en su promiscuidad el calor que el cielo cubierto y la tierra encharcada les niega. Hay caras tranquilas, ojos inquietos, manos que se cierran y se abren, como esperando asir algo concreto que se escurre como anguila.

- ¿Y quién ha sido el que ha empezado? - Miguel se detiene delante de Rodríguez. Este se pasa la mano por la boca.

- ¿Quién va a ser, don Miguel? El de siempre, el Bravillo. Si no fuera por él, los otros habrían ido. Ya ha visto como mira para acá.

Los gruesos labios de Duarte se cierran con fuerza.

- Ya le arreglaré yo las cuentas a ése. Nos estamos tropezando demasiado. Es el gallito ¿no?

- Sí, señor - Asiente Rodríguez rápido - Yo creo que sin él los otros habrían ido. Pero él les habla, les convence. Yo creo que es comunista.

- Conque comunista ¿eh? Ya me encargaré yo...

Pero la voz de Miguel es ahora baja y floja. Parece haberse desinflado de ¡pronto. Vacila, mientras se sienta a la mesa.

- Ejem... Bueno, acabo de recibir un telefonazo de mi padre para que vaya enseguida...

- Sí, señor - Le contesta apresuradamente el capataz.

Miguel lo mira. Sigue hablando.

- Me tengo que ir a Laverna ahora mismo. ¿Está preparado el coche?



- Voy a ver, don Miguel - Hace ademán de salir.

- No, deja, ya lo veré yo. En lo que te diga del trabajo, ahora no hay por qué continuar. Diles que trabajan en "El Pantanillo" o no hay peonada hoy.

- Sí, señor - Rodríguez se inclina mucho, con la boina entre los dedos - Es lo que había pensado.

- Tú y yo estamos siempre de acuerdo ¿no? - La voz del amo es blanda, pero sus ojos rebuscan el alma del capataz.

- Sí, señor - El tono del otro es cauteloso, como si se adentrara en arena movediza.

El hacendado se levanta y toma el pellizón que descansa sobre la silla.

- Yo voy a la ciudad. Volveré mañana, creo.

- Sí, señor.

El capataz se hace a un lado y Duarte sale. Pasa por delante del grupo y da unos buenos días secos. Los hombres se le quedan mirando mientras le saludan cachazudos, pero Miguel se mete en el coche y pone el motor en marcha.

- ¡Rodríguez! - Llama de pronto.

Este acude a toda prisa.

- Si llaman otra vez por teléfono, diles que yo ya voy para allá, pero que tardaré un poco porque voy a desviarme para pasar por el cortijo de los Lobato. ¿Estamos?

- Sí, don Miguel, ya sabe usted que soy bien mandado. No se me olvidará.

- Está bien. Hasta mañana.

- Buenos días, don Miguel.

El Austin se pierde en dirección a la carretera. La gente lo ve marchar impasible, mientras aguarda a Rodríguez. Unas gotas empiezan a caer.



- Ya os habréis dado cuenta - Comunica el capataz con mal disimulada satisfacción - Don Miguel dice que, o se trabaja hoy en "El Pantanillo" o no hay peonada. No estamos aquí para aguantar flojos

Uno de los campesinos se adelanta. Tiene ojos pequeños y decididos, cara regordeta y es bajo y grueso.

- Tú sabes que en "El Pantanillo" hay casi medio metro de agua -  
- Dice muy tranquilo, marcando mucho las palabras - ¿Se lo has dicho a don Miguel?

- Claro ¿no se lo voy a decir? - Pero la voz del capataz es floja, deshilachada, con los ojos desviados.

- Eres un embustero, Rodríguez - Increpa el otro, manteniéndose sin embargo muy sereno.

El capataz se engalla:

- Aquí no hay ningún hijo de puta que me llame embustero.

Se ha alzado en toda su estatura, pero un ligerísimo temblor de sus labios lo denuncia. Los demás se han acercado despacio y contemplan la escena, impasibles. Hay algunas caras burlonas, pero la mayoría son inexpresivas.

La cara del campesino es de piedra. Sus ojos relucen:

- Es verdad, muchacho, tienes toda la razón. Ningún hijo de puta te lo ha llamado. He sido yo.

El capataz queda desconcertado. Los otros sonríen, divertidos. Pero el gesto del Bravillo es duro. La boca le sale aquijarada.

- Bueno - Rodríguez da dos pasos atrás - Haced lo que queráis. Don Miguel ha dicho ya la última palabra.

- La última palabra nunca se dice, muchacho - El Bravillo habla muy reposado - Sólo cuando se tiene la caja clavada. ¿Y tan mal quieres a tu amo que dices que ha dicho la última palabra? Se conocen que no tienes la cabeza muy allá.

Le vuelve la espalda con desprecio, mientras los demás corean



sus palabras con una franca carcajada. Rodríguez cierra los puños y va a dar un paso, pero se detiene.

- Vosotros podéis hacer lo que queráis - Dice el Bravillo, rodeado de todos sus compañeros - Yo por mi parte no trabajo hoy. Y tengo además mucha prisa, algo urgente que hacer. Y contigo - Se vuelve al capataz, mirándolo con fijeza - ya se hablará más despacio

Rodríguez frunce el ceño, con una lucecita de temor en los ojos.

- Yo estoy contigo - Dice uno al Bravillo.

- Y yo.

- Y yo.

- Y todos.

- Así me gusta, muchachos - Dice grave el campesino - Es la forma de conseguir un poco de justicia. La justicia es el pan para todos. Pero ahora tengo que irme. Hasta luego.

Rodríguez contrae los puños, viéndolo marchar. El jornalero corre a campo traviesa a buena velocidad. Los demás también le miran ir.

- Bueno, entonces... ¿no queréis trabajar? ¿Es que no queréis comer? ¿No pensáis en la familia, en los chiquillos...? - El capataz se les acerca con las manos extendidas, levantando mucho la voz -  
- Mirad que es ya muy tarde, pero que todavía podéis empezar la peonada.

- ¿En "El Pantanillo"? - Pregunta el Mojino, un tipo escuálido y muy moreno.

- En "El Pantanillo", sí señor.

El mentón levantado del capataz no admite réplica. Su voz corta el aire con fuerza.

- Por mí, no - Contesta el Seras, un viejuco de abundante pelo entrecano - Ya se han muerto este invierno cinco de pulmonía,



entre ellos mi hijo. Y yo no quiero morirme. Todavía tengo que acordarme mucho de él y hacer que se acuerden otros - Su boca, sin dientes, es una línea metálica.

- Hay trabajo en otros sitios - Asegura alguien.

- Hoy se trabaja en "El Pantanillo" o no se trabaja - Termina lapidario, Rodríguez.

Los campesinos le miran. Ante los ojos de todos, fijos sobre él, Rodríguez aprieta la boca, ceñudo. Los hombres van desfilando. Se ha elegido.

Los goterones son cada vez más fuertes.

- oOo -

El Bravillo corre a campo traviesa. Sabe que ha perdido mucho tiempo, pero confía en la agilidad de sus piernas. El atajo le servirá de mucho para acortar el coche de don Miguel. Además, si éste ha ido al cortijo Lobato, tendrá tiempo sobrado de alcanzarlo.

Al cabo de veinte minutos de marcha, tras saltar un par de cercas, llega a la casilla del peón caminero. Jadea como un fuelle.

- ¿Has visto pasar el coche de don Miguel?

Decir don Miguel es bastante. Juan lleva treinta años en la casilla y conoce a todo el mundo en varias leguas a la redonda. No se le escapa ninguna novedad del contorno.

- No, me parece que no ha pasado.

- Yo lo he atravesado todo. No puede haber pasado. Tenía que ir a ver a don Daniel.

- Ah, entonces de seguro tardará todavía algo - Juan mira extrañado la mojada figura del jornalero - ¿Es cosa importante lo tuyo?



El Bravillo se seca la cara con la manga. La llovizna es persistente y cala como un agua mansa.

- Pues sí, cuando vengo hasta aquí... Una miaja importante. Cuestión de barriga.

- ¿De barriga? - Juan le mira, levantando mucho las cejas. Reacciona de pronto - Pero métete dentro, hombre. Espérale aquí. Don Miguel no tardará, vamos...

El campesino deniega con la cabeza.

- No, prefiero ir a su encuentro.

- Pero vas a pillar una buena.

- Mejor.

- Y después la familia ¿qué?

El Bravillo mira a Juan a los ojos. Hace muchos años que se conocen, pero el peón caminero nunca le ha visto mirar como hoy.

- Yo miro por mi mujer y mis hijos ahora, en este momento - Dice con ojos duros como cristales - Cuando la estire, habrá sido por ellos. Y entonces - Se encoge de hombros - que luchen ellos. Yo no habré podido hacer más.

Echa a andar por la carretera, completamente enfangada bajo la lluvia tenaz. A trescientos metros, tras una curva, ve aparecer el Austin. Se para en medio de la carretera y el coche se detiene. Los cien dedos lluviosos baten con fuerza sobre la charolada carrocería. El campesino se acerca a la ventanilla, quitándose la boina. Miguel baja el cristal!

- Buenos días, don Miguel.

- Hola - El hacendado lo mira de arriba a abajo - ¿Qué hay?

- Usted perdone. He venido por el atajo para alcanzarlo.

- Bueno ¿qué hay? Tengo prisa.

- Sí, señor - El Bravillo habla apresurado, mientras retuerce



la boina entre las manos y los pelos se le caen sobre la frente empapada - Hoy Rodríguez nos ha dicho que había que trabajar en "El Pantanillo". Y allí hay casi medio metro de agua. Como es terreno bajo...

Duarte se remueve con impaciencia.

- Sí, ya sé. El me ha dicho que no queréis trabajar.

- Queremos trabajar, sí señor - Dice el otro con rapidez suplicante - Pero metidos en agua hasta la rodilla, la verdad, don Miguel...

Este se recuesta sobre el asiento volviendo el cuerpo y colocando su brazo derecho sobre el volante, mientras levanta mucho la cabeza.

- Rodríguez ha dicho que había trabajo allí ¿no? Pues hay que hacerlo.

- Don Miguel, hay otros trabajos que se pueden hacer hoy y que no son en "El Pantanillo"... Además, este invierno, ya sabe usted, el Mochales y el Rufino estuvieron una semana metidos en agua y la pulmonía se los llevó.

Miguel tuerce la boca, dando una palmada sobre el volante.

- Yo siento esas cosas... Pero ¿qué queréis? El primer principio es obedecer, que luego vendrá el mandar. Si hay un trabajo que hacer, se hace y se acabó. Me duele la boca de decirlo.

El Bravillo calla un momento, desconcertado. Las gotas de agua le resbalan por la cara y él vuelve a secárselas con la manga. Sus manos retuercen la boina con torpeza.

- Señor, tengo mujer y dos hijos pequeños. Tengo que trabajar todos los días para darles de comer.

El amo hace un gesto de impaciencia.

- Muy bien, trabaja. Tienes trabajo.



- Pero, don Miguel, no se puede trabajar con medio metro de agua...

- Yo de eso no entiendo - Contesta el hacendado, poniendo el motor en marcha.

- Don Miguel, por favor...

- El capataz es el que manda. Que resuelva él.

- Usted ya le conoce, don Miguel. Rodríguez es testarudo. Cuando se le mete algo en la cabeza...

Miguel se encoge de hombros.

- Eso es cosa suya.

El ruido del motor, unido al de la lluvia, casi ahoga las palabras. Miguel aprieta los labios impacientes y mira al Bravillo. A éste se le descomponen las facciones y una llamarada brilla en sus ojos. Sus manos no son ya torpes y aprietan la boina con fuerza.

- Don Miguel... - Empieza a decir. Le tiemblan los labios y Duarte sabe que no es el miedo. Siente que algo frío le entra por el costado, paralizándolo. De improviso, cortando la palabra del otro, pone el coche en marcha, alejándose con rapidez.

El Bravillo se queda en mitad de la carretera, bajo la lluvia, que le resbala mansa por el rostro. Se encasqueta la boina hasta las orejas y se dirige a la casa del peón caminero.

Este le recibe con un buen fuego y le da de comer, pero lo mira con extrañeza. Juan hace muchos años que conoce al Bravillo, pero nunca ha visto sangre en sus ojos.

En el pequeño escritorio anexo a la sala del matrimonio, don Pedro se frota las manos mirando a su hijo. La ventana que da al patio, lagrimeando bajo la constante lluvia, convierte el silen-



cio del cuarto en una gran sábana blanca cortada en tiras por el menudo repiqueteo de los cristales. El anciano se inclina hacia adelante, rompiendo la larga pausa:

- Y es la única solución que veo. Yo quiero que la tienda quede en nuestras manos, bajo nuestras riendas. Tú puedes hacerte cargo de ella, hijo, porque ya sabes de lo que es capaz cualquiera de los otros. Tú has hecho prosperar el cortijo. Puedes hacer te ahora cargo de la tienda. ¿Por qué no? Contesta.

Miguel se pasa la lengua por los labios, desviando los ojos hacia los líquidos dedos que se deshojan sobre el balconcillo. Llegó hace media hora a la tienda y su padre lo acogió como si no lo hubiera visto en muchos años. Lo ha hecho subir con él a la casa y le ha hablado durante largo rato. El le ha escuchado con atención, a pesar de saber desde el principio adonde quería ir a parar el viejo. Cruza inquieto las piernas, sin decidirse a empezar. Al fin, con la cabeza baja, saca su voz pausada de los momentos difíciles:

- Papá, la tienda, la verdad, no es para mí... - Lo mira a los ojos, tragando saliva con esfuerzo - Ya hablamos de eso una vez y me parece que quedamos completamente de acuerdo... ¿Yo qué quieres que te diga? - Se pasa la mano por el cuello en un gesto expresivo - Yo me ahogo ahí dentro... Por otra parte, falta, lo que se dice mucha falta, no te hago, vamos, me parece... Tienes ahí un buen elemento que te ayuda mucho. Ese Rozas se desenvuelve muy bien, por lo que me has dicho.

Su padre lo mira con fijeza, recostándose con la cabeza baja mientras ahoga un vago suspiro. Sus manos se crispan con fuerza, luchando por encontrar el ritmo normal de su corazón, que ya empieza a fastidiarle. Miguel no comprende que ahora las cosas son diferentes, aunque ya se lo ha explicado. Levantándose con rapidez



rodea la mesa, sentándose a su lado y apoyándole la mano en la rodilla.

- Mira, Miguel - Le explica con paciencia, mirándole con ojos donde aun brilla una lucecita de esperanza - Hace más de ochenta años que tenemos la tienda. Yo llevo bregando con ella toda mi vida. Es para mí... ¿cómo te diría yo? Algo precioso, estupendo... Como una mujer cuando se está enamorado, eso es... Es la mejor comparación que te puedo hacer. Pero yo, es mi desgracia - Mueve la cabeza con pesar - soy ya demasiado viejo para seguir llevándola y el único de mi sangre que me puede sustituir eres tú. De los demás ninguno sirve. Ya te lo he explicado en otras ocasiones y tú lo sabes mejor que nadie. ¿Es que se puede conseguir algo de un resentido y de dos borrachos inútiles?

Miguel no responde enseguida. Manteniendo la cabeza gacha, se dedica a encender un cigarro, dándole una ancha chupada entre sus labios gordos. Recruza las piernas para evitar la mano del viejo en la rodilla. Este se echa bruscamente hacia atrás, aguantando la respiración sin apartarle los ojos.

- Papá, yo no sé como explicarte... - Dice con lentitud, mientras busca sobre la mesa un cenicero que no encuentra en su turbación. Deja caer la ceniza al suelo de un brusco papirotazo, añadiendo con repentina cólera, apenas contenida - ¿Yo qué te puedo decir? Ya me has oído otras veces. Si ninguno sabe dirigir el negocio, llevadlo entre tú y, Rozas ¿Por qué no?

Se queda mirándolo, con las facciones contraídas. El tono suyo es el único que puede hacer recular al testarudo viejo, que se mueve por encontrar un heredero para la dichosa tienda. Se remueve inquieto en la silla, huyendo de la expresión de su cara y mirando a otro lado. Uf, valiente fastidio. Ya está hasta la coronilla de los pildorazos que le tira cada vez que lo ve. El viejo es un duro, lo



ha demostrado toda la vida, pero en esta ocasión, qué diablos, se está comportando con la cabezonería de un chiquillo.

Don Pedro se queda silencioso durante un largo momento, en el que sólo se escucha el ruido monótono de la lluvia sobre las losas del patio. Levantándose con cansado gesto, da unos pasos por la estancia, con las manos en los bolsillos. Con los hombros caídos se detiene delante del retrato de su padre, colgado en el testero principal de la habitación.

- El me habría comprendido, seguro - Dice, levantando la cabeza hacia donde le contemplan los ojos fríos y la boca mordaz de don Arturo - Es algo que se siente, pero que no se puede explicar. ¡Oh, Miguel, yo quisiera...!

Este deniega con la cabeza, levantándose y yéndose a apoyar sobre la consola del fondo.

- Papá ¿qué quieres? - Se esfuerza en dominar el tono crispado de sus palabras - ¿Que yo sea un amargado como José? ... Nooo... De ninguna manera - Se acerca a su padre, pasándose una trabajosa lengua por los labios - Seamos realistas y veamos las cosas tal y como son, ~~zasa~~ no como queremos que sean. Yo quiero hacer en "La Guindalilla" las cosas que me gusta hacer a mí, no hacer aquí las cosas que te gustan a tí. Aquí las paredes se me antojan las de una cárcel. Para mí, te lo aseguro, no hay nada como aquello.

De pronto, al decir estas palabras, recuerda los ojos del Bravillo. Se siente un poco molesto con el recuerdo. ¡Bah! Siempre pasa lo mismo y nunca ocurre nada. Pero esta vez... Procurando desechar estos pensamientos, se aproxima a su padre hasta casi rozarlo.

- ¿Has pensado en tu hija?



- !!No!! - La respuesta de don Pedro es brusca como un disparo - Ella, no - Continúa, poseído aun de su arrebató - Esa hija desobediente no puede, no debe poner sus pies aquí. Y no quiero ni hablar de ella.

Miguel se cruza de brazos, impotente.

- Como quieras, papá. Pero María Luisa no es tonta y podría hacer muchas cosas si quisiera.

Su padre lo mira con ojos furiosamente asombrados, cortando de pronto el aire con la mano, como un hachazo.

- ¿Estás loco? ¿Una mujer interviniendo en nuestro negocio?

Miguel procura dominar su tono premioso y duro.

- ¿Por qué no? Los tiempos han cambiado mucho, papá. En todas partes y sobre todo en Norteamérica, las mujeres intervienen en todo. ¿Por qué no aquí? Tenemos que modificar muchos procedimientos viejos.

- Sí, cuando a tí te conviene - La voz de don Pedro es despectiva - Ella se casó con un militarote contra mi voluntad. Podría haber hecho un casamiento muy ventajoso. Que pague ahora las consecuencias.

Su hijo se le queda mirando, suspira cansadamente y da unos pasos hacia la puerta.

- Bueno, papá...

Don Pedro lo mira con las cejas fruncidas.

- ¿Qué pasa?!

- Me vuelvo al cortijo.

- Luego - La cara de su padre se distiende, implorante de súbito

- ¿Es imposible?

Miguel, desde el umbral de la puerta, da unos pasos hacia el interior de la habitación. Sus manos, gruesos dedos de nudillos per-



didós, avanzan como queriendo asir algo intangible. Enseguida se abaten a lo largo de su corpulenta figura.

- Sí, papá - Le responde con acritud - Completamente imposible No más Josés en la familia. ¿Qué ganaríamos ninguno con ello? Rozas lo sabes, es suficiente.

- ¡Cállate! - Le contesta airado su padre, bajando enseguida su tono en una brusca transición hasta hacerlo digno - Así no llegaremos a ninguna parte. Puedes marcharte.

Miguel tuerce la boca, quedándose contemplando la hosca figura que le ordena salir. Es cierto, cuando a los viejos les da por chochear, no hay quien los aguante. La tregua durará hasta el día menos pensado, en que vuelva a empezar. Ahora lo que él va a hacer es tomar las de Villadiego, allá se las componga él a su manera, el cabazón.

Don Pedro, dejándose caer en la butaca, observa como muy despacio su última esperanza abre la puerta con un último encogimiento de hombros, perdiéndose en dirección a la escalera.

- oOo -

La mano de dedos finos y uñas afiladas teje y desteje la negra cabellera con un movimiento maquinal. El peine se incrusta y sale mientras su dueña se mira en el espejo central del tocador, guarnecido en celeste como las cortinas del cuarto y la colcha de la cama.

Carmen Gómez, pensativa, estudia sus rasgos en el cristal, recostándose a continuación en la silla, con una vaga ojeada hacia la Plaza de las Damas, que se divisa a través del cierro. Los viejos árboles que la circundan empiezan a carnear en su corteza bru-



na, empujando hacia arriba una fresca vaharada de primavera, que se cuele por entre los barrotes del balconcillo. Sobre el cielo, como la cara gordinflona de un niño, flota una sola nube redonda.

Dejando caer sus manos con lasitud, se recuesta mejor en el sillón, cerrando los ojos. La puerta del cuarto se abre de improviso con un breve crujido. Su madre, recostada contra la jamba, ~~ella~~ la contempla mientras se limpia las manos en el delantal de la cocina.

- ¿A qué hora viene hoy tu novio, niña?

Ella se vuelve apenas, saliendo de su abstracción.

- Hoy no viene, mamá.

- ¡Ah! - Doña Laura, una señora muy trabajada por la vida y los cuatro embarazos que ha tenido, va a hablar de nuevo, pero meneando la cabeza, se limita a cerrar la puerta y marcharse a la cocina.

Carmen se queda mirando a través del cierro. Se levanta y apoyando la cara contra las rejas, otea curiosamente la plaza. El vasto recinto, alargado como un pan, se hunde entre los edificios hasta desembocar en el respiradero del arco, que comunica ya con las afueras. Son las dos de la tarde y el aire abrilero, lleno de codicia, guarda para ella un sabor conocido. Sí, es el recuerdo de un día de campo con Andrés. Se vuelve al tocador y poniéndose una horquilla en la boca, sigue domando sus cabellos. En la habitación contigua se oye de nuevo el rastrear de los pasos de su madre.

- Niña - Doña Laura entreabre la puerta - Aquí está Andrés.

¿No decías que no venía hoy?

- ¿Entro? - La voz de Andrés es inconfundible.

Ella se arregla presurosa la falda y se mira al espejo. Se da unos toques en el pelo y concede :



- Fasa.

Andrés, golpeando amistosamente el hombro de doña Laura, la deja pasar a la cocina, entrándose a seguido en el cuarto.

- Vine por si te encontraba. No estaba seguro...

Ella lo mira con cierto asombro.

- Pero... ¿no te lo dije anoche? ¿Es que no sabes que los Seguros los cierran los sábados por la tarde?

El se la queda mirando ensimismado, reaccionando de pronto con una palmada en la frente.

- Sí, es verdad, caramba. ¿Dónde tengo yo la cabeza?

- A las tres de la tarde - Le replica ella con una sonrisa - Pero ¡qué despistado, Dios mío!

Andrés se sienta y la coge de la mano, atrayéndola hacia sí. Ella se resiste un poco, pero acaba sentándose sobre sus rodillas.

- Dame un beso.

Carmen lo abraza y junta su cara con la de él, besándolo en la boca con un soplo. El la cibe por el talle, mientras ella le acaricia el pelo, mirándolo preocupada.

- ¿Qué te pasa?

- Nada - El entorna los ojos con vaguedad. Ella lo contempla unos instantes, levantándose enseguida a arreglar el desorden del tocador.

- Te encuentro raro - Dice, volviéndosele - Hace unos días que estás triste. !

- ¿Sí, tú crees? - Andrés se le acerca, abrazándola por detrás. Ella se vuelve un poco y él la besa en la mejilla. Se miran en el espejo, las dos caras juntas.

- ¿Por qué me gustas?

Ella se suelta, echándose a reír.



- Eso tú lo sabrás. Otras veces me lo has dicho tú.

- Ahora quiero que tú me lo digas.

- ¿Te acuerdas del poema que me dedicaste una vez?

- Sí, muy malo.

Ella se queda mirándolo, una sonrisa brillante entre los labios húmedos.

- Malo y todo, ahí lo decías.

- No me acuerdo.

- Cuando no quieres - Le da un ligero cachete en la mejilla. El la agarra por el codo y la abraza, buscándole la boca. Ella se resiste, huyendo débilmente la cara.

- Suave... Dice, cediendo al fin. Pero él aplasta su boca contra la de ella, apasionado.

- Déjame... - Se desase sofocada, acercándose al espejo y arreglándose el pelo - Que viene mi madre.

- Ya - Andrés se encoge de hombros, eligiendo un cigarro de su pitillera. Doña Laura se apoya en el quicio de la puerta según costumbre, preguntándole con amabilidad.:

- ¿Quiere usted almorzar hoy aquí, Andrés?

El deniega con la cabeza.

- No, muchas gracias, me marcho enseguida.

La dueña de la casa se retira tras lanzar una ojeada de sospecha a la pareja, con una vaga sonrisa para sus adentros. Su bondadosa popa, balanceándose dentro de la ancha bata oscura, se aleja hacia el pasillo. El muchacho se sienta, conservando su aire distraído.

- Bueno, me voy - Se levanta de pronto y aplasta su cigarro contra el cenicero de la cómoda - Me queda poco tiempo - Añade, echando una mirada al reloj.



Ella se le acerca, mirándolo con cariño.

- ¿A qué hora vendrás?

- No sé... A las ocho.

- ¿Adónde iremos?

- No sé... Depende...

Se acerca a ella y la abraza. Carmen esconde la cara en su pecho

- Ay, siempre con los prejuicios...

Ella levanta la cabeza, temblándole en las comisuras un mohín  
---travieso.

- ¿Qué quieres, pillo? ¿No sabes que soy así?

El aprovecha la ocasión y la besa con fuerza. Ella, dejándose  
ganar, le echa los brazos al cuello.

- Andrés.

- ¿Qué?

- Tengo muchas ganas de poder hacerlo con entera libertad.

- Pues de tí depende.

- Ya sabes que no - Sonríe ella.

Andrés se desprende, bajando cansadamente la cabeza.

- Siempre lo mismo. ¿Qué te dice el cura?

A ella se le nubla la cara, en un gesto de repente serio.

- Soy yo, Andrés.

- Vamos - El arruga la frente - ¿Qué importancia tiene besar?  
Tenéis las niñas que váis a misa, unas ideas más absurdas en la  
cabeza... !

- Absurdas o no - Dice ella con suavidad - Con ellas vivimos.

- ¿Es que es pecado mortal?

- Sí - Ella lo mira muy seria.

- ¡Bah! - El está fastidiado. Da unos pasos hacia la puerta -

- Bueno, hasta luego.



Ella lo sigue por el corredor con cara preocupada.

- ¿Estás enfadado?

- Nooo... - Dice Andrés con trabajo - Pero es todo tan estúpido, tan absurdo...

Ella lo agarra del brazo, deteniéndolo frente a la puerta de salida.

- Hasta luego, Sofía Laura - Dice él alzando ligeramente la voz, mientras se esfuerza por extraer una sonrisa.

La madre se asoma a la puerta de la cocina y estudia un momento la cara de ambos.

- Hasta luego, Andrés - Le contesta, entrándose a seguido en la cocina a seguir la vigilancia de sus ollas. La costumbre de hablar sola no hay quien se la quite.

Carmen lo coge del brazo de nuevo, apretándose en un cálido gesto. El la mira y ante su expresión, se le nublan ligeramente los ojos.

- Hasta luego.

- Sí.

El muchacho salva la escalera en cuatro trancos, mientras hace un ademán de fastidio. Lo de siempre, reconocer cada día que la actitud inquebrantable de ella no ha variado ni un ápice. Pero qué caramba, la cosa de fondo subsiste y eso no hay quien lo arranque. Se quieren, sobre esto no hay cáscaras, pero lo que a él le irrita es que hasta las expansiones más normales entre ellos parecen vigiladas por esos seres negros y raquíticos.

Se dirige a su casa, que está poco distante. Sube la cuesta de San Luis, pasa por delante del Cabildo y atraviesa la Correduría. A seguido está su calle, pequeña pero de las más transitadas de la periferia del centro, pues sirve de enlace con el barrio obrero



del Porvenir, uno de los más populosos de Laverna. Encuentra a poca gente conocida, a la que saluda con rapidez, continuando su paseo vivo.

Sube la escalera de su casa, que arranca del alegre y diminuto patio adornado con macetas de pilistras. Los vecinos de abajo están ya almorzando y él los saluda al pasar. Arriba, su padre, ya sentado a la mesa, lee un papel que mantiene muy cerca de sus ojos a causa de la pronunciada miopía. Andrés lo mira con atención desde el umbral de la puerta, con un levísimo fruncimiento de cejas. Reconoce que es buena persona, pero no muy inteligente. En cambio, su madre... Va a buscarla a la cocina, donde la encuentra dándole los últimos toques al puchero.

- Hola, mamá - La besa.

Dofia Adela se desenvuelve bien en la casa, a pesar de que sólo tiene una chieuela de catorce años para los mandados y una lavandera que viene cada dos semanas a ayudarle a hacer la colada. Su marido en el escritorio de la fábrica no tiene un sueldo muy grande y hay que apañarse como sea para sacar la casa adelante. Menos mal que el sueldo del niño ya va ayudando algo.

- ¿Qué hay de comer?

- Calamares, de los que a tí te gustan.

Andrés sonríe ampliamente.

- Bien, mamá, eres formidable.

El muchacho la observa mientras ella trastea en la cocina, vigilando el último hervor de la olla. Se entienden bien, aunque él sea reacio a dedicarle las confianzas que suelta a Alvaro. ¿Para qué amargarla si ella no puede hacer nada? Andrés, sin embargo, ha observado que cuando él está distraído, su madre le deja caer encima una mirada larga, preocupada, volviendo luego la cabeza con un vago suspiro de presentimientos. Por otra parte, ella tiene



cierta culturita y le ha infiltrado su amor a los libros en las largas conversaciones que mantienen por la noche de sobremesa. Le corrige y discute sobre los pinitos literarios que el joven empieza a hilvanar. Doña Adela dice que le falta experiencia, pero cree ciegamente en su talento. Ella conoce también algo de solfeo y en sus tiempos de soltera dió un par de conciertos de violín en ocasiones muy solemnes en que se reunía en la casa toda la patulea de tíos, sobrinos y primos.

Andrés entra en el comedor.

- Hola, papá - Le saluda despreocupadamente, mientras echa una distraída ojeada a los libros del estante.

- Hola, Andrés - Don Antonio deja a un lado el programa de Semana Santa y le mira interesado - ¿Qué hay?

El muchacho se sienta a la mesa, jugueteando con el cuchillo sin dedicar mucha atención a la pregunta.

- Poca cosa - Responde al fin.

- ¿Sales en alguna cofradía? - Su padre le señala el programa que hay sobre la mesa y Andrés le echa una rápida ojeada. La máscara del penitente, con la redonda pirámide del capirote, ocupa todo el rectángulo, dejando sólo un filo blanco en los bordes.

- ¡Ah, sí! En el Cristo de la Vega - Le contesta, con un vago mohín de indiferencia - Costumbre, me metió Alvaro. Pero lo voy a dejar, no me interesa.

Su padre se queda contemplándolo sin decir nada. Doña Adela trae la sopa y empiezan a comer.

- ¿Qué hora es? - Pregunta su hijo - Porque tengo que darme prisa, me parece.

- No, es pronto para tí - Dice su padre, sacando su viejo reloj del chaleco - Las tres menos cuarto.

Andrés lo mira con un disgusto que trata en vano de disimular.



- ¿Pero cuándo lo vas a cambiar, papá? - Su tono es de quien ha hecho muchas veces la misma pregunta.

- ¿Por qué razón? - Su padre lo mira de hito en hito, parpadeando con sus ojos miopes - Me sirve.

- Oh, papá, está anticuado.

Don Antonio frunce mucho las cejas, hablando con voz firme.

- Me he prometido conservar este reloj hasta que pase algo importante aquí. Quiero decir, en Laverna.

Andrés lo mira intrigado, sin perder de vista la sonrisa entera de su madre.

- Yyy... ¿se puede saber?

Su padre lo mira unos momentos, después inclina la cabeza con brusquedad, mientras sigue comiendo.

- Más adelante.

- ¿Cuándo haya pasadoooo...?

Don Antonio lo mira molesto. Pocas veces le han visto en su casa esa expresión.

- Cuando vaya a pasar - Dice, recalcando cada palabra - Lo compré un 14 de abril y lo dejaré otro 14 de abril.

Andrés lo mira con extrañeza, terminando por hacer un gesto de indiferencia ante aquellas palabras cuyo significado se le escapa. Su padre no parece tener más ganas de hablar y él se levanta, acabada ya la comida.

- Bueno, voy a leer un poco... Aunque sólo sea un cuarto de hora.

Su padre alza la cabeza, ya variado el semblante.

- Te he comprado una biografía de Stendhal. Pasaba por la librería y... Es de Zweig.

Su hijo lo mira con sorpresa.



- Gracias, papá - Dice pesaroso - Pero ya la tenía...

Don Antonio se inmota.

- Ah, bueno - Exclama, espiando la reacción de Andrés - Será cuestión de cambiarla ¿no?

- Pero la otra que tienes - Tercia vivamente su madre - está muy vieja.

- Es verdad - Asiente el chico. Su padre lo mira esperanzado. Pero lo que me interesan son libros nuevos. De todos modos, gracias, papá.

- Iré a cambiarlo.

A Andrés se le descompone de pronto la cara en una mueca extraña, súbitamente dura.

- Será mejor que mamá te acompañe. O yo. Tú no sabes los libros que tengo. Ni mis preferencias.

Su padre agacha la cabeza. Doña Adela reconviene a su hijo con la mirada, pero Andrés se la sostiene sin parpadear.

Más tarde se arrepintió de la escena. Le pareció que aun sin quererlo, había resultado una pequeña venganza ruin por la discusión del reloj. Pero una oscura razón interna, flotando desde lo más profundo de su conciencia, le hizo no arrepentirse demasiado.

- oOo -

Rozas abre el anaranjado talonario de cheques y hojea con lentitud las últimas cifras insertas en la matriz. Hay un talón de treinta mil pesetas, <sup>de</sup> dos veinte mil y uno de cincuenta mil. Veinticuatro mil duros en total sin la menor referencia de facturas ni nombre de los beneficiarios. Sólo una palabra diminuta en cada esquina: "Personal". Pero buscando con más detenimiento,



los ojos expertos del apoderado encuentran un nombre en el ángulo oculto por la encuadernación: José.

Se queda con la mirada fija en el carnet, apoltronándose pensativo en el centro del solitario despacho. Son las dos y media de la tarde y a las dos se han marchado todos los de la tienda. El se ha entretenido algo para extender el talón para los transportes Bernal.

- Vaya - Susurra - No creí que don Pedro fuera a ceder. Está visto, la gente más lista se vuelve infantil cuando quiere conseguir algo de verdad. Veinticuatro mil duros, no hay que darle vueltas a la cosa, más claro que el agua.

Desde luego, el fracaso de José no ha traído más que disgustos a la familia, sin la menor compensación. El se opuso desde el primer momento a que entrara a formar parte del personal directivo de la tienda, pero su delicada posición entre dos aguas no le permitía abordar de frente el problema. Si el muchacho, con lo ilusionado que estaba con las charreteras, hubiera seguido el camino que le tiraba, muchos sinsabores se habría ahorrado el viejo. Ahora es ya demasiado tarde para intentar nada. De todas formas, él no puede consentir esta piratería que el mozo se trae ahora, derrochando alegremente en las carreras el sudor de los que trabajan en la tienda. Tendrá que hablarle luego a don Pedro para detener como sea estos desmanes.

Levantándose después de ordenar someramente la mesa, se dirige a la salida. Al atravesar la tienda echa una ojeada al patio a través del cristal esmerilado. Los grandes rectángulos de vidrio filtran la luz diurna de un claro mediodía. Tras vacilar un momento, deja el abrigo colgado del perchero.

Sale de la tienda y camina despacio por Riveros, aprovechando la acera del sol. Cuando va a desembocar en la plaza Sarmiento, un



Citroën da la vuelta a la esquina con una audacia que él se tiene muy conocida. Hace una seña levantando el brazo y el coche se detiene a su lado con un seco frenazo.

- ¿Adónde vas? - Pregunta, inclinado sobre la ventanilla.

- Venía a buscarte - Le contesta ella - Como te tardabas más de la cuenta...

Abre la portezuela y su marido sube.

- ¿A casa? - Ella se le vuelve, flotando todavía en el aire el tono poco convencido de su pregunta. El la estudia un momento con una sonrisa. A su mujer le vuelve loca realizar las sorpresas que ella misma se prepara. Sobre todo esto de improvisarse un almuerzo en pleno coche, la encanta.

- No, si ya te conozco - La aprieta confianzudamente un muslo - Vamos a "Bombín". No está la niña en casa ¿eh?

Ella hace un mohín de desagrado antes de contestar. Pone el vehículo en movimiento dándole marcha atrás y enfilando la calle Lonja.

- No, a media mañana vino por ella Charo Cisniega. Come hoy en su casa.

- Que no te gusta, vamos.

Ella tuerce la boca.

- Ni pizca.

El se recuesta en el asiento, moviendo filosóficamente la cabeza.

- ¡Bah! Pobre mujer.

Mercedes se vuelve vivamente a mirarlo, hablando sin perder de vista la película multicolor que desarrolla el coche en su marcha.

- No tan pobre, caray. Para mí es una pájara. No quiere dejar



títere con cabeza entre el elemento masculino. Donde haya unos pantalones, allá va ella. Como para darle la Rosa de Oro.

El se echa a reír. Su mujer toma siempre las cosas por la tremenda, con los sofocones que le ha costado ya las salidas que tiene ante la estupidez de cierta gente que se ven obligados a tratar. Bueno, es que hay cada elemento en Laverna de los que harían levantarse a un muerto. Por lo pronto tiene que reconocer que a ella rara vez le han engañado sus intuiciones.

- Bueno, mujer - Le responde al fin - No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Charito ya sabe donde le aprieta el zapato. Ella se divierte con las comedias de la otra.

- ¡Hum! - Doña Mercedes frunce los labios, pero no le da tiempo a más. Frena de pronto el coche, cuando ya iba a entrar en la carretera de Sevilla - Oye ¿sabes? - Se excusa con una sonrisa - Me he olvidado por completo...

El la contempla con sosegados ojos, mostrándole que sus des-pistes no le cogen en manera alguna desprevenido. Treinta años de casado acorazan a cualquiera contra las intemperancias de todas las mujeres habidas y por haber.

- ¿Qué pasa? - Le pregunta al cabo de un momento.

Ella vuelve hábilmente el Citroën, mientras esboza un gesto de cómica resignación.

- Lo de siempre - Dice - Que me he olvidado de que teníamos invitado a alguien. Es que no me ha pasado ni por la tela del pensamiento.

- ¿Quién es...? No será un imbécil de los que tenemos que aguantar a veces ¿eh?

- No, por Dios - Exclama ella - Que yo también estoy hasta la coronilla. Capaz era de dejar plantado a quien fuera. ¡Que tengamos



que soportar a tanto cretino! Es algo que me pone a veces hasta mala. Pero esta vez es distinto. Paco Cifuentes.

- ¡Ah, vamos! - El se ha tranquilizado de pronto - Con ése hay confianza y se puede hablar. Se pasa bien con él...

El vehículo circula ya la calle Honda, bajo el alto arco de entrada. En la casa del 92 les espera el invitado, sentado en un cojín del comedor. Puchi, la perrita blanca de la señora, juega a lanzarse sobre él, agazapada como una gran pelota rizada.

- Vamos, hombre ¿qué pasa? - De rodillas sobre el almohadoncillo, Cifuentes abre los brazos con quejoso ademán declamatorio - Que hace un año que espero. ¡Y qué forma de aguantar al bichito! Es un diablo.

- Lo siento, Paco - Mercedes se le adelanta con una sonrisa, estrechándole calurosamente la mano - Te habíamos olvidado por completo. Con decirte que he dado marcha atrás desde la carretera de Sevilla.

- Vaya, ni que empezárais una nueva luna de miel.

Todos ríen.

- Perdona, Paco - Ella coge la perrita en brazos, dirigiéndose hacia la puerta - Voy a quitar al diablo de en medio, que contigo ya tenemos bastante. Y voy también a dar instrucciones.

- Sería mejor... - Sugiere Rozas, mientras su mujer se acerca, después de empujar afuera a Puchi - No habrá nada preparado ¿verdad? ¿Por qué no seguimos el proyecto que teníamos? En lugar de dos seremos tres en "Bombín". ¿Hace o no hace?

- Por mí... - Comenta ella ilusionada, consultando con los ojos a Cifuentes.

- Yo estoy de acuerdo - Contesta éste, saludando como un actor ante el público - Allí se come de rechupete, sobre todo cuando se va



de válvula. Además, que hace tiempo que no comía caliente y allí sirven como para chuparse los dedos.

- Entonces, te convidamos a desquitarte del hambre atrasada. Te pediremos dos litros de consomé.

- Y un litrillo de coñac.

- ¡No, por Dios!

El viaje en coche transcurre entre una anécdota de Rozas y unos comentarios picantes de Paco sobre las solteronas de la localidad, que Mercedes celebra con espontáneas risas. En casa de "Bombín" no hay nadie a esta hora, a pesar de su fama de buen restaurante. El buen tiempo y el hecho de ser sábado inglés no animan sin embargo a los laverneses, pues poca gente transita la avenida del Parque. El tiempo abrilero se muestra magnífico y los naranjos que jalonan la carretera se revisten de verde, dejando asomar su promesa de azahar.

La pareja elige el menú consultando a Paco, que se ha arrellanado beatíficamente en su sillón, gozando del voluptuoso sol que atraviesa con sus lanzas el naciente emparrado del merendero.

- ¡Vaya, qué tiempo tan formidable! - Exclama con un suspiro, ojos entornados - Dan ganas de cantarlo...

- ¿Cantarlo? - Pregunta ella curiosa, alargando la petición al camarero - ¿Qué es eso?

- Sí, mujer, qué va a ser - Le responde Paco, mostrando algo que considera de una cegadora evidencia - Cantarlo, cantarlo, como hacen esos locos que se llaman poetas...

A Mercedes la da un amago de risa, reprendiéndole con el índice.

- Que hay centenares, Paco. Ten cuidado con ellos.

El se encoge despectivamente de hombros.

- Yo, por mí, con su pan se lo coman. Si ya estoy curado de espanto... A estas alturas para mí los poetas ni chicha ni limoná. Hubo



un tiempo en que me gustaba hojear algo, pero desde que empecé a leer un día versitos a la luna, a la amadita y a qué sé yo más de cursi, se acabó para mí el folklorillo ese. ¡Valiente pamema!

- Antes de la guerra - Interviene Rozas - privaba mucho eso, ya lo habrás oído. La teoría del arte por el arte...

- Sí, ya sé... - Le interrumpe Paco con viveza - ¡La monserga esa! A mí me dejaba frío, vaya castaña. Como que se lo saltaba todo a la torera.

- Pues la moda hacía furor, sobre todo en Madrid. Decían que el arte es un juego fino para personas desocupadas. Algo así como cazar mariposas o coleccionar sellos.

- A mí me parece absurdo - Tercia Mercedes - Es algo que queda tan lejano, tan sin sentimiento...

Cifuentes se incorpora en la silla, interesado por el tema.

- Desde luego aquí había también movimientos poéticos de esos. Pero maldito si me acuerdo. Tú estabas ya en Laverna ¿no, Felipe?

- Sí, nosotros vinimos aquí poco antes de la guerra. En Madrid, en el cogollo de los entendidos, yo me acuerdo de que hacía furor eso del arte por el arte, aunque ya se estaba levantando otra corriente más sana que apenas llegó a madurar... Desde luego fué una pena, con lo que vino después... - Se queda unos instantes pensativo, prosiguiendo con voz tensa - Había hombres inteligentes y sensibles, pero muy alejados de lo que pasaba en la calle, que se extraviaron deshumanizando su arte hasta matarlo. La teoría esa, lanzada por un dirigente intelectual de primer orden, desde luego en perfecta contradicción consigo mismo, causó verdaderos estragos. El error de esa magnífica cabeza yo creo que ni aun ahora se pueden medir sus funestas consecuencias. Metió por la vía de Tarifa a muchos de los hombres que podían haber echado los cimientos del nuevo mundo que se pedía a gritos. El motor que lo habría puesto todo



en marcha quedó ahogado en el primer resuello.

- La mayoría eran escritores acomodados - Añade Mercedes - Nosotros vivimos esa realidad porque teníamos muy buenos amigos entre ellos. Pero muy pocos veían venir los acontecimientos.

- La guerra, claro - Arguye Paco - El acontecimiento gordo que se lo llevó todo por delante. Entonces todos se quedarían con la boca abierta ¿no?

- Y tanto - Replica apasionadamente Rozas - Si los llamados a controlar la marea social que subía se hubieran encontrado en su puesto, otro gallo nos cantarían ahora. Los extremistas irresponsables de ambos bandos habrían sido metidos en cintura en un régimen a la vez de disciplina y de libertad. Se vivía sobre un volcán y ellos, los dirigentes teóricos, en la higuera, sin enterarse hasta que el volcán hizo explosión, inundándolo todo. Hubo muy pocos que dieran el grito de alerta. Fue una verdadera lástima, la verdad. Lo del arte al servicio del pueblo no tuvo materialmente tiempo de arraigar. Quizá cinco años antes lo habría salvado todo.

Hay una larga pausa de silencio, poblada de recuerdos. El peso de los viejos sucesos parece gravitar como una losa sobre todos.

- En fin - Paco hace un ademán concluyente - Que la trampa y el cartón continúan todavía...

- No - Rozas habla con ojos graves, pesando cada palabra - Ya hay voces que gritan con fuerza. Hombres de carne y hueso que vibran al dolor de los otros.

Cifuentes frunce mucho las cejas.

- No será aquí, vamos... Porque lo que aquí tenemos... El academiquito ese de al lado, el cruzadito de los etcétera...

- Sí, vaya elemento. Primero, halagando la beatería lasciva de una sociedad vieja, después, dando consejos a los jóvenes. Pa-



ra que lo vieran bien, se subió a la Tabla Redonda.

- Bueno, pero... - Arguye maliciosa Mercedes - ¿Es que nos podemos quejar aquí? Tenemos los Juegos Florales ¿es que no os basta?

- ¡Vaya bromazo que le han gastado a la Poesía con los dichosos Juegos! - Exclama Paco, abriendo mucho los brazos - Mercedes, por favor, los choteitos en casa.

- Aleluyas al vino por lo menos no nos faltan - Interviene Rozas con un brillo guassón en los ojos - Aquí tenemos hasta especialistas.

- ¡Qué duda cabe! - Replica Cifuentes - Si aquí los versos salen del aire. Llega Semana Santa, versos al canto. Llega la Feria, más versos... Versos hasta en la sopa.

- Pues como en todas partes, Paco - Dice Rozas, recobrando la seriedad.-Yo desde luego estoy harto de escuchar que en Andalucía hay más poetas que en todo el resto de España. Es un poco exagerado, la verdad. Yo creo que se hacen versos como en otros sitios, ni más ni menos, ni mejores ni peores. ¿Tú no crees que en todo eso hay un rato de tópico?

- Puede ser - Concede Cifuentes - Es más, casi estoy contigo. Lástima que no sea mi especialidad, hombre. Saldríamos de dudas.

Los otros se echan a reír.

- Ni la mía tampoco- Refuta el apoderado - Pero ya se lo preguntaremos a alguno. A Perico de la Plata.

- No digas eso, Felipe, de que no es tu especialidad - Tercia de pronto su mujer, sonriendo con picardía - Por lo menos lo ha sido. Que muy guardados tengo unos sonetos de hace treinta años.

- Vaya, vaya - Su marido sonríe ligeramente, mirando a otro lado - A buena hora has venido tú a sacar...

Cifuentes se le queda mirando con sorpresa. Con los ojos muy



abiertos, le escruta con fruición.

- ¡Ajá! ¿Con que ésas tenemos? Don Felipe Rozas, el segundo de a bordo de los Grandes Almacenes, nos viene a resultar todo un señor poeta de tomo y lomo. Vaya con el señor, y qué calladito se lo tenía.

- Bueno, mujer... - El apoderado le dirige una mirada de reproche - Buena cosa has ido tú a sacar. Decirle a este tarambana mis secretillos de juventud... Ea - Concluye, extendiendo el brazo y destapando la fuente humeante que acerca el camarero - Dejaos de poetas y catemos este pollo, que vale un soneto.

- Pero que va a durar menos - Cifuentes le alarga el plato, mientras le escruta todavía con una curiosidad nueva - Pero vamos a ver, Felipe - Le aborda de nuevo - ¿Es verdad que tú...? - Hace ademán de escribir. Mercedes suelta una carcajada.

- Claro, hombre - Le contesta, orgullosa - Pues qué te creías, ¿qué esto ha sido siempre así? Felipe escribía en "El Heraldó" y en "El Guadalete" unos artículos preciosos... Y una vez le publicaron un himno, un himno magnífico, ocupaba media página del periódico. Me acuerdo como si lo estuviera viendo - Entorna los ojos - Pero luego hubo que quemarlo, como casi toda la biblioteca de casa. Iba dedicado a "La Niña Bonita".

- Ajá, "La Niña Bonita" - Paco abre mucho los ojos - No te conocía político, hombre.

- Ya lo creo - Continúa Mercedes explicándole con vivacidad - Y de los que pegaban fuerte en el periódico. ¡Lo pasó luego más mal! Pero todos los periódicos se lo rifaban y...

Doña Mercedes se interrumpe de súbito al ver la cara de su marido. Los ojos de Rozas vuelan sobre la carretera, el paisaje, un coche azul que pasa... Su expresión es indefinible, como un lago insonda-



ble en el que sin embargo flotara algo muerto y olvidado. Sus manos permanecen muy quietas sobre el mantel.

- Perdona, Felipe, no debí... Pero...

- Déjalo, mujer - El <sup>se</sup> pasa la mano por la frente, cuajada de diminutas arrugas - No tiene importancia.

Su gesto, no obstante, parece haber cambiado el día. Unas nubes parecen amontonarse sobre el corazón de los tres comensales.

--oOo--

- Pasa, Juanita, mujer - Invita amablemente al joyero, saliendo de detrás del mostrador con las manos extendidas - No te quedes ahí.

La Ibarragómez mira con curiosidad el trabajo que ejecuta el empleado a un extremo del mostrador, mientras taconeá levemente en el umbral con aire indeciso.

- Hola, Pepe - Le saluda sonriente, avanzando al fin hacia él y estrechándole la mano. Deja caer su mirada sobre el conjunto del local con un vago interés - Pues nada, que pasaba por aquí y aprovecho para echar un vistazo. ¿No tendrías tú unos zarcillos...?

Se interrumpe, acercándose a las cristaleras del local y mirándolo todo detenidamente. El joyero, apoyada su espalda en el mostrador, la observa con su indescifrable sonrisa de Buda.

- Pues tú dirás, Juanita - Abarca con sus manos el conjunto - La tienda entera está para tí. Aquí tienes bicharracos de oro, de plata, de perlas... Puedes escoger lo que te dé la gana...

- Ya, ya... - Ella pasea por el local con expresión insatisfecha, balanceando su bolso al extremo de la mano. Se detiene de pronto, señalando la trastienda con un movimiento de barbilla - Quizá allí dentro...



El, cómodamente apoyado en el bastimento de madera que soporta las vitrinas del interior, deniega amable con la cabeza.

- No, ahí no hay nada, Juanita - Saca un puro, prestándole un largo momento de atención - De lo que tú quieres, todo se encuentra a la vista.

Ella lucha por dominar sus nervios tensos, tragando saliva con esfuerzo. Respira profundamente, mientras sus ojos parpadean en un súbito relajo.

- Es que el otro día - Dice con voz suave - Me pareció ver algo... Algo que me gustaba y que ahora no veo aquí... No sé...

Román enciende muy despacio el puro, extrayendo de él una deleitosa bocanada.

- Si quieres - Dice al fin, sin apartarle los ojos entornados - Podemos verlos.

Ella mira con el rabillo al dependiente, que desde su entrada no ha levantado siquiera la cabeza, enfrascado en su trabajo.

- Gracias, Pepe - Se decide a pasar a la trastienda, con aire de quien ya conoce el camino.

El interior está sumido en una vaga penumbra. Román da luz a la lámpara del centro, que se refleja irisada sobre las joyas que relucen en la mesa del fondo. Juana atraviesa lentamente el cuarto, atraída por el resplandor que despiden, mientras Román la observa desde el umbral. Se vuelve hacia él al cabo de un momento, despojándose de sus guantes de cabritilla con calculados ademanes.

- Pues no hay nada de lo que yo ví aquí el otro día - Comenta con indiferencia, acercándose a una de las butacas y dejándose caer a plomo sobre ella - ¡Pero qué cansada estoy! - Exclama, cruzando las piernas con estudiada lentitud. Román observa su línea con frialdad, sentándose a continuación frente a ella.

- Y eso que no vengo lejos - Se arregla el pelo con la punta de los



dedos - De la tienda de los... - Levanta de súbito la cabeza, acechantes los ojos - Duarte...

- ¡Ah! - La exclamación queda detenida en el aire, como aguardando el complemento de una respuesta, pero los ojos relucientes de Juana no consiguen descifrar el fondo de los ojos claros de Román. Apretando su puño detrás del baluarte del bolso, procura contener el galope desenfrenado de sus nervios, que la empujarían a arañarle. Replegándose sobre sí misma, disimula en una brusca transición.

- ¡Pobre don Pedro! - Exclama con acento commiserativo - Le encuentro cada día más incapaz. Bajaba de casa de ponerse una inyección y... - Se detiene de pronto, humedeciendo sus labios, con los ojos fijos en él. Su voz se hace de repente normal al cambiar con brusquedad de tema - Ferrer me ha traído hasta aquí ¿sabes? En su coche. Ha estado muy simpático... En su juventud tiene que haber valido mucho ¿no crees?

Sus palabras quedan colgadas en el ambiente tenso del cuarto, extrañamente rígidas ante la expresión felina de Román.

- Y... - La voz del joyero ha lanzado la conjunción con suavidad. Ella lo contempla unos momentos, ahogando entre sus labios una mueca satisfecha. Abre de pronto su bolso, diciendo:

- A propósito, Pepe... - Dice, sintiéndose ya más centrada en la situación - Traigo aquí unos anillos, quizá pudieran convenirte...

Desenlía con habilidad el paquetito, dejándolo abierto sobre la mesilla del centro. Se echa de nuevo hacia atrás con el busto muy alto, contemplándolo entre sus pestañas. El joyero, dejando flotar una cortina de humo alrededor de sus cabellos grisáceos, echa una furtiva ojeada a las joyas.

- Eso... - Dice con lentitud - Depende...

Ella lo observa durante un largo momento. Sacando del bolso un



paquete de Chester prende un cigarrillo, tragando el humo con rapidez. Sus ojos se entrecierran mientras sus labios redondean con avaricia la boca del pitillo.

- Pues sí - Añade con la voz algo enronquecida - Ferrer es magnífico. ¡Y qué talento! De joven tiene que haber sido un guapo mozo... - Sus ojos se dilatan de pronto y el cuerpo, lleno de súbita tensión, bascula hacia adelante con fuerza. De su garganta seca brotan corpúsculos de humo, envueltos con su aliento. Las ventanillas de su nariz respiran con un aire vagamente animal - ¡Don Pedro tiene una angina de pecho y no le quedan dos meses de vida!

Se deja caer con violencia contra el respaldo. El joyero, sin perder su pacífica expresión, saca de su cartera un billete, poniéndolo con sobrio gesto sobre la mesa. Ella aplasta el Chester contra el cenicero y hacer crujir el lustroso papel entre dos brillantes uñas rojas.

- Por los anillos - Dice mientras se levanta, arreglándose la falda y poniéndose los guantes. Le estrecha la mano con rapidez.

- Hasta pronto, Pepe.

Este tarda unos segundos en contestar, mirándola irse con una mirada indefinible.

- Adiós, preciosa.

- oOo -

Un domingo azul en el hipódromo. Banderines oro y sangre jalonan el circuito, agitándose al viento como aves prisioneras. Las cabezas apiladas de los espectadores empiezan a desintegrarse como un río de carne cuyos miles de brazos buscaran su salida.

- ¿Qué ha pasado? - Paco Gifuentes sale al encuentro de Riquel-



me, el jockey rojo que monta a "Barceloneta" - ¿Qué ha pasado? ¡Díme!

El hombrecillo mantiene la cabeza baja, retorciendo la fusta entre sus manos crispadas.

- Que no lo entiendo, don Paco. Que en mi vía me ha pasado esto. No me respondía. Como si se hubiera pasado toda la noche corriendo. Y mírela usted como está ahora.

La yegua resopla a su lado, con los belfos y el cuello envueltos en una sábana de sudor. Paco, rodeado de un espeso círculo de gente, escruta su piel, recorriéndola con sus dedos centímetro a centímetro. Se agacha y le mira el sexo con detención. Luego le tienta las patas y sube las manos hasta las junturas. La yegua recula de pronto, soltando un relincho de dolor. Paco retira la mano llena de sangre mezclada con arena.

- ¡Canallas! - Exclama, silbándole las palabras entre los dientes apretados - ¡Que le hagan esto a un animal!

Sus ojos indignados recorren el círculo que le rodea, provocando un súbito paso de retroceso entre los más próximos a él. Pero sólo ve miradas de asombro y cejas levantadas de extrañeza. El jockey se le acerca indeciso. El se vuelve, increpándole con dureza

- Tú, Riquelme, tú no has mirado la yegua antes de salir.

El hombre pequeño baja la cabeza, tardando en contestar.

- Don Paco, siempre tengo la costumbre de hacerlo... Pero hoy se me pasó, la <sup>1</sup>verdad... "Barceloneta" estaba tan tranquila. ¿Quién iba a suponer...?

Cifuentes se le acerca y con la misma mano llena de sangre lo agarra con fuerza por el cuello de la chaquetilla. Los del corro se arremolinan, pero nadie se atreve a intervenir.

- ¿Quién ha sido? - Le grita en la cara, sacudiéndole como a



un pelele - ¡Habla!

El jockey amenaza ahogarse bajo la brutal presión. Sus ojos se abren desmesurados y la gorrilla rueda por el suelo.

- ¡Don Paco, por Dios! ¡Que tengo mujer e hijos, que yo no he sido! ¿Cómo voy yo... a... querer dañar... a "Barceloneta"? Si es la niña de mis ojos...

El otro lo mira muy fijo, cuadrada la mandíbula tensa. Lo suelta de pronto, dándole un empujón. Riquelme respira con fuerza, buscando enseguida la gorra y encasquetándose.

- ¡Vamos adentro! - Ordena Paco, levantando el mentón con brusquedad - Esto hay que averiguarlo. ¡Como sea!

Se meten en las caballerizas. Ya los mozos han empezado a limpiar, tras arropar a los caballos que han hecho la carrera.

- Oye, tú - Cifuentes se acerca a uno de los palafreneros - ¿Eres tú el encargado de limpiar la cuadra de "Barceloneta"?

El mozo lo mira muy asombrado.

- Sí, señor.

- ¿Tú no has visto acercarse a nadie antes de la carrera?

- No, señor. Había mucha gente, pero entrar en la cuadra, sólo a ése - Señala al jockey.

- ¿Y no recuerdas haber visto a nadie rondando por aquí?

- Rondar, lo que se dice rondar, a todo el mundo, don Paco. Antes de las carreras está esto lleno de gente. Y periodistas, fotógrafos, el No-Do. A mí mismo me han hecho una foto...

- Eso no me interesa, muchacho. Me refiero a si has visto a alguien alrededor de "Barceloneta". ¿No te ha escamado nada?

El mozo se rasca la cabeza, arrugando la frente.

- Nada, señor.

- Toma cinco duros. Hay veinte más si te acuerdas de algo que dé una pista.



- Pero... ¿Qué ha pasado, don Paco? Si no lo explica...

- Han cortado en la pierna a "Barceloneta" y le han metido después arena.

- ¡Caray, qué cochinos! Descuide, don Paco, que si veo algo, ya se lo diré. Y no por el dinero.

- El dinero hace falta siempre, muchacho. Tú sabes donde vivo ¿no? Pues refréscate la memoria y a ver si cazamos al canalla.

- Sí, señor, haré lo que pueda.

Todas las pesquisas resultaron inútiles. Hasta más de las nueve estuvieron Cifuentes y Riquelme investigando por el ~~xxxxxxx~~ hipódromo y las caballerizas y preguntando a mozos y guardas. Nadie había visto nada ni podía dar razón.

A las diez, a dos horas de terminada la carrera y después de dejar muy expresamente encargada la yegua al jefe de las caballerizas, partieron los dos para Laverna. Tuvieron suerte, porque encontraron acomodo en el coche de Eduardo Duarte, que se había retrasado en el hipódromo a concertar una partida de caza con unos amigos.

Al día siguiente fué Paco a la Agencia de Detectives "La Brigada Discreta", a buscar al director. Era un policía retirado, Rafael Custodia de nombre, al que hizo iniciar unas investigaciones a fondo

Pero Rafael Custodia le entretuvo dos semanas sin encontrar nada de provecho y pasándole unas facturas que a Paco se le antojaban insufribles en su importe y en su cuidada caligrafía. Al cabo de ese tiempo fué a visitarle para cambiar puntos de vista sobre futuras averiguaciones.

Pero Cifuentes se caló el timo, tuvo una fuerte pelotera con él y lo expulsó de su casa.



- Y tú, Pepe ¿Tienes algo a la vista?

Es el gobernador civil quien ha hablado. La abundante sotabarba de don Creso se esponja copiosa sobre los ojuelos grises salpicados de rojo y el inmenso cuello de pajarita. Su sólida humanidad se encaja regustosa en el sillón más amplio que existe en la casa de Román, expresamente construido para el caso.

El gran comedor ha estado a rebosar con sus doscientos y pico de comensales, pero el complicado servicio ha sido eficazmente desempeñado por diez camareros escogidos entre la flor y nata de la profesión. La sobremesa se realiza ahora en el salón de fumar, una de las estancias más grandes de la vivienda de la calle Lonja. La enorme mesa del centro, atestada de cajas de puros y cajetillas de cigarros, cobija también botellas de extraños formatos conteniendo licores de diversas marcas. Los fumadores han formado varios corrillos alrededor del nutrido muestrario, donde se discute y se charla con la pesadez característica que proporciona una buena digestión. Las señoras y los no fumadores han pasado directamente a la sala después de la comida.

El anfitrión hace los honores de la casa sentado a la izquierda de don Creso Chango, el gobernador civil venido ex-profeso de la capital para hacer de padrino de boda de Carmencita. A la discreta pregunta de su invitado número uno, cuyo lazo interrogante aun vibra quedamente en el aire, se han entornado los ojos líquidos y maliciosos de Román. Encendiendo un Partagás que elige cuidadosamente de una caja próxima, se inclina confidencial hacia su amigo:

- Sí, algo a la vista hay, pero queda todavía que roer...

El gobernador le mira con fijeza, estableciendo automáticamente el contacto visual mutuo que desde siempre ha sido el obligado prólogo a sus conversaciones de negocios.



- Si se te puede echar una mano...

Román deniega amable con la cabeza.

- No, gracias, Creso, el pájaro es de esta jaula...

Chango deja caer sobre él una mirada escrutadora.

- ¿Está aquí?

- Sí, a la izquierda - Le contesta el joyero, moviendo apenas los labios - Aquel viejo de pelo blanco y chaqueta del otro siglo.

El gobernador recorre con los ojos el círculo de invitados, fijando al fin su vista en un extremo del gran salón, cubierto por una niebla densa entre el run-run de las conversaciones.

- ¡Ajá! - Murmura para sus adentros - Lo conozco.

- Sabes quien es ¿no?

Don Creso valora pensativamente la capacidad de Román para pescar una pieza de tal tamaño.

- Es un pez gordo, Pepe. ¿Y tienes tú tragaderas...?

El joyero, recostándose mejor en su butaca, muestra dos hileras de dientes que no conmueven demasiado a Chango.

- Abriéndolas bien... - Susurra.

- Ya. ¿El negocio?

- Sí, lleva ochenta años. Familia sólida, de la aristocracia de tupé.

- Y con pesetas, claro.

- Digo. Pero el viejo no lo suelta ni a la de tres.

- ¡Ah! - Don Creso levanta sus gruesas cejas con sorpresa - ¿Pero lo que tú quieres es...?

Román hace un gesto, como mostrando algo de una cegadora evidencia.

- Comprarlo, hombre, comprarlo.

- ¡Ah, vamos...! - El otro lo mira insinuante - Hombre, si hubie-



ra algún medio...

El joyero hace un rotundo ademán negativo.

- ¡Je! Ni hablar.

- Tú sabes que siempre hay combinaciones...

- Aquí no - Román aprieta expresivo el puño - Está todo muy agarrado.

- A lo mejor el viejo tiene pecadillos...

- ¡Nones! Es un niño grande. Salvo, claro, la característica de la familia.

- ¡Ah, ah! ¿Es que es una familia con características?

- Y característicos - Ríe el joyero.

El gobernador entorna los ojos:

- Quizá los hijos...

- Y el nieto. Es una alhajita el niño.

Chango se inclina hacia adelante, asaltado de pronto por un recuerdo. Abre la boca y bajo su bigote blanco se agitan dos grandes incisivos.

- ¡Ah, sí! - Exclama - Juerguez un poquillo... Ya, ya sé... Hasta allí ha llegado.

- Sí, el niño es rana. Ahí está el punto.

- Pero antes estará el papá.

- Y los titos. El papá no puede ver la tienda, uno de los titos está loco con su campo y el otro... ¡Puf! Si le ponen un puesto de altramuces...

- Los vende - Completa Chango con una carcajada.

Hay una pausa larga, que don Creso aprovecha para llenarse de coñac la copa y escoger un puro de la caja. El joyero, dejándose caer en el asiento, escruta los grupos de invitados con ojos inquisitivos. ¡Buena panza se están poniendo los badulaques estos! Ya, ya



irán soltando el juguillo. Girando en su sillón, va a su izquierda la conocida espalda de Andradón, el alcalde tan buen amigo, que conversa con don Tomás, el cura que ha bendecido la ceremonia.

- ¿Qué pasa, hombre? - Le da una vigorosa palmada en el hombro  
¿Charlando de aventuras?

Don Francisco Andradón pertenece a una de las mejores familias de Sanlúcar y padece frecuentes ataques de asma, contraída durante los sobresaltos que le proporcionaban sus guardias nocturnas en las épocas de guerra. Se cuenta en Laverna que el nombramiento le vino estando en su bufete despachando y que inmediatamente llamó a su esposa y a su hija para comunicarles la noticia:

- ¡Carmela, Carmela! - ¿Qué pasa, Paco? ¿Es el ataque? Me has asustado - ¡Alcalde, alcalde! ¡Mira, lee! - ¡Paco, Paco! ¿Pero estás loco? - Lee, mujer, lee - ¡Patro, hija, Patro! - ¿Qué pasa, mamá? ¿Le ha dado el ataque a papá? - ¡De alegría, hija, de alegría! ¡Lee, lee! ¡Alcalde, alcalde! - ¡Alcalde! ¡Huy, qué gusto! ¡Cómo van a rabiar aquí! Las de Lozoya que no hacen más que tirar chinitas, las de Bermúdez que dicen que no tienes talento... - ¡!¿Cómo?! - Nada, hombre. ¿Le vas a hacer caso a esta loca? Reformaremos la casa, el portal hay que cambiarlo... - Pero, mujer, ¿no te das cuenta...? - ¿Qué pasa, Paco? Me asustas... - ¡Que no es alcalde de aquí, sino de Laverna! - ¡Demonio, pues es verdad! Aquí está claro. ¡Patro, Patro! - ¿Qué pasa, mamá? ¿Es ahora el ataque? ¡Que no le dé ahora, por Dios! - ¡No, mujer, de Laverna, de Laverna! - ¿De Laverna, qué? - ¡Alcalde de Laverna! ¿Es que no te das cuenta? - ¡Vaya por Dios! Entonces las de Lozoya y las de Bermúdez... - ¡Qué importa, niña! Rabiarán desde aquí... - ¡Eso es, eso es! Y vendremos a verlas en el coche del Ayuntamiento... - Pero... ¿Es que no os dáis cuenta de la responsabilidad...? - ¡Tú te callas, hombre! - Te vamos a poner más guapo, papá... ¡Déjame que te dé dos besos!



Y cuidadito con que te dé ahora el ataque ¿Estamos?

Una noticia circuló - quizá lanzada por las Bermúdez o las Lozoya - según la cual don Ramiro, el alcalde saliente, había intervenido con demasiada oficiosidad en cierto negocio de aceite. Pero el escándalo se había podido contener gracias a la previsión del Gobierno Civil y don Ramiro pasó a la alcaldía de El Baladejo, en espera de vacante en población de mayor categoría.

Don Francisco se ha sobresaltado un tanto al sentir sobre sí la pesada mano de Román. Dominando su primera impresión de fastidio, se vuelve a contestarle con una tímida sonrisa.

- Pues sí, Pepe, algo hay de eso.

- Vamos, Paco, por favor...

El sacerdote tuerca rápidamente, agitando la mano en señal de mucho.

- Don Francisco, ya, ya... Ya tiene que contar.

- ¡Vaya! - Román gira por completo, interesado por sus nuevos interlocutores - Tormentillas de juventud, seguro...

Don Francisco sonríe algo adormilado, repitiendo con su fina voz cecita:

- Algo, algo hay de eso...

Se va formando el corro en torno al gobernador. Román maniobra para formar el cuadrilátero.

- Sí, sí - Anima con su autoridad de dueño de la casa - Pónganse cómodos, señores, que están en su casa.

El alcalde parece despertar de pronto, al conjuro de la presencia activa de su superior jerárquico. Se inclina, hablando con suma gravedad:

- Don Tomás me hablaba de los lobos.



Los ojos del joyero se animan con un relámpago. El cura tuerce la boca contrariado, con una mirada de reconvención ~~ax~~ al indiscreto. Don Creso aguza el oído ante tan extraña frase, que despierta sin embargo en él ciertos ecos.

- ¡Ah! - Exclama, dirigiéndose a don Tomás con interés - ¿Es que es usted aficionado a la caza, señor párroco?

- No, que va - Replica éste, tragando saliva con esfuerzo y tratando en vano de sonreír - Se trata de la Organización. El Opus.

- ¿Es que piensas entrar, Paco? - Pregunta Román, aseteándolo con los ojos.

El alcalde lamenta de súbito haberse metido en semejante berenjenal para huir de la pejiquera del cura.

- ¡Hombre, yo...! - Medio se ahoga en su nerviosismo - La verdad.. En fin, no comprendo muy bien eso, tendría que enterarme, no sé...

El cura le interrumpe con brusquedad, tratando de desviar en lo posible el escabroso tema:

- Don Francisco, en fin... Eso habría que hablarlo más despacio porque la verdad, no es esta la ocasión ni mucho menos. Aunque yo mismo la haya iniciado...

Chango alza de pronto un índice autoritario, mientras le brillan maliciosas las pupilas.

- Apúntelo usted, don Tomás. Yo conozco al señor y respondo de él. Ya le diré yo lo que tiene que hacer.

- Bueno... - El alcalde, acorralado por su superior, gira frenéticamente sus ojos ante las divertidas sonrisas de los otros - Apúnteme usted, pero la verdad, no sé... no sé...

El comandante Recuera ha escuchado sus últimas palabras. Entre sus dedos enarbola triunfalmente un puro, extraído de una de las providenciales cajas abiertas sobre la mesa. Es un hombre de unos cuarenta años



de ojos negros y vivos. Las guías de su bigote, muy pronunciadas, son uno de los soportes donde en Laverna se han colgado muchas esperanzas de niñas casaderas, a pesar de la fama de solterón juerguista que goza el comandante.

- ¿De qué se trata, señores? - Pregunta con amabilidad, mientras enciende golosamente el puro - ¿Es que todavía duran las suscripciones para la peana de San Antonio?

- ¡Je! - Román estalla en una brusca risotada - Se trata de otra clase de enganche.

- Le hace a usted la competencia - Advierte don Creso, regodeándose ante la perspectiva que vislumbra - Está reclutando.

El comandante se deja caer apoyando un codo sobre la esquina de la mesa, interesado ante lo que presiente divertido acertijo.

- A ver, a ver... ¿Quién me explica eso?

- ¡Por favor, señores! - El cura se remueve nerviosamente en la silla, dirigiendo en torno temerosas ojeadas - Que no se trata de un juego, vamos...

- ¿Quién le ha dicho a usted que no? - El gobernador se inclina mucho hacia adelante, regocijado de ojos - ¡Venga, venga, don Tomás! Desembuche usted al amigo Recuera. Estamos en familia ¡qué caramba! Las ocasiones hay que cogerlas por los pelos.

El párroco tiene un bruseo carraspeo, mientras se agita intranquilo en su silla. Empuja de pronto su cabeza al centro del círculo, hablando muy bajo: !

- Se trata del Opus.

El cuerpo del militar se envara de súbito. Su boca, torcida en una brusca contracción, traga saliva con fatiga.

- ¡Ah, ya! - Ensaya una sonrisa - ¡qué interesante, vaya!

- ¡Qué! - Los ojos felinamente alertas de Román estudian su cara -



¿No le apetece mejor ser lobo que cordero?

- ¡Ya lo creo! - Exclama Recuera calurosamente, irguiéndose en toda su estatura. La sonrisa brilla entre sus labios húmedos, pero los dientes blancos amenazan quebrar la boca del puro, mientras sus dedos giran inquietos en torno a la oscura superficie -  
- Me parece de perlas, ya digo... Pero... Ejem - Carraspea con fuerza, acentuando más su sonrisa - Vamos... En confianza, señores, también me gustan otras cosas... Todavía, la verdad...

- ¡Ah! - Don Creso suelta una risotada algo despectiva - Usted no quiere cortarse la coleta, ¡vaya!

El comandante enrojece un poco, mientras chupa del puro con su eterna sonrisa forzada.

- Con franqueza, señores... La verdad, es una organización muy bonita y...

El gobernador le interrumpe con brusquedad, riendo.

- Hecho, don Tomás. Ya tiene usted otro en el saco.

- Don Creso, que no se trata de un juego... - Suplica el cura.

- Si ya lo sé, ya digo - Apunta el otro con naturalidad - Pero lo que yo digo, hay que echarse "palante". Si no... ¿Dónde hace usted el reclutamiento?

- Bueno... - Tercia Recuera, sonriendo siempre aunque las quijadas empiezan a dolerle - Lo dejaremos para otro día, ¿no, don Tomás?

- Que la ocasión la pintan calva - Arguye Román.

El comandante se echa a reír, soltando una bocanada mientras da un paso de retroceso.

- Bueno, señores, voy a ver si las señoras necesitan algo -  
- Explica con embarazada calma - Porque ¡caramba! - Tiene una gallante inclinación - Está aquí la flor y nata... Conque dicho - Da un segundo paso, dejando escapar un suspiro de alivio - Hasta lue-



go, señores.

- Adiós, Recuera.

El cura frunce los labios, decepcionado.

- Es el ejército - Murmura - Demasiada sangre...

El joyero le da una palmada en la espalda.

- De sesenta para arriba, sí. A ése le faltan veinte lo menos, todavía moja lo suyo. No se le piden peras al olmo.

Don Tomás se engresca de pronto como un gallo de pelea.

- Pues otros más jóvenes han entrado - Dice con energía - Militares, digo... Ya lo creo que han entrado. Y de todas las profesiones.

- Ya, ya... - Le corta Chango, molesto por la salida <sup>sin</sup> y hacerle mucho caso. Hay un momento de silencio que él aprovecha para seguir rumiando una idea fija - Pepe - Se inclina hacia su amigo - ¿Por qué no llamas a don Pedro? Tengo ganas de conocerlo. Nunca he hablado con él.

El joyero se queda mirándolo indecisamente unos momentos.

- Como quieras, Creso. Pero con éste - Advierte levantando el índice - Nada de Opus ¿Entendido?

Los demás asienten sin rechistar. Román se yergue en su sillón, despatarrado.

- ¡Don Pedro! - Llana, reprochando con su mejor sonrisa - ¡Pero qué lejos se me ha ido usted! ¿Es que no le apetece tomarse una copa con los amigos? ¡

Duarte levanta la cabeza, fijando sus ojos sobre el grupo con aire indefinible.

- ¿Por qué no, amigo Román? - Le contesta sonriendo también, pero con la voz algo forzada. Susurra mientras se levanta - Ven conmigo, Felipe. No me gusta nada ese grupito.



- Lo trae - Dice en voz baja el joyero - No me gusta nada el otro.

- ¿Por...? - Chango interroga sin mover apenas los labios - ¿Qué tienes contra él?

- Nada, no sé, no me gusta. El sexto sentido.

- El amigo Rozas también tomará una copa - Explica don Pedro Estábamos hablando y...

- No faltaba más - Dice Román con calor - ¿Y qué? Hablando de la tienda, seguro...

- Justo - El viejo lo mira con ojos irónicos - ¿Cómo lo ha adivinado?

Román, prefiriendo pasar por alto la alusión, le responde con gravedad :

- Por nada, es tema. Voy a presentarles. Don Pedro Duarte, dueño de los Grandes Almacenes. Bueno, aquí ya lo sabe, el señor Gobernador... Aquí se le trata de usted... Y por otro lado, el señor Rozas, segundo de a bordo.

Los saludos concluyen con una ampliación de las sillas que forman el corro. Román ofrece copas a los nuevos contertulios.

- He oído hablar mucho de los Grandes Almacenes - Dice cordialmente don Cresco - Son muy conocidos.

- Son ochenta años - Dice sobriamente don Pedro, paladeando el coñac.

- Fundado, por su...

- Mi padre. 1870. Yo lo cogí el 95.

- ¡Caramba! - El gobernador exhibe una amable sorpresa - Casi sesenta años.

- Eso mismo. ¿Un cigarro?

Don Pedro ofrece de su pitillera. Chango se dirige a Rozas co



acogedora cortesía :

- Usted... también de la tienda... Bueno... - Se interrumpe, mirando a su alrededor en busca de un asentimiento - Creo que por antonomasia la llaman así ¿no, señores?

- Sí - Le contesta don Pedro - Rozas es mi segundo, mi mejor hombre.

- José es inteligente - Dice Román sin mirarlo, mientras masca su puro.

El viejo baja la cabeza con un cigarro entre los labios. Enciende con tranquilidad, pero el mechero tiembla un segundo en sus manos

- Sí, el día de mañana puede seguir con ella - Sus ojos se aprietan en un relámpago de reto - ¿Por qué no?

- O quizá Eduardo - Apunta suavemente el joyero - O Miguel ¿no? Rozas lo mira con fijeza, hablando con voz seca y tensa :

- Don Pedro está por ahora contento de llevarla.

- ¡Y por muchos años! - Le contesta el otro, moviendo aprobador la cabeza - Lo que hay que ver lo trabajada que se la tiene usted. ¡Hay que ver lo que usted ha sudado allí! ¿Eh, don Pedro?

Este lo mira con profundos ojos serios.

- Ella se lo merece ¿no cree?

- ¡Ya lo creo! - Contesta Román con calor - Tú la conoces ¿no,

Creso?

- Sí, he pasado unas cuantas veces por allí.

- ¡Es la mejor de Laverna! - Interviene apasionadamente don Tomás - Y que muchas de otras ciudades más importantes.

- Pues yo tengo la impresión de que don Pedro un día, quizá muy pronto, nos dará una sorpresa - Comenta Chango. Su mirada ha revoloteado un segundo por la cara de Román, que se contrae ligeramente - Son ya muchos años y hay que buscarse el merecido descanso. Toda la



vida bregando con la tienda... !Hay que ver lo que supone eso!

Duarte se repantiga despacio en su sillón, sintiéndose terriblemente incómodo.

- No, yo no dejaré la tienda mientras viva - Dice con firmeza - Y cuando muera quiero dejarla en buenas manos.

-¿Sus hijos? - Insinúa el gobernador.

Don Pedro suelta una bocanada de humo, mientras coge su copa con mano algo temblorosa.

- Es probable - Dice muy bajo.

- No le gustaría venderla ¿verdad? - La voz de don Creso es de una suavidad de terciopelo.

El dueño de la tienda, más repuesto, bebe tranquilo un sorbo.

- No, la tienda es algo mío - Dice, con una expresión que no admite réplica.

Chango asiente con una media sonrisa aprobatoria.

- La tienda es algo consustancial con don Pedro - Interviene Rozas - Sería inútil pretender separarlos - Sus ojos se fijan en Román, reflejando una instantánea dureza, que se transforma enseguida en una finura amable - Tan inútil como intentar separar dos buenos... amigos.

Su gesto indica con gentileza al gobernador y al joyero, pero su sonrisa está llena de significados. Román se ha echado bruscamente hacia atrás, sorprendido ante la inesperada arremetida. Don Creso estudia un largo momento la apacible cara de Rozas, dejando caer sus párpados con un mudo asentimiento sobre sus ojos ahuevados y estriados de rojo.

- ¿Estuvo usted en la ofensiva del Ebro? - Pregunta de pronto con aparente indiferencia.

El brusco cambio de tema crea una atmósfera tensa, que resuelve don Pedro con una rápida respuesta.



- No - Su tono es seguro - El estuvo aquí toda la guerra.

- Excepto un corto período en la zona republicana - Dice el apoderado con sencillez - Unos diez meses.

- ¡Caramba! - Exclama Román - No tan corto. ¿Y... qué tal la zona... "republicana"?

- Bien.

- ¡Ajá! - El gobernador se mira las uñas, muy interesado - Era simpático Manolo Azafia ¿no?

- Mucho - Replica Rozas tranquilo - Los periódicos lo decían. Un buen conductor.

- Demasiado... avanzado - Román mueve crítico la cabeza - No sé qué habría pasado si no llegamos a tiempo.

Don Tomás interviene, súbitamente enérgico:

- La victoria nacional vino a acabar con muchas injusticias. Iglesias quemadas, muchos compañeros asesinados...

La frase, entrando en la conversación con un ímpetu nuevo, crea el vacío de un molesto silencio, que resuelve Rozas con su voz grave y segura:

- Usted lo ha dicho, señor párroco - Lo mira muy fijo - Muchos hombres asesinados. Y un gran fanatismo. La misión de amor de la Iglesia española tuvo su más alta ocasión para manifestarse ¿no está usted de acuerdo conmigo, señor cura?

- El fanatismo lo hubo por ambas partes - Tercia don Francisco. Todos habían olvidado su presencia y lo miran con asombro - Se defendían los principios, pero hubo también muchos rencores que encontraron la ocasión de cebarse.

- Los comunistas y los anarquistas hicieron muchas barbaridades - Dice don Tomás - La pureza de nuestra religión estuvo en peligro.

- Muchas más cosas lo estuvieron - Contesta fríamente el apo-



derado - Sobre la sangre se amontonó la sangre.

- ¿Era usted republicano, Rozas? - Don Creso habla con suavidad, pero un breve rictus le tuerce la boca - Naturalmente, como comprenderá, es una pregunta que carece ahora de importancia. Todos en aquel entonces éramos un poco de todo. Yo mismo fui socialista durante unos meses. Pero ahora, afortunadamente, gracias a la vigorosa mano que nos gobierna, el orden está establecido - Sus ojos escrutan inquisitivos los rostros que le escuchan - ¿Verdad, señores? - Agrega, recargando su voz expresiva.

Todos asienten sin decir palabra, menos Rozas que se yergue en su sillón, hablando con voz clara:

- Yo pertenecía a Izquierda Republicana.

- Pero por poco tiempo - Tercia el dueño de la tienda - En la guerra enseguida te viniste para acá. Regresaste el 38, creo.

- Un poco más tarde, don Pedro. Mayo del 39.

- Fué una gloriosísima jornada - Comenta don Tomás - Comenzó una paz que hacía mucha falta en España.

- ¿Y usted, Rozas, no ha vuelto a ocuparse de política desde entonces?

- No, don Creso. La política murió para mí el año 36.

- Querrá decir el 39.

- No, en la guerra no se hacía ya política, se hacía sangre.

- ¿Dónde estuvo usted?

- Recorrí toda España.

- Algún batallón.

- Sí.

El gobernador se recuesta pesadamente en su sillón, entornando los ojos con aire fatigado.

- La guerra es una cosa interesante, a pesar de todo - Susurra con vaga nostalgia - ¡Preferible a tantas otras...! Algo en reali-



dad lleno de vida, aunque terrible si se tiene mucha imaginación. Yo combatí mucho por aquel entonces, tenía vitalidad para rato -  
- Sus ojos flotan morosamente sobre las personas y los objetos del salón con una expresión de lejanía - Luego lo meten a uno a gobernador y se acaba todo.

- ¡Je! - Román se inclina de pronto sobre él con una ancha sonrisa - Querrás decir que empieza.

Chango frunce mucho las cejas. El bigote blanco sobre los labios morados se agita, enseñando los dos dientes en un gesto ligeramente despectivo.

- ¡Oh, mon vieux! Tú nunca podrás comprender ciertas cosas -  
- Se queda pensativo, bajando la cabeza - Sí, es verdad, detrás empieza una nueva época. Ya no se mata en la trinchera.

- Se hace justicia en los tribunales - Dice con energía don Tomás.

El gobernador mira al cura con expresión indefinible, haciendo que éste se agite intranquilo en la silla. Hay una pausa densa, donde parecen levantarse recuerdos tumultuosos de viejas luchas y viejos rencores. Don Crespo bebe su coñac de un solo trago, volviendo a mirar a don Tomás.

- Sí, señor cura - Su rostro es inescrutable, pero una menuda salivilla va escupida entre sus palabras - Se restablece en el lugar que le corresponde a la Iglesia de Cristo. Fué nuestro objetivo.

Se echa coñac de nuevo y vuelve a beber. Echa una ojeada a su alrededor y se incorpora de pronto, chasqueando la lengua.

- ¡Eh, oiga, García! Tómese una copa con nosotros. Y usted también, Ilustrísimo ¿no les apetece?

El jefe de policía y el director del Banco General Español interrumpen su conversación, acercándose sonrientes.



- Gracias, don Creso.

- Bueno, creo que aquí todos se conocen - Dice éste con des-  
envoltura - Yo soy en la reunión el único extraño. Todos los de  
más son de la casa ¿no?

- ¡Claro! - Ríe García - Todos los tengo fichados.

- ¿Es que hay algún indeseable?

Todos celebran la salida de Chango, pero algunas caras se  
alargan enseguida.

- A propósito - Interviene el gobernador - Al veros juntos a  
los dos me he acordado de una película que ví... hace... Sí, ha-  
rá más de veinte años. Estaba yo en París pasando unas vacacio-  
nes... Pero siéntense, hombre... ¿Qué hacen de pie como dos co-  
legiales?

El corro se abre y García y don Martel acercan sus sillas.  
Román les llena dos copas y les ofrece puros.

- ¡Oh, París en aquella época! - Exclama don Pedro, con los  
ojos entristecidos de recuerdos - Yo hice un viaje antes de la gue-  
rra... ¡Algo inolvidable! ¡Qué rue de la Paix! ¡qué estableci-  
mientos! Sedas de Lyon...

- ¡Y el Moulin Rouge! - Le interrumpe don Creso - ¡Y Piga-  
lle! ¿Dónde los deja usted? Buen tiempo aquel, sí señor. Buenas  
mozas aquellas... Y amables, ya lo creo...

- ¡Hum! - Don Tomás frunce mucho los labios - Sí, sí, Franci  
... cultura... Pero lo que es la moral...

El gobernador lo mira con asombro.

- ¡Pero don Tomás! Si allí vamos todos a perder la moral de  
aquí, aunque sólo sea por una semana...

- No me gusta Francia, don Creso.

Román no puede ocultar su extrañeza.

- ¡Ah! ¿Pero usted la conoce?



- No, es decir... - El cura se aturrulla un poco - Personalmente... no, pero he oído... Corrupción, libelos... una libertad escandalosa... Mujeres descocadas por la calle...

- ¡Vaya, vaya, señor cura! - Rozas mantiene una ceja irónicamente levantada - Usted tiene opiniones muy personales. ¿Qué le gusta entonces? ¿Inglaterra?

Don Tomás mantiene un obstinado gesto, volviendo la cabeza.

- Tampoco - Dice, hincando la palabra - Para mí, Alemania, la "Kultur" alemana...

- Hegel, Kant... Bergson... - Rozas se detiene un momento, añadiendo - Nietzsche era también alemán...

El sacerdote levanta escandalizado la cabeza.

- ¡Nietzsche, no! - Barbota con irritación, con el rostro súbitamente congestionado - ¡Nietzsche, no! ¡De ninguna manera!

- ¿Es que Nietzsche no tiene acaso su lugar en la "Kultur" alemana? - Interroga Rozas con suavidad.

El otro lo mira con furiosos ojos.

- ¡No, Nietzsche, no! ¡Un descreído!

- ¿No cree usted - Replica Rozas sin alterarse - que Nietzsche creía en Dios de una forma que usted nunca podría llegar a creer?

El cura le echa una mirada feroz. Coge nerviosamente un puro de la mesa y lo enciende con mano temblorosa de coraje. Los otros miran divertidos como aspira una excesiva bocanada, que le produce un brutal acceso de tos.

- Bueno - Replica al cabo de unos instantes, encontrándose algo más sosegado, aunque con el rostro cuajado aún de moretones - Yo considero en la "Kultur" alemana todos los que usted dijo antes. Menos Nietzsche.

- Bergson era francés - Arguye Rozas, manteniendo su mirada dura y su voz clara y cortante.



- Bueno, bueno... - El otro desvía la cabeza, confundido - En fin, cultura... Lo que se dice cultura...

- ¿Hitler... quizá?

El párroco encuentra una airosa escapada. Habla ya con voz segura, con los ojos brillantes.

- Un gran hombre. Enérgico.

- Ya. ¿Un predestinado de la historia?

- Sí, eso es... Le falló...

- ¿Qué?

El sacerdote mira al apoderado, que lo vigila con ojos penetrantes. Se calla de pronto, encogiendo los hombros.

- Es historia.

- Bueno, don Crespo. ¿Qué es lo que nos iba usted a decir sobre los dos?

Don Martel aguarda interesado, después de su pregunta. García bebe, esperando también con curiosidad.

- Nada, señores - Replica el gobernador, sin concederle importancia a la cosa - No creo que a estas alturas sea ya interesante. Y además no recuerdo bien. No me quedo nunca con los títulos de las películas, ¡vaya!

- Pero - Insiste García - Usted se ha referido a un detalle concreto. ¿Es que había en la película dos personajes...? En fin...

- No, no eran dos personajes - Chango se rasca delicadamente el cabello con el meñique - Salía un chiflado, creo... Un anarquista que lo quería poner todo patas arriba. Decía muchas chaladuras, pero a veces soltaba cosas que se le quedaban a uno dentro. Y vosotros, al veros juntos, me lo ha hecho recordar.

- ¿Qué frase era? - Pregunta don Manuel - ¿Es que no la recuerda?

- Pues sí - Los ojos cargados del gobernador indican que el cofac de Román tiene buena graduación. Se lleva el puro a la boca y



muy despacio deja salir una bocanada. Todos le aguardan con disimulada impaciencia.

- Vamos, Creso... - Le anima Román.

Chango mira a García y después a don Martel.

- Al fin y al cabo - Dice, haciendo un ademán como quien le da lo mismo - La frase era: "Un antiguo jefe de policía hará siempre un buen director de banca".

Suelta una nueva bocanada, que estalla súbitamente en el silencio absoluto que ha seguido a su respuesta. El primero en reír es el banquero, pero un ligero rojo que no es debido al licor se extiende por su cara, mientras fuma más aprisa. Los demás celebran regocijadamente la frase, mientras García se inclina.

- Debo entenderlo como un cumplido ¿no?

Don Creso se levanta, aplastando el puro contra el cenicero.

- Tómelo como quiera, García - Dice, dirigiéndose a la puerta - Yo voy a hacer aguas.

- ¿Se marcha usted ya, don Creso?

Don Eloy Calasanz ha detenido al gobernador cerca de la puerta. El director de "La Estafeta de Laverna" es un hombre bajo, de pelo planchado y ojos diminutos. Aparenta unos cuarenta y cinco años y su forma de enfocar los artículos de fondo capta sobremedida a las clases oficialmente cultas de la ciudad.

- No - Le responde Chango - Voy al water. ¿Quiere usted algo?

- Del water precisamente, no.

- ¡Ah, perdón! - El otro se echa a reír - ¿Alguna noticia?

- Sí, pero muy personal. Me agradecería insertar mañana una nota sobre las alteraciones en el personal de la Diputación. Los jalefíllos esos que corren...

Don Creso hace un gesto de indiferencia.

- ¿Para qué, hombre? Ponga usted lo de siempre. Ya sabe usted



la táctica a seguir.

- ¿Palo y tentetieso?

El gobernador suelta una risotada brutal.

- No, ahora ha variado. Tentetieso y palo. Bueno... - Avanza un paso con impaciencia - Perdona, pero esto no aguanta.

- Hasta ahora, don Creso.

Cuando vuelve a la reunión, don Francisco, arrastrando mucho los pies, es el primero en levantarse.

- Bueno, mi señora y mi hija me estarán esperando.

- ¿Qué hora es? - Pregunta Chango.

- Las ocho.

- ¡Canastos! Y la boda fué a las cuatro. Dentro de media hora nos vamos a Cádiz. Mi chófer estará abajo ¿no?

Todos se van despidiendo, dejando solos a don Creso con el anfitrión.

- Bueno ¿qué te han parecido?

El gobernador hace una mueca.

- Que hay de todo. El cura es un chufia. Pero ese Rozas... demasiado despabilado... Hay que vigilar mucho aquí.

- García no es tonto. Y nadie dice esta boca es mía.

- ¡Hum! Donde menos se piensa... No me gusta nada ese Rozas. Demasiada personalidad.

- Pues no hay por donde pescarlo.

- Ya veremos... Eso de que no hay por donde pescarlo... ¡Imaginación, querido, un poco de imaginación! Con la imaginación se llega lejos.

- Y... - El joyero hace ademán de zurrar.

- ¡Ajá! - Aprueba expresivo Chango - Con eso, también.

Se deja caer de nuevo en la butaca y apura complacidamente su copa, eligiendo un nuevo puro.



- Charlemos, hombre, charlemos... Tengo ganas de que emprendamos algo juntos. Hace tiempo que no movemos un dedo.

- Los tiempos han variado, Creso.

- Y el temple.

- Ya sabes que no es verdad.

El otro le pone una mano en el hombro.

- Era una broma, muchacho. Ya sé que sigues tan jabato como antes.

- Podríamos...

- ¡Pepe! - El Puma irrumpe de pronto en la sala, seguido de Cifuentes, que viene detrás de él con piernas rígidas que presienten ya las inevitables camballadas - ¿Has visto por aquí...? ¡Ah, perdona! - Exclama, disculpándose - Como ví tanta gente que salía, creí que te habías quedado solo - Se vuelve de súbito a Chango, hablándole con tono de admiración - ¡Don Creso, qué bien nos ha presidido usted! Su brindis ha sido sensacional.

Paco se acerca a la mesa y levantando en alto una copa vacía, simula gravemente el brindis de Chango.

- Por la felicidad de los novios en el marco de la nueva España y porque le nazcan a Román unos nietos que sean fieles seguidores de su brillante carrera - Se lleva de pronto las manos a la boca, tratando de contener las carcajadas que estremecen todo su cuerpo - ¡Formidable, don Creso, formidable! ¡Digo que formidable!

Chango y el Puma se echan también a reír, pero Román permanece con las cejas muy fruncidas.

- Mira, Paco - Dice, con acento duro - Haz el favor de ir a cachondearte de la estatua de Martínez Campos. Lo que es aquí menos broma.

- Pero ¿qué te pasa, Pepe? - Paco pone un gesto compungido - Hoy que estás en el prólogo de la abuelancia, que toda la casa relu



ce como una patena, que has conseguido casar a tu hija con un majo de bombo y platillo... ¿Qué más quieres? ¡Alegría, alegría!

- Grita, dando saltos por la habitación, que milagrosamente no le hacen resbalar al suelo.

Todos corean su actuación con una carcajada.

- ¡Cállate, malasombra! - Le reconviene el Puma - Inaguantable ¿eh? - Pero su rostro embozado lo desmiente.

Cifuentes, en el centro del salón, asume postura de actor, dando de vez en cuando un traspies.

- En la vida hace falta alegría, ¡alegría! Todo el mundo se aburre y encuentra ingrata la vida, Pepe. Y eres tú el que me pides que me cña a la realidad, que es tan fea y tan tonta como las hijas de los ricos. Tú eres el que me pide eso - Lo señala acusadoramente - tú nada menos, ilustre abuelo de nietos ilustrísimos que darán lustre a tu prosapia insigne. La dinastía de Román, y romana por lo tanto, se inicia con don Pepe I, sigue con Carmencita, y en breve la buena moza dará al sol brillante de Laverna unos vástagos llorones que de seguro se llamarán Román de primero y Rivera de segundo, para conservar la casta. Pero el padre le pone en la canastilla el título de conde de Villahoja y el abuelo revienta de gozo en la joyería de la calle Lonja.

- No hay que hacerle caso - Román se recuesta en su silla con resignación, apoyando su cabeza sobre el puño - Está borracho perdido.

Paco se le acerca, extendiendo su dedo acusador.

- Tú lo has dicho, majo, es cuando estoy en forma. Como que llevo la bodega de Río Viejo en la barriga... - Girando sobre sí mismo, se dirige de pronto a don Creso como si lo viera por primera vez. Se le pone delante y lo señala repetidamente con la mano



sin decir nada. Los otros le miran con estupor y la sonrisa regocijada de don Creso se borra de su boca como por encanto -¡Ah, señor gobernador! Vuecencia Ilustrísima es un hombre feliz. No tiene más que mandar y todo el mundo boca abajo. ¡Cuánta felicidad reparte Vuecencia por el mundo, ciudades y campiñas incluidas! ¿Que a Fulanito le hace falta esto? Pues lo otro. ¡Y cuánto gozo proporciona ser feliz! Bueno, he dicho una perogrullada, pero digo tantas... Usted me disculpa, señor gobernador, pero hoy es un gran día para mí, porque el amigo Román es muy feliz. Ha casado a su hija con un conde arruinado y esto vuelve tarumba a cualquiera. El conde repinta sus blasones y Román dora su parré... ¿A usted qué le parece, señor gobernador? ... Todo el mundo es feliz aquí. Allí están todos como cubas y juegan al escondite. Figúrese usted lo que pasará... ¡Ja, ja! ¿No quiere usted jugar al escondite, señor gobernador? Podría usted toparse con cada moza que está pimpando por lo que usted sabe... ¡Viva Laverna, cuna de la cultura y de los buenos modos!

- Buena la has cogido, amigo - El Puma lo agarra del brazo y trata de arrastarlo hasta el jardín - A ver si te despejas ahí fuera.

Cifuentes se deja llevar dando camballadas, pero al llegar a la puerta se agarra a ella con todas sus fuerzas, gritando:

- ¡Vayan ustedes, señores! ¡Verán lo que es bueno, ja, ja!

Román y don Creso pasan al salón de donde ha desaparecido la mayor parte de los invitados. Repartidos por la estancia se encuentran doña Elisa, la dueña de la casa, Torres, la condesa de Cerro-cristo, la Uriarte, la Güiraldez y la Ibarragómez, con cuatro o cinco personas más. La conversación se mantiene animada a base de chistes.

Doña Elisa sale a su encuentro. Es una señora gruesa, de pa-



pada abacial y movimientos que trata de hacer distinguidos. Es muy popular en los círculos religiosos de Laverna, pues su carnet de novenas se encuentra generosamente repleto durante todo el año y la totalidad de los actos que organiza la Adoración Nocturna encuentra siempre su laborioso concurso.

- ¡Don Creso, qué lástima que su señora no haya podido venir!  
¿Y es grave lo que tiene?

- No, señora - Contesta imperturbable el gobernador - El perfido que no le ha salido bien esta vez.

- ¡Jesús, don Creso! - Ella le pone una mano en el hombro, soltando una risita escandalizada - ¡Qué cosas tiene usted!

- ¿Por qué, Elisa? - Román procura ponerse a tono - Es una cosa natural. ¿Es que a tí no te ha pasado?

Ella le mira con las cejas muy juntas, soltando a continuación su risita.

- ¡Por Dios, Pepe! ¿Tú también? ¡Jesús, estos hombres son el acabóse!

Ellos se miran. Doña Elisa marcha delante de ellos, consciente de su importancia ante los demás invitados.

- Vengan por aquí, por favor. Los jóvenes están jugando.

- ¿Al escondite? - Pregunta don Creso muy serio.

Ella se detiene, mirándolo con sorpresa.

- Justamente ¿Lo sabía? Es un juego muy divertido.

Juanjo atraviesa la pieza en aquel momento. Al pasar a la altura del grupo, da un ligero traspié.

- ¿Qué hacemos, Juanjo? - Pregunta el joyero.

- Estoy jugando.

- Al escondite también ¿eh?

- ¡Claro! - El joven lo agarra por el brazo atrayéndole a un



lado, sin cuidarse para nada de los otros, que lo observan con curiosidad - Oye, Pepe ¿Me puedes dejar dos mil pesetas?

El joyero vuelve la cabeza al sentir la bofetada de vino.

- Ya van muchas.

- ¿Qué importa? Ya sabes que estamos forrados. ¿Cuándo te veo?

Román piensa un momento.

- Después, a las diez, en mi despacho.

- ¿Qué hora es ahora?

- Las ocho y media.

- Bueno, yo creo que esto durará todavía. Con el cachondeo que hay...

- En el despacho te espero.

- En tí confío.

- Descuida.

El muchacho se aleja, atravesando el comedor y cruzando junto a la escalera que conduce al segundo.

- ¡Chíst! ¡Juanjo!

Detrás de una enorme piliestra, oculta tras un alto macetero en triángulo, la Cisniega le hace señas. El hueco de la escalera proyecta una favorecedora penumbra.

- ¿Adónde vas?

- ~~Buscaros~~ - Juanjo se acerca.

- ¡Vaya!

- Pero me quedo aquí contigo - Intenta entrar de costado.

- ¡Pero si no hay apenas sitio....!

- No, pero apretándose bien... Ya verás, ya verás...

- Bueno, pero nos van a ver.

- ¡Qué va, mujer! Lo que yo digo, apretándose...

- Pero no hagas ruido... Bueno, ¿pero te vas a estar quieto?



- III -

- ¡Derecha! - Grita el capataz - ¡Vamos, bien!

Se acerca a la delantera del Paso y repica una vez. Los costaleros se detienen. Repica de nuevo. Como un solo hombre, el Paso baja y queda apontocado en el suelo, delante de la Catedral.

La Semana Santa lleva ya tres días en Laverna. El Cristo de la Vega, siguiendo la inmemorial tradición, entra a su casa en Martes Santo. El imponente edificio, pétreo masa de cuadrada arquitectura, tiene ya sus puertas abiertas ante la cruz de guía. La fila de penitentes negros se extiende desde la plazoleta superior y describe una curva por la derecha para tomar la escalera lateral y descender hasta la plaza. En la Plaza de las Damas la gente lo inunda todo, desde el rellano de arriba hasta la explanada de abajo, pasando por los chiquillos que montan la balaustrada de piedra. Para el paso de penitentes queda sólo un estrecho camino de culebra, que va cerrándose detrás de los guardias municipales que forman la escolta del Cristo. La noche está iluminada de cirios, de olor a incienso, de estrellas pálidas que parpadean en el cielo negro.

La plaza, abierta por todos lados, es amplia, generosa, difusa. Sólo un murallón de casas cierra por la parte derecha, donde balcones abarrotados de gente se apretujan de supersticiosas vivencias. El capataz da la orden y el Paso, lentamente, como un solemne estandarte que pregonara antiguas victorias de la fe, se pone en marcha torciendo a la izquierda y montando la cuesta que lleva al primer rellano. El rosario de penitentes ya ha iniciado la marcha. Entre la masa oscilante de gentío, que se empuja para ver, se oye un den-



so murmullo.

- ¡Callarse, que va a cantar!

- ¡Es la Marlina!

- ¡Dicen que la pagan!

- ¡Mentira, es su Cristo!

Un río de ojos se lanza al cierro central del murallón. Una mujer, en el medio, abre de pronto la mano derecha y se pone a cantar. El capataz detiene el paso en la plataforma.

- ¿Quién me presta una escalera...?

Andrés está justo delante del Paso. No ve la cara de la Marlina, pero atina sus gestos a través de la máscara. Un silencio súbito bate sus alas en la plaza inmensa. La voz de la Marlina trenza el aire con un escalofrío tembloroso. La saeta, ha empezado

Andrés se queda escuchando, con el cuerpo tenso. Bajo la negra tela que la cubre, su boca se abre, hambrienta de aquel sabor castizamente popular. Aquello es algo que está muy lejos de la cerrada atmósfera de sacristía beata que se respira en algunas iglesias de Laverna. Aquello es algo que le sabe más bien a expresión de una danza que a manifestación de una fe, a espíritu vibrante del pueblo que a excrecencia lírica de unos conceptos de moral a los que se siente totalmente extraño. El, por su parte, hace tiempo que no siente, o quizá no ha sentido nunca la fe. Ir a la iglesia, escuchar lo que allí dicen, rezar, ir a misa, ¿qué significa en verdad todo eso? Cuantas veces ha ido, ha hecho esfuerzos por sentir emoción y a veces lo ha conseguido. Pero él sabe perfectamente que la emoción religiosa sólo la ha sentido a través del calor humano, jamás de forma directa. Cuando ha ido a la iglesia para sentir algo por su propia vena, por su propia arteria, por su propio corazón, ha salido defraudado. Pero cuando ha hablado



con algún sacerdote de verdad, no con don Tomás desde luego, pero sí con don Anselmo, o ha visto algún hombre canoso arrodillarse a implorar con las manos apretadas, alguna muchacha de ojos limpios caminar a la comunión o alguna campesina renegrada alzar hacia un altar la cabeza envuelta en un pañolón negro, entonces, entonces sí ha sentido, ha sentido de verdad. Ha sabido que allí había algo, no sabía qué. Ahora, la saeta, fuerza vibrando de la entraña de un pueblo, le produce lo mismo.

El Paso reemprende la marcha, subiendo trabajosamente las dos cuestas que faltan. Cuando se detiene ante la gran boca de la puerta forrada de hierro, todo el mundo se estremece de júbilo pirotécnico. Es la entrada del Cristo de la Vega, la mejor entrada de todas las cofradías, se dice que mejor que la del Cachorro de Sevilla. Los grandes arcos superiores del edificio, central y laterales, se han llenado de luces, que bajan hasta las puertas correspondientes. Al otro lado de la calle, pegada al murallón, la torre del campanario está también cuajada de luminarias.

El primer cohete asciende veloz hasta el cielo y estalla iluminándolo con una luz violada. Luego viene el segundo, también solitario. Enseguida parten dos más, como dos caballeros que se disputaran una estrella. Pero uno de ellos se parte en el camino, con una luz débil y un ruido pobre. El otro asciende magnífico y estalla rotundo, iluminando con su anaranjado fuego un vasto espacio. Luego es ya una serie ininterrumpida de bengalas que partiendo de los arcos y las torres del campanario atruenan la noche, cuajándola de colores.

Las campanas de la Catedral empiezan a voltear. Con una serie constante de traquidos empiezan a consumirse los propios arcos voltaicos, la propia geometría incandescente de la torre. Es la



entrada del Cristo. Este resplandece entre nubes de humo y de luces. La plaza y el cielo se iluminan como si fuera de día. La masa negra de gente se deslía en colores, con los cohetes consumiéndose a un ritmo frenético. Las grandes puertas del templo cobijan al Cristo, escoltado por su guardia de municipales. Poco a poco, los arcos y la torre del campanario van entrando en la oscuridad, al consumirse las últimas bengalas. El gran aguafuerte religioso ha terminado.

El Cristo es colocado en un rincón lateral de la nave derecha. Los cargadores salen entre las cortinas de abajo, estirándose y resoplando con fatiga. La masa de hombres sudorosos es conducida a una destartalada pieza contigua. Cada uno lleva en su mano el cojín cabezal.

- ¡Bravillo! - Exclama el Mojino, acercándose - ¿Fuerte?

El otro lo mira y se tienta el ancho pecho.

- Como un toro ¿Y tú?

- Bien - El Mojino busca con la vista - ¿Y el Seras?

- Allá está.

- Vamos a comer.

Cada uno coge su piscolabis, que va entregando el sacristán de un enorme cesto que hay en el rincón. Los hombres se desparraman, sentándose en el suelo o sobre los dos escalones que parten la inmensa sala en dos trozos desiguales. En tiempos hubo allí un altar, ahora vacío.

- ¿Lo has visto? - Pregunta el Seras, acomodándose al lado de los otros.

- Sí - El Bravillo, navaja en mano, corta su pan con tranquilidad - No se me escapa.

- Después, ya en la calle - Dice el Mojino.

- ¡Callarse ya, coño!



Los tres hacen grupo en un rincón. Poco a poco van entrando penitentes que se juntan en la otra mitad de la sala. Se quitan los capirote y los dejan caer sobre la pared junto con los cirios medio consumidos, que exhalan un olor penetrante. Andrés ve a Alvaro y se acerca a él, llevando el capuchón en la mano.

- ¡Fíjate! - Dice éste.

- ¿Qué pasa?

- Don Miguel, el Puma, don Pedro, don José...

- Sí, hombre ¿qué te extraña? Esta cofradía es de esos.

Alvaro lo mira con asombro.

- ¿Gente gorda? No lo sabía.

- ¿Ahora te desayunas?

- Sí... - Alvaro aúpa el capirote, sopesándolo - ¡Uf! Es molesto esto...

- Pues yo no cargo ahora con el capirote y la túnica.

- ¿Qué vas a hacer, entonces?

- Lo dejaré en cualquier lado. Ya le preguntaré a don Anselmo.

- ¡Ah, bueno!

Todo el mundo fuma con ansia, llenando poco a poco la sala de humo y de conversaciones. Don Anselmo hace abrir los ventanales, que resultan sin embargo insuficientes dada la numerosa gente allí congregada. La pálida luz de las bombillas suspendidas de los costados da a todo un tinte amarillento, en contraste con las túnicas negras y los fajines de terciopelo morado. Las paredes, desnudas de muebles, son de cantos a líneas cuadradas de cal.

Román abre su boca en círculo y deja escapar un chorrillo de humo. La amplia túnica no consigue disimular su vientre, que amenaza estallar bajo el apretado fajín.

- Te has portado, chacho - Dice a Miguel, dándole una sonora



palmada en la espalda - ¡Menudo jefe nos ha salido!

Este sonríe halagado y se despoja cuidadosamente de la capa de mayordomo, colgándola del bastón de mando, apoyado en la pared. Forman grupo en uno de los rincones con José, Eduardo, Juanjo y don Pedro.

- Es el rey de la cofradía - Suelta Juanjo.

Miguel sonríe de nuevo, pleno de euforia.

- No se me da mal la vara, es verdad.

- ¿Qué le pasa a usted, don Pedro? - Pregunta Román, acercándose al anciano.

El dueño de los Grandes Almacenes, muy pálido, se ha apoyado en la pared.

- No sé... - Dice con fatiga - Mucho humo aquí... Un poco de mareo...

- Será mejor que entres en la iglesia, papá - Aconseja Eduardo

- Sí, - Don Pedro echa a andar, sostenido por Juanjo y José.

- Hay que buscar un poco de agua.

- Sí - Asiente Miguel, movilizándose rápido - Yo voy a buscar a don Anselmo.

Se dirige de nuevo a la sala. El Bravillo, que estaba a la puerta, se mete dentro velozmente, sin que Miguel llegue a verlo. Todo sigue invadido de gente y de humo. El párroco preside el grupo más numeroso.

- Don Anselmo - Duarte lo llama - Perdonen, señores... - Lo atrae a un lado ! - A mi padre le acaba de dar una fatiga... Un poco de agua le vendría bien...

- Sí, sí - Asiente presuroso el cura - Vamos arriba. ¡Pobre don Pedro! Son muchos años, desde luego...

Miguel lo retiene por el brazo.



- No, no se moleste, siga usted con ellos... No creo que tenga importancia. Dígame sólo...

- No faltaba más, hombre - Le interrumpe don Anselmo con vigor - Que a su edad todo tiene importancia. Voy a verlo. No, mejor... -  
- Se detiene de pronto al llegar a la puerta - Yo voy a buscar a Ferrer para que lo atienda... Lo he visto por aquí. Usted haga el favor de subir por la escalerilla del fondo a la izquierda del altar. En el primer rellano a la derecha hay una puerta grande. Usted la empuja. Es la cocina y allí está Reinalda. Le pide usted agua o... mejor, por señas, porque es algo teniente... Yo no subo porque a mis años me cuesta Dios y ayuda embaularme la escalerita dichosa... Tenga usted cuidado que aquello está oscuro. Esta mañana se fundió la bombilla.

- Bueno, bueno... Usted busque a Ferrer.

Miguel atraviesa la gran nave casi solitaria y dirigiéndose al lugar indicado, empuja la puerta tras la que se inicia la escalera, comenzando a subir. El Bravillo se desliza por detrás y sube a su vez procurando no hacer ruido, pero Duarte lo oye y se vuelve. La oscuridad deja apenas vislumbrar las siluetas.

- ¿Es usted, don Anselmo?

- Sí.

Continúan subiendo unos cuantos escalones. Miguel sube con dificultad a causa de la larga túnica.

- ¿Pero por qué ha venido usted? No hacía falta...

- Era absolutamente necesario.

La voz del campesino ha resonado profunda en el eco. Duarte se vuelve con sobresalto, deteniéndose junto a la baranda. Su mirada se esfuerza en taladrar la oscuridad.

- ¿Quién es? - Pregunta con voz tensa.

- Siga subiendo.



Las paredes de piedra despiden las voces, que parecen enredarse en los dos hombres. Duarte se busca cerillas en los bolsillos y rasgando una, produce una luz temblorosa, que traza vacilantes sombras en la pared.

- He preguntado quién es.

- ¿Es que no me conoce usted? - El Bravillo, a dos escalones de distancia, lo mira con sus pequeños ojos entornados. El fósforo se apaga y Miguel enciende otro, que ilumina la cara del jornalero a su lado.

- ¿Qué hace usted aquí?

El Bravillo se ríe silencioso, con los ojos relucientes de un irónico brillo. Se lleva las manos a la cintura y extrae algo que el hacendado, consumida la cerilla entre sus dedos, no acierta a descubrir. Pero oye un ruido que conoce bien. Ha quemado demasiadas jornadas en el campo para desconocer el ruido de una faca al abrirse. Miguel aprieta la boca con fuerza, sintiéndose de pronto inundado de un sudor frío.

- ¿Qué piensa usted hacer?

- Siga subiendo, por favor.

Miguel nota la punta de la navaja en la espalda, sobre la túnica. Muy despacio, siguen subiendo. Llegan al polvoriento rellano, vagamente iluminado por una línea que se filtra por la rendija de la puerta. El campesino lleva bajo el brazo izquierdo un cirio a medio consumir, que aun despide un ligerísimo olor a quemado.

- Es aquí - Dice Duarte, tornándose a medias.

Volviendo a colocarse de espaldas, gira la cabeza muy despacio. De pronto, pega un salto y suelta una fuerte patada, pero el Bravillo salta también a un lado, esquivándola por poco. Duarte, a punto de perder el equilibrio, siente que la punta del cuchillo se le hunde



en el pecho, al tiempo que una mano de hierro le aprieta el cuello sin piedad. La cara del jornalero está a pocos centímetros de la suya. La quijada le sobresale con dureza y su boca es una sola línea, con los ojos entrecerrados escrutándole malignos.

- Si vuelve usted a hacer un movimiento sin mi permiso, le hundo esto hasta el mango ¿Estamos? - Miguel se asfixia, mientras siente que le chorrea por el pecho un hilo viscoso - Ahora va usted a agacharse muy despacio y a coger el cirio y encenderlo ¿oído? - Le afloja algo la presión del cuello y el otro puede respirar con más libertad - Vamos a seguir subiendo y hay que tener cuidado para que no se rompa la crisma más que quien tenga que romper-sela ¿estamos? El velón va a llevarlo usted, pero ¡cuidadito! - Advierte, con ojos amenazadores - Que no le dé a usted por tirármelo a la cara o por apagarlo, porque se encuentra usted con dos palmos de esto en un decir Jesús. Soy más fuerte y más ágil que usted y además estoy armado. Conque ¡adelante!

La subida sigue de ese modo. La luz amarillenta del cirio ilumina la estrecha escalera, que se va retorciendo hasta llegar a la última plataforma. Una fría corriente de aire se cuele por la abierta puerta de la derecha.

- Proteja usted el cirio - Ordena el Bravillo, sin perderlo un momento de vista - Entre en el cuarto y cierre la ventana. No es cosa de coger una pulmonía a estas alturas.

Su tono es completamente serio. No abandona la espalda de Miguel, que continúa amenazada por la faca. La celda tiene un crucifijo en la pared, una silla de anea y una mesa larga y tosca, junto a la que hay una banqueta de iglesia. Al lado del colchón del fondo, hay un reclinatorio y a la derecha un estante con libros, mal colocados sobre los entrepaños. Todo está cubierto por una fina capa de polvo. El cirio deja resplandecer sobre la habi-



tación una luz amarillenta e indecisa.

- Ponga usted el velón sobre la mesa, haga el favor. Si no se sostiene colóquelo entre la silla y la mesa.

Miguel lo apontoca con cuidado y consigue dejarlo en pie. Está muy pálido, pero sus movimientos son normales. El hilo rojo, corrido hasta la cintura, he empezado a secarse, formando una delgada costra. El jornalero se apoya en la puerta sin perderla de vista.

- Ahora va usted a sentarse en la cama y esperar, sin olvidarse de que yo manejo este cuchillito tanto de cerca como de lejos ¿Estamos?

Duarte se deja caer pesadamente sobre el colchón. El campesino se sienta en la silla delante de la puerta, conservándola algo entornada. Saca un cigarro y se acerca a encenderlo en el cirio, que ilumina un segundo su cara impenetrable.

- Si quiere fumar, fume.

Miguel deniega con la cabeza.

- No, gracias, ¿va usted a asesinarme?

El Bravillo no responde. Suelta una bocanada de humo y mira a un rincón, yendo a sentarse. En su mano conserva la faca abierta, que mueve a la luz del cirio, arrancando fuertes reflejos a la hoja manchada de sangre. La tienta, mirándola fascinado.

- Su sangre - Dice en voz muy baja - La sangre de un caballero andaluz. ¡Es roja! - Exclama, mientras sus ojos miran asombrados al terrateniente - Tenía ganas de verla. Es roja. ¡Increíble!

Se oye un ruido de pasos sobre los escalones. El Bravillo se pone de pie y se acerca a la puerta, cerrándola hasta dejar una sola línea.

- ¿Quién?

- Nosotros.



El Seras y el Mojino entran despacio en el cuarto, echando una mirada grave a don Miguel.

- De acuerdo, muchachos - Dice su compañero - Todo ha salido bien, mejor de lo que podíamos esperar. Me gusta mucho más esto -  
- Indica la estancia con un ademán preciso - Aquí estaremos más tranquilos que en ningún lado. Y por casualidad están todos los elementos que nos hacen falta. Parece que Dios nos protege.

- Ya - Los músculos de las caras bronceadas permanecen inmutables.

- ¿Quieres que me quede abajo vigilando? - Pregunta el Seras.

- No, no hace falta. Y si te ve cualquiera, se escamaría y le podría dar por subir hasta aquí. Además, esto va a ser más largo de lo que tú te imaginas. Cierra la puerta.

Se adelanta al centro de la habitación y deja el cuchillo sobre la mesa, mientras lo recorre todo con la vista.

- ¡Vaya! - Exclama, dejando entrever una mueca satisfecha - Lo que yo decía. No falta nada.

Coge la banqueta y la pega a la pared, frente a la puerta.

- Mojino, coge por ese lado - Le señala un extremo de la mesa. Tú, Seras, sostén el cirio mientras cambiamos. Vamos a ponerlo frente a la banqueta.

Sacando del estante unos cuantos libros, los coloca sobre la mesa. Descuelga el crucifijo de la pared y lo asienta de pie entre ellos, asegurando también con algunos volúmenes la estabilidad del cirio. Sitúa después la silla frente al tinglado, a unos tres pasos.

- Usted, don Miguel, aquí - Se la señala - Tú, Seras, a la derecha de la banqueta, yo en el centro y tú, Mojino, a mi izquierda.

El terrateniente está muy pálido, pero se sienta cruzando las piernas con tranquilidad. Sobre la costra del pecho fluye de nue-



vo una línea sangrienta que le llega al fajín. El Bravillo, en el centro de la mesa, dice :

- Si quiere usted quitarse la túnica, puede hacerlo.

- No - Dice secamente Miguel, intentando meterse las manos en los bolsillos. La túnica no los tiene y él se limita a cruzarse de brazos.

- Entonces, podemos empezar - Dice el jornalero, dejando deslizar con ligera fluencia sus palabras - Don Miguel, usted ya ha visto que esto es un tribunal. Este crucifijo aquí delante es en atención a usted, porque sabemos es católico. De nosotros tres, ninguno es creyente. Siendo tres campesinos, esto va a ser, por lo tanto, un Tribunal del Pueblo. Teniendo el crucifijo, los representamos a todos, creyentes y no creyentes. Se trata de eso, de representarlos a todos.

Miguel se yergue en la silla, con el labio inferior avanzando muy pronunciado :

- Lo que yo me pregunto ¿con qué derecho se me trae aquí a punta de cuchillo ante un tribunal que se da a sí mismo ese nombre?

El Bravillo cruza las manos sobre la mesa, concentrándose unos momentos. Levanta a continuación la cabeza y mirándolo muy fijo, empieza a hablar con voz tranquila :

- Con el que nos han dado en reunión general mil doscientos trabajadores de cinco pueblos de la provincia. Contamos además con la autoridad moral que nos da la muerte de Carlos González Fernández, Pedro Roger Rocamora, Sebastián López Alamo, Cayetano González Pedrosa y Rufino Reyes Conde, estos últimos conocidos por el Mochales y el Rufino. Todos son hombres que han muerto mitad de hambre y mitad de pulmonía este invierno pasado cuando trabajaban en "La Guindalilla" durante nueve horas diarias metidos en treinta centímetros de agua. Nos apoyan el hambre de sus viudas



e hijos, así como el hambre atrasada de todos los hombres, mujeres y niños que durante diez años han dependido de "La Guindalilla" para vivir.

- No reconozco la validez de este tribunal - Exclama Miguel con brusca energía.

El Bravillo se encoge de hombros.

- Discutir la validez de este tribunal, aunque sea cosa de fundamento, es algo que hemos discutido entre nosotros y a lo que se ha llegado a un acuerdo. Naturalmente, nunca podremos esperar que la gente como usted acepte un tribunal erigido por el pueblo. Es siempre el pueblo el que se erige a sí mismo en tribunal y juzga, sentencia y ejecuta. Los tribunales en general los nombra el conjunto de la gente del cual forma parte el reo. En este caso la gente es la que pertenece a "La Guindalilla", que fundada en el derecho natural nos ha elegido a nosotros para el juicio a que se le va a someter.

Duarte frunce de nuevo los labios, pero se calla. El Mojino y el Seras lo escrutan con fijeza, mientras su compañero continúa con voz firme :

- Nosotros seremos su juez, su fiscal y su verdugo, si hay que serlo. Usted será el reo y el defensor. Como yo tengo una facilidad de palabra de que ellos carecen, voy a contar los hechos con brevedad.

Se cruza de brazos, entornando levemente los ojos y levantando el mentón.

- Usted es el dueño de "La Guindalilla". Ocupa en la buena época, esto es, en la recolección, sesenta hombres. En la época floja, veinte.

Duarte se encrespa de pronto, dejando asomar a sus labios una



leve espuma.

- ¿Qué culpa tengo yo de que no haya trabajo para todos? ¿Ni de que los sueldos no sean muy altos en las malas épocas?

El campesino se queda mirándolo con dureza, bajando sus párpados a continuación. Enseguida hace un ademán apaciguador, tratando de aplacarlo.

- Déjeme ahora hablar a mí, por favor. Luego le tocará a usted. Habrá tiempo para todo. El invierno pasado empleó usted veintidós hombres en "El Pantanillo", que trabajaron durante tres semanas con treinta y tantos centímetros de agua. Se le hizo ver por estos hombres, yo personalmente, que en esas condiciones era imposible trabajar, ya que las pulmonías se nos llevaban al otro barrio en menos que canta un gallo. Primero cayó el Rufino, el Rocamora y el Alamo. Usted fué al entierro de los tres, pero no remedió nada. Había trabajo en "La Higuera", en "El Pedregoso" y en la "Machamala", donde por ser terreno alto estaba encharcado pero sin nivel de agua. Sin embargo, usted nos mantuvo por disciplina en "El Pantanillo" hasta quince días después de la muerte del Mochales y el Rufino Carlos, dos más que cayeron. Usted también fué al entierro. Su tozudez criminal había matado a cinco hombres jóvenes que todos dejaban mujer e hijos. El mes pasado ocurrió lo mismo. Usted tenía trabajo en "La Higuera" y en "La Machamala" y sin embargo, nos volvió a ofrecer "El Pantanillo" o el hambre. Escogimos el hambre, muerte más lenta. Usted, desde entonces, hace un mes y para mantener la disciplina entre los jornaleros, reitera cada semana su ofrecimiento de trabajo en "El Pantanillo". El nivel de agua continúa el mismo. Eso este año. El año pasado murieron Doroteo Villas Jiménez, Servando Rodríguez Camuñas y Telesforo de la Bárcena Ruiz. Todos habían trabajado en "El Pantanillo" durante casi todo el invierno. Los tres murieron de pulmonía doble. Se ahogaron como si los



hubieran metido en un barril de agua. El que una persona que trabaje para usted muera de pulmonía, no quiere decir que usted tenga la culpa. Si un hombre no es fuerte para resistir una enfermedad y se muere, nadie tiene culpa si no existe un motivo primero y si después se toman todos los medios para salvarlo. Pero este caso es diferente, porque son ocho casos, que no son más porque todavía no se pueden apreciar los daños totales producidos por esas condiciones de trabajo. Y además este año en marzo a la pulmonía le quitamos las oportunidades que hemos agregado al hambre. Por eso sólo han muerto cinco, que con los tres del año pasado, suman ocho. Para que esos hombres hayan muerto, usted ha puesto "El Pantanillo" a su disposición y una falta total de asistencia cuando cayeron fulminantemente enfermos. Usted no ha cogido un cuchillo y ha matado a esos hombres, es verdad, pero usted ha creado las condiciones de trabajo y la indiferencia después para que esos hombres hayan caído, con la agravante de la situación que sigue usted proponiendo a sus brazos, todo por mantener su cruel disciplina. La alternativa es "El Pantanillo", muerte por pulmonía, o la inacción, muerte por hambre. Está usted ante nosotros por responsable directo de la muerte de ocho hombres y por su condena al hambre permanente a sesenta trabajadores y familias durante diez años. Puede usted hablar ahora.

El rostro de Miguel está lívido, bañado en una espesa película de sudor que lo anega hasta el cuello. Se esfuerza por hablar, pero un nudo de nervios congestionados le aprieta la garganta.

- ¡Mierda! - Barbota al fin, escupiendo entre los labios chorreones de saliva - ¡Lo que yo diga no servirá para nada! ¡Mierda! - Masculla de nuevo, mirándolos con ferocidad - ¡Se han convertido ustedes en un tribunal de asesinos!

El Mojino hace un movimiento brusco, pero el Bravillo le



aprieta el brazo con fuerza, sin apartar los ojos de Miguel.

- ¡Quieto, Mojino! - Le ordena con voz imperiosa. Inclinandose hacia adelante con el rostro contraído, agrega - Estamos aguardando lo que tiene usted que decir.

El hacendado se seca el sudor con la manga, respirando con fuerza. Mira a su alrededor como un animal acorralado.

- Yo no tengo la culpa de que esos hombres hayan muerto - Dice con voz débil, derrumbándose de pronto, agotado - Cuando me enteré habían caído ya.

El jornalero le escruta con aire grave.

- Usted sabía que aquellos hombres habían salido de allí con pulmonía doble. Eso debiera haberle bastado para enterarse.

- No pude enterarme... - Sigue Miguel, con voz ahogada - Y en cuanto a las condiciones de trabajo, pueden cambiarse enseguida. Creo que podrá hacerse mañana mismo.

- Eso depende de la decisión que se tome con usted - Dice el Bravillo con frialdad - Podrá usted hacerlo o no.

Miguel siente de pronto un vuelco en su pecho. Agarrándose convulso a la silla, lo mira con ojos incrédulos.

- ¿Qué quiere usted decir? - Balbucea, tragando apenas saliva - ¿Es que van ustedes a matarme?

- Se va a proceder enseguida al voto. Será inapelable. Sólo caben dos soluciones. Libertad o muerte. Como comprenderá, no hay soluciones intermedias.

- Usted me odia. Aquel día en la carretera usted me hubiera matado si hubiera podido.

- Quizá, don Miguel - Le contesta el otro con serenidad - Pero yo sólo soy una pequeña parte de este gran problema. Yo soy uno de los sesenta que hace diez años trabaja para usted y se muere de hambre por culpa de usted.



- Pero eso puede arreglarse.

- Se arreglará enseguida, don Miguel. La decisión para su muerte deberá ser unánime. Si no, quedará usted libre.

¡Libre! Una chispa de esperanza brilla en los ojos del hacendado, que ya no mira al Bravillo. Sabe que por ese lado no hay salvación. Su mirada se fija con desesperada impotencia en el Seras, buscando en él una tabla a que agarrarse. El viejo lo mira tranquilo con sus ojos extrañamente azules, donde él no ve un trasfondo. Las mejillas flácidas, la gran nariz nudosa destacándose agresiva en medio de la cara, la boca consumida, la frente plagada de bronceadas arrugas, no dejan retratar ninguna emoción. Los ojos le miran inmóviles como si detrás de las cuencas no latiera ni un pensamiento ni una sensación.

Miguel vuelve sus ojos al Mojino. Este tiene una cara madura de color tierra, donde los ojos negros y lucientes reflejan todavía una juventud que contradice los hachazos que el tiempo ha impreso en los dobleces del cuello. La cabeza maciza se asienta en un grueso alvéolo. La chispa burlona de la mirada parece consustancial con él.

Por último, sus ojos vuelven al Bravillo. Un hombre rechoncho y firme que le habló muchas veces en la hacienda y una vez en la carretera, bajo la lluvia. Lo recuerda ahora con la boina entre las manos, el pelo mojado sobre la frente y el agua cayéndole lenta sobre la cara, como un llanto. Se expresaba con torpeza y le habló de pulmonías, de muertes, de las mismas cosas que ha hablado ahora. Es un trabajador del campo, pero sabe hablar. Una vez oyó algo de él. Sí, que se hubiera podido ir a la ciudad si hubiera querido, pero que habría tenido que dejar en el campo la mujer y los hijos. Debe ser uno de esos tipos que se empapan de doctrinas políticas a fuerza de leer libros a la luz de una vela en la gañanía. Y que después to-



man el camino del anarquismo o del comunismo. Hombres que en otro país habrían muerto ya en una barricada, o se habrían convertido en líderes revolucionarios. Son esta clase de hombres enormemente peligrosos para la estabilidad de un régimen social. Emplean siempre la bomba, el asesinato político, la huelga armada o el frente de batalla. Ahora preside lo que él llama un Tribunal del Pueblo. Y, realmente, ése es su puesto. Los ojillos parecen haberle aumentado y habérsele hecho profundos, serenos, muy serenos, con una serenidad que a Miguel se le cuela como un estilete en el corazón. No, de este hombre no es razonable esperar piedad.

La pausa ha sido densa, interminable, como un lago de miel híbrido de sangre. Miguel está desplomado en su silla y le parece que la atmósfera de la celda es ya un lago sangriento y dulce, donde se oye respirar el glu-glu de su propia sangre, saliendo en borbotones tenues de un agujero que algún mal hombre le ha hecho en mitad del corazón...

Un golpe resuena contra la puerta. El Bravillo pega un frenético salto.

- ¿Quién?

- ¿Quién hay aquí?

- Silencio - Susurra, volviéndose a los otros, pero sin dejar de apoyar sus manos en el cerrojo - Es un hombre joven - Señalando imperiosamente a Duarte - Apartadlo, al rincón.

Entre los dos levantan con esfuerzo la silla donde está Miguel semidesvanecido, transportándole al sitio indicado. El campesino entreabre la puerta, escrutando la penumbra del exterior.

- ¿Qué hay?

- ¡Qué oscuro está esto! - Se queja Andrés, mostrando abrazados contra su pecho el capirote y la túnica - Por favor, creí



que no había nadie... Venía a dejar esto aquí, era para recogerlo otro día - Lo mira muy fijo, procurando distinguir su rostro en la vaga claridad - Pero... No le conozco a usted.

Estira de pronto el cuello, tratando de ver por encima de su hombro.

- Pero no tiene usted apenas luz - Dice sorprendido, mirándole con una súbita sospecha - ¿Quién es usted?

El campesino le detalla de arriba a abajo.

- ¿Y usted?

Andrés vacila un momento.

- Yo venía a dejar esto.

El otro alarga la mano.

- Démelo, entonces...

El joven echa el cuerpo hacia atrás, frunciendo las cejas.

- No, a usted no... - Lo mira muy fijo - ¿No ha venido aquí Reinalda?

- Eee... Ha salido - El jornalero extiende el brazo de nuevo - Démelo, si para el caso es lo mismo...

El muchacho deniega enérgicamente con la cabeza.

- No, qué va a ser... - Se queda observándolo. De repente, apoyando el puño contra la otra hoja de la puerta, la abre del todo. Aparece la mesa con el cirio, el crucifijo y la faca. El campesino se cruza de brazos, mirándolo con cara fosca.

- ¿Qué pasa?, ¿Es que no se puede rezar aquí con tranquilidad sin que vengan a molestarlo a uno?

- Sí, claro... - Los ojos de Andrés lo registran todo. De pronto se detienen sobre un charquito de sangre en el sitio que ocupaba Miguel. El Bravillo sigue la dirección de su mirada. Lo agarra del brazo y lo empuja dentro del cuarto.



- Vamos - Dice con rudeza - Si tiene tanta curiosidad, entre de una vez.

Andrés, paralizado, no opone resistencia. El grupo de Duarte derrumbado en la silla con los dos campesinos a su lado, acapara toda su atención.

- Bueno - El tono del jornalero es sarcástico - ¿No es eso lo que andaba buscando? Ahí tiene lo que hay.

- ¡Don Miguel!

El Bravillo se acerca hasta casi rozarlo.

- Justo, don Miguel Duarte ¿Qué pasa?

- Está herido - Andrés se le aproxima con los ojos muy abiertos. Los campesinos le observan en silencio.

- Sin importancia - Replica el Bravillo, rebuscándose un cigarro en los bolsillos y encendiéndolo en el cirio - ¿Y usted quién es?

Andrés lo mira con fijeza sin hacer caso de su pregunta.

- ¿Quién lo ha herido?

- Yo ¿Qué hay con eso? - Contesta el otro con brusquedad - Había que sangrarlo un poco - Se va hacia la puerta y la cierra con cuidado. El muchacho lo observa con el ceño fruncido.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Costaleros?

- Le he preguntado a usted quién es - Dice el Bravillo, muy tranquilo.

El joven traga saliva antes de contestar.

- Soy un empleado de los Grandes Almacenes.

- ¡Vaya! - El bracero alza una ceja, chasqueando la lengua - Empleado de los Grandes Almacenes... ya, ya... Pero siéntese, amigo, siéntese... - Su acento es de pronto más amable, mientras le señala asiento sobre la cama.

El joven vacila un momento, pero obedece sin decir palabra.



El jornalero, muy despacio, se coloca frente a él, apoyándose de espaldas en el reclinatorio y observándole durante una larga pausa

- ¿Qué edad tiene usted?

En los ojos del muchacho nace una lucecita de reto.

- La mitad que usted.

El Bravillo lo mira muy serio.

- No le pregunto en broma.

- Ni yo le hablo - Replica Andrés con naturalidad - Veintidós años. ¿Para qué quiere usted saberlo?

- Ya se lo diré - Le contesta con calma - Quizá le diga muchas cosas... ¿Qué tiempo hace que está en los Almacenes esos?

- En los Grandes Almacenes. Cuatro años.

- ¡Ya! - El Bravillo, pensativo, se pasa una mano por la frente, paseando por la habitación. Se detiene de pronto, mirándolo de costado.

- ¿No tiene usted frío?

Andrés lo mira con asombro.

- No sé... - Se frota las manos en un gesto inconsciente. Luego se saca el aplastado capirote de debajo del brazo y haciendo un paquete con la túnica, lo deja sobre la cama. Se inclina hacia adelante, mostrando unos ojos curiosos.

- ¿Por qué me pregunta usted todo eso?

El otro sigue paseando, sin darle una respuesta. Se detiene frente a Duarte, y lo contempla durante un largo rato. Sus compañeros, imantados, siguen con la vista cada uno de sus movimientos. El vuelve al reclinatorio, donde había dejado el cigarro, y lo recoge para darle una chupada.

- Dígame - Le pregunta al fin decididamente - ¿Qué sueldo tie-



ne usted?

El muchacho alza la barbilla, el cuerpo de pronto envarado.

- ¿Y usted quién es para preguntármelo?

El campesino aplasta la colilla contra el suelo, encogiéndose de hombros.

- Usted lo dijo antes. Un costalero - Se detiene un momento, añadiendo con voz repentinamente endurecida - Hace mucho tiempo que cargo sobre mis espaldas. Los otros también.

- De eso no se vive.

Los ojos del Bravillo tienen un relámpago.

- Tiene usted razón. Eso no es vivir.

- Gano seiscientas cincuenta pesetas. Al mes.

- Es usted soltero, naturalmente.

- Sí... - Dice con trabajo - ¡Qué remedio!

- ¿Qué piensa usted hacer para ganar más dinero? ¿Tiene novia?

- Sí, hace dos años.

- Bien ¿y qué?

Andrés sonríe de pronto.

- ¿Qué se puede hacer?

El Bravillo continúa con los brazos cruzados. Se pasa la mano por su barba erizada y lo escruta con atención. Da unos pasos y vuelve a observarlo, caviloso. Andrés no tiene miedo. Siente que una extraña tranquilidad lo posee, aunque está preocupado por el hijo del jefe. No sabiendo como preguntar, mira por detrás del campesino.

- ¿Qué tiene don Miguel?

- Cristales - La voz carece de matices.

El joven lo mira grave. Algo ha oído decir. El jornalero vuelve a apoyarse en el mueble, manteniéndose frente a él muy erguido.



- ¿Qué lee usted?

- De todo un poco.

-- ¡Ya! De todo... lo que aquí se permite ¿no? ¿Ensayos, biografías...?

El joven recapacita unos segundos. ¿Qué sabrá este tipo de eso?

- De todo un poco, ya digo.

- ¿Cosa política?

Andrés deniega con la cabeza.

- No hay gran cosa aquí. Y además, no encajo mucho.

- ¿Por...?

- Soy aficionado.

- ¡Vaya! - El Bravillo lo mira con sorpresa - Escribe.

Andrés sonríe, volviendo la cabeza.

- Pinitos.

- Ya, ya... Por ahí se empieza ¿qué escribe?

- ¡Psht! - Frunce la boca - Todavía influencias. Relatos cortos.

- ¿Publica?

- No. ¿Dónde?

El campesino se acaricia la mandíbula, pensativo.

- De la cosa social ¿Qué piensa usted?

- Muchas cosas - Dice Andrés, tras una ligera vacilación - Pero... la verdad, no sé... Tengo que mascar mucho todavía...

- Ya va siendo hora de empezar.

- Pienso que en lo social hay cosas buenas y cosas malas, como en todo. Cosas que arreglar, vamos...

- Su sueldo, por ejemplo, su boda...

El joven lo mira escrutador. Ve que habla en serio.

- Sí ¿Por qué no?

- ¿Qué ha pensado para arreglarlo?

- Por ahora, leer.



- Buena respuesta - Los ojos del campesino brillan apreciativos -  
Pero insuficiente. No tiene usted libros.

- Los conseguiré.

- No es fácil.

- Los conseguiré.

- Bien, bien... - El Bravillo tiene una vaga sonrisa - Si usted  
quiere, yo puedo proporcionárselos.

A Andrés le brillan los ojos.

- No tengo mucho dinero.

- Prestados.

- De acuerdo.

El joven espera, no sabe qué. La atmósfera irreal de la estancia  
no le causa asombro ni miedo. Y aquel hombre le interesa. Un hombre  
de carne y hueso, como pocos se ven. ¿Quién será? ¿Será un anarquista  
de los que salen en algunas novelas prohibidas de Blasco Ibáñez?  
Se acuerda de Salvoechea. No, ese hombre no tiene pinta de iluminado.  
Aunque ¡quién sabe! Los tiempos cambian.

- ¿Ha asistido alguna vez a un juicio?

Andrés levanta la cabeza con sorpresa.

- Sí, una vez. Y otras compuse tribunal.

- ¿Componente de un tribunal? Es usted muy joven.

- Fue en los Grandes Almacenes. Un recadero se insolentó con un  
jefe.

- Claro, lo echaron.

El joven lo mira con firmeza.

- No, perdió cinco días de vacaciones. El jefe tenía razón.

- ¿Usted presenció la... "insolencia"?

- Se escucharon a las dos partes.

- ¡Claro... claro! Y después el recadero tenía que seguir bajo



el mando del jefe.

- Bueno... natural.

Hay una pausa larga, densa.

- ¿Quiere usted formar parte de un tribunal otra vez? Puedo someterle un caso.

Andrés lo mira con ojos agudos.

- ¿Por qué no?

- Escuche, entonces. Estamos en el campo. Usted que tiene sensibilidad, puede adornarlo si quiere con las galas de la poesía.

- No. Prefiero el campo.

- Bien - El Bravillo se reconcentra unos segundos, prosiguiendo a continuación - El campo es muy grande, inmensamente grande, puede usted tardar en recorrerlo dos horas en coche. Hay terreno alto y terreno bajo, montecillos y marismas, y todo pertenece a un solo hombre, que es dueño y señor. Dentro de la hacienda, en cabañas y casas, viven sesenta hombres con sus familias. En la época del arado, la siembra y la recolección, trabajan para el amo. En los buenos años todo dura alrededor de ciento cincuenta días, en los malos alcanza a noventa. Durante esas épocas los trabajadores y sus familias comen. Después se acaba el trabajo y la comida. Se come tagarnina o lo que se encuentra.

- Bueno, pero... ¿y lo que se saca en la buena época?

- Los sueldos son bajos, los jornaleros son muchos y el amo puede elegir. El fija el salario y el que quiere, acepta. El que no, se come los codos en familia. Y como ésta pide, el hombre trabaja por lo que sea. Está claro que el ahorro es imposible.

- Pero sobre los beneficios de las cosechas...

- Usted habla en banca, amigo. En el campo las ganancias son todas para el amo. El campesino percibe un salario. No le quiero



generalizar, ahora quiero concretarle un caso. En el mes de marzo la cosecha está floja todavía, pero hay trabajo que hacer. Malezas que arrancar, arbustos que talar... Se pueden emplear hasta veinte hombres, un tercio de los disponibles. Pero ha llovido mucho y los terrenos bajos tienen treinta y treinta y cinco centímetros de agua.

- Pero habrá otros...

- Justo, hay otros - Prosigue el Bravillo con su tono fríamente informativo - Terrenos más altos que sólo están encharcados. En ellos también hay trabajo, pero el amo ha dado ya la orden y hay que trabajar. El que quiera, en los terrenos bajos.

- Pero se le puede hablar, se le puede decir... Es algo que está de cajón.

- No está de cajón. El amo no se vuelve nunca atrás. Quizá si llega a informarse antes de las condiciones del terreno, manda a trabajar en los altos. Pero como no se ha preocupado porque no es época de siembra ni de recolección, allá va. Trabajo en las marismas, el que quiera. El que no, a su casa a comer tagarninas, si las encuentra. Los hijos y la mujer piden de comer y los hombres van a trabajar, aunque sea al infierno. Aquello es el infierno, aunque no de fuego, sino de agua. Se pescan pulmonías y un año caen tres hombres para no levantarse más. Dejan mujer e hijos. ¿De qué sigue viviendo esa gente? ¡Misterio! Habiendo hombres de sobra, no se emplean mujeres ni niños en el trabajo. El amo va al entierro y les da unas pesetas para que se alivien. Y a otra cosa.

- Pero nadie se muere de una pulmonía en estos tiempos. Hay remedios...

- Eso es lo que usted cree. Se llama al médico y éste viene



cuando le parece. Hay pocos con conciencia. Son del Seguro, fíjese... Viven lejos y están muy ocupados, dicen. Llegan las más de las veces para certificar la defunción.

- Pero se puede plantear una denuncia. Ante un caso determinado...

- ¿Quién va a hacerla? Los interesados no saben expresarse, la mayoría son analfabetos. Desde pequeños han tenido que ayudar y se han retirado pronto de la escuela, si es que han ido. Y los que podrían hacer la denuncia en su nombre, no quieren comprometerse. Son los intereses creados, junto con las cobardías colectivas creadas.

Andrés tensa de pronto la mandíbula, los ojos duros y brillantes.

- Pero usted quiere comprometerse, usted sabe expresarse, usted tiene cultura.

- Sí, yo he azacaneado mucho por ahí. He leído todo lo que he podido y tengo mis puntos de vista. Yo he planteado en dos años seis denuncias. Me han recibido con caras largas, encareciéndome la responsabilidad que contraía y sus posibles consecuencias sobre mis costillas. Yo he seguido adelante. Las denuncias por hache o por be se han quedado llenas de polvo en los juzgados. Allí son maestros en parar lo que les conviene. He ido una docena de veces y he recibido toda suerte de consejos y razones, si hay que llamarlo de algún modo. ¡No te comprometas! ¡A tí qué más te da...! ¡Ande tú caliente...! He insistido hasta que han llegado a la amenaza velada, desvelándola después. Se comprende todo. La investigación que se iniciaría pondría en claro las condiciones de trabajo de los jornaleros y eso no les interesa más que a éstos...



- Pero todo eso está podrido...

- Sí, salvo escasas excepciones, ése es el clima general. Para que vea, le contaré un caso. Es al margen de esto, pero interesante por lo revelador. Se lo voy a refrescar, porque aunque pasó en Laverna, de seguro sabe usted de esto mucho menos que yo. La camarilla está tan bien organizada que sólo deja salir a la luz pequeñas olas, reflejo de la tempestad que ahoga. Un niño de seis años, de familia campesina muy bien situada, cayó enfermo. El médico le recetó unos antibióticos y el practicante, Pazón se llamaba, iba todos los días a ponerle la inyección. Pero el pequeño, cosa rara, no mejoraba. Esto escamó algo a la nodriza, la única que se preocupaba allí realmente de él. El padre era un bruto y la madre había muerto. Un día la nodriza entró bruscamente en el cuarto contiguo al dormitorio, donde Pazón preparaba las inyecciones y lo sorprendió sustituyendo la ampolla de la caja por una que traía en los bolsillos. Diariamente inyectaba al niño unos polvos inofensivos en lugar de la penicilina. Se armó un escándalo a cencerros tapados, la prensa no dijo oste ni moste y el practicante pasó cinco días en la cárcel, para salir al sexto a seguir poniendo inyecciones. El niño murió y la familia lo enterró.

- ¿Y la nodriza?

- La mandaron al campo a que se repusiera de la muerte del pequeño. Dijeron que con la cabeza a pájaros que tenía los dedos se le volvían huéspedes y que veía practicantes malvados por todas partes.

Andrés, agachando la cabeza, siente pesar de pronto sobre él toda la abrumadora irrealidad de las cosas que escucha. Se siente sumergido de súbito en un mundo extraño, un mundo en el que se hubieran extraviado ~~de repente~~ de repente todas las normas de



vida conocidas, un mundo en el que se alzarán victoriosas como leyes todas las estúpidas manías de los viejos emperadores sanguinarios. Le parece vivir una pesadilla de locos que gritaran en su cerebro cosas horrendas, como decretos que se impusieran sádicamente a los demás, valiéndose de una fuerza bruta heredada de los feroces tiempos cavernícolas.

- A lo que íbamos - Continúa el Bravillo - Estos tres hombres han muerto y aquí no ha pasado nada. El invierno siguiente pasa lo mismo. Hay trabajo en terrenos altos y terrenos bajos, pero el amo manda trabajar en los bajos y no rectifica. Al capataz le dice que hay que mantener la disciplina. Los hombres agachan la cabeza, trabajan y caen cinco. Los demás entonces se retiran y viven del aire. Llega marzo de este año. La misma canción, pero los hombres prefieren el hambre. Ni uno solo trabaja. El amo se encoge de hombros. El trabajo no es urgente hasta la recolección. Y en la recolección hay fuego en el cielo y en la tierra. Nada está encharcado y no hay problema. Pero este año no hay que esperar a que venga el fuego de la recolección. Ha llegado en el mes de abril. El fuego está ya en la sangre de los hombres que tienen hambre de días, de meses, de siglos..

Los ojos del Bravillo brillan con ardor contenido. Su boca está cerrada como una roca. Andrés le mira grave, contraído hasta la entraña.

- Y los hombres han cogido al amo y se han convertido en su tribunal. Han juzgado al amo y lo han condenado.

Andrés levanta la cabeza con fuerza.

- ¿A qué?

- A muerte - La voz del jornalero es muy baja. Sus ojos tienen el brillo del basalto.



- Es él - El muchacho, muy pálido, señala el rincón con un movimiento de cabeza.

- Sí - Dice muy lento el campesino - Es don Miguel Duarte. Ocho hombres muertos en estos últimos dos años. Antes, en los ocho anteriores, más... más... Y diez años de hambre a sesenta, hijos y mujeres.

El joven siente durante un segundo la impresión irreal del momento que vive. Se pasa lentamente una mano por los cabellos, preguntando:

- ¿Qué piensa usted hacer?

El campesino lo mira muy sereno.

- El tribunal ha dicho ya su última palabra. Allá nos hemos reunido hombres de cinco pueblos y nosotros hemos sido elegidos. Y hemos juzgado y condenado ya.

Andrés está sereno, clarividente como nunca lo estuvo.

- La vida de un hombre es siempre sagrada. No se le puede matar. En la mirada del Bravillo se enciende un fuego sombrío. Se acerca mucho a Andrés.

- ¿Y las nuestras? - Grita de pronto, restallándole la voz como un latigazo - ¿Es que no son vidas humanas?

- Sí, pero... - El muchacho se echa hacia atrás, experimentando un inmenso vacío que lo deja laxo hasta la médula. Siente como si todo su cuerpo fuera líquido, como si quisiera escaparse de sí mismo, dejándole sólo la débil cobertura de su carne. Los dos hombres que custodian al derribado Miguel lo han escuchado todo, pero permanecen a su lado como dos estatuas de piedra. El se esfuerza por verlo, pero lo tapa el Seras con su menudo cuerpo de viejo campesino. Tras el Seras, un hombre que ha sentido contraídas toda su vida las entrañas por el hambre, se oculta el cuerpo todavía vivo



y caliente de Miguel. Una vida que el Bravillo quiere destruir para que otras vidas respiren mejor, para que el aire sea más azul para otras criaturas, para que el sol acaricie unos vientres menos vacíos para que unos hombres famélicos de cara bronceada puedan sonreír alguna vez... ¡Es la vida contra la vida! Si don Miguel no muere, el aire será gris y ceniciento, el círculo de hierro seguirá oprimiendo los pechos cansados, el sol se derretirá sobre tripas vacías, los hombres bronceados no podrán nunca sonreír...

- ¡No! - Gritando de pronto su horror, Andrés se planta de un salto en medio de la celda. Sus ojos están furiosamente dilatados y su boca escupe rabiosamente las palabras a la cara del Bravillo - ¡No! - Repite hasta enronquecer - ¡Ustedes no pueden hacer eso! ¡Ustedes no pueden matar! ¡La vida es siempre sagrada! ¡No se puede matar para dar la vida!

Se lanza de pronto sobre él, atenzándolo por la camisa con fuerzas que duplica su rabiosa exaltación. El Mojino salta a su vez, agarrándolo por los hombros.

- ¡Quieto, Mojino! - Ordena imperioso el Bravillo, dando un salto hacia atrás y arrastrando consigo a Andrés, mientras pone las manos sobre las suyas agarrotadas - ¡Yo solo me basto!

- ¡Y ustedes quieren que yo diga que sí, que eso es justo y admirable! - Grita de nuevo, mientras le sacude convulsivamente por el cuello - ¡Que hay que matar a un hombre para que los otros vivan, que sólo así se puede instalar la justicia en la tierra, matando hombres! ¡No! - Vuelve a gritar con más fuerza - ¡Yo no puedo consentir eso! ¡Yo no puedo creer eso!

Sus gritos acaban en un ronco estertor. Sus manos se abren lentamente, soltando la camisa del campesino y deslizándose a lo largo de su cuerpo, mientras él cae de rodillas, presa de una crisis nerviosa que convulsiona su cuerpo en sollozos. Permanece a currucas en



el suelo, totalmente derrumbado.

El Bravillo lo mira con una infinita piedad. Se agacha y lo agarra por los brazos, levantándolo. La cara de Andrés está llena de lágrimas, que él se seca con rabia. Su cuerpo todavía se estremece en convulsiones mientras vuelve la cara, evitando la mirada del otro. El jornalero lo conduce hasta la cama, haciéndole sentarse en ella.

- ¡Pobre pequeño! - Su mano callosa, conmovida, le acaricia torpemente un hombro - ¡Cuánto tienes todavía que ver!

Su boca tiene un pliegue infinitamente amargo, mientras observa al muchacho, que se va calmando poco a poco.

- Escúchame - Se inclina sobre él, hablándole con la mayor dulzura posible - ¿Cómo te llamas?

- Andrés.

- Pues bien, Andrés, tranquilízate - Le golpea suavemente en la espalda - Ya sé que es muy rudo para tí... Pero vamos, tranquilízate...

Andrés sigue con la cabeza baja, apretando un pañuelo entre sus manos.

- No - Murmura con obstinación - Eso no.

- Bueno, pero... ¿Te encuentras ya más tranquilo?

El muchacho asiente con la cabeza.

- Sí...

- Va a ser algo largo.

- No importa - Lo mira con firmeza - Dígame lo que sea.

- Bien, entonces, escúchame - El Bravillo se levanta, sentándose en el reclinatorio y quedando con su cabeza a la altura de la de Andrés - Voy a hablarte con una sinceridad como pocas veces he tenido en mi vida, una sinceridad total. Tú consideras que la



vida es sagrada porque eres un hombre puro, Andrés, pero nosotros, los que hemos nacido y vivido siempre en el campo, no entendemos nada de eso. Pero hay algo que nos da la medida de lo que la vida vale, de lo que para un campesino que sólo tiene sus brazos, significa vivir. Todo nuestro concepto de la vida está condicionado por el impacto brutal que recibimos al tomar conciencia de que la vida existe. Ya desde pequeños sentimos el calor del sol sobre nuestros cuerpos desnudos, el cielo azul sobre nuestras cabezas, el fuego de las eras cuando seguimos en su faena a nuestros padres, el temblor que tiene el cuerpo de nuestra madre cuando nos aprieta contra su pecho para darnos calor en las noches de invierno... Y a pesar de todo sentimos que la vida es hermosa, que hay un gozo de vivir en todo lo que existe. Pero luego vamos creciendo y dándonos cuenta... Yo no fui siquiera a la escuela. A los ocho años iba detrás de mi padre recogiendo rastrojos. Cuando tuve doce, cayó un libro en mis manos. Un libro que hablaba de un caballero loco que se fue por el mundo a deshacer entuertos. Yo no sabía leer, pero con aquel libro, aprendí. Me divertía aquella historia de los molinos y los discursos del tipo. A los quince años ya empezaba a ver claro. Sentía que por todo el cuerpo me roían gusanos cuando veía cosas. Mi padre era un pobre hombre que cuando venía del trabajo, ya oscurecido, se ponía a mirar la tierra y el cielo con ojos estúpidos. Pero a veces decía cosas que se me quedaban grabadas. No olvidaré nunca una tarde que vino con una capacha de tagarninas en la mano. Se sentó en el suelo, cogió una y durante mucho rato, la mantuvo a la altura de sus ojos. Me miró y la puso contra el sol poniente, extendiendo el brazo: "Mira, Juan... Esto hará... la Revolución Universal". Ahora pienso que podría quizá haber sido un gran hombre si hubiera tenido ocasión. ¡Quién sabe! A veces tenía un destello de inteligencia en los ojos, que se le apagaba ensegui-



da. Se le atrofió el cerebro, no cabe duda. Un día me fui con dos más a trabajar a unas eras a veinte kilómetros y cuando volví a la semana, estaba muerto. Su expresión de miedo continuo había desaparecido, con la cara tranquila como nunca la había visto. Sus palabras de entonces se me antojaron una profecía.

Se queda callado unos momentos, con la mirada poblada de recuerdos.

- Yo no tenía nada que hacer allí. Mi madre había muerto hacía tiempo. Enterré a mi padre y cogiendo unas alforjas con alguna comida, el libro y la tagarnina que era toda su herencia, me eché a rodar por España. Andalucía, Extremadura, Castilla, León, ésas fueron mis principales rutas. Pero tenía curiosidad por todas. Viví temporadas en todos los rincones y pasé hambres de todos los colores. Así me fui haciendo. Era buen jornalero y rendía en todas partes. Y fui reuniendo inquietudes en todos los campos. Los hombres nacían, vivían y morían y muchos no se daban cuenta de por qué, de por qué vivían en la miseria, de por qué comían pan abundante unos días y otros tenían que apretarse la barriga y apretárselas a sus hijos. Pero se iniciaba un despertar. Había hombres que hablaban ya, que gritaban como animales triturados, que sentían que la vida podía llegar un día a ser hermosa y que no se resignaban a morir sin conocer su belleza. Hombres a los que se hablaba de fundar una cooperativa y se quedaban fríos, pero que tenían sus manos ardientes si se les ofrecía una bomba. Y yo sabía que aquello había que cambiarlo, que la bomba sirve a veces, pero que la mayoría de los casos sólo hace saltar. No consigue más. Me hice buhonero de libros y empecé a venderlos como pan. Aquello era su pan, yo estaba seguro. Aunque luego ví tantas cosas... Los hombres no tenían dinero, pero a mí tampoco me hacía falta. Teniendo un fuego



donde calentarme, un pedazo de pan que comer y un poco de paja donde dormir, estaba contento. Se enteraron de los libros que vendía y me metieron en la cárcel. Estuve seis meses. Cuando salí, continué vendiendo con más precauciones. Tardaron esta vez un año en volver a pescarme, porque cambiaba continuamente de ruta y bordeaba las poblaciones. Estuve preso dos años, pero no me importaba. Esos mismos libros que vendía, los encontré en la cárcel, a escondidas, claro. Allí pude leerlos con más detención. Y empecé a pensar con todas mis fuerzas y el libro del loco caballero se llenó para mí entonces de sentido. Detrás de los molinos, de los cabreiros burlones, de los galeotes desagradecidos, yo ya veía otras cosas. Mundos, mundos, mundos. Mundos enormes, significados terribles a cosas que me habían parecido siempre triviales. Mi cultura aumentaba. Mientras más sabía, más quería saber. Cuando salí de rejas, me advirtieron seriamente. Yo dije que no había necesidad, que allí había aprendido mucho y que no volvería a vender libros. Me felicitaron por mis buenas disposiciones y aun me ofrecieron una colocación de ropavejero en la ciudad. Yo dije que no, que había heredado unos cuartos en mi pueblo y que pensaba poner un tabernucho. Lo primero era verdad. Había aprendido bastante y no pensaba volver a vender libros. Podía haberme quedado en la ciudad. Con lo que ya sabía, podía haber encontrado allí cualquier cosa. Pero el campo me atraía de una manera invencible. Yo quería a los campesinos, sentía su dolor como mío, yo mismo era un jornalero como ellos. Yo los quería con todas sus cerrilidades, sus egoísmos y sus triquiñuelas, yo amaba su voz y sus manos calientes que imploran y su piel, la más llagada de todas las pieles... Yo amaba su miedo continuo al borde del hambre, del fuego del cielo y del agua desbordante, porque quería con todas mis fuerzas deste-



rrarlo para siempre y verlos quitarse su máscara, su máscara triste y estúpida de siglos. Y que sonrieran a la vida y que sintieran en cada uno de sus poros calientes que la vida valía la pena de vivirse.

Fuí anarquista y actuaba de enlace en la Confederación. Hacía faenas de todas clases, chapuzas, menesteres pequeños que me permitían vivir. El 35 me casé. Era un chaval todavía y me establecí en "La Guindalilla" con don Enrique Valle, el propietario anterior. Las condiciones eran malas, pero yo esperaba mejorarían pronto. Vino la guerra y combatí en una unidad de mi Organización, la anarcosindicalista. Recorrí de nuevo toda España y llegué a comandante. Al final tuvimos que meternos en Francia, donde vivimos como pudimos. Los franceses en general se portaron immejorable. Cuando llegó la guerra mundial, me metí de nuevo en España y como pude, andando con cien ojos, porque había patrullas por todas partes, llegué a Andalucía. Aquí seguía ella. No le había pasado nada, pero el chiquitín había muerto. Yo había esperado hacer algo grande de él. Todo estaba vigilado, muchos compañeros habían muerto ~~en la guerra~~ en la guerra, otros habían sido fusilados, otros estaban presos, no existían Federaciones. Empecé la reorganización a la vez que trabajaba de día en el cortijo. Estaba fichado, pero había hecho promesa formal de consagrarme exclusivamente a mi trabajo, sin meterme para nada en política. Por un milagro me dejaron tranquilo. Yo cumplí lo ofrecido, mi trabajo era reorganizar las Federaciones de la Organización, tarea social, no política. Así hemos ido baqueteando durante todos estos años. Hemos sufrido persecuciones, encarcelamientos, muchos compañeros fusilados, yo he pasado muchas temporadas en la cárcel, pero todo estaba previsto y no han podido probarme nunca nada. Y con el nuevo año, estos



últimos años han sido de prueba. En todas las regiones campesinas, no hablemos ya de las ciudades, desde el fin de la guerra se han producido hechos que claman al cielo. En Andalucía, injusticias a montones. El caso nuestro es sólo una pequeñísima parte de los miles de hechos que se producen continuamente en todos los sitios donde las propiedades son tan inmensas. Unas veces son directo los amos, otras los capataces o los encargados que sólo ven por los ojos de los que los pagan. Y en "La Guindalilla" todo ha venido a culminar el mes pasado. Hambre o muerte, esa es la solución que se nos ha ofrecido. Y, aunque no en la forma que él creía, hemos escogido muerte. Reunidos mil doscientos compañeros, trabajadores de cinco pueblos, se ha elegido el tribunal popular que integramos los tres. El Seras, el Mojino y yo. Eso es todo. Si no hay nadie, absolutamente nadie en el mundo que nos haga justicia, es preciso que nos la hagamos nosotros mismos.

- No se puede decir que esos ocho hombres hayan sido matados por él.

Andrés se ha levantado y mira fijamente al Bravillo. Este se alza a su vez.

- ¿Qué es preciso entonces? - Barbota, brotando de sus ojos una llamarada - ¿Es que solamente se mata con un cuchillo? ¿Es que la muerte por hambre no es una muerte tan segura como la de un cuchillo? ¿Es que no se ha matado a esos hombres como si los hubieran metido en agua hasta ahogarlos?

¡  
Sin poder resistir aquellos ojos que lo queman como brasas, Andrés vuelve la cabeza.

- No sé... - Murmura.

- Cuando deliberadamente se crean las condiciones para que la muerte de un hombre se produzca y se mantienen contra otros hombres esas condiciones a sabiendas de sus consecuencias y pu-



diendo fácilmente remediárlas, el hombre que mantiene esas condiciones, es un asesino.

- ¡Matar! - La voz de Andrés es muy baja. Sus ojos permanecen fijos en la cruz que preside la mesa. La señala - Aquél lo prohibió. Murió por todos.

Los ojos del Bravillo relumbran. Extiende el brazo:

- Si hace falta mi vida para que mañana todos los que están en el campo conmigo puedan vivir, que me claven en un madero como a ése.

Andrés siente que algo se la agarrota muy adentro, como una tenaza de hierro súbitamente introducida en su carne. El silencio parece llenarse de pronto de latidos terribles. La luz amarillenta del cirio, trazando sombras chinescas en las paredes, refleja el cuerpo del Seras, que se adelanta con las manos extendidas.

- No hay necesidad de discutir ya.

Todos le miran, sorprendidos. El Bravillo pega un salto, agarrándolo fuertemente por el brazo. Ve a Miguel.

- ¿Qué has hecho? - Grita.

La luz mortecina y cambiante del velón alumbraba la cara impassible del viejo.

- Lo acabo de matar.

- ¿Qué has hecho, Seras? - El campesino, furioso, le sacude con fuerza por el cuello, sin que el otro reaccione siquiera.

- Te habías olvidado de una cosa - Dice muy bajo.

- ¿Qué?

- Que el Rufino era mi hijo. Ibas a perdonarlo ¿no?

El Bravillo vuelve la cabeza evitando su mirada y soltándolo.

- No sé... - Murmura.

Andrés contempla la escena con los ojos atónitos. Miguel yace



en la silla en una postura grotesca, con las ciegas cuencas muy abiertas. Un canalillo de sangre va saliendo con lentitud de su costado izquierdo y va empapando la túnica, la silla, el suelo, donde forma un charco.

- !Asesino! !Asesino!

Ante el asombro de todos, el muchacho sacude convulsivamente al Seras, que no se defiende. Le da un terrible empujón, tirándolo contra la pared. Luego de un salto sale de la estancia, precipitándose escaleras abajo.

-ooOoo-



Doña María Luisa, luto riguroso, alarga el libro a su marido :

- ¿Lo has encontrado con facilidad?

- Sí, donde tú me habías dicho.

Metido dentro del gran lecho matrimonial, coge el volumen con fatiga entre sus manos huesudas. La muerte de Miguel ha hecho que don Pedro cayera en cama como fulminado. Su mujer lo mira con preocupación a través de sus enrojecidos ojos.

- Tráeme la pluma y las gafas.

Ella va a buscarlas a la chaqueta, alargándoselas.

- Arréglame los almohadones.

El se incorpora para facilitarle el arreglo, empezando a escribir.

- No te canses mucho, Pedro.

- Hay que registrar las últimas cosas que han pasado - Le contesta él monótonamente, sin mirarla.

Es un atardecer triste, que deja filtrar una luz cenizosa por la entreabierta ventana. Ha estado lloviendo todo el día y eso ha contribuido a despejar la atmósfera cargada de días atrás. Sin embargo, espesas nubes entoldan el cielo.

- ¿Quién es? - Pregunta él de pronto.

Su mujer lo mira con sorpresa. Con la enfermedad no se le escapa el menor ruido de la casa.

- Voy a ver - Dice, saliendo de la habitación.

Vuelve a entrar al cabo de un momento. Detrás de ella se perfila borrosamente una silueta. La luz del flexor que el enfermo ha encendido no alcanza a definirla.



- Es don Alejo, Pedro.

- ¡Ah, vamos!

- Buenas tardes - Saluda el médico, sentándose en una silla a la cabecera - ¿Cómo se anda hoy, don Pedro? - Se inclina sobre la cama y la luz se hunde entre sus espesos cabellos grises, chupándole aun más la cara seca y magra.

El enfermo se vuelve, con la pluma sobre el libro abierto.

- Peor, don Alejo - Mueve desesperanzadamente la cabeza - Son ya demasiadas cosas.

- Vamos, don Pedro - Le anima el otro - No hay que ser pesimista. Que hoy no tiene usted mal aspecto.

El dueño de la tienda hace un gesto indiferente.

- Porque usted no quiere... Yo me veo.

- ¡Vamos, vamos! El ánimo ¿cómo le va?

Don Pedro le mira con tal expresión que le hace desviar los ojos.

- ¿Cómo me puede ir, don Alejo? - Dice, con una fatiga inmensa.

Doña María Luisa, sentada al pie de la cama, cierra un momento los ojos, crispando sus manos sobre la colcha gris. ¡Oh, Dios! El dolor de verlo impotente la está destrozando. Es como si a una le patearan de continuo el corazón.

La puerta de la habitación se entreabre con un breve ruido.

- El señor Rozas - Anuncia Felisa.

- Dile que <sup>!</sup>pase.

Entra el apoderado con la desenvoltura de quien conoce bien el terreno.

- Buenas tardes.

- Hola, Felipe - El anciano sonríe trabajosamente - Aquí está don Alejo dándome la lata. Se cree que voy a pedirle permiso



para morirme.

- ¿Quién habla de morirse? - Tercia el doctor, volviéndose a Rozas con un ademán ambiguo - Todavía...

Don Pedro levanta la cabeza mirándolo con amargura.

- Todavía ¿qué? ¿Todavía más?

Todos callan en un penoso silencio. Rozas se acomoda en una silla a los pies de la cama. Don Alejo se lleva una mano a la boca, pensativo. Doña María Luisa suspira muy bajo. Un coche pasa por la calle y la luz de sus faros gira en la pared para apagarse enseguida en un gigantesco parpadeo.

- Perdonen, pero tengo que seguir escribiendo - Anuncia don Pedro, prosiguiendo su tarea.

El médico se levanta, despidiéndose de ambos con un ligero apretón de manos. Doña María Luisa lo acompaña a la salida, dejando solos a los dos hombres.

- ¿Quiere que me marche, don Pedro?

Este continúa escribiendo durante unos momentos. Sin alzar la cabeza, dice:

- No, Felipe, quédate. Tenemos que hablar.

Ella vuelve, echando una ojeada al cuarto para ver si todo está en orden.

- ¿Quieres dejarnos solos, María Luisa? - Deja el libro a un lado - Felipe y yo tenemos que hablar.

Ella lo mira indecisa.

- Procura no cansarte mucho.

- ¡Psht! - El tiene unos ojos ausentes - Si no lo hago ahora, no tendré ya tiempo.

Su mujer, ahogando un suspiro entre sus labios prietos, vuelve a arreglarle la cabecera, saliendo a seguido del cuarto. El se re-



cuesta sobre los almohadones, hablando con fatiga :

- Estoy anotando los últimos acontecimientos... - Sus ojos miran al frente, vacíos - La muerte de Miguel.

- Todo está empantanado - Dice Rozas - Y hoy hace ocho días...

- Sí - Hay cansancio en la voz de don Pedro - Ese García y sus policías son todos unos imbéciles.

- Por lo que él dice, se mueve mucho.

- ¡Bah! ¿Qué es lo que dice siempre la policía? - El viejo da de lado la cuestión con un gesto brusco - Bueno... Al pobre Miguel no se le puede hacer nada con hablar. Lo que yo quiero es castigar a su asesino.

Deja el libro abierto sobre la mesa, quitándose pensativamente las gafas.

- Con Miguel no hay que contar - Susurra muy bajo - Quedan los tres peores. Eduardo, José y el niño - Se pasa la lengua por los labios resecos, mirando expectante a Rozas - Felipe, nunca te he hecho la pregunta, pero... ¿Qué piensas tú de los tres?

El apoderado se mueve intranquilo, considerando con atención el hombre que tiene delante. Ha dicho don Alejo que no vuelve a levantarse, pues lo del hijo ha sido para él el golpe de gracia. Los ojos se le mueven cansados y escépticos y sus gestos han perdido la elasticidad que tenían hace dos semanas.

- José es un elemento que vale, lo sabe usted.

-Sí - El tono del viejo es algo impaciente - Y Eduardo y Juanjo que no valen, pero no es eso lo que te pregunto... Si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Rozas deja transcurrir una pausa.

- Pensaría... que tengo una hija.

El enfermo se yergue con brusquedad, como ante una sacudida



eléctrica.

- Descartado - Dice en tono cortante - No hay nada que hacer.

Otra cosa.

El apoderado se inclina sobre la cama.

- Mire usted, don Pedro. Si José quisiera, no habría problema. Física y mentalmente está capacitado para dirigir la tienda, pero usted ya conoce su manera de pensar.

A don Pedro le asalta de pronto la horrible idea, que articula mirando con aprensión a Rozas.

- ¿Tú crees que cuando yo muera él tratará de venderla? Porque los otros no serán difíciles de convencer. Con tal de no trabajar...

- Está su señora.

El anciano se revuelve incómodo entre las sábanas.

- Mujeres... - Murmura con despecho - Mujeres por todas partes... Mi mujer, mi hija...!No!- Deniega al fin con un gesto rotundo.

- La tienda puede quedar bajo doña María Luisa. ¿Por qué no? Y ellos continuar como hasta ahora.

- Y tú dirigiéndola.

- ¿Qué solución, si no? Si no admite a su hija...

Don Pedro rehusa vigorosamente con la cabeza.

- Ni la nombres siquiera. Descartada, descartada de una vez por todas.

Se pone a tabalear con los dedos sobre el libro abierto y echándose hacia atrás, entorna los ojos.

- ¡Vaya, vaya! - Susurra - Miguel, a pesar de todo, podía haber servido... José, con el dinero que me costado... Porque Eduardo, nada... El niño, menos...

El apoderado se muerde los labios, guardando silencio. La



obstinación del anciano le pone algo nervioso. Don Pedro no quiere convencerse, por lo visto, de que no hay nada que hacer. Si pudiera...

Unos pasos se oyen de pronto en la antesala. La puerta gira empujada por José, que permanece en el centro del umbral, observando.

- Buenas tardes - Saluda, mientras avanza muy despacio hasta los pies de la cama. El pañuelo blanco del bolsillo alto de la chaqueta armoniza con su rostro de yeso, destacados ambos contra el traje negro.

- Hola, José - Le contesta Rozas.

El viejo, saliendo de su penosa abstracción, se limita a gesticular con la cabeza.

- ¿Cómo te encuentras, papá?

- Igual, hijo - Dice con fatiga - Ya sabes que de ésta...

- Nada, papá - José se frota las manos con fuerza, pero desvía la vista de los inexpresivos ojos de su padre - Dentro de nada, como nuevo.

- ¡Je! - Don Pedro frunce sarcástico los labios - Cada uno sabe su hora.

Hay una larga pausa. José se inclina, apoyándose de codos sobre el espaldar inferior del lecho. Don Pedro cierra el libro y lo guarda en la mesilla de noche.

- ¿El libro de familia?

- Sí - Su padre lo mira muy fijo - Acabo de anotar la muerte de tu hermano.

José levanta las cejas.

- Todavía no se sabe nada.

- Nada.



- Otra laguna de silencio en la enrarecida atmósfera del cuarto. José se mete las manos en los bolsillos con aire preocupado, dirigiéndose a la ventana a escrutar la calle.

- Mal tiempo - Comenta - Y estamos en abril.

Rozas asiente sin decir palabra, observándolo con interés. José se retira de la ventana y vuelve a su sitio de antes. Juguetea nerviosamente con los borlones de la colcha, cruzando unos con otros y tratando de anudarlos. Los deja caer de pronto y se pasa una mano por los cabellos.

- Papá - La voz le sale floja, apenas audible.

Su padre lo mira expectante, afilado de ojos. José se pasa una lengua torpe por sus labios resecos.

- Como Felipe es de confianza - Dice con timidez - Verás... Es que he hecho últimamente unos gastillos... y tengo otros a la vista que...

El rostro de don Pedro se desencaja de pronto.

- ¡La feria! ¿eh? - Barbota sarcástico, con pupilas irritadas por la cólera - ¿qué vas a celebrar? ¡Una doble muerte! ¿no? La de tu hermano y la mía, claro.

José suda copiosamente, con labios temblorosos que no encuentran palabras. A su cara ha subido de repente un vapor de sangre.

- ¡Papá, por Dios...! - Extiende las manos, sin saber cómo continuar.

Don Pedro alarga un brazo con furia:

- ¡Ya ves, Felipe! El señorito lo que piensa es en banquetearse, ahora que sabe que el papá va a morirse. No puede esperar a que yo cierre los ojos.

José sigue descompuesto, con los labios lívidos.

- Papá - Balbucea entre dientes - Estás equivocado...



- ¿Para qué quieres el dinero, entonces?

José no acierta a responder, agachando confundido la cabeza.

- Para banquetitos, claro.

El ruido de pasos en la antesala se detiene ante la puerta, que se abre con precaución.

- Hola, papá.

- Hola, abuelo.

- Hola, Rozas.

Eduardo y Juanjo, enfundados en negro, entran en la estancia. El viejo los mira con las cejas muy fruncidas, poseído aun de su arrebató. Rozas habla con rapidez, dirigiéndose a Eduardo:

- ¿qué tal, liquidaste las facturas de la Lizarrazu?

Este carraspea antes de responder.

- No, había algo raro, no sé qué de tantos por ciento. Las he dejado para mañana.

Su padre lo mira con furia, incorporándose violentamente en la cama.

- ¡Todo se deja aquí para mañana! - Le vocifera en la cara - Cuando te llegue la negra, también vas a dejarlo para mañana ¿no?

Eduardo retrocede un paso, sin saber donde meterse.

- Pero, papá... - Balbucea con torpeza, quedándose con la boca medio abierta.

El viejo abarca el grupo de una ojeada, estudiando sus caras con encono.

- Ya estamos aquí reunidos todos los Duarte - Comenta con amargo sarcasmo - ¡Los ilustres Duarte! ¡Vaya familia! ¿De dónde habéis salido todos? ¿De mí? ¡Pero será posible!

José aparta a Eduardo de un brusco manotazo, adelantándose con la mandíbula tensa y los ojos afebraados y malignos. Su cara está



lívida, como golpeada, y sus labios se le agitan incontenibles. Engarfiando rabiosamente sus manos sobre el espaldar, trata de conducir sus palabras, que le restallan silbantes entre los dientes apretados.

- ¡Hemos salido de donde nos han hecho, papá! - Barbota, escupiendo sobre el lecho menudas partículas de saliva - Según nos hacen, así respondemos. Todos, Eduardo, yo, Juanjo, el mismo Miguel. Ninguno ¿te enteras? Ninguno hemos salido de la nada. ¿Crees que tenemos toda la culpa de ser como somos? ¡No! - Restalla rabioso - Los hombres salen de los ambientes en que viven, como los sapos de las charcas. Nosotros, este hombre y este otro - Señala a Eduardo y a Juanjo - y yo mismo, hemos brotado de esa cosa podrida, muerta y repelente que es la cuna de muchos en esta ciudad vieja, estúpida y floja. Aquí se estudia a los hombres y cuando se los ha catalogado, se les empuja en la dirección contraria a la suya, a la que ellos hubieran tomado. Se les detiene cuando habría que empujarlos, se les empuja cuando habría que detenerlos. Es lo único que da de sí esta sociedad retrógrada y mezquina. ¿Es que tú crees que podrías haber hecho de mí un mandamás de la tienda? ¿O de Eduardo o de Juanjo? El que mejor te entendió fue Miguel, con ése no te valieron chinitas. Ni con tu hija, los dos mejores. Ellos sabían lo que querían y lucharon por ello. El ha muerto, ella como si hubiera muerto para tí. ¡Esa es tu familia, la que tú has creado con tu cerril egoísmo!

- ¡Cállate! - Le grita su padre, con la cara desencajada.

- ¡No quiero! - Grita José más alto - ¡La tienda es todo para tí! Acumular, acumular, acumular... Y nosotros ¿qué? Si hubieras podido, nos habrías amarrado a las mesas con cadenas. Todo lo has sacrificado por ella, tus hijos, tu mujer, tú mismo... - Baja de



pronto la voz, hablando amargo - ¿Crees que valía la pena, papá? Y ahora ¿qué encuentras? ¡Nada! Que no hay quien de los tuyos quiera la tienda...

- Pero hay otros que se harán cargo de ella - El viejo mastica con fuerza las palabras - Y vosotros no tendréis un céntimo, ¿estamos?

- Papá - Eduardo se adelanta - Nosotros hacemos lo que podemos...

- ¡No! - Le grita su padre, apretando los puños - Menos, mucho menos de lo que podéis ¿Qué haces tú? ¡Comprar escobas para la limpieza! ¿Qué hace el otro? ¡Hablar de toros y de fútbol! ¿Qué hace el inteligente José? ¡Pajaritas! Aquí los únicos que hemos mantenido el negocio, Rozas y yo. Sin nosotros, todo se habría venido abajo hace tiempo. Pero cuando yo muera, todo estará arreglado para que la tienda siga como hasta aquí.

José se encoge de hombros.

- Haz lo que quieras, papá - Dice, saliendo con rapidez de la habitación.

- Nosotros hacemos lo que podemos - Repite Eduardo.

Su padre lo mira furioso.

- Eso es lo único que sabes decir. ¡Dilo otra vez, hombre! Eduardo baja la cabeza, confuso.

- Y el otro, a tu lado, como un poste. No sabe ni abrir la boca ¿es que estás borracho?

- ¿Yo qué quieres que diga, abuelo? - Juanjo no levanta la vista de la alfombra - Yo trabajo también en la tienda.

- ¿Y será cínico? - Don Pedro se deja caer sobre la almohada con una risa amarga - ¡Dice que trabaja! - Extendiendo de pronto el brazo hacia la puerta - ¡Marchaos, marchaos!



A paso lento, cabeza gacha, abandonan los dos el cuarto. Eduardo echa aun desde la puerta una mirada de perro apaleado. Don Pedro se vuelve hacia Rozas.

- ¿Qué te parece, Felipe, los hijos que me han tocado? Insultándome encima...

- José desde luego es una lástima...

- Sí - El enfermo humilla la cabeza, respirando con violencia - El es el único que tiene nervio, pero con los nervios desquiciados, con la cabeza llena de ideas absurdas. No abandona por nada del mundo su obsesión aquella de la milicia. ¡Como si allí fuera a encontrar las facilidades que aquí...!

Rozas mena la cabeza, dubitativo.

- No es cuestión de facilidades, don Pedro, lo sabe usted.

El anciano se deja caer sobre la cama, respirando con fatiga.

- Ya, ya se ha hablado de eso - Aparta el tema con un ademán brusco - Esta escena me ha dejado casi agotado - Mirándolo con ligero aire de disculpa - Ha sido bien desagradable, lo reconozco, pero créeme, Felipe, no había más remedio. Gente de nuestra clase no debería pelearse así. Yo he aguardado hasta última hora la reacción de José a la muerte de su hermano, a ver si por fin se decidía... Pero lo único que se le ocurre es pedir más dinero...

- Usted le lleva ya dado mucho.

- Sí, con la idiota esperanza de ver si quería, si le daba la gana de preocuparse de lo que al fin y al cabo, es suyo. Pero no hay nada que hacer.

- ¿Qué piensa hacer usted, entonces?

- Seguir tu consejo. Tú seguirás al frente de la tienda, hay que seguir defendiéndola. Ya sabes que tenemos un lobo a la puer-



ta que quiere comérsela.

- Román.

- Sí, el granuja ése - Don Pedro se anima hablando. Un poco de color le nace en las mejillas y sus movimientos son más precisos - Ya escuchaste a los dos compadres en la boda de la niña. Tendiendo las redes a ver si queríamos picar. Pero se va a llevar chasco ese lagarto.

- El quiere consolidarse como persona honorable.

- ¡Ya, ya! Como tantos otros de aquí. ¡Valiente honorabilidad tienen algunos! Como para carcajearse... Y éste, como si no le bastara la joyería...

- Querrá entrar por la puerta grande.

- Mira, Rozas - Explica decididamente don Pedro - La puerta grande nuestra admite a mucha gente que a veces no debiera. Pero en este caso al señor Román le va a resultar estrecha para su barriga. Yo ya le he dado a entender que naranjas de la China. Yo antes de venderle la tienda a él, soy capaz de quemarla. Ha servido durante muchos años para un negocio limpio y no tengo ganas de que venga el primer bodoque a llenármela de basura. Mientras yo viva, no hay miedo. El sabe que yo soy inatacable. Pero ha cometido la imprudencia de levantar la caza antes de tiempo. Confundiéndose en que el fracaso con mis hijos y que además soy ya viejo le facilitaría el camino, ha descubierto las baterías. Todavía no me ha hecho ninguna propuesta seria, pero desde la boda de la niña lo estoy viendo venir. Si hubiera aguardado a que yo me saliera de escena, habría tenido más probabilidades, pero ahora las cosas van a quedar amarradas con ancla - Varía de tono, moviendo la cabeza con sarcasmo - Son los lobos, Felipe, los lobos que tienen hambre y no quieren esperar... Pero en esta ocasión el amigo



Román va a mascar en hueso, a pesar de lo retorcidos que tiene los colmillos. El testamento no va a dejar un hilo de donde él pueda tirar - Se queda pensativo un momento, agregando a continuación - Yo voy a seguir lo que tú me has dicho, ya que no veo otro remedio. Por lo pronto, yo confío en tu inteligencia y en tu habilidad para defender la tienda. Pero ten en cuenta que con estos lobos hace falta también mucha picardía y un rato de mala leche. Como ellos la tienen.

- Descuide usted, don Pedro. Usted dejando bien atados todos los cabos, no hay nada que temer. Yo ya me conozco bien a esta clase de gente.

- Mi mujer lo tendrá todo - Sigue el anciano, reflejando una nueva vivacidad en sus ojos - Eso reza el contrato de matrimonio. Ella será la dueña de todo, pero bajo tu completa administración. "La Guindalilla" es un buen negocio y si encuentras a alguien capacitado para dirigirla, podemos continuar con ella. Si no encontramos a nadie que merezca confianza, se vende. A lo mejor le interesa a Román. Eso no tendría inconveniente en vendérsela, naturalmente si la paga bien. Si no, no faltarán compradores. He estudiado aquello y hay buena extensión en que enterrando unos miles de duros, se puede transformar fácilmente en regadío. En fin, eso ya lo estudiaremos. Miguel había hecho unos proyectos que deben estar en el cortijo. A mí me parecieron muy buenos cuando me los expuso. Allí está ahora el capataz, Rodríguez. Es un hombre muy fiel. Tú puedes ir a verlo y que te dé todos los papeles del despacho. Aquí los estudiaremos y veremos lo que puede hacerse. Si se pudiera poner al frente del cortijo algún buen técnico, miel sobre hojuelas. O algún campesino experimentado. Confío más en éstos, porque tienen amor de verdad a la tierra. En fin, todo depen-



de de las reformas que haya que hacer en "La Guindalilla"... De todas formas, lo que primero hay que encontrar es un hábil hombre de confianza que no robe mucho o un técnico que aunque robe más, haga producir el cortijo. Eso te descargaría a tí de trabajo y responsabilidades de detalles. Tú lo revisarías todo y serías el administrador, naturalmente.

- Ya, ya... - Rozas mira con asombro el cambio que se ha operado en don Pedro. Sus movimientos son más firmes y sus ojos relucen con un brillo que no es el enfermizo de días atrás.

- Bueno, por ahora eso es todo - El anciano se deja caer pesadamente sobre los almohadones - Yo voy a hacer que avisen a Olavide para el testamento y para darte poderes totales. Ahora estoy muy cansado y lo recibiré mañana. Haz el favor de decirle a mi mujer cuando salgas que me traiga ya la medicina. Creo que la necesito.

- Bien, don Pedro - Rozas se pone decididamente en pie, mirándolo con curiosidad - Está usted transformado !caramba! Después del mal rato...

El viejo sonríe con tristeza.

- El canto del cisne, Felipe. Yo no vuelvo a levantarme, como si lo estuviera viendo... Pero ahora todavía necesito fuerzas para defender mi obra. Eso es lo que me revive como un milagro. El imbécil de mi hijo cree que todo es el dinero, pero es algo más. Si hubiera sido eso, no tenía por qué haberle dado un céntimo - Lo mira con expresión pensativa - Todos los hombres somos algo canallas, Felipe, pero también tenemos todos algo intocable... Yo he sido un egoísta toda mi vida, pero no para todas las cosas. Y con él no me he portado bien en una ocasión cegado por la tienda, por lo demás no tiene de qué quejarse - Se queda callado unos momentos,



tendiéndole después la mano - Bueno, basta de tabarra. Hasta mañana, Felipe. Ven a la hora de almorzar.

Rozas lo mira consideradamente un largo momento. Le estrecha la mano en silencio.

- Hasta mañana, don Pedro.

Baja la escalera, pensativo. Son ya las nueve y el levante que soplaba por la tarde ha despojado el firmamento de nubes, dando lugar a una noche templada. En el cielo marino guiñan algunas estrellas. El apoderado echa a andar hacia la Plaza Sarmiento.

De la bocacalle de San Francisco se acerca alguien que se detiene a su lado.

- Señor Rozas.

- ¿Eres tú, Andrés? - Su jefe lo mira con curiosidad - ¿Qué hay?

- Quería hablarle.

- Bueno... Di lo que quieras.

- No aquí.

El apoderado lo mira con extrañeza.

- Pues... si quieres, podemos ir a un café ¿Hace?

El muchacho se pasa la lengua por los labios, sin abandonar su aire tenso.

- Señor Rozas, un café... Preferiría otro sitio, la verdad.

- Vamos a mi casa, entonces.

Echan a andar hacia la calle Honda.

- Y... poco más o menos - Pregunta Rozas con interés, observándolo atentamente - ¿De qué se trata?

El muchacho meneaba la cabeza sin responder.

- Asunto personal - Dice al fin - Es una consulta, un consejo que necesito.



- Ya.

En casa del apoderado sólo está una de las criadas.

- Doña Mercedes salió hace un cuarto de hora con la señorita. Dijeron que si usted venía, señor, que iban al Villavisón con los señores de Güiraldez.

- Entonces es que van a la tercera. Nosotros vamos al saloncito. Que no se nos moleste para nada.

- Ven aquí, Andrés - El dueño de la casa lo conduce por el brazo - En el saloncito estaremos más tranquilos. Siéntate ahí enfrente y si quieres una copa, ahí tienes una botella y servicio. Yo no bebo. Y cuando tú quieras.

- Gracias, señor Rozas - El joven se sirve - Pero lo necesito.

Sus mejillas enflaquecidas tienen ya un poco de color. Sus ojos aparecen cargados y su boca dibuja una mueca de cansancio. Su jefe lo observa con atención.

- Señor Rozas - El joven empieza a hablar muy despacio, con las mejillas tirantes - Es usted la única persona en quien encuentro la suficiente fuerza y comprensión para ayudarme... Esta última semana ha sido dura para mí, he tenido fiebres continuas y mis noches han sido de pesadilla. Lo que yo le quiero hablar no se relaciona nada con la tienda. Se trata - Sus ojos buscan con avidez la reacción de Rozas - de don Miguel Duarte.

El apoderado se echa hacia atrás con un movimiento brusco, pero se calla. El puchacho se pasa la lengua por los labios sedientos

- Yo conozco cómo, quién y por qué mataron a don Miguel.

La mirada de Rozas escruta hasta el fondo su trastornada cara. Muy despacio, va desarrollando Andrés sus recuerdos del Martes Santos, su subida a la celda, su conversación con el Bravillo, su ataque, la historia del campesino, el brusco arrebató y la huida.



El globo de cristal esparce una luz dulce sobre ambos, extendiéndose sobre la mesilla que los separa y los muebles de la estancia, que aparecen suavemente iluminados en sus contornos. La botella y las copas recogen la miríada de luces que brotan de la lámpara y la absorben en el vidrio negro, despidiéndolas en el cristal incoloro y brillante. El apoderado, echado hacia atrás, mantiene sus codos sobre los brazos del butacón rojo, a la vez que apoya la boca sobre sus manos unidas. Andrés está inclinado hacia adelante con los codos en las rodillas y las manos inmóviles y cruzadas.

- Eso es todo - Dice cuando termina, recostándose con un suspiro de alivio.

Hay un silencio que se oye. Un coche pasa por la calle y el ruido entra por la ventana, extendiéndose en mil por la estancia. Las voces de la casa resuenan lejanas, como si hasta ahora no hubieran existido.

- Tú no sabes que hacer.

Andrés lo mira sombríamente.

- Sí, a don Miguel lo han matado y yo sé quién.

Rozas articula con mucha lentitud:

- Un tribunal.

- ¿Un tribunal?

- Sí - Dice el dueño de la casa con firmeza - Aquello... era un tribunal.

- Lo mató el Seras.

- Alguien <sup>!</sup>tiene que ejecutar. El verdugo.

- Yo no sé si lo que aquel hombre me dijo era verdad.

Rozas coge una de las copas entre sus manos, acunando su redondez entre ellas. La mira con atención y luego estudia sus reflejos a la luz de la lámpara. No mira al muchacho.



- Lo era, Andrés. Todo lo que aquel hombre dijo iba a misa.

- ¿Usted cómo lo sabe?

El apoderado deja la copa sobre la mesilla y le mira con gravedad.

- Sabemos todo lo que pasa en el cortijo.

Andrés lo mira con asombro.

- ¿Por don Miguel?

- No por él. Y cuando digo "sabemos", no me refiero a los de la tienda.

- ¿A quién entonces?

Rozas vuelve a acunar la copa entre sus dedos.

- Aquel hombre era anarcosindicalista. Las cuestiones sociales ya no quedan encerradas en los límites de un cortijo. Como el Bravillo sabía, hace años se inició un despertar. Ahora... se está iniciando otro y hay corrientes de información que nos enteran de todas las cosas que pasan. Y entre esas cosas, la mayoría malas, claro, las de "La Guindalilla" es una de ellas.

Andrés lo escruta con ansiedad.

- Entonces... ¿Usted cree justo lo que ha pasado?

Rozas se remueve inquieto, dejando la copa sobre la mesa.

- Por un lado, lo creo inevitable - Dice con lentitud - Por otro, no me parece totalmente injusto. Si a tí te llevan a un campo y te ponen en su lugar ¿Obrarías de un modo muy distinto? Mira a esos hombres. De un lado, muchas probabilidades de morirse. Del otro, también. Sueldos de hambre, siempre. Hace muy poco, según cifras recogidas por el arzobispo de Valencia, el jornal medio de los trabajadores de la industria y del campo no llega ni a la mitad del mínimo indispensable para su subsistencia. ¿Qué te parece a tí? - Coge la botella y va echando líquido muy lentamente.



en la copa de Andrés - Hay ciertos elementos que quieren poner troncos para contener torrentes. Si los troncos son muy grandes y muy duros, el agua podrá ser contenida durante cierto tiempo, pero después, llega un día en que los troncos son destrozados sin remedio y el agua se desborda inundándolo todo, las buenas y las malas tierras.

Andrés frunce mucho las cejas.

- No le entiendo.

- No es difícil - El apoderado lo mira con gravedad, tendiéndole la copa - Sustituye los troncos por hombres, el agua por hombres también y la que luego se desborda, por sangre. Aquel hombre te preguntó cuánto ganabas y si te pensabas casar pronto... Ahora tienes sólo veintidós años y has pensado vagamente en ello. Pero dentro de cuatro tendrás veintiséis y llevarás seis años de relaciones. ¿Podrás casarte ya? La mayoría de los que están en la tienda se casan alrededor de los veintiocho o los treinta y eso después de estar reuniendo céntimo a céntimo durante cuatro o cinco años, si no más. Hay otros hombres que ni siquiera trabajan y que pueden casarse cuando les da la gana, a los dieciséis, a los veinte, a los cuarenta, porque tienen medios sobrados para ello. Esos hombres, muchas veces, son troncos. Y hay muchos como tú, que son agua. Y fíjate bien lo que te digo - Lo mira con más seriedad que nunca - Llegará un día, quizá muy próximo, en que tu novia se abrazará a tí como sólo saben abrazarse las mujeres al hombre que quieren, y entonces tú sentirás hasta lo más hondo que se no puede seguir así. Y entonces - Su voz vibra de pronto con mayor fuerza - tú serás una gota del torrente. De ese torrente que ha aplastado a don Miguel.

Andrés contempla a Rozas como si lo viera por primera vez. La mirada del apoderado tiene una serenidad inflexible, su boca, un gesto duro y austero.



- ¿Y eso no tiene solución?

- Por ahora... ésa.

El muchacho lo mira perplejo.

- Entonces... ¿Usted cree que lo mejor es que me calle?

- Mira, Andrés, yo en tu lugar no diría nada. Y no tendría ni pesadillas ni escrúpulos de conciencia. Si hablaras, entonces posiblemente se extremarían las cosas. Y llegando al fondo de la cuestión, no sabemos hasta qué punto los tribunales de una ciudad son más competentes que ése de que me acabas de hablar. Esto no quiere decir que yo apruebe lo que esos hombres han hecho, a eso habría que darle todavía unas cuantas vueltas, pero si a esos campesinos los coge la justicia, ésta no hace distinciones. Corta. Y al fin y al cabo, lo que ellos han hecho es un a modo de justicia. Justicia bruta, no lo niego, pero con cierta respetable dosis de derecho. Si tú hablaras, las cosas se complicarían y entonces sí que habría injusticias de verdad.

Andrés se queda contemplándolo durante un largo rato. De su cara ha desaparecido la expresión inquieta que lo torturaba. Poniéndose en pie, saca un cigarro del bolsillo, encendiéndolo mientras observa al apoderado.

- No sé si te he convencido - Dice éste, señalándole el asiento que ocupaba - Pero ¿quieres volver a sentarte?

El muchacho le obedece, con los ojos fijos en la alfombra.

- Me he quedado más tranquilo. Pero tengo que darle vueltas todavía a muchas cosas.

- Es natural - Rozas sonríe ligeramente - Esa experiencia que has tenido no se da todos los días. Trastorna demasiado, pero a fin de cuentas es posible que eso sea fecundo para tí.

Andrés lo mira con incredulidad.



- Sí, sí... - Sigue Rozas, acentuando su vaga sonrisa - No me mires así. A veces un buen choque conviene. No tan duro como el que tú has recibido, claro... Pero luego queda un sedimento que tiembla el carácter - Le señala la mesa - Pero tómate otra copa, te sentará bien. Y ponte cómodo, haz el favor. Porque tengo curiosidad, cuéntame... ¿Qué es lo que escribes?

El joven sonríe con algo de burla.

- ¡Bah! Eso no tiene importancia.

- ¿Quién ha dicho que no?

- Al lado de esto...

- Todas las cosas tienen importancia. Lo que hay que saber es colocarlas en su sitio. Cuando pase algún tiempo, esto de ahora tendrá menos importancia y es posible que tus pinitos tengan mucha más.

Andrés se encoge de hombros, quedando pensativo.

- Es posible - Dice - Pero ahora no puedo hablar de eso.

- ¿Por qué no? Cuando tienes algo entre ceja y ceja, no hay nada como meter otra cosa para desalojarla. ¿Qué es lo que escribes?

- Ya sabe usted - Habla medio convencido - Cuentos, impresiones...

- ¿De quién te notas influencias?

- ¡Uf! Son tantas...

- ¡Magnífico! Eso es como decir ninguna.

Andrés sonríe. Su rostro está cambiado.

- Querría leer algo tuyo.

- No vale la pena.

- Bien, bien, me gusta tu modestia, pero no tanta. Un poquito de orgullo es a veces como la sal en el puchero. Conque, queda-



mos en que me vas a dar a leer algo tuyo ¿no?

- Si usted se empeña...

- ¡Ya lo creo que me empeño, hombre! En mis tiempos yo tuve también mi sarampión literario. Bueno, no totalmente, porque yo le echaba mucha pimienta política.

Andrés abre mucho los ojos.

- No lo sabía.

- Ya... ya...

- Me lo enseñará usted.

- Otro día, habrá ocasiones. Y... ¿qué proyectos tienes?

- Por ahora leer, estudiar técnicas.

- Observa la vida, Andrés, mira lo que pasa a tu alrededor.

Esa es tu materia prima, por mala que te parezca. El oficio viene luego sin querer. Abre los ojos y observa, deduce...

- Eso hago.

- Los libros sirven de mucho, claro. Te abren horizontes, pero no conviene atiborarse de ellos. De vez en cuando hay que sentarse al balcón a ver pasar a la gente.

El joven se echa a reír.

- Ya veo que usted lo ha hecho.

Rozas ríe francamente también.

- ¡Ya lo creo! Y he aprendido mucho. En mis tiempos me ponía en la esquina de una calle y catalogaba tipos de todas hechuras. Es un deporte interesante. Y barato.

- No olvidaré eso.

- Y lo otro sepúltalo en tu cabeza. Que se quede en el fondo.

- No podré olvidarlo en toda mi vida.

- Sí... - Asiente el apoderado - Lo creo. Pero vendrán otras cosas y se amontonarán encima. Puede que un día ni te acuerdes. O



mejor, que te acuerdes de tal manera que sepas colocarlo a su distancia exacta de tí.

- Creo que siempre estará muy encima.

- El tiempo lo dirá - Dice Rozas, acompañándolo a la salida

- El tiempo tiene una boca muy grande y se lo traga casi todo. Si la memoria no fuera olvidando poco a poco, no habría quien viviera.

- Adiós, señor Rozas - Sonríe Andrés - Y muchas gracias por todo.

- Llévame algo de lo tuyo a la tienda.

- Si usted se empeña...

Rozas le da una afectuosa palmada en la espalda.

- ¡Y vuelta, muchacho! ¿No te he dicho que me empeño?

- Sí, señor, se lo llevaré.

- Hasta mañana, pues.

- Hasta mañana. Buenas noches.

- oOo -

- ¡Dale, niña!

- ¡Calla, malage!

En el centro de la caseta, bajo las cruces de cadenas y farolillos, la gitana y el bailar trenzan unas sevillanas. Las palmas acompasadas se mezclan al castañeteo de los palillos. La guitarra está tirante de alambres y quejas.

- ¡Juy!

- ¡Viva tu mare!

- ¡Jalea, niño!



El corro, muchedumbre de manos que aplauden y pies que taconean, saluda con una ovación cada número. Un mocetón moreno, traje corto y sombrero de ala ancha, sigue las evoluciones de la pareja, jaleando. La caseta es un mosaico viviente de colores. Trajes cortos de caballista, campánulas de gitanas, murmullos de corrillos, con gente sentada y de pie. Mesas al fondo con copas y botellas, platos con aceitunas sevillanas, salchichón, pescado frito, sardinas, chanquetes de Málaga, bocas de la Isla. Cigarros, puros, licres, peinetas, ajorcas, labios pintados, ojos negros, piropos, requiebros, sal, jadeos, bailes, teces morenas, dientes blancos, humo, flores, canciones, vino, humor, deseo... Todo en el estrecho recinto de una caseta de feria.

- ¡Manué! ¡Tómame una copa!

El Puma fuma junto al corro. Le acompañan Juanjo, Torres y Urrutia. El hombrín maduro, de ojos vivarachos y cutis de cobre, se vuelve con parsimonia. Trae una copa en la mano.

- ¡A su salud, don Gacho! ¡Y a la suya, señores!

- Gracias. Pero cántanos algo, Manué - Pide Urrutia.

- Todavía es pronto - El gitano se ajusta la chaquetilla - Tengo que ponerme a tono. Además - Indica el corro - con este jaleo, cualquierilla...

- Los echamos - Dice Juanjo.

- ¡Juy, juy, don Juanjito! ¡No ha dicho usted ná! Echar al trío del Briba... ¡Hasta que ellos quieran!

- La caseta es de nosotros - Tercia el Puma.

- Ya puede ser del Papa. Cuando el trío se calienta, échele ustedé guindas al pavo.

- ¡Vaya, hombre! - El Puma se ladea muy flamencamente el sombrero - ¡Habrás que joderse!



El hombrín guiña un ojo y saca una enorme lengua, relamiéndose.

- Y además, yo necesito todavía un tentempié. Con su permiso, señores.

Se va a la mesa y echándose otra copa, empieza a picar en todos los platos que encuentra a su alcance. Vuelve al grupo, confidencial.

- Si de veras quieren ustedes que el trío se dé andana, yo pueo... - Vuelve a guiñar mientras sacude el aire con la derecha. El Puma se acerca al corro y Manué le sigue.

- Déjalos por ahora. No se portan mal.

La pareja continúa incansable trenzando baile tras baile. La gente a su alrededor la jalea sin parar.

- ¡Venga, Briba! ¡Eres el más grande!

- ¡Arsa, niña! ¡Que te queas atrás!

- ¡Y tú, esaborío! ¿Te has cansao?

- ¡Cállate, deslenguá! ¿No ves que ahora no toca?

El Puma se vuelve al grupo.

- No lo hacen mal. Pero están sobrando.

- ¿Les digo algo, don Gacho? - Dice el gitano - Que como se lo diga usté, va a costar Dió y ayuda...

El otro se muerde el bigote. Sus ojos relucen de pronto.

- ¡Cállate, Manué! ¡Van a salir de estampía!

- ¡Juy, juy, don Gacho! ¿Qué se le ha ocurrido a usté? ¡Que usté es de peligro!

- Nada, hombre - Replica tranquilo el Puma - Una broma inocente. Nada de particular.

Entra en la trastienda y sale al momento arrastrando un pedazo de lona. Lo lleva a un rincón de la caseta y envuelve con él una silla, colocándola detrás de un enorme testero de cajas con bote-



llas vacías.

- Está muy cerca - Dice.

- ¿De qué, Puma? - Pregunta Juanjo, acercándose.

- Ayudarme. De este testero vamos a hacer dos.

Sin comprender, van desmochando la cabeza de la montaña, colocando cajas a su lado hasta formar un nuevo promontorio. El Puma coloca detrás del nuevo testero la silla enfundada. Crítico, mira su obra.

- Ya no está tan cerca de la pared. No es peligroso.

- ¿Qué vas a hacer?

- Ya veréis. Ponerse delante. Taparme.

Saca su mechero y prende fuego a la loneta. Una leve columna de humo empieza a elevarse tras las cajas de botellas. Los otros se vuelven como el rayo.

- ¿Qué has hecho, Puma?

- ¡Callarse, que no pasa nada! - Dice imperioso, mientras avanza al centro de la caseta - ¡Gritad conmigo! ¡Y enseguida pirarse por la trastienda!

- ¡Fuego!

- ¡Fuego!

- ¡Fuegoooo!

- ¡Jesús!

- ¡Fuego!

- ¡Que nos quemamos tós!

Al cabo de un cuarto de hora.

- ¿Qué os decía?

El gitano pisotea la lona. Un humillo denso lo invade todo. Las puertas de la trastienda están abiertas de par en par.

- ¡Uf! ¡Vaya broma, don Gacho! ¡No estarán cabreaos!



- ¡Qué va, hombre! Les ha hecho gracia.
- A pique de quemarlo tó, don Gacho. Esta ha sido inocente, menos mal... Porque se gasta usted unas que... ya, ya...
- Nada, hombre, esto es tapa entre dos copas... Bueno, Juanito, o tú, Paco... ¿Por que tú te quedas aquí ¿no, Juanjo?
- Sí, hombre, no conviene que me vean.
- ¡Vaya por Dios! Con lo contento que estará allá Miguel de que tú te diviertas aquí.
- La gente, que es así.
- Ya. Illetrada y murmuradora - El Puma se dirige a Urrutia y a Torres - Bueno, ¿quién de los dos va por el bureo? ¿Por qué no váis los dos? Así lo traéis más pronto. Ya sabéis el sitio.
- Torres se encoge de hombros.
- Por mí, conforme. ¿Vamos, Paco?
- Tu, tu... Chasca el Puma, deteniéndolos - No salgáis por ahí. Por atrás. Todavía hay gente.
- ¿Los acompaño yo? - Dice el gitano.
- No, hombre, tú te quedas aquí. ¿Qué vamos a hacer entretanto si no?
- Volvemos enseguida.
- Que estamos descendito.
- Bueno, vamos a calentar un poco la tripa - Se sientan los tres alrededor de una mesa y el Puma va sirviendo - Cántanos algo, Manué.
- Este bebe, se levanta y coge la guitarra.
- Sin eso - Ordena el Puma. Jondo. A seco.
- Como quiera, don Gacho, pero hay que está más a tono.
- Bebe, come, ahí tienes.
- No es eso, pero allá va.



El gitano se merca una seguriya :

Pensamiento mío  
¿Adónde te vas?  
No vayas a casa de quien tú solías  
que no pués entrar.

El Puma se levanta, impaciente.

- No está mal, Manué. Pero te faltan grados.

- Otras veces te sale - Dice Juanjo - Empujas.

- ¡Juy! - Exclama Manué - ¡No hace falta ná pa eso! Aquí estamos en la Siberia.

- Ahí tienes de todo - Juanjo señala la mesa - Y Feria.

- ¡Juy, don Juanjo! ¡No hace falta ná! Noche, acompañamiento, ambiente... Y el corazón en su punto. ¡El embrujo!

- Descuida, hombre, que ahora lo tendrás.

- Aquí estamos - Torres aparece en la puerta - Ahí vienen todos.

El Puma se adelanta.

- ¿Quién?

- ¡Lo prinsipá del cante! - Una moza morena, gitana joven, salta al centro de la caseta - ¡Y del baile!

- Hola, Maruja.

- ¡Hola, don Gacho y compañía! ¿Qué me cuentas, Manué?

- ¡Penas!

- ¡Vaya, hombre! Que te da por lo trágico.

- ¿Quién viene contigo? - Pregunta Juanjo, mirándola goloso.

Ella lo mira con picardía, echándose a reir.

- ¿Quién va a venir, don Juanjo? El de siempre.

- Ah, vamos, Paco.

- Mi novio, sí señó. Y el otro, el Antonio.

- Bueno, a ver si se lucen ustedes - Los ojos del Puma se animan - Que hoy es la última de Feria.



- Mollíos que estamos, don Gacho, pero se echa el alma.

- ¿Una copa? - Torres reparte vino a los tres. Se forma el corro.

- ¿Qué va a sé? - Pregunta el Antonio, templando la guitarra. Es un cincuentón tranquilo, de cabellos canos que asoman por la delantera del sombrero típico.

- Primero, tecléa - La Maruja bate palmas - Y tú, Manué, espabila que estamos en Feria.

- ¡Venga, niña! ¡Al arranque!

Se inicia la sevillana. Paco y Maruja bordan el cante de Manué.

La pareja evoluciona con gracia, haciendo ritmo y rima del cantar. Los cuatro espectadores baten palmas cada uno a su estilo.

- ¡Don Juanjo, don Juanjo! - Exclama el gitano en un intervalo - ¡Que me clava usted las palmas!

Juanjo se pone colorado y deja de tocarlas. Toman una copa. El ambiente se va caldeando. Un golpe suena en la puerta. El Puma va a abrir.

- ¿Quién?

- ¡Nosotros!

- ¿Eres tú, Paco?

- ¡Dame un abrazo, Gacho! ¿Quién va a ser si no? ¡Y Pepe el de la bisutería, y Antonio, el yerno-conde, y tres tipas para montarlas! Y...! ¡asómbrate! ¡La Soledad!

- Pasad - Invita el otro - Acabamos de empezar. Pero ahora vamos a armarla en grande. ¿Vienen ustedes borrachos? ¿Qué tal, Soledad?

Cifuentes y los otros entran en la caseta.

- ¿Es que hay que preguntarlo? - Tercia Rivera. El yerno de



Román es un hombre mediano de estatura, ojos claros y barbilla sacada - ¡Ya decía yo! Teníais que haber estado aquí. ¡Y venimos a armarla!

Se echan copas, se fuma y se toman tapas, se charla y vuelve a hacerse el corro. Román habla con la Soledad. La Soledad es mujer de cuarenta años y la mejor cantaora de la provincia.

- Está esto calentito - Comenta el joyero.

- Ni la mitad, don José.

- Bueno - Don Gacho hace una reverencia - Pues de tí depende, Soledad.

- Cuando quieras - Dice ésta al Antonio.

Todos se callan, serios. Saben lo que va a venir. El Antonio se toma una copa y empieza a rasguear. Sus ojillos están animados. Es la Soledad, la está acompañando en el cante grande.

La guitarra se conjura de misterio al embrujo de la debila. Sus sonidos nacen preñados de luces violentas. El aire denso de la caseta se espesa como una niebla química. La Soledad apura una copa y levanta la cabeza. Empieza a cantar.

La debila se desarrolla en sus escalones clásicos, se levanta, juega en el aire con llenos temblores. La Soledad juega con su voz, la hace fácil diablura del cante, la arranca viejos ecos de dormidas melodías, la hace acostarse, durmiendo cien sueños juntos.

- ¡Olé!

- ¡Bien!

- ¡Bravo!

- ¡Viva tu mare, Soledá!

Esta sonríe y se pasa una lengua por los labios.

- ¡Así se canta en Figalle!



Es el hombrín gitano, Manué. La Soledad se vuelve como si la hubiera mordido una serpiente. Sus ojos relumbran, sus manos se crispan un segundo, pero Manué la mira con frialdad. La mujer se va a la mesa y de un trago apura una copa de cazalla. Los ojos del Antonio relucen. ¡Ahora va a cantar la Soledad!

Empieza a pulsar. La guitarra se agarra a la debla, se tritura en la búsqueda última de su esencia, se ahoga en clamor para respirar su último grito. La garganta de la mujer desgarrada no es ya melodía viva, es el llanto y el himno de la libertad conseguida a través de la muerte de la forma. La debla no tiene ahora escalones clásicos, no se levanta ni juega en el aire ni hace diabluras ni trae resonancias melódicas de viejos ecos. Se ha empobrecido de formas para levantarse en un sólo y único alarido, yéndose a buscar en la profundidad vieja de los tiempos el misterio de la sangre, la pasión agónica y la corriente viva de donde fluye sin cesar el dolor de la raza, allí donde en ritmos mágicos brotan las esencias madres al conjuro milagroso del duende. El duende, manantial de la armonía sin reglas ni medidas, ha prendido en la Soledad, la ha vaciado de músicas externas y ha hecho brotar de su fondo el grito último, el grito de pasión y de sinceridad que pone en contacto con el tuétano del Amor vivo, el crisol donde - en vértices ganados al tiempo y al espacio - se funden los misteriosos universos del Uno y el Todo.

La Soledad ha terminado. Alguien bebe una copa, alguien suspira, alguien ahoga un lamento. La debla está todavía viva en el corazón y en el aire. Todos parecen despertar de ese ensueño que durante unos minutos los ha embrujado hasta la médula.

- Ahora sí, Soledá.

Es Manué, el gitano. Levanta una copa. Bebe como si quisiera



echar adentro algo que se le ha quedado en la garganta.

- ¡Sensacional! - Exclama Juanjo - Hay algo...

- ¡Todo! - El Puma aprueba con la cabeza.

- Ahora, una zambra - Pide Román - Que la parejita se despeine.

Se inicia la zambra. Después unas alegrías, más sevillanas. Todo va cobrando un humor espeso de cháchara y requiebro, de sensualidad y ritmo. Entran más amigos, la Soledad vuelve a cantar, la caseta se va llenando. Un velillo serpenteante se cierne sobre los grupos de cabezas, jugando entre las cadernetas, enroscándose a las caras difuminadas, girando en torno a las luces gelatinosas y amarillas. Juanjo, en un rincón, juguetea con la Corales. El Puma, recostado en una silla, bebe copa tras copa, sin perder la compostura. A su lado le babosea la Irene entre arrumacos. Román, con el sombrero ancho del hombrín dentro de su gruesa mano, lo hace girar como un tío vivo, mientras se ríe a mares al ver la cara suplicante del gitano.

En otro grupo Juanito Torres baila por lo fino con una mozuella. Más allá, Paco Urrutia soba a la Niña del Espejo. El Puma se levanta con los ojos turbios. La Irene se le cuelga del brazo.

- ¡Déjame, mujer!

- ¡No seas malo, gachó!

- ¡Te he dicho que me sueltes! - Le da un ligero empujón.

- Bueno, don Gacho, no hay que ponerse así, hombre.

La Irene se acerca a Román, le quita el sombrero que éste se había colocado en la rodilla y se lo pone en la cabeza.

- Dame el sombrero, monada - Ruega el gitano - No me gustan esas bromas.

- Y con el señor sí ¿eh, arrastrao? - Ella se lo encaja mejor al joyero. Este la cifie por la cintura y ella se le sienta en las



rodillas.

- Hola, don Pepe - Le rodea el cuello con los brazos.

- Hola, vida - Román la besa en un brazo. La Irene le corresponde en la frente.

- Déjame que <sup>te</sup> bese, salao.

- Lo que quieras, prenda.

Ella lo vuelve a besar. El joyero se ríe.

- Tómate una copa, niña.

- Y ciento, majo.

La moza se la bebe de un trago. Se le queda mirando.

- Pero... !Qué cabeza tienes, don Pepe! !Si te queda el sombrero en el aire! !El millón de ideas que tú guardas ahí dentro!

- Un poco menos, resalá.

- No me digas - Contesta distraída, mirándolo a continuación insinuante - ¿Tienes ganas de... folklore?

- !Qué pregunta, mujer! Contigo en los brazos, no quiero otra.

- Si no te digo con otra !esaborío! - Le empuja el pecho, confianzuda.

- Después. Ahora cuéntame cosas.

- ¿Qué quieres que te cuente? - Se pone el sombrero en la cabeza - !Ja, ja! !Pero si para mí misma es un granito de arena! !Toma, Manué, que aquí sólo metes tu huesecito de aceituna!

El gitano <sup>!</sup> coge por fin su sombrero y se aleja más que de prisa. La Irene se queda mirando al joyero.

- Cuéntame un chiste - Le pide éste.

Ella lo mira de través.

- ¿Cuál, el de mi vida?

- Sí, ¿por qué no?



- Mi vida es un chiste - Ella tuerce la boca, con los ojos em-  
pequeñecidos - ¿Tú crees...?

Román hace una mueca.

- Puede...

- Todas tenemos una tragedia aquí dentro - Se toca el pecho,  
con ademán dramático.

- ¡Puf! Camelo.

- Tú no sabes, don Pepe... Ni la mitá de la mitá.

- ¡Huy! Que me ha salido sabia la niña. ¿Vas a contarme un  
folletín?

- Calla, malage. Dame una copa.

El joyero se la alarga. Ella la apura sin respirar.

- ¿Te molestó? - Le toca la rodilla - ¿Peso mucho?

- Si te pones al lado, será mejor. Como dos buenos amigos ¿Ha-  
ce?

- Los amigos - Hay un asomo de sarcasmo en la voz de la Irene -  
¿Dónde están?

- ¿Nunca los has tenido?

La fulana se encoge de hombros, sentándose a su lado.

- Cuando una tiene de aquí - Se toca el cuerpo - todos son ami-  
gos. Para esto - Se indica el sexo - Después... ¡Psht!

- ¡Vaya, mujer, que te ha dado por lo triste! ¿Tanto te ha pin-  
chado la vida?

- ¡Juy, la vía! ¡Cuchillitos que tiene...!

- ¡Vamos, mujer! - El Puma se le acerca y agarrándola del bra-  
zo, se la quiere llevar - ¡Vamos a calentar esto!

- ¡La vía, don Pepe! - La Irene se vuelve a mirarlo, forzando  
una risa, con un gesto de quien le da todo igual - Ya ve usted...

Román mueve la cabeza con filosofía.



- Ponte ahí enfrente, niña - El Puma tiene los ojos enrojecidos y el sombrero sobre la coronilla - Vamos a dar una lección a esta gente. ¡Venga!

La pareja empieza a bailar unas sevillanas. A su alrededor se juntan algunos, coreándolos. Juanjo tiene abrazada en un rincón a la Corales, que vuelve ligeramente la cabeza para escapar al fuerte vaho de alcohol. Sobre una silla está medio derribada la Niña del Espejo, con Urrutia que la pellizca y acaricia tumbado a sus pies. Ella se baja a besarle de vez en cuando, mientras le dice, acariciándole el pelo: - Vamos, niño, que te has bebido una bodega. Aunque yo también... - Se pasa la mano por la frente sudorosa y lucha por despejar los ojos. Torres, dando vueltas alrededor de la Irene y el Puma, palmea al ritmo de la música. Equilibra para no caer, dando feroces camballadas.

- ¡Venga, venga! - Grita hasta enronquecer - ¡El circo, el circo, venga, venga!

- ¡Déjame, Juanito! - Cifuentes lo empuja a un lado, mientras se agacha siguiendo con los ojos los pies de la pareja. Aplaude frenético - ¡Eso, eso es, eso es! ¡Pero no la pises, hombre! ¡Eso luego! ¡Eso es, muchacha! ¡Bravo, viva tu mare! ¡Vaya estilo! ¡Venga, venga!

Sigue palmoteando. Está rojo y ronco. Torres continúa dando vueltas a su alrededor. El pasodoble se hace de pronto estridente a fuerza de violencia. Los sonidos estallan, rompiéndose en miles de fragmentos, que giran frenéticos en torno a los cristales de las lámparas. El Puma de repente grita, atrayendo a la Irene y mordiéndola en su abrazo. Ella no se queja, pero cierra los ojos. El la vuelve a besar. Luego grita de nuevo en medio de la caseta:



- ¡Venga, negra! ¡Vamos adentro! - Su rostro está congestionado y sus ojos brillan con unas estrías sanguinolentas. La agarrera del brazo y la lleva para la trastienda. Ella fuerza una risa estridente - ¡Y tú, Juanjo! ¡Vamos adentro! ¡Paco, tú, venga! - Se vuelve antes de entrar - ¡Y todos! ¡Pepe, espabila! ¡Y tú, Antoñito! ¿Qué te pasa, hombre? ¡Venga, adentro todo el mundo, que hay para todos!

Antoñito Rivera vomita en un rincón. Su suegro pasa por delante y lo mira con ligero asco. Ya va quedando poca gente. La Soledad y los bailaores hace mucho que se han ido. El hombrín duerme pacífico sobre una mesa, con la cabeza sepultada entre los brazos. Rivera se mete en la trastienda, dando traspiés.

. . . . .

A las nueve de la mañana, unos golpes tremendos sacuden la caseta. El Puma sale maldiciendo, con la cara abotagada.

- ¿Quién hay aquí?

Rafaelito Güiraldez, con el sombrero muy caído sobre la cara, se tambalea al gritar:

- ¿Estás tú solo, Gacho?

- ¡No, hombre! - Responde éste, a gritos también - ¡Estamos aquí toda la pandilla! ¡Aaaa... chíst!

El otro pega de pronto un salto, agarrándolo del brazo.

- ¡Venga, hombre, te vas a poner a estornudar ahora! ¡Que la tenemos organizada en la Venta de Maurito! ¡Que están el Maletas y el Niño del Oro! ¡Y la Palmera y todo el mundo...! ¡Venga, vamos!

Se mete en la caseta, gritando. Al cabo de unos minutos van saliendo todos, ojos violáceos, despeinados, bostezando mientras se tambalean.



- ¡Venga! - Grita el Puma, arengando con los brazos - ¡Que hay que terminar bien la feria! ¡Venga! ¡A la Venta de Maurito! ¡Que Rafaelillo ha traído el coche! ¡Yo lo llevo! ¡Aaaa... chíst!

- ¿Pero tú estás bueno para llevarlo? - Pregunta Juanjo, encasquetándose la chaqueta como puede.

El otro lo mira airado.

- ¡Pero hombre, qué pregunta! ¡Tú estás todavía ajumao! ¿No sabes que soy el rey, el rey del volante, el rey? ¡Aaaa... chíst!

Un airecillo frío se cuele por la puerta de la caseta. El Puma, todavía gritando y estornudando, la abre de par en par. Es una mañana entoldada y tristonada sobre el Real de la Feria, completamente vacío. Un guardia solitario pasea al final de la avenida. Van saliendo todos y montando en el coche, donde se apretujan entre exclamaciones. El coche arranca con un breve balanceo.

- ¡Para, Puma, para! - Grita Juanjo de pronto - ¡Que me estoy meando!

- ¡Vaya, hombre, qué ocurrencia! - Grita éste también - ¡Y yo, qué carajo! ¡Aguántate, ya mearás luego!

- ¡Que no puedo, hombre!

- Bueno, hombre... ¡Ah! - Los ojos de don Gacho relucen en un relámpago - ¡Vamos todos a mear, muchachos! ¿De acuerdo?

- Sí, sí... - Corean todos a carcajadas.

- Pero no sabéis donde... ¡Ya veréis! Si está hecho para eso, hombre... ¡Caray, otra vez! ¡Aaaa... chíst! ¡He pescado una buena! Pero ya veréis ahora...

Enfila el coche por la gran avenida del Real. El municipal mira calmamente el atestado Cadillac.

- ¡Guardia! - El Puma detiene el coche. El otro se acerca y don Gacho habla bajo: Juanjo, y tú, Paco, y tú, Joselito, tenéis



ganas de mear ¿no? Vamos a mear todos. ¡Salid conmigo! ¡Y preparados!

Deja abierta la portezuela, adelantándose a los otros.

- Señor guardia.

El municipal frunce el ceño.

- Ustedes dirán, señores.

- Tenemos ganas de mear.

El guardia lo mira con frialdad - Allí tienen - Extiende el brazo en una dirección.

- Está muy lejos - Contesta el Puma, con los ojos brillantes. Hace un gesto a sus compañeros - ¡Venga, muchachos! ¡Sujétármelo!

El guardia da un salto hacia atrás y agarra la porra, pero no le da tiempo a sacarla. Juanjo, Torres y Urrutia lo han sujetado con fuerza. Se debate corajudo, lanzando maldiciones.

El Puma le retira la verilla negra de la mandíbula y con delicadeza le saca el casco blanco.

El coche rebota de carcajadas vinosas.

- oOo -

- Hola, Pepe.

- Pasa, Juanjo - Invita Román, echándose a un lado en la puerta de la trastienda - Has tardado mucho.

El joven entra con lentitud, dejándose caer desmayadamente sobre un butacón.

- No he podido venir antes. El viejo está muy grave.

- De eso precisamente quería hablarte.

El joyero cierra las cortinas y enciende la luz, que se ex-



tiende sobre los escasos muebles del cuarto, destilándose con morosidad por la gran mesa del fondo, resplandeciente de joyas. Se deja caer en un butacón, frente a él.

- Es lástima - Dice, hablando como de pasada - No le queda mucho tiempo al pobre... - Alarga la mano hacia la mesa del despacho, acercando la tabaquera - ¿Un cigarro? ¿Un puro, mejor?

Ambos los descabezan y Román extrae de su bolsillo un encendedor.

- Es la vida - Tiende la llama a Juanjo y encendiendo a su vez, fija la vista en el muchacho - Y para lo que venga hay que estar prevenidos ¿no crees?

Juanjo agacha la cabeza sin contestar y con el dedo empuja la ceniza al suelo.

- Ahí tienes un cenicero.

- ¡Ah, perdona! Como otras veces...

- Deja eso y vamos al grano - Le replica, escrutándolo con ojos decididos y entrando bruscamente en materia - Yo tengo de tí un pagaré de tres mil quinientas pesetas y cinco más de dos mil cada uno, que hacen un total de trece mil quinientas. Todos sin fecha, sin vencimiento, a mi favor y firmados por tí ¿Estamos?

Juanjo asiente sin contestar, con la mirada fija en la alfombra

- Ha llegado la hora de cobrar esos pagarés.

El muchacho levanta la cabeza, mirándolo de hito en hito.

- Yo ahora no puedo, Pepe... - Empieza a decir con voz suplicante - Todavía, en este momento... tú sabes...

Román, satisfecho de su reacción, extiende su gran mano, apaciguador :

- Yo sé mucho, pero muchas cosas, muchacho... Que tú eres aun menor de edad, que sería una tontería fechar los pagarés ahora...



Todo eso está previsto desde el principio, no hay ningún hilo suelto.

- ¿Entonces...? - Juanjo se inclina hacia adelante, con una lucecita de temor en sus pupilas negras.

El joyero fuma con tranquilidad, aquietándolo con un gesto de benevolencia.

- Amiguito - Insinúa con suavidad - A veces las deudas no se pagan con dinero. Hay otros materiales con los que se pueden saldar - Haciendo de pronto más íntimo su tono - Escúchame, Juanjo, te voy a hablar con entera franqueza... Es desde luego una confianza extraordinaria que te hago porque soy buen amigo tuyo y veo que aunque joven, no eres tonto ni mucho menos y tienes tu experiencia de la vida - Se queda pensativo unos momentos, sacando una gran bocanada de su cigarro - Verás, Juanjo... Mi posición en Laverna está bastante firme, tú lo sabes, pero yo... paraaaa... continuar planes futuros que ahora no hacen al caso, tengo que conseguir lo que en terreno militar se llama una punta clave... algo sobre que apoyarme para seguir las operaciones, una posición intocable, en una palabra... Para conseguirla, yo ya he hecho la mitad del programa que tengo pensado. Por mi hija, casada con Rivera, he entroncado con una de las mejores familias de aquí. Bueno - Deja aflorar a sus labios una sonrisa vagamente burlesca - digo mejores en el sentido que le da la gente, porque sobre eso habría mucho que hablar... Pero no es ésta la ocasión... En fin, - Remacha con un ademán concluyente - la primera parte de mi programa está realizado, pero queda lo más difícil...

Se detiene un momento, con los ojos entornados. La mirada de Juanjo está obstinadamente fija en la mesa del fondo. La miríada de reflejos que despiden las joyas ejercen sobre él una maravillada fascinación.



- Se trata de la... tienda.

El joven se crispa sobre la butaca, pero sus ojos no se apartan del magnético resplandor que vibra como un animal vivo al fondo de la estancia.

- ¿La tienda? - Dice con voz apagada.

- Sí - Román habla muy despacio - Los Grandes Almacenes.

Juanjo siente un repentino estremecimiento, pero su mirada no se aparta de los paneles, que reverberan de luces cambiantes. Haciendo un esfuerzo por superarse, fija sobre el joyero sus ojos sombríos.

- El abuelo no la venderá.

- ¿Crees que no lo sé, pollo? - Román se frota expansivamente las manos - No lo he abordado en directo, pero se lo he insinuado en un par de ocasiones y sé que no hay nada que hacer... por ese lado. El no se desprende de la tienda por nada del mundo. Pero... Su lengua arrastra las palabras con suavidad cuidadosa - él está malo, pero que muy malo... - Mirándolo con fijeza y remachando las palabras - No le queda ni una semana de vida.

Juanjo procura disimular su brusco sobresalto.

- ¿Quién te ha dicho eso?

- ¡Je! - Román sonríe malicioso - Yo tengo mis confidentes, hermano, que me traen noticias frescas. Esta es de ayer. Pero... - Recobra su gesto serio - a lo que íbamos... Tu abuelo, el pobre, ha trabajado en su vida muchísimo y está muy gastado. La angina de pecho es una enfermedad tremenda y a su edad, figúrate...

Juanjo levanta la cabeza.

- Pero don Alejo puede equivocarse. Fíjate, casi todas las tardes sube allí Rozas y se llevan lo menos una hora hablando de negocios.

Román deniega con firmeza.



- Eso no quiere decir que el viejo tenga mucha cuerda, sino simplemente que se ocupa de la tienda... ¿qué va a hacer si no? Y además, lo que él tiene... Las anginas son como hachazos, ataques que tiran robles que han aguantado siglos. Y tu abuelo ha sufrido ya dos muy graves... En fin, de eso no vamos a hablar ahora - Fija en él sus ojos decididos - Lo que yo quiero es poner aquí en claro tu modo de pagarme los pagarés.

- Ya te he dicho que por ahora...

- Por ahora nada, muchacho, ya lo sé. Pero muy pronto podrás hacerlo. Yo te daré una estupenda oportunidad para rescatarlos. Te será mucho más fácil que soltar dinero.

Juanjo lo mira con preocupación.

- Desde luego hay que estar prevenidos - Sigue el joyero - La tienda gira siempre alrededor de tu abuelo, pero desgraciadamente a él le queda ya poco tiempo de vida y entonces el soporte principal se habrá desplazado. Entonces la dirección la llevará el Rozas ese que tenéis allí...

- Lleva en la tienda muchos años.

- Sí, demasiados... - Román tuerce la boca - Es un hombre que hay que reconocerlo, vale, y que va a hacer todo lo posible por conservar la tienda bajo la propiedad, ¡entérate bien! de tu abuela. Lo que quiere decir que podréis tener algún dinero a la muerte del viejo, pero que no mandaréis en el negocio más que ahora. Seréis, como siempre, unos ayudantes mejor o peor pagados, pero nada más. ¿Está claro?

El joven lo mira con suspicacia.

- ¿Y tú cómo sabes todo eso? Ni yo mismo...

- Tengo, ya te lo he dicho, mis medios de información.

- Que te callarás, claro...



- Exacto - El tono del joyero es tajante - Y todo lo que te digo, que es a lo que vamos, es la pura verdad. Muerto el viejo, vosotros continuaréis como hasta ahora, trabajando allí sin atribuciones de ninguna clase. ¿A tí te convence eso?

Juanjo se acaricia el cuello, pensativo.

- Hombre, yo... la verdad... Por ahora no me va del todo mal y...

Román lo interrumpe, vivamente molesto.

- Haz el favor, Juanjo - Le reconviene con voz enérgica - Estamos hablando muy en serio y planteando una situación que puede venir de un momento a otro.

- ¡Bueno, una situación en mi familia! - Masculla el otro entre dientes - ¿Y qué quieres tú que yo haga?

- ¡Qué gracioso! - Román se ha puesto de pie y comienza a pasear a furiosos trancos por el cuarto - ¡En tu familia! - Se le para delante, apoyándose en la mesa y mirándole con inquisidores ojos - Mira, muchacho, yo cuento con que pongas de tu parte para que la tienda se pueda vender ¿estamos? Y confío en que Eduardo y José sean también mis aliados.

Juanjo lo mira con asombro.

- ¿Aliados? ¿Contra quién?

Su incomprensión pone furioso al joyero.

- ¡Contra quien va a ser! - Barbota, inclinando sobre él su rostro repentinamente congestionado. Se repone con un esfuerzo, dejándose caer en la butaca - Te creía un poco más listo, vaya. ¿O es que quieres hacerte ahora el tonto? Mucho cuidadito con eso - Su acento es amenazador - Ya sé que tú no eres tonto ni mucho menos y que cuando te da la gana comprendes lo que te conviene. ¡Vamos a ver! ¿Qué pensarías tú si esos pagarés se los lle-



vara yo a tu abuelo? ¿Te imaginas el escandalito que te iba a armar? ¿Crees que ibas luego a tocar un céntimo de él? Tu madre tiene dinero, pero es una chirigota comparado con lo que tiene el viejo ¿no?

El joven, derrumbado sobre la silla, traga saliva con ansia.

- Tiene un poco, no mucho. Pero mi abuela no va a querer vender.

- Ni tu abuela ni Rozas van a querer vender - Replica Román con energía - Por eso, para... "convencerlos", necesito aliados "diplomáticos". Tú, Eduardo y José podréis serlo. A Eduardo la tienda le importa un pepino, José no la puede ni ver y tú... Bueno, tú... Tú puedes coger un buen pellizco de la venta con el que darte buena vida el resto de tus días...

Juanjo permanece callado. Román lo observa con inquietud.

- Bueno ¿qué pasa, qué piensas?

- ¿Tú qué quieres, que hablemos con Rozas?

- Y con tu abuela, pero en el momento oportuno y con mucha diplomacia. Cuando el viejo desaparezca no habrá uno que reúna lo que él tiene. El entiende el negocio y es el dueño. Mientras que después la dueña será tu abuela y el que entienda el negocio será el otro. Los dos unidos son invencibles.

El joven lo mira arrugando la frente.

- ¿Qué piensas hacer, Pepe?

- Es muy sencillo, amiguito - El joyero le da una palmada en la rodilla, sonriendo - Tu abuelo desaparecido- es la vida - la dueña es tu abuela. Aunque se hubiera dispuesto en el testamento que la tienda a ningún precio se venda, si después ella quiere, la tienda se vende. Pero falta que ella quiera. Medios. Que se le haga ver que Rozas no le interesa como administrador.



- ¿De qué manera? El tiene hasta ahora la confianza de mis abuelos.

Román menea la cabeza con escepticismo.

- ¡Pero es tan fácil perder la confianza en un hombre!

El muchacho se muerde nerviosamente una uña.

- ¿Qué quieres hacer, Pepè?

- Ya lo sabrás a su debido tiempo - Se queda pensativo mientras lo observa - O quizá sea mejor que lo sepas ahora - Se retrepa en la butaca dedicándole un súbito interés - Vamos a ver, Juanjo ¿qué tiempo hace que conoces a Rozas?

- Pues... de toda la vida.

- No, no me has entendido, no me refiero a eso. Supongo, claro, que lo habrás visto de siempre en la tienda. Pero a lo que yo me refiero es a conocimiento vivo, directo, de hombre a hombre, diremos. ¿Qué tiempo hace que tú trabajas allí?

- Año y medio.

- Año y medio. ¿Tú hablas con él?

- Muy poco. Yo estoy en otro despacho.

- ¿Tiene algún vicio? ¿Le gustan las cartas, las mujeres, el vino...?

- Pues... no sé, nunca he escuchado nada. Me parece que le gustará, pero como a todo quisque...

- ¡Qué lástima, hombre! - El joyero se deja caer muy despacio en su asiento - Yo tengo un medio - Susurra, como hablando para sí - Pero no quiero emplearlo, me costaría demasiado caro. Aunque resulta infalible, desde luego. Lo esencial aquí es separar a los dos.

- Yo no veo medio, la verdad...

- ¡Tú cállate, Juanjo! - Lo ha cortado con brusca dureza, entornando a seguido los ojos y estudiándolo con detenimiento - Te veo muy tibio, amiguito. Ten cuidado con la herencia del abuelo,



que peligra.

- Pero... - Replica Juanjo, parpadeante - ¿Qué puedo hacer yo?

El joyero extiende las manos.

- Déjame pensar.

Afuera ha oscurecido totalmente. Las luces de la calle y de la joyería compiten en arrancar destellos a las joyas que ocupan el trozo de mostrador frente a la trastienda, con el poderoso resplandor que se filtra a través de las rendijas de la mal corrida cortina. Juanjo, guiñando, se entretiene en arrancar centelleos a las joyas del fondo, sin atreverse a interrumpir la meditación de Román. De pronto, éste hace un brusco movimiento. Mira al joven, estudiando sus rasgos uno por uno; la frente abombada, los ojos de continua expresión ausente, el rojo color de la piel, los labios sensuales y sin voluntad. Mueve la cabeza con aire de duda.

- Deja eso, Juanjo - Le llama la atención con un vigoroso agitar de su mano - Hay un medio de que tú liquides tus pagarés.

- Tú dirás, Pepe - Su gruesa lengua asoma con timidez entre los labios.

- Escucha, Juanjo - Román adopta una postura vagamente profesoral. Su mano abierta se va cerrando a medida que habla, como un puño de presa - Cuando se trata de dominar a un hombre y éste por desgracia no tiene vicios, se le inventan los vicios. Si no le gusta el vino, un día lo pueden encontrar borracho en cualquier sitio sin que él mismo sepa donde ha empezado... Si no le gustan las cartas, hay partidas que no se pueden rehusar. Si no es mujeriego... se le inventan las faldas.

- ¿Llevándolo a una casa?

- No, ese pecadillo no es aquí ni en ninguna parte pecadillo. Se trataría de otra cosa... - Se queda pensando un momento - Por ejemplo, Juanjo, a tu abuela no le gustaría con los principios que



tiene, que su administrador frecuentara esas casas, pero al fin y al cabo, eso es normal en un hombre. Pero... imagínate... imagínate... tienes que hacer un pequeño esfuerzo ya que se trata de pura imaginación, que a doña María Luisa no le agradara que a alguno, por ejemplo al señor Rozas, le gustara una determinada mujer. Una admiración, aunque sea platónica, puede ser quizá más peligrosa que cualquier asunto de faldas.

Juanjo lo mira con el ceño fruncido.

- No sé adonde quieres ir a parar.

- Muy sencillo, hijo mío - El joyero hace aun más persuasiva su voz - Imagínate - pura imaginación, ya digo - que tu abuela tiene una mujer en la familia, hija, nieta, lo que sea, a la que el señor Rozas, hombre casado, muestra cierta admiración... respetuosa.

Juanjo se pone en pie de un salto. En su cara pálida se destacan pequeños rosetones.

- ¿Qué quieres decir, Pepe? - Pregunta, con la voz alterada y sin mirarlo.

- No te sulfures, muchacho... ¿Por qué? ¿Es que el amigo Rozas no es muy dueño de admirar a quien le dé la gana?

Juanjo traga saliva.

- Eso... depende.

- Siéntate, hombre - El joyero le indica el asiento - y no me seas impaciente. Tú tienes una sangre muy viva y estas cosas hay que verlas con mucha calma. ¡Siéntate, te digo!

Vencido por su ademán imperioso Juanjo se sienta, acunando su cabeza entre las manos. Román le pone una mano en el hombro, apretándoselo un momento.

- Mira, Juanjo, en la vida se juega para ganar. El que diga otra cosa es un tonto o un falso. Si hay que conseguir algo, se



va por el camino que lleva al fin. De la manera más rápida y mejor. Eso es sencillamente táctica de ganador. Es la que yo he practicado siempre y casi siempre me ha salido bien. Bueno... - No pierde de vista uno solo de sus gestos - pues, a lo que íbamos... Vosotros en la familia, salvo por la causa de la tienda, cosa bastante importante, lo reconozco, os lleváis bien. Tu abuela es una mujer que aunque mayor, sabe llevar la casa como nadie. La unidad en la familia es una cosa básica, créeme. Ella es tradicional, diremos, y gobierna según sus principios religiosos, éstos un poco antiguos que no permiten que en la cocina se junten el tenedor y la cuchara. Ella sabe la vida que lleváis fuera, pero sois todos ya bastante crecidos y ella no puede hacer nada por impedirlo. Ahora bien, dentro de la casa la cosa varía. Allí andáis todos bien derechos. Claro que no pasáis mucho tiempo en ella, salvo tu abuelo, claro, sobre todo ahora que está malo. Pero cuando alguno de la familia llega mareado, procura que la abuela no se entere, porque no sé si la queréis mucho o lo que hay es un canguelo bastante regular.

- ¿Cómo sabes tú todo eso?

El joyero hace un ademán displicente.

- Eso no importa, el caso es que lo sé. Déjame seguir... Como te digo, tu casa es un santuario. Fuera de ella, vosotros seréis lo que queráis, Barrabás incluso. Dentro, unos corderitos, paraíso terrenal. Tu abuelo, tu tío, tus padres, tú, todos bajo la maternal tutela de doña María Luisa. Perfecto. Ella lleva el timón del hogar y... - Se calla de pronto, haciendo una larga pausa y hablando después con palabras tensas - Juanjo, suponte tú que alguien quiere turbar esa armonía de tu casa. Tu abuela será la primera que saldrá a defenderla ¿no?

Juanjo asiente manteniendo muy cerrada la boca.



- Bueno, verás - Román habla muy despacio, pasándose de vez en cuando la lengua por los labios y observando atento el efecto de sus palabras - Lo que te voy a decir es para una persona inteligente y que sepa ver las cosas bajo un prisma realista. Aquí se trata de la eficacia, no se trata de otra cosa. El medio puede parecer no muy católico, pero cuando se tiene enfrente un enemigo tan sólido como parece ser ese Rozas, no hay que andarse por las ramas. Voy, por lo tanto, a hablarte con entera franqueza. Rozas en este momento ya, a causa de la enfermedad de tu abuelo, va entrando en ese sagrado círculo familiar que tu abuela ha creado. Esta lo ve con satisfacción, pues lo conoce hace bastantes años y tiene absoluta confianza en él. Cuando tu abuelo muera - por desgracia el pobre está ya muy gastado y ha trabajado mucho en su vida -, entonces Rozas entrará todavía en la casa con mayor intimidad. Podrá llegar a cualquier hora del día y será siempre bien recibido. Prácticamente será el amo de la tienda y vosotros seréis sus dependientes. La cosa, encajada desde ese ángulo, va sobre ruedas. En el ambiente familiar ha entrado un buen amigo, joven aún, simpático y que lleva todo el peso de la tienda, es decir, un hombre al que hay que hacerle caso. Pero de pronto ¿qué vemos? Este hombre viene cada vez con más frecuencia a la casa y es por negocios siempre, claro. Tiene al corriente a su dueña de las incidencias más importantes en la marcha de la tienda. Pero un buen día doña María Luisa, prevenida, ve una cosa rara, una mirada, una seña, se da cuenta de que en la casa existe además otra mujer y de que el señor Rozas es un hombre.

Juanjo se levanta con brusquedad, presa de violenta agitación. Su cara está lívida y sus labios se mueven con torpeza.



Vuelve a dejarse caer pesadamente en la butaca, ocultando el rostro entre las manos.

- ¡Es mi madre, Pepe, es mi madre!

El joyero se inclina sobre él y lo agarra del brazo, hablándole casi con cariño:

- ¡Cállate, imbécil! Claro que es tu madre. Pero ella misma ¡entérate! ella misma no va a saber nada. Tú imagínate que alguien, completamente de la familia, es decir, de absoluta confianza, le dice a tu abuela que le parece que el señor Rozas... ¿Comprendes, Juanjillo? Nada más que eso. Divide y vencerás, dice el proverbio. No va a pasar nada, porque tu madre no sabrá nada en absoluto. Es adorada en secreto y ella no se entera. Pero tu abuela lo sabe y basta. Sorprende una mirada y eso le basta. Y como ella sabe que Rozas es hombre de temperamento, puede temer que el platonismo se convierta en otra cosa... ¡Escúchame, Juanjo! - Le aprieta efusivamente el brazo - ¡Compréndeme y no hagas escrúpulos de beata! Todo eso son meras suposiciones, nada más que meras suposiciones. Tu madre ni se entera, el señor Rozas tampoco, pero tu abuela empieza a rodar la bola en la cabeza y ¿qué es lo que no piensa una mujer cuando se pone a pensar? Ella pensará que de qué se ha enamorado Rozas, que si tu madre no tiene ya dieciocho años, que si pito, que si flauta. Pero encontrará una explicación ella sola. Empezará a verle a tu madre, al lado de sus virtudes existentes, otras que en realidad no tiene. ¡Qué cutis bonito, o unas manos muy finas o una gran calidad en la sonrisa, cualquier cosa. Además, ella tiene mucha experiencia y sabrá que los hombres se enamoran de cualquier cosa y por los motivos más estúpidos o insignificantes... Repito que esto pasará solamente en la cabeza de tu abuela, pero eso bastará a distanciarla del señor admi-



nistrador, al que empezará a considerar peligroso para la paz familiar. No se atreverá a enfrentarle el problema porque hay una barrera de prejuicios muy difícil de saltar y porque ella carecerá naturalmente de una prueba tangible, a más de tratarse de una materia muy delicada. Todos serán pequeños detalles inocentes, pero que ella interpretará y verá agigantados por lo que cree saber. Poco a poco, ella estimará prudente alejar al señor Rozas del ambiente familiar, pretextando excusas más o menos viables. Una vez emprendido el camino de la desconfianza, no se para. De ahí a encontrar un pequeño fallo en el negocio, no hay más que un paso. De eso a estimar que en resumidas cuentas el negocio no es una cosa tan importante como parecía y que sí da muchos quebraderos de cabeza, hay otro paso, ya mayor. De ahí a considerar que la tienda puede venderse, está el paso definitivo. ¿Comprendes, Juanjo?

Este asiente con la cabeza baja.

- Tú me entiendes. Rozas se opondrá, naturalmente, pero eso no hará sino aumentar la desconfianza de ella. Y entonces, ya están divididos. El mandato de tu abuelo en el testamento de no vender la tienda, será ya papel mojado. Ella pensará que habiendo variado las circunstancias y que siendo necesario conservar a todo trance la paz en la familia, el mismo don Pedro aprobaría la venta de la tienda. No hay nada más fácil que encontrar razones cuando se quiere hacer una cosa. De esa manera tu abuela se libra de una vez de todas esas preocupaciones. Las del negocio y las que le salgan por el presunto enamoramiento del señor Rozas. Y si ella piensa que él puede quedar en la calle, no hay ningún inconveniente en que su antiguo administrador siga trabajando para el nuevo propietario ¿por qué no? Un hombre capacitado que conoce el negocio al dedillo y que no acostumbra a ensuciarse las manos ¡adelante! ¿Que el señor Rozas no ve eso con buenos ojos...?



sa no quiere ponerlo en la disyuntiva de irse a la calle o servir a disgusto al nuevo dueño? Se le ofrece un puesto en "La Guindallia" a veinte kilómetros de Laverna, con ruego de supervisión personal porque se desconfía de tal o de cual. Y negocio terminado. La cuestión está zanjada.

Juanjo mantiene en la boca una mueca de disgusto.

- Es mi madre, Pepe, es mi madre.

- Y vuelta, hombre... ¡Sí! - Afirma el otro con calor - ¿Pero no te digo que todo va a pasar en el cerebro de tu abuela? Sólo y exclusivamente. Un detalle, una mirada, un fruncir de cejas, lo más insignificante y que realmente lo es, será interpretado por ella, engordado y aplicado a su idea. Y tu madre y el Rozas sin enterarse, en la higuera, porque tu abuela cuidará de disimular, ¿comprendes? Si está clarísimo... - Hace una corta pausa, variando el tono - Ahora bien, en la familia hace falta alguien, alguien de quien no pueda dudar tu abuela, que sea quien levante la caza, es decir, quien le insinúe el asuntillo. Tu padre no puede ser, es el marido de tu madre. Tu tío Eduardo... tu tío Eduardo... sería ideal para el caso... Pero estás tú, Juanjo, un muchacho tímido que no se atreve a confiar sus sospechas a nadie, menos a un hombre, que no encuentra más refugio que el de su abuela, alguien a quien poder decir, sacándose a la fuerza las palabras del cuerpo y con la vista baja, las cosas que le ha parecido entrever, un pequeño detalle, algo visto entre dos cortinas, algo desde luego absolutamente limpio por parte de tu madre, pero que indica que el administrador ha fijado sus ojos en alguien que no debiera y se porta de una manera algo peligrosa para la futura armonía del hogar.

- Pero Eduardo - Dice Juanjo con avidez - sería ideal para



eso. Tú mismo lo has dicho.

Román fija en él unos ojos taladrantes, pero se echa a reír de pronto, palmeándose las rodillas en su excitación.

- Es verdad... Y si pudiéramos... - Se domina con rapidez y exhibe un repentino pesar - Pero es imposible, no puede ser... El inconveniente para tí es que las personas como tu abuela conceden más crédito a la "sana madurez" de tu tío... Pero ¡qué caramba! - Exclama, recobrando su anterior animación - Todo no se puede tener... Es una buena regla conformarse con lo que se puede adquirir.

- ¿Cómo? No te entiendo.

- Está claro, muchacho. Entre Eduardo y yo no existe la confianza que hay entre nosotros dos ¿comprendes? - Hace un guiño significativo - Tú y yo tenemos ciertos lazos que es menester no desaprovechar, ¿estamos?

El joven se muerde los labios con despecho.

- Bueno... Entonces, estamos de acuerdo ¿no?

Juanjo sigue sin decir palabra.

- Quien calla otorga, dice el refrán. Y además, ¿qué te parecería ver junto a unos pagarés que tú conoces un cheque firmado por Pepe Román? Un hermoso cheque, pongamos... por la misma cantidad del total de los pagarés. Como si los pagarés te los debiera yo a tí ¿qué te parece? ¡Tendría gracia, caramba!

Se frota las manos y levantándose, le da una fuerte palmada en la espalda.

- ¿Y cuándo <sup>!</sup>convendría iniciar eso? - Pregunta Juanjo - Cuando el viejo... - Cierra los ojos, expresivo.

- No, no - Deniega el joyero con viveza - Enseguida... Ya lo tengo pensado. En cuanto se vea que Rozas puede dar eso de sí. La actitud de tu abuela hacia él puede incluso cambiar o limitar en



el testamento las atribuciones del administrador. Ella no le hablará de eso a su marido para no crearle preocupaciones, ahora que está con un pie en la sepultura. Que muera tranquilo pensando que ella y Rozas formarán un sólido bloque. Pero tu abuela puede insinuar cosas, sugerir cambios, en una palabra, establecer una disimulada resistencia pasiva contra Rozas a fin de que el viejo no le dé muchos vuelos ¿entendido?

- Sí - Replica Juanjo, atento - Pero habrá que pensar lo que le tengo que decir.

- Eso no te lo puedo yo decir ahora desde aquí - Román se muestra satisfecho del rumbo que lleva el asunto - Es preciso que tú te apliques a observar las entradas y salidas de Rozas en la casa y las visitas al viejo en las que esté presente tu madre. O cualquier conversación trivial de ellos en el recibidor, cualquier visita en la que también haya estado presente tu abuela, en fin, unas observaciones indispensables sobre las cuales elaborar el plan a seguir. Tú vienes aquí dentro de un par de días, por ejemplo... O mejor, nos podemos ver en "La España" como cosa casual. A esta misma hora, No conviene que te vean mucho por aquí.

- ¿No será demasiado pronto? Pasado mañana...

- Sí, es muy pronto, pero hay que aprovechar el tiempo. A tu abuelo le queda poco de vida y por lo tanto, los días son preciosos. Tú ven pasado mañana con lo que hayas podido recoger y con esas observaciones veremos lo que se le puede sugerir a tu abuela ¿De acuerdo?

- De acuerdo, Pepe.

- Adiós, general.



La presidencia del duelo, enfundada en negro y tonos oscuros, con algunos verdes de uniformes militares y compuesta de parientes y mandamases, se forma contra una de las grandes casas de la Corredería, mientras el coche fúnebre, rodeado de coronas, se sitúa algo más avanzado.

El hormiguero de gente va desfilando ante la presidencia y estrechando manos o diciendo algunas rápidas palabras. Luego, los coches que forman una larga ristra detrás del mortuario, se van llenando de acompañantes. Hay una señal invisible y la comitiva se pone en marcha.

- ¡Pobre Gacho! - Cifuentes ocupa uno de los coches, al lado de Juanjo. En la delantera del Austin conduce José, con Eduardo a su derecha.

- ¡Quién lo iba a decir! - Comenta Juanjo, pesaroso - ¡Con lo bien que lo pasamos aquella noche!

- Fue al salir - Dice Paco - Salí despechugado y desde aquel mismo momento empezó a estornudar. Nada, pensé yo, un resfriado de nariz.

- Pero luego tomó la cuesta abajo - Eduardo vuelve la cabeza - Cuando yo estuve en su casa, ya no había quien lo salvara. Don Alejo había perdido toda esperanza...

- Tuvo que ser doble - Arguye José, deteniendo el coche mientras vigila un cruce de calles - Además, no me lo explico... Nadie se muere hoy de una pulmonía, por doble que sea...

- En medio de todo está explicado - Sigue Cifuentes - Primero, la caseta, luego, el coche, luego en la venta se desnudó haciendo el gallito... - Se dirige de pronto al joven - ¡Oye, ahora que me acuerdo, Juanjo! ¿Te llamaron a juicio por lo del guardia?

Metido en fila, el coche reanuda de pronto su marcha, desembo-



cando en la última calle antes de salir a las afueras. La brusca curva hace tambalearse a Juanjo, retardando su respuesta.

- Sí, hombre, pero nada de importancia... - Esboza una mueca satisfecha - Una multa de poca monta. Román nos ayudó mucho, con las influencias que tiene... La multa, y que no lo volviéramos a hacer...

- Chico, pues con una multita...

- Eso es lo que yo digo - Corrobora el joven, riendo - Que no vale la pena...

- Pues primero fué lo de la caseta - Repite Paco, reanudando el hilo - Después el coche con todas las ventanillas abiertas, porque decían todos que ardían, y después el otro folklorillo. Yo le dije: Mira, Puma, déjate de bulerías y vete a tu casa. El, ni puñetero caso que me hizo.

- ¡Qué lástima! - Comenta Eduardo compasivamente, agarrándose en un brusco viraje del vehículo - Porque era un buen elemento. Para una juerga, el primero... - Volviéndose con curiosidad hacia los otros - ¿Y cuántos años tenía?

- No sé... - Cifuentes está pensativo - Pero ya iba más que corrido, tenía que andar por los cuarenta y ocho o cincuenta. En la flor de la edad, ya digo... - Se agacha de súbito, rebuscando debajo de los asientos - Bueno, yo voy a seguir mi rito...

- ¡Déjate, Paco! - José vuelve vivamente la cabeza - ¡Que es el Puma!

El otro, sacando de debajo del transportín una botella, se alza mirando a José con asombro.

- ¿Y qué? Razón de más. Yo cuando se muere uno de mis amigos, me tomo un par de botellas en el entierro y luego digo unas palabras siguiendo la inspiración del momento. Yo sé que eso les alegra el co



razón en el otro barrio, estén en las calderas de Perico o peleándose para que San Pedro les dé las llaves. Y con los amigos del alma - Sus ojos relucen irónicos, mientras su boca se tuerce en una mueca súbitamente cruel - Con los amigos del alma como don Gacho, razón de más. Bueno... - Da un ligero empujón a Juanjo para situarse detrás - taparme un poco, tú, muchacho.

- Nadie te ve, hombre - Ríe Eduardo, mirándolo con benevolencia - Estamos nosotros...

- Por si las moscas... - Paco se deja resbalar al fondo del coche y empina la botella, bebiendo un largo trago sin respirar apenas, a pesar de los vaivenes del coche. El líquido le gorgotea ruidoso al pasar, mientras el contenido de la botella baja con rapidez, hasta quedar mediada.

- ¡Vaya tragaderas, compadre! - Juanjo lo mira admirado - ¿Quién te ha enseñado a beber?

- Aquí es el biberón, hijo mío - Se incorpora con trabajo - ¿Quieres?

El joven deniega con la cabeza.

- Gracias, es pronto.

Paco lo mira con ojos ya enturbiados.

- ¡Psht! - Chista con displicencia - Como quieras, más hay. ¿Por dónde vamos ya?

- Llevamos hechos un par de kilómetros - Dice José.

- Bueno, todavía faltan tres... ¿No queréis echar un trago, tú, vosotros?

Los dos rehusan. El se encoge de hombros, recostándose pacíficamente en el interior del vehículo.

- Ustedes se lo pierden.

- Hace un día estupendo.

- De primavera - Paco suelta una intempestiva risotada - A la



gente que se muere en primavera, maldita la gracia que le hará - Mira de pronto por la ventanilla - ¡Caramba, pues es verdad! ¡Vaya día!

Una brisa suave entra por la ventanilla. El día está tibio, casi caluroso. La estación ha entrado este año con fuerza, tiñendo los campos de colores. Los cinco kilómetros hasta el cementerio de la Trinidad están inundados de caseríos blancos que nacen del paisaje como castillos de confitería. La tierra está verde y los árboles tienen ya brotes tiernos, crecidos con las últimas lluvias.

- ¡Qué lástima, hombre! - Exclama Eduardo - No dan ganas de morir en un día como éste...

Cifuentes, retrepándose, se dedica a apurar la botella, sujetándola con ambas manos ante los bruscos saltos del Austin. Incorporándose, suelta de improviso una carcajada. Los otros le miran con asombro. Su cara ha enrojecido y sus ojos miran a su alrededor, resbalando alegremente sobre todas las cosas.

- Sí, muchachos - Dice, riéndose más aún - ¿Qué me miráis? Me río. En los entierros es donde más me divierto. Pienso entonces que la vida es hermosa y digna de vivirla.

- Y de beberla - Completa Juanjo con una sonrisa.

El otro le da un abrazo, palmeándole generosamente la espalda.

- Chócala, hermano, tú eres el mejor de tu casta. ¿Quieres un trago?

- No - Ríe Juanjo, tratando de desprenderse - Es muy temprano

- ¡Qué va, hombre! Las once de la mañana. Tenía el estómago sin probar ni gloria, pero lo estoy poniendo a modo... Bueno, tú haz lo que quieras, ya me pedirás después y no habrá. Ahora estoy algo alegrillo... Con un poco más me pongo en mi punto.

Se asoma a la ventanilla, dejando colgar su cabeza del exte-



rior.

- ¡Coño, ya llegamos! - Se retira apresuradamente, sacando otra botella de debajo del asiento y echando un largo trago con los ojos cerrados. Se alza de nuevo, dando con el codo un empujón al muchacho.

- ¡Venga, sal! - El coche se detiene en la plazoleta del cementerio, detrás de los otros - Ya estamos en el baile. Que es la hora de la diversión.

- ¡Caramba! - José se baja, mirándolo con atención divertida - ¡Qué pronto te ha hecho efecto! Estás como un pavo de colorado.

- ¡Color hermoso, mon vieux! - Le grita Paco, empujándolo con decisión - ¡Vamos!

- ¿Y las botellas? - Pregunta Eduardo, deteniéndose - ¿Las has guardado debajo?

- ¡Qué va, hombre! - Paco sigue andando con paso poco firme - ¿Para qué? Una se ha quedado en el coche, vacía, claro... La otra... - Se entreabre la chaqueta con triunfante gesto y la muestra metida en un bolsillo enorme - Especial para el caso.

El cementerio de la Trinidad tiene delante una plazuela redonda con unos árboles escuchimizados en el centro. Forma un gran arco de ladrillos finos rectangulares guarnecidos de rejas, entre otros dos más pequeños. La capilla está a la derecha del primer arco. De ella sale un cura y dos monaguillos que siguen el coche fúnebre, precediendo al cortejo de acompañantes. El coche mortuario penetra en el inmenso patio de tapias blancas, inundado de tumbas, cruces y mausoleos, deteniéndose al llegar a las primeras. El sacerdote se descubre ante el féretro y masculla unos latines con indiferencia, dando a continuación varios brochazos con el hisopo.

- ¿Váis alguno de vosotros a cargar? - Pregunta Paco, que va



agarrado al brazo de José.

- Lo dejaremos para los familiares - Le contesta éste, mirándolo con ironía - ¿O quieres tú?

Cifuentes deja caer sobre él un relampagueo extraño, echándose bruscamente a reír.

- No, amigo, yo tengo que rezar el responso.

- ¿Cómo? - Eduardo se estremece ante la enigmática expresión de los ojos cargados de Paco.

- Ya veréis, hermanos.

Sacan la caja entre cuatro. Román es uno de los que cargan. En las otras esquinas van Recuera el comandante, Güiraldez y un primo hermano del muerto, pariente el más próximo. La comitiva se pone en marcha, atraviesa el primer patio y entra en el segundo. El panteón de los Romé está al fondo, pero el acompañamiento, dirigido por un sepulturero, se desvía a la izquierda antes de llegar.

- ¿Qué pasa? - Pregunta Juanjo a Cifuentes - ¿Cómo no lo llevan al panteón?

- ¡Huy, verás! - Paco apuña los dedos - El panteón está así de atestado. Queda sitio para un fiambre y nada más. Y la madre del Gacho quiere el día de mañana, cuando estire la pata, ocuparlo junto a su marido. El Puma estará en una sepultura corriente, muy buena desde luego, hasta que se agrande el panteón o se haga otro.

El cortejo se ha detenido ante la abierta boca de la fosa. Los sudorosos cargadores entregan el ataúd a los sepultureros, que lo meten entre cuerdas. Los que llevan sombreros se descubren, agrupándose todos junto a la sepultura para contemplar la operación. Hay una gran calma en el vasto recinto, donde las cruces, lápidas y túmulos parecen cobrar repentinamente una viva presencia. Los enterradores bajan la caja con precauciones, dejando deslizar



las gruesas cuerdas entre sus manos callosas. Enseguida las retiran, sacándolas por los lados del féretro, ya sepulto. La primera paletada de tierra cae.

El sol, cayendo sobre el grupo, lo envuelve todo en una atmósfera ardiente y neta, que recorta duramente los objetos y las personas. Román, Recuera, Güiraldez y el primo hermano del difunto son los más próximos a la fosa. Detrás están Andradón, Rozas, Juanjo, Eduardo, José, don Alejo, Rivera, Urrutia, don Martel el director de banca, Torres, García, un representante del gobernador civil y treinta y tantas personas más. Cifuentes, algo apartado, aprieta la botella contra su chaqueta. Está sudando, con el sol de plano sobre su rostro rojo. La segunda paletada de tierra ha caído sobre el ataúd con un ruido extraño, casi metálico. Es el crucifijo.

Paco se adelanta unos pasos hasta el borde de la fosa. Su mirada se fija en el grupo, turbio de colores en luz, estudiando cada cara que lo mira expectante. Empieza a hablar:

- Señores, en honor de nuestro amigo Puma, muerto dolorosamente en la batalla de la feria, digo de la vida, yo voy a recitar un poema fúnebre. Es el "Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido", original de un amigo mío. Compuesto para la presente ocasión.

José se adelanta con la cara demudada, agarrándolo del brazo con fuerza. Hay murmullos de sorpresa en el grupo. Román intenta avanzar también, pero se queda, tras vacilar unos segundos. Sonrisas burlonas circulan por algunos rostros. Los sepultureros se han detenido, aguardando a que se cumpla el obligado ritual de los discursos.

- ¿Qué vas a hacer, Paco? - Le apremia José en voz baja.



El otro forcejea unos momentos, consiguiendo desprenderse a medias.

- Tú déjame, muchacho.

- Estás borracho, Paco.

- No lo niego. Un poco achipao nada más.

Se le retira dos pasos y sacando la botella, la esgrime con la mano derecha. José lo contempla petrificado. Cifuentes empieza a recitar:

Buen don Guido, ya eres ido  
y para siempre jamás...  
!Buen don Guido, y equipaje,  
buen viaje!.....  
!Oh, flor de una aristocracia!

Intenta decir algo más, se rebusca en la memoria y suelta una interjección. José lo agarra nuevamente del brazo junto con Román, pero él se desprende con violencia y avanza tambaleando hasta la fosa. De pronto, su expresión varía y sus ojos brillan, inspirados. Recita alzando la botella como una bandera:

Metido en toseco sayal  
las yertas manos en cruz  
!tan formal!  
el caballero andaluz.

Con una especie de rabia histérica, estrella la botella contra el féretro.



Doña María Luisa avanza por el pasillo presurosa, abriendo con violencia la puerta de la habitación.

- ¡Pedro!

- ¡María Luisa, ayúdame! - Su marido está caído sobre la mesilla de noche, a punto de resbalar al suelo. Ha intentado levantarse, pero el ataque lo ha sorprendido antes de poder avanzar más. Se aferra con todas sus fuerzas al borde de la cama y su mujer lo levanta, ayudándole a meterse dentro. El suelo junto al lecho está empapado de sangre.

- María Luisa, María Luisa... - Murmura el anciano, casi insensible sobre la revuelta cama - ¡No te vayas, no te vayas!

- Señora, señora - La doncella entra precipitadamente en la habitación - ¿Qué pasa?

- ¡Corre, Felisa! - Le suplica ella con voz angustiada - ¡Llama a don Alejo, corre! ¡Dile que ha tenido un ataque! ¡Y si no está él, que venga otro, pero aprisa, corriendo!

La doncella sale disparada y doña María Luisa se inclina sobre la cama, escrutando con ansiedad el rostro del enfermo. Un débil estertor sale de su pecho. Le toma el pulso y lo siente latir muy débil y espaciado. Mira la sangre del suelo y se pone muy pálida, llevándose las manos al pecho y apretando fuertemente los puños: ¡Dios mío, Dios mío, dame fuerzas! ¿Qué hay que hacer, qué hay que hacer? ¡Pedro, Pedro!

- María Luisa, no te vayas, no te vayas - Suplica él entre ahogos. Se agarra a la falda, apretándola con sus manos crispadas



y mirándola como un niño indefenso. Ella se sienta a su lado, inclinándose sobre su rostro y tratando de tranquilizarlo.

- Descuida, Pedro, estoy aquí a tu lado. Siempre.

- ¡Mis hijos!

Ella le pasa una mano por la frente.

- Ahora, vendrán, Pedro, enseguida vienen. Estate quieto, tranquilo... tranquilo...

El la mira con ojos implorantes.

- Voy a morirme... - Balbucea.

- No, Pedro - Ella sonríe con un esfuerzo terrible - ¿Quién te ha dicho eso? Te repondrás y...

- ¿Tú crees? - El anciano la mira incrédulo, con un brillito de esperanza en los ojos - He tenido un ataque, mucha sangre...

Ella le arregla el embozo de la cama.

- ¡Qué va, muy poca! - Dice, tratando de ocultarle su apenado rostro - Además, ya sabes que el médico ha dicho que eso es bueno...

El asiente con toda la escasa energía que le queda.

- Sí, es verdad. Después puedo respirar mejor... Entonces... ¿tú crees...?

- Claro, Pedro, claro - Le anima ella - Te pondrás bien y saldremos a la calle y tú irás cogido de mi brazo como tantas veces... ¿Es que no te acuerdas ya?

El, sepultado en la cama, habla con voz muy baja, como enajenado:

- ¡La calle! Tenemos que ir a la calle, María Luisa.

Ella se muerde los labios para no estallar en sollozos. Haciendo de tripas corazón, trata de levantarle el ánimo.

- Sí, Pedro, y ahora es primavera.

- ¡Primavera! - Murmura él débilmente - ¡Qué bien, la prima-



vera, qué bonita!

Se detiene cerrando los ojos. Ella le escruta con ansiedad.

- ¡Pedro, Pedro, por favor! - Le toma el pulso de nuevo.

- ¿Qué quieres? - El abre los ojos sin mirarla - Es que no tengo más ganas de hablar. Pero ahora me siento mucho mejor. Tengo que guardar fuerzas para salir pronto a la calle, a ver la primavera...

- Bueno, sí, cállate entonces...

Se queda silenciosa y él cierra nuevamente los ojos, con sus manos apretando todavía la falda negra. La puerta se abre y entra don Alejo con sus pasos zanquilargos. La doncella le sigue.

- ¿Qué pasa? - Pregunta con precipitado interés - ¡Oh! - Se detiene delante del charco de sangre, que desprende un ligerísimo olor. Arruga profundamente las cejas, acercándose a la cama.

- Por favor - Ruega, indicándole con un gesto que se aparte del enfermo. Inclinandose sobre él lo ausculta, torciendo la boca mientras le toma el pulso - Ni la mitad, es increíble. Y, con lo que ha soltado...

- ¡Don Alejo! - La expresión suplicante de ella hace volver la cabeza al médico. Son ya demasiados años de conocerse, de frecuentar la casa durante todas las enfermedades de los hijos. Cogéndola suavemente por el brazo, la conduce a un rincón.

- Ha perdido demasiada sangre - Le susurra con gravedad - El ataque lo ha librado de ahogarse, pero... lo ha debilitado.

Ella lo mira con una tremenda aprensión.

- ¿Qué esperanzas hay?

El desvía la vista sin responder.

- ¡Don Alejo, por Dios!

El médico abre los brazos en un ademán de impotencia.



- ¿Qué quiere usted, doña María Luisa? Cuando las hay aunque sean remotas, lo digo siempre. Cuando un enfermo está en la situación de su marido, es un milagro que viva todavía...

- ¿Es que no puede usted ponerle unas inyecciones? Lo que sea, don Alejo... Algo para levantarlo...

El la mira con aire grave.

- ¿Ha dicho si quería confesar?

Ella baja la cabeza con desaliento, conteniendo las lágrimas.

- Sí, voy a llamar enseguida a don Anselmo, el de siempre.

Hay una pausa de doloroso silencio. Don Alejo le pone una mano en el hombro, moviendo desesperanzadoramente la cabeza.

- En ese caso - Agrega, sobreponiéndose con un esfuerzo - voy a ponerle una inyección fuerte para reanimarlo y que pueda confesar. El efecto le durará unas tres horas... Después...

Felisa recoge las huellas del acceso. El médico se saca del bolsillo una caja de ampollas e inyecta una a don Pedro.

La puerta de la habitación se abre, dando paso a Rozas y José, que preceden a Juanjo y Eduardo.

- ¿Qué hay? - Pregunta el primero a la dueña de la casa.

- Un ataque terrible - Le contesta ella muy bajo. Se acerca a su marido para secarle con cuidado la frente empapada de sudor.

Don Alejo hace una ligera seña a los tres, conduciéndolos hasta el rincón. Juanjo permanece junto al lecho.

- Es definitivo - El médico se dirige principalmente a Rozas - No llega a esta noche.

- ¡Esta noche! - Exclama José.

- Sí, el ataque lo ha matado. Si no lo llega a tener, se habría asfixiado ya. Teniéndolo, se ha despejado. La muerte será algo más tranquila.



- ¿Y no se le puede hacer nada? - Pregunta Eduardo.

- Yo le acabo de inyectar. Es algo muy fuerte. Ahora se reanimará y estará casi normal. Con eso podrá hacer confesión, después... - El médico hace un expresivo gesto - El efecto es de unas tres horas... Ahora es la una - Mira su reloj - A eso de las cuatro, quizá antes...

Don Alejo se despide, después de observar atentamente al enfermo y auscultarlo. Los demás rodean la cama, esperando la reacción del anciano. Un poco de color ha nacido en las mejillas de don Pedro, que sigue con los ojos cerrados. De vez en cuando sus dedos palpan nerviosamente la falda de su mujer, que continúa sentada a su lado.

- José - Dice ella en voz muy baja - Hay que avisar a don Anselmo.

Al cabo de media hora se presenta el sacerdote. Se sienta a la cabecera de la cama, se informa del ataque y ruega que despejen el cuarto. Todos se retiran a la habitación contigua.

- Usted quédese - Dice a la dueña de la casa - Pero retírese un poco, por favor.

- Sí, pero él no sabe que está usted aquí. ¡Pedro!

El anciano abre los ojos, parpadeando unos segundos.

- ¿Qué? - Contesta con voz casi normal.

- Ha venido a verte un amigo, don Anselmo.

Don Pedro vuelve la cabeza, quedándose mirando muy fijo. Dice con sencillez:

- Es que voy a morirme ¿no?

Ella va a responder, pero el cura la ataja con un ademán.

- Nadie sabe el momento exacto en que va a rendir cuentas, pero conviene estar preparados, don Pedro. ¿Quiere usted confesarse?



El enfermo recapacita unos momentos.

- Sí, aun tengo fuerzas - Dice, tratando de incorporarse sin conseguirlo - Ayúdame, María Luisa.

Ella lo hace, poniéndole detrás los almohadones. Va a retirarse al otro cuarto, pero él la retiene.

- No, quédate aquí - Su tono es ya normal y sus ojos brillan lúcidos - Ponte al otro lado. Me siento muy bien ahora, es extraordinario...

Doña María Luisa se retira a un extremo de la habitación. Don Anselmo se recoge sobre sí mismo, reconcentrando sus pensamientos.

- ¿Qué tiempo hace que no se confiesa, don Pedro?

- Trátame de tú, padre... - Se queda unos momentos pensativo, tratando de recordar - No me acuerdo - Dice al fin, volviéndose hacia su mujer y alzando ligeramente la voz - ¿Cuándo me confesé por última vez, María Luisa? ¿Tú te acuerdas?

- Sí - Ella se acerca un instante a la cama - Desde el bautizo de Juanjo. Dieciocho años.

- Ya... - El cura lo estudia durante unos segundos - Vamos a ver, empecemos por los Mandamientos.

Don Pedro tarda en responder, tras un embarazoso silencio.

- Casi no me acuerdo, padre.

- Vamos a ver, hijo...

La confesión prosigue lenta, minuciosa, ahogante por parte del enfermo. La voz de don Anselmo vibra con ligera fuerza al anunciar el séptimo:

- No robar.

Don Pedro, que ha salvado regularmente los anteriores escollos, se remueve inquieto, pasándose una mano por la cara y diciendo al fin:



- Bueno, padre, usted sabe lo que son los negocios...

El sacerdote lo mira muy serio, con la boca recogida:

- No, hijo mío, eso lo sabrás tú, yo sólo sé confesar.

El anciano se pasa una lengua difícil por los labios.

- Bueno, padre, robar... Lo que se dice robar... no.

- ¡Hum! - Don Anselmo lo mira con suspicacia - No te entiendo... ¿Qué quiere decir eso? - Sus ojos lo escudriñan con más seriedad que nunca - ¿Negocios... "inteligentes"?

El dueño de la tienda lanza un suspiro de alivio.

- Eso es, padre, usted lo ha dicho.

El cura tuerce el gesto y se abrocha un botón de la sotana.

- Hijo mío... - Dice muy despacio, moviendo la cabeza con desaprobación - Me temo que ahí no estamos de acuerdo. Las gentes de negocios califican de "inteligentes" negocios francamente sucios.

Don Pedro enrojece de pronto.

- No, padre - Dice con la voz alterada - eso no.

- Pero vamos a ver - Don Anselmo frunce las cejas con impaciencia - ¿Has robado o no?

El enfermo, nervioso, no parece encontrar una fácil respuesta

- Bueno, padre... Robar, ya le digo, lo que se dice robar, no...

El sacerdote lo escruta con atención, poco convencido.

- ¡Hum! No sé... Tus vacilaciones indican que no tienes la conciencia tranquila. Luego volveremos sobre esto.

Don Pedro parece encontrar al fin las palabras necesarias.

- No, padre, no he robado. He tenido muchas ganancias, eso es cierto, pero he pagado siempre mis impuestos y he satisfecho religiosamente sus sueldos a los empleados... - Vacila un momento,



añadiendo - Unos sueldos no muy altos desde luego, porque para los tiempos que corren, padre...

- Yo no entiendo de tiempos, hijo mío - Refuta el cura con firme serenidad - Si has tenido buenas ganancias, eso indica que los tiempos han sido buenos para tí. Y con respecto a pagar los impuestos y satisfacer religiosamente los sueldos, eso es ya un recurso muy gastado, una válvula que algunos cogen para querer demostrar que han sido equitativos y justos. Yo no digo que pagar los impuestos esté mal, aunque a veces sean un poco altos y estén mal repartidos. Pero pagar religiosamente a los empleados para mí significa pagarlos de acuerdo con la religión, es decir, unos sueldos que permitan vivir con decencia y un relativo desahogo. ¿Has hecho tú eso?

Don Pedro no sabe como evadirse de aquel callejón sin salida.

- Bueno, padre, yo no conozco las interioridades de cada uno...

El sacerdote se revuelve, algo molesto por la escurridiza respuesta.

- Ni hace falta, hijo mío - Dice con tono enérgico - ni hace falta, eso se ve a la legua - Se inclina de pronto sobre él, mirándolo con fijeza - Vamos a ver ¿Te piden anticipos con frecuencia?

El enfermo vacila antes de responder.

- Pues sí, padre... Pero si no se saben administrar ¿qué quiere usted?

- Yo no quiero nada - Le replica don Anselmo severamente - Sólo ayudarte a sacar tus cuentas con el más allá. Y ni allí ni ahora vale engañarse. De la administración doméstica de tus empleados sabemos un rato tú y yo, porque a mi confesonario da la



casualidad que vienen a parar muchas, pero muchísimas cosas...

El viejo cierra la boca de pronto, encerrándose en sí mismo.

- Yo les pago de acuerdo a la ley.

La voz del sacerdote no pierde nada de su serena firmeza.

- Tú sabes que en la ley hay un espíritu y una letra. Y que seguir la segunda sin respetar el primero, no vale ante el Divino Tribunal. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Don Pedro baja la cabeza, confundido.

- Sí, padre.

- Pasemos al octavo. No levantar falso testimonio ni mentir.

- Bueno, padre... - El enfermo, mal repuesto aún, vacila eligiendo con cuidado las palabras - En cuanto a la primera, estoy tranquilo... Lo otro, vamos, lo otro... Mentir, bueno... ¿Quién no miente? En fin, padre...

- Los negocios ¿no, hijo mío?

Don Pedro trata vanamente de sonreír.

- Bueno, padre, usted sabe... los negocios son así...

- No, hijo mío - Reconviene con tranquila energía don Anselmo - los negocios no son "así". Los negociantes desleales y trapisondistas son los que hacen los negocios "así", como tú dices. Los negociantes honrados hacen los negocios como Dios manda. ¡Vamos a hablar con claridad! ¿Cuántas veces según tú hace falta engañar en los negocios cada día?

- ¡Jesús, padre! - El anciano parpadea sorprendido, forzando una sonrisa que se hiela ante la expresión seria del sacerdote - Pues no sé... Pone usted unas preguntas... ¿Qué sé yo...?

- ¿Cuatro, cinco, seis...? Vamos.

- Pues no sé, la verdad... Ponga usted seis o siete.

- La última vez que te confesaste fué hace dieciocho años.



Siete mentiras diarias durante dieciocho años de negocio.

Don Anselmo establece sus cálculos. Don Pedro lo observa en silencio, con el ceño fruncido.

- Alrededor de cuarenta mil. Buen saco de pecados has llevado colgados durante tantos años - Mueve la cabeza con pesar - Y lo triste es que haya tantos católicos como tú, que no son católicos ni nada... - Procurando dejar de lado la cuestión, lo observa muy fijo - Bueno, vamos a ver... ¿Han sido mentiras gordas? ¿Han sido como para causar perjuicios serios?

- Que yo sepa no, padre... No ha muerto nadie ni...

- Ni ha sido nadie perjudicado en sus bienes.

Don Pedro no sabe como ponerse.

- Bueno, padre, usted sabe que los negocios operan sobre los bienes ajenos, vamos...

- No - Deniega con firmeza don Anselmo - yo no sé nada de eso, yo me acuesto a las ocho. Contesta con la sinceridad que hace media hora te estoy pidiendo. ¿Has causado perjuicios serios con tus mentiras?

- Estoy tranquilo, padre... Si ellos arriesgaban su dinero, yo también el mío. Unas veces he sido yo el engañado y otros ellos. No por mentiras francas, porque ésas cuestan muy caras en los negocios, sino por semiverdades o cosas que se pasan o se ocultan. Estoy tranquilo porque no he causado ningún gran perjuicio, que yo sepa.

- Bien, hijo, mejor... Vamos ahora, noveno. No desearás la mujer de tu prójimo y décimo, no codiciarás los bienes ajenos.

- Nada, padre. El primero lo tengo ya confesado hace mucho tiempo y el otro, he codiciado el beneficio legítimo de la tienda.

- Si ha sido así, pase - Don Anselmo se suena suavemente, mientras lo observa con atención - Registra ahora tu memoria ¿Tienes



algo de qué acusarte? ¿Enemigos, odios, ofensas...?

- No, padre, mis hijos me han hecho sufrir mucho por como se han portado conmigo, pero a pesar de todo, son mis hijos...

- La niña...

Don Pedro siente demudársele la cara.

- Eso es harina de otro costal, padre. La niña...

En los ojos tranquilos del confesor hay una llamarada de energía.

- La niña ¿qué? Toda la harina es ahora del mismo costal de pecados.

- La niña ha sido muy rebelde, don Anselmo. No ha obedecido a su padre, que lo que quería era únicamente su bien. Ha sido una hija muy descastada que no me ha respetado. Se casó con quien le dió la gana.

- ¿Qué tienes contra el yerno?

El enfermo desvía los ojos.

- El yerno, padre, el yerno... - Dice, marcando mucho las palabras - Es un hombre sin educación, un militarote que la engatusó con la tontería del uniforme, buscaba el dinero...

El cura lo escudriña con intensidad, haciéndole desviar nuevamente la vista.

- Ella no es feliz, por lo tanto.

Don Pedro tarda en contestar.

- Bueno, no sé... - Su voz está forzada - No he oído decir nada.

- Usted ha preguntado por ella.

El viejo vuelve la cabeza, irritado.

- No, no he querido que me hablen de esa hija descastada... nunca.



La mirada severa del sacerdote lo atosiga, haciéndole removerse inquieto.

- Creo que sí - Dice muy bajo - que han congeniado...

- Y entonces - Replica don Anselmo, dando un pleno sentido a cada una de sus palabras - ¿cómo se explica usted que ella, una muchacha tan educada, supongo yo, vamos, haya podido congeniar con un hombre sin educación, un militarote que lo único que tenía era el uniforme, un hombre que cuando se enteró de que usted la desheredaba apresuró su boda con ella?

- Bueno, padre, eso son cosas de familia...

- Nada, hijo mío - Reconviene el sacerdote, muy sereno sin embargo - eso son cosas de Dios, pecados de soberbia. La verdadera, la auténtica iglesia católica que milita en la misericordia de Cristo, no admite esas cosas de familia, como tú las llamas. Dios, con su justicia y perdón, penetra en todos los rincones y habrá que rendir muy estrecha cuenta cuando se fué soberbio, cuando se antepuso el egoísmo personal a la justicia y a la verdadera caridad cristiana.

- Ella desobedeció, padre, ella pecó.

Don Anselmo sigue hablando con voz clara y firme. Doña María Luisa, oyendo algunas palabras sueltas, intuye el sentido total de sus frases.

- No, hijo mío, ella no pecó. Cuando para defender una felicidad legítima ella se puso enfrente de tí lo hizo sin rencor, con dignidad, te dijo que quería a un hombre digno y que quería casarse con él. Y tú lo negaste, tú lo despreciaste, tú no toleraste que aquel hombre honrado, pero pobre y de humilde familia, hiciera feliz a tu hija. El no llevaba lo que tú querías, o un apellido muy largo aunque estuviera cubierto de cieno, o una



fortuna muy grande aunque también estuviera manchada. Eso es lo que se desprendía de los candidatos que le ofreciste tú. Ella hizo bien manteniéndose firme. Un mandamiento de la Ley de Dios dice: Honra a tu padre y a tu madre, pero los dos primeros pecados capitales de esa ley, óyelo bien, los dos primeros, son la soberbia y la avaricia.

Al rostro de don Pedro sube un flujo de sangre.

- Por favor, padre...

- Escúchame, hijo - El sacerdote se inclina más sobre él - Hay unas palabras muy hermosas en ese Padrenuestro que quizá hayas olvidado. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Aquí no hay deuda por parte de tu hija, porque ella está limpia de ofensa. Ella ha venido a verte varias veces desde que estás malo y tú nunca has querido recibirla.

Don Pedro aprieta la boca, mirando recto frente a sí.

- Fué desobediente, padre.

- ¡Y dale! - Exclama el sacerdote con vigor - Lo fué con razón. Yo habría hecho lo mismo que ella y no me habría recordado la conciencia.

- La absolución, padre.

Don Anselmo gira la cabeza de izquierda a derecha, negando. Habla con acento tranquilo:

- No, hijo mío, imposible. Sigues en pecado mortal.

- Yo quería todo el bien para ella.

- Puede ser, pero después has visto que ella es feliz. ¿Y qué más le puedes pedir a un yerno, dime?

- Podía haberlo sido mucho más - Replica tercamente don Pedro - Si me hubiera hecho caso...

El cura se echa atrás con impaciencia.



- Te obstinas, hijo, en el pecado de la soberbia y así no podemos llegar a la absolución.

- Yo no puedo perdonarla, padre - Don Pedro sigue derecho sobre los almohadones, mirando a su frente muy fijo - Fui intransigente porque era mi deber.

- Yo tampoco puedo perdonarte. Seré intransigente porque es el mío.

- ¡Padre! - El anciano se vuelve de pronto, con una súplica en los ojos. Don Anselmo lo mira sereno, pero su pie bajo la cama no deja de moverse.

- ¿Perdonas a tu hija? Mejor dicho ¿Te reconcilias con ella?

- Por favor, padre, me queda poco de vida...

- Razón de más. ¿Cómo vas a presentarte así ante El? Tienes que perdonar a tu hija, es decir, a quien no te ha ofendido y te quiere, a pesar de tu conducta para con ella.

- Ella no me quiere, padre, me detesta.

- Estás equivocado. ¿Quieres que la llamemos?

Don Pedro desvía la vista.

- No.

- No puedes morir con ese odio en el corazón, hijo - Dice el sacerdote con forzada calma - Tu testamento, si lo has hecho, tienes que cambiarlo también.

- Todo es para mi mujer.

- Bien - El cura vuelve a sonarse despaciosamente - No entiendo mucho, pero en ese caso ella dispondrá lo mejor.

Se queda mirándolo, aguardando una respuesta. Los ojos de don Pedro permanecen fijos, mientras una leve sombra los empaña. Su mujer se le acerca, hablándole con ardor:

- ¡Pedro!



El se vuelve con vivacidad.

- ¿Qué?

- Haz las paces con ella.

El la mira con reproche.

- ¡Tú también!

- ¡Ella te quiere, tú lo sabes, yo te lo he dicho más de una vez, aunque tú nunca has querido escucharlo! Ella aguarda a que tú la llames. ¡Hazlo!

El sigue con su ceño hosco.

- No, ella tiene el justo castigo que se buscó con su terquedad.

- Ella espera en la sala, Pedro. Hace dos horas que llegó, porque yo mandé llamarla.

Su marido la mira con irritación:

- ¡Tú has hecho eso!

- ¡Sí, porque es tu hija! ¡Y tú, Pedro, tienes que reconciliarte con ella antes de morir!

- ¡Antes de morir! - Don Pedro se ha puesto lívido - ¡Voy a morir!

Hay un silencio denso en la habitación, un silencio tremendo que se palpa, que se agita, que se agarra a los muebles y los pone en danza, un silencio mascado de tinieblas, un silencio donde la eternidad parece abrirse para don Pedro. ¡La eternidad, la eternidad, la eternidad! ¿Qué es la eternidad, Dios mío? Una palabra, una sola y única palabra que se abre como una boca inmensa que no se acaba nunca. Algo enigmático e interminable. Eso es, interminable, esa feroz cualidad que no se puede comparar con nada absolutamente de este mundo. Arcángeles y hombres que danzan al mismo compás, triturándose delante de un ser misterioso que los mira con un ojo inmenso, un ojo inmenso como el tiempo. Y sentir que sólo falta dar



dos pasos, quizá uno solo para entrar en esa danza loca y eterna. ¡Eterna! ¡qué palabra tan terrible! Don Pedro siente que algo lo llama, que desde una esquina del tiempo algo parece llamarlo para que se decida y dé ese paso tan pequeño que le falta por dar. Y después él empezará a danzar con unas fuerzas redivivas y quizá con un aspecto nuevo. Y su mujer lo mirará con tristeza, porque él no danzará bien. Algún peso terrible se le colgará de los hombros, quizá sea el peso de una hija agarrado al corazón, algo en suma, que no le permitirá hacer el rigodón de la eternidad. ¿Será, como dice don Anselmo, la soberbia? La soberbia no puede pesar tanto como para impedir una buena danza. El ha bailado algunas veces, no muchas desde luego, desde que rompió con su hija y siempre lo hizo bien. ¡Ah! Pero es que este baile con el ángel es distinto. Aquí no sirven de nada las lecciones de la tierra. Aquí hay que danzar con el espíritu, con el corazón ligero, con las piernas muy ágiles. Si no, se cansa uno y se cae, se empieza a caer en un agujero, un agujero muy hondo, profundísimo, un agujero que no se acaba nunca, un agujero eterno...

Doña María Luisa y don Anselmo observan como abre los ojos.

- Llama a mi hija.

Ella se lanza hacia la puerta y desde el umbral hace una seña. María Luisa Duarte se levanta, entrando en la habitación. Su madre la agarra del brazo y la conduce hasta la cama, manteniéndola sujeta por los hombros y mirando intensamente a su marido.

- Hola, papá - Saluda la muchacha en voz muy baja, mirándolo con aire sereno y grave.

Su padre la mira como si la viera por primera vez, con unos ojos curiosamente observadores que quieren llegar a su más íntimo



fondo. Hay una pausa tensa, cargada de significados y recuerdos, donde parecen querer desarrollarse apretadamente todos esos largos años que han vivido separados. Como si los sentimientos, petrificados hasta ahora en una helada atmósfera irreal, se transformarán de súbito en seres vivos que buscaran impetuosos su cauce normal hasta la sangre. Los dos permanecen inmóviles, como fascinados por el descubrimiento insólito de su sola presencia. Luego, el anciano se lleva la mano al pecho y cierra los ojos un momento, dejándose caer hacia atrás.

- Hola, hija - Dice con fatiga.

Ella aprieta los labios en un gesto irreprimible. ¡Ha cambiado su padre tanto desde la última vez que lo vió!

- Papá ¿tú como estás?

El viejo respira hondo.

- Bien, hija, bien. Pero... siéntate...

Ella lo hace al borde de la cama.

- ¿Has venido sola?

La muchacha asiente con la cabeza, mientras se esfuerza en eliminar algo que se le ha agarrado a la garganta.

- No conozco a mi nieta... ni a mi yerno.

María Luisa lucha por hablar sin traicionarse.

- La niña está en el colegio, papá, y él está en el cuartel. Yo vine en cuanto me avisaron. Pero voy a ir por ella - Añade, levantándose.

El la retiene con un gesto, haciendo que se siente otra vez.

- No, manda por ella. Y que le avisen también a él. Tú no te retires. Tú, María Luisa - Se dirige a su mujer - avisa para que vengan los dos.

- Sí, Pedro - Ella sale presurosa del cuarto.



El habla con voz ahogada :

- ¡Qué de tiempo sin vernos! ¿verdad?

- Sí, papá - Ella se encuentra ya más serena - yo he querido verte...

El anciano la ataja con suavidad.

- Ya lo sé, hija.

- ¿Tú cómo te encuentras, papá?

El hace un ademán de resignación.

- ¿No lo ves, María Luisa? Me queda poco.

- ¡No digas eso, papá! - Exclama impulsivamente ella.

- Es verdad - Dice él con tristeza - No sirve de nada decirlo. Pero... - Su expresión cambia hasta esforzar una sonrisa - Me alegro de verte. Hacía mucho tiempo, es verdad. Yo he sido muy duro contigo, pero ahora... va a terminarse todo,

La muchacha oprime los labios, conteniendo un sollozo. Su padre, el animoso don Pedro, ya no es ni sombra de lo que era. Ha desmejorado mucho desde la última vez que lo vió. Fué en la iglesia. Ella estaba arrodillada a un extremo de la nave y lo vió entrar con paso todavía firme. Se puso en su sitio de siempre, a la izquierda del altar. Y una claridad aromada de finísimo polvo entraba por la alta vidriera, iluminando su figura, todavía erguida. Y de esto hace sólo tres meses. Ahora es un viejo decrepito de movimientos torpes y una débil y lenta luz en las pupilas.

Y don Pedro ve a su hija crecida, porque no consigue situarla cuando la vió por última vez hace siete años, cuando él la recibió en el salón viejo y ella le anunció con firmeza que iba a casarse con un capitán de infantería hijo de un simple farmacéutico, de quien estaba enamorada. Que sabía su oposición, pero que ventilaba su felicidad y por eso la defendía por encima de todo. El se puso violento y la amenazó con desheredarla, pero ella se



encogió de hombros y él, a los pocos días, se enteró por los periódicos de que se había casado. La imagen de ella le resulta ahora borrosa, tenía entonces veintitrés años y era muy parecida a la muchacha que tiene ahora delante. Los ojos son idénticos, aunque ya han vivido una vida desde entonces. Sí, un hombre vive en ella y de esa unión ha brotado una chiquilla que dentro de poco será casi como su madre en la forma en que él la recuerda ahora... Es la vida !La vida! Y él es ya la muerte...

Doña María Luisa ha vuelto silenciosa, sentándose a los pies de la cama. Don Anselmo contempla pensativo la escena. !La soberbia de don Pedro! !La soberbia! Algo que como una piedra arrastra y lleva hasta el fondo... Aquí es como la raíz del carácter, del mal carácter de muchos que él conoce y que no se doblegan aunque los maten.

- Hija.

- Dime, papá.

- Yo no tenía que haberme opuesto a tu boda - Dice con fatiga - Yo lo hice queriéndote buscar una felicidad más grande.

- Ya lo sé, papá, pero la felicidad ya la tengo. Mi marido me quiere, yo a él, y tenemos la niña. ¿Qué más podíamos desear?

- Sí, hija, es verdad, pero el dinero nunca sobra. Ya tu madre se encargará de darte lo que te corresponde. ¿Quieres besarme, hija? Que esto termine como debió haber empezado. Ahora me queda poco y necesito la absolución.

Ella se retira al fondo del cuarto después de besarlo en ambas mejillas. El sacerdote absuelve al enfermo y empieza a rezar en voz baja las plegarias de los agonizantes, secundado por doña María Luisa. Van entrando los hijos y Rozas. Don Pedro habla ya con voz muy débil, aunque sin interrupciones. Las fuerzas se le van agotando rápidamente.



- Acercaos todos. Me queda poco, lo noto, pero aun puedo hablar - Sus pupilas tienen cierta firmeza vacilante - Poneos alrededor mío.

Todos le obedecen, desplegándose. El anciano, recostado en los almohadones, empieza a hablar con una fatiga inmensa, fijando los ojos en cada uno de ellos.

- A tí, Rozas, los recomiendo. Haz lo que puedas por ellos. Y vosotros, hijos, quedad con Dios. Ha habido errores de comprensión entre nosotros, ahora lo veo con más claridad que nunca... Yo he hecho mucho mal a José, lo sé y por eso le pido que me perdone. Por la tienda, por ella lo he sacrificado. Ese es mi dolor real de esta hora. Pero también he tenido culpas de indiferencia para con vosotros. No me he ocupado sino cuando me habéis hecho falta. Y claro, ha pasado lo que tenía que pasar. Habéis respondido lógicamente a lo que yo he sido para con vosotros, mejor dicho, a lo que por mi falta no he llegado a ser. Pero todo quede en esta hora enterrado. Las culpas cuando se reconocen de frente hacen menos daño. Nosotros durante mucho tiempo parece que hemos estado equivocándonos al querer entendernos. Y yo deseo que ahora todo quede claro. Si he tenido culpas para con vosotros, que las he tenido, perdonadme, y que esto sirva para que el día de mañana no tengáis que hacerlo con vuestros hijos. Tú, José, no te has preocupado en absoluto de tu hijo, preocúpate en adelante. Tú, hija, no te tengo que decir nada, ya te lo he dicho todo. Tú, Eduardo, funda una familia, puede ser el árbol que te dé fuerza y tú, Juanjo, varía. Varía todos. ¡Hay tantas cosas que variar...! Y tú, María Luisa, vela lo que puedas por ellos, les hace tanta falta... - Se detiene un momento, respirando con angustia - Decídele de mi parte adiós a Mariana. Quizá su madre haya muerto también



a estas horas.

Una luz cada vez más apagada brilla en sus ojos.

- Siento que no podré ver ya a mi nieta... Es lástima, María Luisa... Debe parecerse tanto a tí... Pero... ahora... veré... a Miguel...

Un estremecimiento recorre todo su cuerpo. Hace un esfuerzo por continuar, pero sin conseguirlo, se desploma sobre la cabecera con los ojos muy abiertos. Un nuevo escalofrío lo recorre antes de quedar inmóvil.

- oOo -

José se detiene en la puerta de la calle y mira hacia arriba. Es un amanecer frío, de tintas rosadas en el rectángulo que proyectan las casas hacia el final de Riveros, mezcladas a los blancuzcos colores que con una leve iniciación azulada giran por encima de su cabeza. No circula todavía casi nadie, un coche de una panificadora, otro de una vaquería. Un airecillo fresco se cuele por los pulmones, haciendo encogerse el vientre con un leve escalofrío.

José baja el escalón y echa a andar hacia el final de la calle, con las manos hundidas en los bolsillos. La noche de vela se le nota en los párpados enrojecidos y en la fina película de barba. Aprieta los puños para calentarse, mientras atraviesa la Plaza Sarmiento, solitaria con sus palmeras arañando el cielo lívido. Un golfillo con un mazo de periódicos bajo el brazo pasa a su lado presuroso, restregándose las manos con gestos frioleros. José dobla la esquina de la derecha y entra en la Corredería.



La larga avenida está casi desierta, con el lento amanecer disolviéndose sobre las blancas crestas de los edificios. Pero bajo los naranjos que cuadriculan la acera se divisa alguien que viene en dirección opuesta, aunque el sombrero caído no permite adivinar su identidad. El incógnito da un puntapié a una mondadura de naranja y se queda contemplándola mientras ésta describe un círculo.

Duarte se detiene al llegar a su altura.

- Paco.

Este levanta la cabeza.

- Hola, José - Dice monótono, dando una nueva patada a la casaca - ¿Adónde vas por aquí? ¿Vienes de juerga?

- No, Paco, de velar a mi padre.

Cifuentes lo mira con enorme sorpresa, levantándose de un pirotazo el sombrero hasta colocárselo derecho.

- ¡Caracoles! Pero... ¿ha muerto?

- Esta tarde, a las tres y pico - Dice sobriamente José.

- ¡Vaya, hombre! - Paco lo agarra del brazo, no repuesto aun de su ascebro - Lo siento... Que no somos nadie - Agrega, con ademán resignado. Se queda un momento pensativo, escrutándolo después con atención - ¿Y tú adónde vas ahora?

José no contesta, entreteniéndose en ojear con vaguedad el horizonte de paredes blancas que parece carecer de límites al fondo de la calle.

- No sé... - Dice al fin con indiferencia - Hay allí unos cuantos... Estaba aquello irrespirable y he salido a tomar un poco de fresco... ¿Y tú de dónde vienes?

Paco agacha la cabeza, se echa la mano al bolsillo y saca una pistola. Expulsa la última cápsula, vacía.



- Yo vengo del hipódromo de matar a mi yegua - Dice con voz ronca.

- ¿A "Barceloneta"? - El asombro de Duarte es enorme.

- ¡Sí, es la vida, coño! - Paco se guarda rabiosamente el arma - Mañana tenía que correr en Cádiz, estaba todo preparado, pero... Ayer, un perro gracioso le dió por rabiar y morder a "Barceloneta". El mozo no sintió nada o no le dió la gana de oír a la yegua, que estaba loca en el establo, seguro... Ella tenía un instinto para eso formidable, ya quisieras tú haber visto... Bueno, pues cuando se dieron cuenta los cretinos, ya tenía la rabia en la sangre. Me llamaron enseguida, ya estaba allí el veterinario, pero ¡que si quieres! El muy grullo empezó a darme explicaciones de que si no podía ser la rabia, que si la rabia no se declara hasta los cuarenta días, que si patatán, que si patatán, que si había complicaciones, las idioteces que dicen todos cuando no hay nada que hacer... Desde luego no había más que ver al animalito, rabioso perdido... El cretino del veterinario estaba hecho un taco, sin saber por donde salir... Total - Frunce coléricamente la boca - que naranjas de la China, que había que acabar con el bicho - Se saca de nuevo la pistola, accionando con ella - Yo mismo le reventé la cabeza... ¡Me miraba con unos ojos! ¡Como una persona! Pero no había más remedio, ¡coño! Me metí dentro como un loco y empecé a pegarle tiros. El primero la tumbó y ya parecía que se le había quitado la rabia, pero yo no podía ver las boqueadas aquellas tan tremendas que daba... La liquidé, le vacié el cargador en la cabeza... - Se detiene de pronto, respirando con fatiga y guardándose el arma - ¡Loco estaba!

- ¿Y el perro?

- ¡El perro, je! - Su voz es violentamente sarcástica - El



perro se lo había cargado ella nada más lo vió entrar en la cuadra, aunque no pudo evitar el primer mordisco. De una coz lo reventó contra la pared. Allí estaba hecho unos zorros - Se detiene, moviendo apenadamente la cabeza - ¡Era más lista! No se resentía ya nada de la faenita que le hicieron en la pata. Ya querría yo haber cogido al cabrón...

A José se le muda de súbito el color. Contempla la cabeza baja del otro y un temblor se le inicia en los pulsos, pero sobreponiéndose con un esfuerzo, le pone una mano en el hombro, mientras dice con lentitud:

- Yo fui ese cabrón, Paco.

- ¡Tú! - Cifuentes se desprende de un salto, mirándolo con enorme estupor - ¿Tú fuiste el que sangraste a "Barceloneta" en la pierna? ¡Tú estás loco!

José deniega firmemente con la cabeza.

- No, Paco, yo fui.

- ¡Tú fuiste! - La brusca consciencia del hecho hace brotar una llamarada violenta en sus ojos. Con un rabioso ademán agarra a José por el cuello, apretándoselo en un brutal zarandeo. Este se deja manejar como un pelele.

- ¡Tú fuiste, canalla! - Estalla de pronto, dándole una bofetada - ¡Tú fuiste quien rajaste a mi yegua! ¿Por qué? - Grita con más fuerza aún - ¡Habla, dime! ¿Por qué?

La cara de José está amoratada. La férrea mano amenaza ahogarlo, pero él no hace lo más mínimo por desprenderse. Paco lo mira con dureza durante un largo momento y afloja algo la presión.

- ¡Habla!

Duarte traga aire con esfuerzo, haciendo que su rostro recobre algo del color normal. Sus palabras le salen sin embargo claras



- Yo te odiaba, Paco.

Este lo sacude con fuerza.

- ¿Por qué? - Le barbota a la cara - ¿Por qué me odiabas? ¡Habla, hijo de puta! ¿Qué daño te he hecho yo a tí?

José se muerde los labios, conteniéndose ante el insulto. Tar-  
da en contestar.

- A mí solo no, a todos.

En su sorpresa, Cifuentes lo suelta dando un paso atrás.

- ¿Quiénes son todos?

José se arregla el cuello, respirando hondo varias veces.

- Eso no es fácil de decir. Vamos a cualquier sitio.

El otro, furioso aún, está a punto de sacudirle de nuevo, pero vencido por su ademán resuelto, lo sigue tras ligera vacilación. Uno en pos de otro bajan por el patio de San Francisco y entran en "La Vega". La sala del café es grande y está llena de mesas, pero a esta hora sólo hay un camarero limpiando el mostrador y dos chóferes de los camiones de pescado, que matan el gusanillo con las correspondientes copas de anís.

- Vamos al fondo - Dice José, entrando como en terreno conocido

Cifuentes va a decir algo, pero se calla. Se sientan a una mesa junto al estrado donde los domingos y festivos ponen orquesta y animadora. Piden café por una seña.

- Bien - Paco se cruza de brazos, mirándolo con dureza - Estoy esperando que te expliques.

Duarte mueve su café con mucha calma. El ruido de la cuchari-  
lla dentro del vaso irrita los nervios del otro.

- ¡Deja ya de mover!

- Ya está movido - Contesta José, impasible.

Paco se cruza nuevamente de brazos sin tocar su servicio, es-



forzándose en hablar con naturalidad :

- Estoy esperando que te expliques.

- Mira, Paco - Duarte bebe muy tranquilo su café y nada parece poder alterarle - Te voy a hablar con mucha franqueza... Con el corazón en la mano ¿no se dice así? - Sus ojos brillan irónicos, pero recobrando instantáneamente la seriedad, se concentra durante unos momentos antes de seguir - Tú ya sabes que yo soy un tipo descentrado, pero con cierta inteligencia y que me doy cuenta de algunas cosas que a otros se les pasa por alto - Se queda observándolo durante la breve pausa - Por ejemplo, de tu manera de ser y de actuar... De todos nosotros, ya sabes a los que me refiero, tú te destacas ¿cómo diría yo? como un burlón, como el Gran Burlón diría yo... Me parece que esa es el calificativo que mejor te cuadra... - Se recuesta de nuevo en la butaca, estudiándolo con ojos entrecerrados - Pero de vez en cuando tienes un gesto dramático del que todo el mundo se alegra en su más profundo interior, siempre que no le toque a él, claro... Y en el entierro del Puma tú tuviste ese gesto... Armaste un escándalo, te portaste como un anarquista entre un corro de beatas, que eso éramos casi todos allí... Entre bromas y veras, Paco, cuando tú te emborrachas, tú que nos perteneces, que eres como todos nosotros, cuando te emborrachas, digo, o te haces el borracho, te separas del conjunto y entonces somos tus enemigos. Yo ahora estoy en una situación de ánimo, no sé si por la muerte de mi padre o simplemente porque no he dormido esta noche, en que no me importa nada decirte que como fracasado soy un resentido y que a veces no puedo tolerar el que te pongas frente a nosotros como un enemigo que dice...

Se detiene, estudiando el efecto de sus palabras. Paco lo



mira con gravedad sin hacer el menor signo de impaciencia.

- ... verdades dolorosas - Concluye José con voz tensa - En tí, tú lo sabes mejor que nadie, aunque quizá no hayas llegado a definirte tú mismo, hay dos Paco Cifuentes. Uno, sereno, un aristócrata inútil como tantos, que va de juerga con todos y que no se diferencia en nada de ellos. El otro, un hombre amargado que no tiene fuerzas para evadirse del medio en que vive y al que odia, castigándolo con sus desplantes burlones y posturas tragicómicas. Apoyándose en el vino, ese hombre empieza a soltar lo que guarda dentro y entonces se transforma en...

Paco escucha sombrío, con los ojos entornados. José se ha detenido un momento, eligiendo sus palabras con plena conciencia de cada una de ellas.

- ... en algo que llega demasiado hondo a la acorchada piel de los que somos un poco conscientes del papel que hacemos. Te transformas en... una conciencia.

Cifuentes siente un repentino estremecimiento. Inclinando la cabeza sin responder, guarda un penoso silencio.

- ¿Una conciencia? - Dice con mucha lentitud al cabo de un larguísimo momento. Su rostro parece de pronto lleno de arrugas, que ensombrecen infinitamente su pálida cara - Sí, es verdad, José... Pero no en una conciencia, sino... - Levanta la cabeza, mirándolo con ojos vacíos - en mi propia conciencia...

Duarte le pone una mano en el brazo.

- Es igual, Paco, tu conciencia se transforma en la nuestra, porque todos somos iguales - Su tono se hace de pronto muy rápido, como deseoso de quitarse un gran peso de encima - Y a lo que iba a explicarte... Yo te ví un día. Estabas en las carreras con Juana y yo te odiaba, porque nosotros los resentidos somos los que



más huímos de nuestra conciencia, porque cuando ésta se dirige a nosotros, nos encuentra siempre en carne viva. Estabas con Juana y no tenías el aspecto de siempre y no porque estuvieses con ella, ella al fin y al cabo es para tí como uno de nosotros. Era algo más sencillo. Estabas con algo menos que una persona, pero que para tí representaba algo más. Una yegua. Y estabas loco, saltabas como si tuvieras doce años. Tu yegua había ganado y tú la besabas, la acariciabas como si fuera una muchacha. Y yo que te odiaba, sentí alegría, una alegría llena de mala uva, muy distinta de la que tú tenías. He aquí Paco Cifuentes, pensé yo, el hombre que se burla de todo, besando a un animal porque ha corrido más que otros... Y surgió la idea, Paco. ¿Recuerdas que un día estabas en mi casa y yo llegué sin tú esperarme, porque me creías en Sevilla? ... Entre bromas y veras, porque ya nos éramos mutuamente antipáticos, nos tratamos de Cifuentes y Duarte en lugar de Paco y José como acostumbábamos. Y por conservar esa especie de reto burlón, pero que guardaba un fondo de verdad, nos dimos cita el domingo a las siete en el hipódromo, como si fuéramos allí a rompernos las narices... El domingo en el hipódromo, maldito si tú te acordabas de la cita. Corría tu "Barceloneta"... Pero mi memoria era mejor. Yo estaba allí a las siete, la hora en que empezaba la carrera, pero tú no podías verme, rodeado de gente como estabas... Tu cara, aquella tarde, no estuvo para besar ni acariciar a tu caballo. ¿Te acuerdas? - Hay en su cara una repentina contracción - Tu yegua estaba herida y había sido yo, que desde aquel día en que te ví por primera vez con ella vencedora, no podía soportar tu alegría... Yo había herido a tu caballo para que tú no pudieras recibirlo con aquella alegría que yo odiaba...

Paco aprieta la boca, con los ojos duros.



- ¿Tú mismo fuiste el que la rajaste?

- No - Deniega muy despacio José, respondiendo con trabajo a la pregunta - yo no tengo práctica ninguna en caballos y no quería hacerle más que perder la carrera. Tenía que ser alguien que los conociera y además yo no tenía ocasión de meterme en las cuadras.

- ¿Quién fué entonces?

José apura el resto de su vaso.

- ¿Qué importa eso ya? - Replica con desgana - "Barceloneta" ha muerto y además, aunque estuviera viva, yo no te lo diría.

Paco se le queda mirando.

- ¡Eres un cerdo, José! - Las palabras le han borbotado res-tallantes en medio de la forzada calma que le atiranta las mejillas.

Duarte enciende un cigarro con tranquilidad, pero la llama de la cerilla ha temblado un segundo en su mano. Por su cara se extiende un tono rosa ante la mirada rencorosamente despreciativa del otro.

- Sí, tienes razón, Paco - Dice con una mueca, mientras apaga el fósforo - Yo soy un cerdo que reconoce que lo es, lo que ya es un mérito. Ahora ya no te odio ni podría volver a odiarte. No sé en verdad qué ha sido... Desde aquel domingo en que ví tu expresión de rabia y de disgusto, tenía un vago deseo de contártelo todo, porque pensaba que así encontraría la satisfacción que no encontré entonces. Pero... - Su gesto es terriblemente cansado - ha llegado hoy, mi padre se ha muerto y hasta me ha pedido perdón por mi cobardía cuando decidí entrar en la tienda en vez de ser militar... Te he encontrado después en la calle y me has contado que has matado a tu yegua... Entonces... me he sentido



como desfondado. Parece como si esas dos muertes me hubieran dejado vacío. Como si yo sólo hubiera vivido para esos dos odios, el de mi padre y el tuyo. Y ahora... - Se queda mirándolo con inexpresivos ojos - ¿Qué hacer?

Cifuentes aprieta los labios con la cabeza baja, derrumbado en la silla. Mueve la mano hacia el otro, pero sin llegar a tocarle, la deja caer hacia sobre su propia rodilla.

José lo mira con unos ojos horriblemente contraídos. Sus rasgos aparecen blandos y cansados, como una máscara que se hubiera usado demasiado tiempo.

- Yo tampoco lo sé... - Dice en voz muy baja.

Cifuentes lo escruta vago e impersonal, con los bordes de la boca curvados fofamente hacia abajo.

- Ya no existe nada entre nosotros.

Mira a José como si fuera un objeto que hace tiempo hubiera dejado de interesarle. José se levanta, moviendo todas sus articulaciones con una inmensa fatiga que amenaza llegar a la náusea.

- ¿Pagas?

- Sí.

Las puertas del café se cierran sobre las dos siluetas.

- oOo -

1

Román, empotrado en el butacón de la trastienda, descuelga el auricular con un ágil movimiento.

- ¿Quién?

. . .

Su rostro se anima de súbito.



-¿Cómo? ¿Eres tú, Creso? - Pregunta con afanosa sonrisa -  
¿Qué pasa?

. . .

- ¿Cómo? - Se descompone de pronto en el colmo de la extrañeza - ¿Que vaya enseguida? ¿Y con el talonario de cheques?... Pero...

. . .

- ¿Y los pagarés de Juan José Duarte? Pero...

. . .

- Bueno, bueno, Creso, no hay que ponerse así, hombre... Si es de tanta importancia... ¡Que son cincuenta kilómetros! Enseguida voy.

Cuelga el teléfono y se queda mirándolo con aire preocupado. Con un fruncimiento de cejas se palpa la chaqueta para asegurarse de que lleva encima el libro de cheques. Dirigiéndose a la caja empotrada en la pared rebusca en un montón de papeles, sacando de entre ellos un sobre que lleva escrito en la cubierta GRANDES ALMACENES DUARTE. Extrae de él los pagarés, echándoselos al bolsillo. Vuelve a cerrar la caja, saliendo con paso vivo de la trastienda.

- ¡Rogelio! - El dependiente, de espaldas y muy atareado limpiando una vitrina, se vuelve con rapidez - Voy a la capital. Algo importante.

- Sí, señor - Le contesta monótonamente el otro.

- Si viene alguien preguntando por mí y tú lo conoces - Le hace un guiño significativo - que vuelva a las cuatro. ¿Estamos?

El empleado exhibe una sonrisa automática.

- Sí, señor, entendido.

- ¡Qué soso es! - Murmura el joyero para sí, mientras sale de la tienda - Pero... - Echa una precavida ojeada al escaparate



Son millones...

Mientras dirige sus grandes zancadas hacia el estacionamiento del Chevrolet, no deja de dar vueltas en su cabeza a la reciente conversación telefónica. ¿Qué le tendrá que decir Creso con tanta urgencia? Antiguamente, cuando algo bueno se presentaba, estuviera donde estuviera, ésa era la manera de establecer contacto. Pero ahora, al cabo de tanto tiempo en que a pesar de la amistad sus intereses están desligados por completo, no acierta a ver la conexión. En fin, ¡quién sabe! los mejores negocios son los repentinos, aquéllos en que cuando menos se piensa salta la liebre. Desde luego, por algo le habrá dicho que se lleve el talonario. Pero... ¿Y los pagarés de Juanjo, cómo se habrá enterado el muy zorro de Creso? ¿Y si hubiera forma de arreglar fácilmente lo de la tienda?

Pone en marcha el coche en dirección a la capital. Cogiendo una media de setenta, en tres cuartos de hora estará allí. Y de todas formas, más vale no calentarse la cabeza. Lo que sea, sonará.

En su despacho del Gobierno Civil, antigua Biblioteca Popular de la Provincia, don Creso fuma su cotidiano puro mientras le indica un asiento frente al suyo. Su cara aparece tan inescrutable como de costumbre, pero sus párpados amoratados a diminutas venillas rojas no consiguen disimular el brillo especial de sus ojuelos. Manteniéndose muy erguido en su butacón, se frota blandamente la barbilla mientras pregunta en tono muy suave :

- ¿Has traído el talonario? ¿Y los pagarés?

Román, con la cara muy seria, se los alarga con aparente indiferencia. Su largo conocimiento de Creso le ha enseñado a conocer sus reacciones como si fueran las propias y la recepción



que le ha dispensado lo ha puesto sobre ascuas, a pesar de su dominio de nervios. Su amigo echa una breve ojeada sobre los documentos y los deja caer con un seco golpe sobre el tablero. Entorna los ojos mirándolo con una desagradable fijeza, mientras sus labios redondean parsimoniosamente un chorrillo de humo.

- Te la han jugado de puño, Pepe - Le anuncia con acento cortante - El tiro por la culata.

Román traga saliva con esfuerzo, a pesar de estar ya prevenido. Sus pupilas resplandecen diminutas entre las valvas arrastradas de los párpados.

- ¿Cómo? - Deja caer con la garganta seca.

- Escucha, Pepe - Don Cresco habla con la concisión de un despacho telegráfico - No hay que andarse por las ramas... Esto -  
- Extiende sobre la carpeta una hoja de papel - es un oficio con membrete del Ministerio de Justicia, que dice así: "El Ministerio de Justicia declara haber recibido de don José Román Vallanzo, domiciliado en calle Lonja número 74 de la ciudad de Laverna y de profesión joyero, la suma de trescientas mil pesetas para los fondos del presupuesto nacional del año en curso, en concepto de ayuda extraordinaria. Por Dios, por España y su Revolución Nacional Sindicalista. Madrid, a tantos del tanto del tanto. Firmado, el propio Ministro".

Levantando la hoja hasta cierta altura, la deja revolotear blandamente sobre la mesa. El papel gira un momento en el aire para aplomarse enseguida sobre la madera con un balanceo juguetón. Román, respirando entrecortadamente, lo contempla con fascinados ojos. De pronto, trasmutando la cara con un esfuerzo considerable, se echa a reír a carcajadas. El gobernador permanece callado analizándolo con divertido interés.



- Te hace gracia - Comenta, frunciendo la boca con malicia. Román recobra de súbito la seriedad, limpiándose las lágrimas que a su pesar le enturbian regocijadamente la vista.

- Es una broma - Dice al fin con aire convencido - ¿Quién firma eso, vamos a ver?

- Armagán.

- Es amigo mío - Replica el joyero con una amplísima sonrisa - Es una broma.

Don Cresco, chupando con delicadeza de su puro, lo estudia con el aire distante y curioso de quien contempla las diabluras de un chiquillo cuyos marejos sabe exactamente adonde van a ir a parar. Su mirada se endurece de pronto, fatigada de aquel <sup>juego</sup>demasiado visto.

- Peor, si es amigo tuyo - Dice, adoptando la postura fríamente austera de sus grandes ocasiones - Ya te he dicho que te ha salido el tiro por la culata.

El otro se le queda mirando intrigado, con una vaga sospecha que le salta irremediabilmente a los ojos.

- No te entiendo - Dice con voz algo trémula.

Chango se acomoda en su butacón, preguntando con conciso interés:

- ¿Qué tiempo hace que murió el viejo Duarte?

Román no abandona su mueca de extrañeza.

- ¿Qué tiene que ver...? - Ante la mirada implacable del otro, contesta presuroso - Unas tres semanas, poco más o menos.

- ¡Ajá! - Los dos dientes delanteros de la autoridad se apoyan incisivamente en el labio inferior, acusando un estremecimiento - Han andado listos, muy listos...

- Si no me explicas nada - Exclama Román algo irritado - me



quedo en ayunas...

Su amigo extiende la mano con frialdad.

- Enseñada, muchacho - Le contesta con un ligero sarcasmo, alargando deliberadamente la pausa a pesar de la manifiesta impaciencia del otro - Esta vez te has cogido los dedos como el niño que quiere cerrar una gaveta. Con eso - Indica el oficio con el índice - vienen dos cuartillas con el origen de todo.

Román lo mira con ansiedad.

- Déjame verlas.

Chango se encoge de hombros, aplastando la colilla contra el cenicero.

- Es inútil - Replica - En dos palabras te lo cuento - Se repantiga en su butacón, cruzando las piernas - A tí te interesaba la tienda del viejo ¿no?

- Sí, tú lo sabías...

- ¿Qué has hecho para obtenerla? ¿Alguna proposición directa?

Román parece encontrar de pronto el hilo del ovillo. Una vez centradas las cuestiones es mucho más fácil resolverlas.

- No - Contesta con precisión - eso hubiera sido pinchar en hueso. Ya te enteraste en mi casa de cómo pensaba el viejo.

- Me refiero a los herederos.

- No, el testamento prohibía expresamente la venta de la tienda. Tenía que seguir propiedad de la mujer y bajo la dirección de Rozas, el apoderado - Se queda un momento indeciso, aguardando vanamente una respuesta - Ya le conociste allí, en la boda de mi hija...

Don Crespo enarca una ceja ante las regocijantes palabras de Román.



- ¡Je! - Exclama con un regusto irónico - ¡Y tanto que le conocí! ¡Y ahora mucho, pero que muchísimo mejor!

Sus labios se crispan sarcásticos bajo el cuidado bigote blanco, mientras recobra trabajosamente la seriedad :

- Bueno, entonces... ¿Qué has hecho para obtenerla?

El joyero vacila antes de dar a conocer su entrevista con Juanjo. Don Creso golpea la mesa, impaciente ante aquella tozudez estúpida.

- Es inútil, Pepe - Le reconviene, moviendo desdeñosamente la cabeza - Ya no hay nada que hacer.

Román, resignado, cuenta su conversación con Juanjo. El otro, que lo ha escuchado muy atento, deja flotar sobre él una mirada un tanto despectiva.

- ¿Y en ese niño confiabas para que pusiera a abuela en ascuas con el cuento ése?

- No - El joyero enrojece ligeramente - Eso es lo que él creía. Yo contaba también con la Ibarragómez y... En fin, el niño sería sólo el punto de partida, luego habría otras cosillas que desencadenarían el asunto. Por mi parte nunca confié en el niño solo... vamos.

Chango lo mira de través mientras elige un nuevo Corona de su tabaquera.

- Peoncillos, Pepe, peoncillos - Contesta con burlona ligereza, mientras enciende el puro con tranquilidad - El temple, Pepe, el temple - Su <sup>!</sup>aire de irónica superioridad fastidia enormemente al otro - ¿Qué has hecho del viejo temple? ¿Y la vieja astucia, vamos a ver? ¿Qué has hecho de ellos?

Al joyero aquello le hiere hasta lo más hondo. Enrojece como un pavo, parpadeando mientras pregunta con voz ahogada :



- ¿Qué ha pasado, Creso?

Este se queda mirándolo con una lucecilla astuta en los ojos. Su mueca de fastidio no consigue sin embargo disimular una embozada satisfacción que se desprende de la estudiada superioridad de sus ademanes.

- Lo que tenía que pasar, Pepe - Lanza una golosa bocanada - Que tu plan, muy bonito en teoría, lo reconozco, te lo han mojado hasta el culo. Tú no has tenido la elemental precaución de medir la gente con que te enfrentabas y - Señala el oficio - ahí tocas las consecuencias... - Se inclina de súbito sobre él con los ojos endurecidos, hablando con voz tirante - Escúchame, Pepe, por si todavía no has entendido. Tú has hecho un plan para gente sencilla de poco más o menos y esta gente tiene de aquí - Se toca la frente con ademán expresivo - pero mucho, muchísimo más de lo que tú crees, muchacho. Es gente de altura - Hace una breve pausa, siguiendo a continuación con voz seca y clara - Entérate ahora de lo que ha pasado. Doña María Luisa, la viuda, se calló la boca mientras su marido estuvo vivo, escuchó lo que el nene le decía y se quedó como si tal cosa. Enseguida empezó a observar de verdad y a los cuatro días como quien dice de la muerte del viejo, cogió al niño y me lo volvió del revés. Por lo que me han dicho - Agita la mano en señal de cantidad - buena es la tal señora para andarse con tiquis miquis cuando le tocan a la familia. El niño cantó mejor que la Tebaldi y a seguido se convocó a reunión general al Rozas, al niño mismo y a la intrigantuela esa del nombre tan largo, la Ibarranosequé, que no sé por donde diablos se habrán entrado de sus marejitos. La tal Ibarra se desfondó como un regional ante un primera división y a las primeras de cambio cantó las cuarenta también, como si no hubiera



hecho otra cosa en su vida, vaya. Enseguida los despidieron a los dos, supongo que casi a patadas y entre la señora y el Rozas determinaron vengar el honor de la familia. Ella pensaba ir a verte a la tienda nada menos, y ella sola, con la mayor dignidad y señorío a pesar de sus sesenta y tantos años, sacarte a relucir los trapos sucios y ponerte la cara bien colorada... Ni Isabel la Católica, vaya. Pero el señor es Fernando de Aragón, por si no lo sabes... La hizo cambiar de opinión, aunque no fácilmente. Urdieron un nuevo plan, lo urdió él, mejor dicho, y los dos, ni cortos ni perezosos, en un avión a Madrid. Removieron influencias en menos que canta un gallo, y se fueron después al Ministerio. Armagán, ya prevenido, los recibió como si hubieran sido los reyes de España. Estuvieron diez minutos con él y - Agita expresivamente el despacho - Aquí tienes el resultado - Se queda estudiándolo durante un largo momento, añadiendo - Ellos han manejado influencias de que ya te harás idea...

- ¡Pero eso es un disparate! - Balbucea Román con los nervios alterados - Pero vamos... a ver - Acierta a decir por fin - ¿Qué es eso, un oficio?

Su amigo alza la hoja entre dos dedos, hablando con sequedad:

- Un oficio completamente fuera de serie, con membrete y firma del Ministro, sin sumario, sin causa, sin nada... Una simple cuartilla y dos más con instrucciones.

Román, sin querer hacer caso de su clara actitud, cierra la boca hasta hacer de ella una sola línea.

- Luego yo no tengo que pagar eso.

El gobernador frunce las cejas, con un inmenso asombro que se destila líquidamente de sus dilatados ojos. Suelta de pronto



en sus barbas una carcajada estridente y ofensiva, que tiene la virtud de desconcertar por completo a su interlocutor, que no sabe qué actitud escoger. Chango se repone con trabajo de su forzada hilaridad, cruzando las velludas manos sobre la mesa y es-  
crutándolo con atención.

- Veo que no comprendes, Pepe - Dice con aparente sentimiento, donde se deja percibir no obstante un ligero matiz irónico - Ni jota, querido... Pues pasa nada más y nada menos que esa gente a la que tú has soñado escamotear la tienda, querido Pepe, te ha ganado por la mano, te ha engañado como a un chino. Se te han adelantado - Su voz está regodeada - te han cogido tu pequeña batería, la han soplado hasta hacerla grande y la han disparado contra tí con muy buena puntería. Como que te han dado el cañonazo donde más te podía doler a tí, en el talonario de cheques. Como si tú hubieras sido el ratoncillo y ellos el león. Te han echado la zarpa y aquí no hay tu tía. Ella se fué directamente al niño - Su tono es de paciente y autorizado profesor - y le sacó hasta la primera papilla. Enseguida se fué a la Ibarra esa y ésta cantó de plano, como ya he tenido el gusto y el honor de informarte. Que si tú la pagabas por espiar en la casa o que si era por decirle tonterías a ella, ¿qué más da ahora? Luego le dió por consultar a ese señor Rozas y contarle lo que pensaba hacer. Irse a tu tienda y muy dignamente ponerte las orejas bien coloradas. Esa habría sido una magnífica solución para tí, porque habría preservado tu talonario. Amor propio hecho cisco, pero nada más... Sin perjuicio material de momento. Una solución digna de una gran señora del siglo XIX, en pocas palabras. No creo que hubiera ido a pegarte dos tiros, aunque ahora que lo pienso no estoy muy seguro de nada - Hace una pausa, mientras chupa de su cigarro con fuerza - Pero ahora entra en acción el señor Rozas,



una cabeza del siglo XX, un andaluz fino, de ésos que tiran muy largo. Ese te caló como nadie el día de la boda de tu hija, yo lo ví. Y se le ocurrió la idea. Al señor Román lo que más le duelen no son los cachetes del amor propio, sino las pesetas de la cartera. Ni cortos ni perezosos, ya te he dicho, movilizaron en Madrid todas las aldabas de que disponían, se fueron al Ministro muy recomendados y éste seguramente los escuchó cinco minutos y me mandó este oficio. Eso es todo.

Román se mantiene muy tieso en la butaca.

- Completamente ilegal.

Don Creso hace una mueca de indiferencia.

- Según la letra de la ley, tú lo has dicho, completamente ilegal. Y además absolutamente irreal, inverosímil y todo lo que tú quieras llamarlo. Pero ¿qué quieres? - Hace un gesto de resignación filosófica - Quien manda manda y cartuchera en el cañón. Yo ya te previne para que trajeras el libro de cheques y los pagarés. Esto tienes que pagarlo.

Román deniega con la cabeza, muy seguro de sí mismo.

- Armagán es amigo mío y hoy mismo voy a verlo.

Chango se queda observándolo con ojos duros que traicionan un principio de cólera. Cierra los puños sobre la mesa, pero deja transcurrir una larga pausa que consigue mitigar algo su áspero tono:

- Mira, Pepe - Dice con resolución - Por lo visto no me quieres entender. O yo te hablo en chino o tú tienes algodones en los oídos. Quiero decir esto: - Lo mira muy serio, hablándole con cortante energía - Tú has cometido la enorme estupidez de poner en marcha en contra tuya una montaña que sólo puedes parar firmando un cheque de trescientas mil pesetas ¿Estamos? Ese es el precio



de tu intriga ¿Te enteras? - Da un tremendo puñetazo sobre la mesa que hace bailar todos los papeles - Tú has urdido una intriga en contra de una montaña y la montaña se ha puesto en movimiento y te dice : !Trescientas mil pesetas o te aplasto! ¿Entendido? !Eso es todo! ¿Crees que no conozco cien mil veces mejor que tú a Armagán? Cuando él ha firmado eso es que no ha tenido otro camino. Y tú pagas esto o se te mete en la cárcel, no hay tu tía. Tú has puesto un par de peoncillos para hacer jaque a una reina y a un rey y éstos te han dado mate y tú sin querer enterarte todavía. Son gentes de muchas aldabas en Madrid a las que nosotros no podemos llegar. No creo que haya sido por parte de Rozas, porque su historial de republicano activo no le abona para ello, pero los Duarte pertenecen a la más antigua aristocracia de Laverna, emparentados con lo más linajudo de Madrid, gente que ha sido toda su vida furiosamente monárquica y apegada a la Iglesia y con miembros en el más alto cogollo del ejército. Los Duarte no se han mezclado hace mucho tiempo en política, pero los lazos de sangre y de conocimiento existen. Y de los Galliano de Torre, la familia de la señora, no digamos. Tres cuartos de lo propio. Y tú has ido a tocar con tu intriguita precisamente lo que los ha unido como lobos rabiosos, a pesar de las diferencias políticas o de cualquier clase que pudiera haber entre ellos. El honor de uno de los suyos puesto en juego por un Román cualquiera, que hace años apaleaba basura. Me he resistido a decirte esto, pero ante tu terquedad, son palabras textuales de la carta que me ha mandado el mismo Armagán ¿Comprendes? Eso de haber apaleado basura puede haber sido muy digno y lo sería para otro cualquiera que hubiera llegado después a conquistar una posición por medios distintos de los que tú has empleado. Hay medios y medios,



unos en los que se ensucia uno las manos, pero en los que se arriesga el cuello y eso impone al menos cierto respeto, y otros, como éste que tú has empleado, que no tienen ninguna defensa, porque no son hábiles ni arriesgan nada. Yo he empleado también mis medios para subir, no lo niego, pero siempre he seguido una línea de riesgo prudente y óyelo bien, de éxito. En rigor, lo que aquí pagas tú es tu torpeza, al costado de toda ética. Esta gente se ha puesto desde el primer momento en un plano de altura y aquí no quedan más bragas que agachar el morro y aguantar carretas y carretones. Y yo en este caso estoy dispuesto a seguir las directrices que se me han dado, porque conozco el paño. Tú pagas ahora mismo la multa que te han impuesto o sales de aquí para la comisaría. ¿Entendido? Es el puesto lo que me juego y no estoy dispuesto a hacer tonterías.

Suelta una bocanada de humo y se recuesta en el sillón, esperando. Román está lívido y le tiemblan ligeramente los labios. Se mete la mano en el bolsillo y sacando un talonario de cheques, extiende uno con mano torpe, tendiéndoselo a continuación. Chango lo ojea escupulosamente y le extiende a su vez un recibo, entregándole también el Oficio del Ministerio.

- Ahí va. ¿Tienes los pagarés?

- Sí - Se los entrega.

Don Creso une ambas cosas, las mete en un sobre y escribe la dirección, cerrándolo con cuidado. Llama a su secretario y se lo tiende :

- Por valores declarados y urgente.

- Sí, señor - El empleado se retira.

- Eso es todo, Pepe.

Román se pone de pie. La humillación sufrida le mantiene



aun rojas las mejillas.

- Adiós, Creso.

Cuando se queda solo, una sonrisa curva los labios del gobernador, agudizándose progresivamente hasta convertirse en una franca carcajada.

Luego sus ojos se empequeñecen pensativos, prendidos en la delgada columna de humo de su puro.



Carmen y Andrés pedalean hacia la Cartuja. El mes de mayo ha traído una de esas tardes suaves, con una brisa ligera que se bate con gracia con el cielo de cobalto y los árboles vestidos de verde.

- ¡Te alcanzo enseguida!

- ¡Claro... un hombre!

Ella sonríe. El le pone la mano en el hombro y así corren juntos unos minutos. La bicicleta de Andrés es más alta y la domina. Ante ellos se extiende la breve cuesta final que lleva al puente, una vez rebasado el edificio de los monjes. Al frente se perfila la carretera sobre el Guadalete y a la izquierda la venta de San Juan.

- ¿Qué hacemos? - Pregunta ella, sofocada por el tirón último y deteniéndose junto al barandal de piedra. El se baja también.

- ¡Fíjate! - Andrés extiende el brazo.

Desde Laverna la carretera va ascendiendo con altibajos hasta alcanzar el pináculo del Monasterio y el río. La gran meseta se pierde en el horizonte llevando a la ciudad en el centro, como un inmenso barco.

- Laverna - El muchacho se apoya sobre el pretil del puente. Ella da un ágil salto y se acomoda a su lado - Veintidós años de mi vida.

- Y veinte míos - Susurra ella, mirándolo con tristeza - Y mañana te vas.

- Sí, mañana Andrés va a dejar el desierto - Dice él sonriendo - Y quizá entrará en la selva.



- ¿Cómo te imaginas Madrid? - Ella lo mira con curiosidad. El sol, muy fuerte aún, entrecierra los ojos del muchacho. Ella piensa que sueña.

- No sé, Carmen, casi no me lo he imaginado. Para mí es algo así como un balón de oxígeno, algo que necesito para respirar.

Ella inclina la cabeza.

- ¿Cuándo podrás volver?

- No sé... - Dice él muy despacio - En las próximas vacaciones. Por ahora quiero quedarme allí, aunque me gustaría recorrer toda España - Su voz tiene un ardor inesperado - conocer a mucha gente, saber lo que sienten y piensan todos... Bueno, eso ahora es una tontería... Pero algún día creo que podré hacerlo.

- El señor Rozas de que hablas siempre te ayuda mucho ¿no?

El aprieta los labios en un gesto apreciativo.

- Es único. Me está ayudando a salir del cascarón.

- Tienes ya veintidós años - Sonríe ella.

- ¿Qué importa eso? Aquí hay gente de setenta que conserva todavía el pic del pollo. No se han espabilado, viven en el otro siglo...

Carmen lo mira sin comprender.

- Sí, sí, no me mires así, tú también. Vosotras, por viejas que seáis, tenéis siempre quince años.

- ¡Vaya con el piropo!

- Si lo tomas así - El le coge la mano y se la acaricia distraídamente - Todos vivimos aquí como en un frutero. En un frutero no madura la fruta, pero un día la abrimos y ya está vieja, no tiene ni olor ni sabor. Son muy pocos los que se libran, sobre todo los que tenemos esta edad. Y uno de los tipos más conscientes, de los mejores, para mí el mejor, es Rozas.



- Te ha enseñado mucho ¿no?

- Mucho, muchísimo, no te puedes hacer idea. Sobre todo me ha enseñado a mirar. Y me ha contado muchas cosas.

- ¿Sobre qué?

- Sobre todo - Replica él con entusiasmo - Me ha contado su vida. ¡Algo magnífico! ¡Hace veinte años todo era estupendo! Las calles estaban siempre animadas, había lucha política y social, la gente se interesaba en el gobierno, se discutía, se vivía. Había exaltados, tipos capaces de poner una bomba en la Alcaldía, la gente se lanzaba a la calle y aguantaba cargas de la Guardia Civil porque habían subido cinco céntimos el pan. En fin, una época interesante, movida. Había partidos políticos y todos, a pesar de sus rencillas interiores y de las rivalidades con los otros partidos, sostenían un ideal, soñaban una España ideal. ¡Vaya, unos románticos!

- Hay que ser así, Andrés. ¡Romántico!

El se ríe.

- ¡Tú lo has dicho, chiquilla! Dame un beso.

Ella mira a su alrededor y acercándose, lo besa rápida.

- ¡Eso no vale!

- ¿Cómo que no? ¿Qué más quiere el señor?

El toma una actitud declamatoria:

- ¡Yo anhele los besos de las estrellas y de las musas, las caricias de las mujeres que saben reír y gozar, yo adoro los besos de la luna y de las cortesanas célebres, yo adoro los besos -  
- Le besa rápidamente, pero con fuerza - de mi Carmencilla del alma!

- ¡Tuno, más que tuno, me has cogido descuidada! - Le da un cachete.



El le coge la mano y la mordisquea con suavidad :

- Te como.

- ¡Tragón!

El la mira con los ojos muy abiertos.

- Pues es verdad, chiquilla, tengo hambre. Vamos a comprar algo de comer. Merendaremos junto al río.

- ¿Y las bicicletas?

- Las dejaremos en la venta. Son simpáticos.

- ¿Cómo? ¿Has estado aquí...?

- Sí, con una chica, tonta. Pero hace mucho tiempo...

- ¡Hum! - Ella lo mira con aire de sospecha.

El se ríe. En la venta dejan las bicicletas y compran dos botellas de cerveza, una lata de sardinas, otra de anchoas, pan y frutas. Pasan al otro lado de la carretera y descienden hasta el río. Las orillas están llenas de grandes piedras sobre las que hay que ir saltando.

- ¡Venga! ¿Qué pasa?

- Nada, hombre, detrás de tí voy.

- ¡Venga, vamos!

Pasan bajo uno de los arcos del puente, lindante con el central, que lleva el río entre sus muros. El escuálido Guadalete se extiende a la derecha y un bosquecillo de eucaliptos al frente, con grandes claros en la orilla. El terreno es muy desigual, aunque ya no hay piedras. Unos chicuelos renegridos chapotean junto al agua, lanzándose pelotas de arena. Un pescador emboinado aguarda paciente con su caña, sentado en un poyetón de piedra.

- ¿Por dónde? - Pregunta ella.

- Por aquí - El avanza entre los eucaliptos - Tú sígueme.

Hay un pequeño claro. Andrés arranca dos ramas de un árbol



y las extiende al pie, como una alfombra.

- Mira, ideal.

Ella se acomoda y pone las frutas y el pan en el centro. El coloca el resto a su lado.

- ¡Qué delicia, caray! Y con el fresquito que corre. Vamos a comer.

Abren la lata de sardinas y empiezan a merendar. Ella, de pronto, deja el pan a un lado y se le queda mirando.

- ¿Qué te pasa? - El, con la boca llena, la mira con extrañeza.

- Nada - Carmen sonríe, pero sus ojos están húmedos. El agacha la cabeza, extendiendo una mano hasta apretar la suya. La brisa susurra entre las hojas del bosquecillo.

- Me has llenado de aceite - Se queja ella con suavidad, limpiándose con unas hojas que arranca de las ramas extendidas en el suelo.

- Sí - El suelta el pan y se le acerca. Sin tocarla con las manos la abraza, besándola.

- Yo ya no tengo las manos llenas - Dice ella, estrechándolo contra sí. Le acaricia el pelo y con la punta de los dedos, toca incrédula sus mejillas. Sus ojos estudian los rasgos masculinos uno por uno. Sus manos ascienden hasta los cabellos y van bajando; - ¡Oh, Andrés! ¡Tu pelo, tu frente, tus cejas, tus ojos, tu nariz, tu boca, tu barba! ¡Cuánto me gustan, cuánto los amo! -  
- Lo abraza con fuerza, cerrando los ojos - ¡Oh, Andrés, bésame, bésame contra tí! ¡Apriétame fuerte, para que yo sepa que tú eres mío y yo tuya!

Su voz está próxima al llanto. Andrés, de pronto, la abraza, besándola hasta tocar los dientes con los dientes, en un arrebat



de amor y desesperación. Un sollozo entrecortado sacude los dos cuerpos unidos. El la besa en el cuello y ella le levanta la cabeza, buscándole los labios con ardor.

- Andrés !te quiero!

- !Carmen, chiquilla!

Ella le mira ya más serena, poniéndose de pie. Una lágrima resbala por sus mejillas y él va a buscarla en sus labios, bebiéndose su sabor salado.

- Mañana te vas.

- Sí - El la coge por la barbilla y la hace volver la cabeza, juntándola con su cara - Mira ¿ves? - A través del ojo central del puente, lejano hasta confundirse con los límites del río, flota Laverna - Aquello es el infierno. !Y nadie puede vivir en el infierno! Yo tengo algo aquí - Se toca la frente - y si sigo allá, esto acabará quemándose. ¿Comprendes? - Se vuelve hacia ella - Yo te quiero, Carmen, te quiero como a nadie en el mundo. !Pero necesito vivir! !Vivir! ¿Qué menos se le puede pedir a la vida que vivir? Y allí no nos dejan. Allí el sufrimiento es tan vacío, tan amargo, que hasta se pierde la capacidad de sentir. Y no hay nada peor que sufrir sin sentido. Y por lo que sé ahora, tampoco donde voy me dejarán vivir. Pero hay más margen y sobre todo, allí está la palanca que puede hacer saltar toda esta basura. ¿Tú me entiendes?

La mira con fijeza. Ella esconde la cara en su pecho.

- Sí, Andrés, me has hablado ya de eso - Dice en voz muy baja - Y yo te comprendo... !Pero tengo miedo!

El la abraza de nuevo, apretándola contra sí y hablando con cierta irónica amargura :

- !Miedo! ¿Quién no tiene miedo, si siempre nos han enseñado



a tenerlo? Todos tenemos un poco de miedo... !Pero ahí está! - Sus ojos relucen y su boca tiene un gesto duro - Saber lo que se puede ganar y lo que se puede perder. Y en esta ocasión vale la pena, !créeme! Es luchar por una vida mejor, una vida más alta, de mayores quilates que esta pobre vida que vivimos. Y si hay que ponerlo todo a una carta, se pondrá. En estos dos meses últimos he vivido más que en veinte años. Gracias a Rozas, al Bravillo y a esa experiencia terrible que tuve. !Me he dado cuenta de tantas cosas! Yo despotricaba un poco sin ton ni son, pero sentía que mi sangre era horchata, como la de tantos que hay aquí, que no se dan cuenta de que la sangre es sangre, una cosa que corre veloz por las venas y que puede calentar al mundo... !Y hay tantos pobres allá que no les dejan siquiera llevarse un pedazo de beso a la boca! !Tantos pisoteados por esa bota inmensa que no tiene piedad! A todo eso hay que darle unas cuantas vueltas, Carmen. Tú vas comprendiendo a medida que yo ¿no es cierto? y tienes que sentir que esto es necesario. Que hay que marcharse de aquí a luchar, para conseguir que un día este infierno pueda convertirse en el cielo que tantos soñamos. Yo te dejo aquí, pero vendré cuando pueda, y me casaré contigo, no sé cuando, pero tú debes tener fuerzas para esperar, !es imprescindible! Yo no puedo renunciar, tampoco puedo renunciar a tí. Estarás conmigo en cada paso que dé en esa gran ciudad extraña, me acompañarás en las noches solitarias cuando yo vuelque mis sueños sobre una cuartilla en el cuarto frío de una pensión, te llevaré junto a mí cuando un editor me diga que lo siente, que soy un desconocido y que le ha gustado mucho lo que he escrito, pero que su presupuesto para desconocidos está agotado hace mucho tiempo, y compartiremos el desengaño juntos y aquella nos acostaremos uno al lado del otro y tú pondrás la cabeza en mi



hombro y yo sentiré que esa negativa era quizá necesaria. Que lo que yo había escrito no valía nada porque no estaba adobado con sangre, no lo había masticado con mis venas ni lo había sentido en lo más hondo de mi entraña. Y al día siguiente empezaré de nuevo a escribir y quizá hable de la sonrisa amable que tienen los editores para los desconocidos. Un tema vivido, naturalmente, que es posible tenga éxito la próxima vez. ¿Por qué no?

La mira a los ojos.

- Y tú estarás siempre conmigo, yo estaré siempre punzante de recuerdos, de caricias y de besos tuyos...

La besa, primero suave, luego con fuerza. Ella se cuelga de su cuello y cierra los ojos. Sin abrirlos, atrae la cabeza de él entre sus manos y lo besa en el cuello, en la frente, entre los ojos, en la nariz y en la boca. Se queda mirándolo:

- No debes olvidarme, Andrés.

El la penetra con sus ojos.

- Yo no tendré que acordarme de tí, Carmen. Porque tú estarás siempre conmigo.

- Yo estaré siempre contigo - Ella lo abraza, uniéndose a él con fuerza - Sí, mi amor, es preciso. Mi cuerpo estará aquí, pero yo estaré siempre contigo vigilándote, queriéndote, velando tu sueño, dándote mi calor de mujer...

El sonrío, acariciándole el cabello.

- Sí, juntos...

- Siempre... siempre...

Ella se desprende. El le señala el vestido.

- Pero... ¿qué tienes?

Ella se mira, alzando ligeramente la casaquilla.

- Me has llenado toda de aceite.



El se mira las manos.

- Pero si no tengo...

Ella se echa a reír.

- ¡Claro, me lo has dejado todo encima!

- ¡Vaya!

- No importa, es fácil quitarlas.

- ¿Tienes hambre?

- No. ¿Y tú?

- Yo tampoco - Dice él - Tengo hambre de amor.

La abraza, pero ella se desasa con suavidad.

- Yo también, mi vida. Pero hay que marcharse.

- Sí, es verdad, pero todavía hay tiempo.

- ¿Tienes algo preparado?

- Nada. Lo prepararé luego. O mañana.

- Yo te ayudaré.

Andrés echa una ojeada a su alrededor.

- Bueno, nos vamos ¿no?

- Sí, el sol está muy bajo ya.

. . . . .

En casa de Andrés, al día siguiente a las cuatro de la tarde, un domingo salpicado de ansiedades y suspiros. Doña Adela va metiendo las últimas cosas en la maleta, abierta sobre la cama. Su marido contempla cada uno de sus movimientos con cara arrugada de preocupación. Ella aprieta la boca, mientras suspira de vez en cuando. La pareja joven está en el otro cuarto, al balcón.

- ¿A qué hora sale el tren? - Pregunta don Antonio.

- A las siete y diez.

- Todavía faltan tres horas.



- Pasarán pronto.

- ¿Qué libros se lleva?

- El paquete del lavabo - Ella lo señala - Se lleva también la biografía de Stendhal que le regalaste.

- ¿Cómo?

- Sí, a última hora no quiso cambiarla. Está aquí.

Se la tiende, sin perder de vista su expresión. Don Antonio la hojea distraído, haciendo crujir las primeras páginas entre sus dedos. De pronto sus ojos brillan, bruscamente interesados. Lee en la parte superior del comienzo: "De mi padre. Conservado por su maravillosa esperanza de un nuevo 14 de Abril. Mayo 1954. Andrés".

- ¿El ha escrito esto? - Don Antonio mira incrédulo a su mujer.

- Ha crecido mucho, Antonio - Replica ella, quitándole suavemente el libro y guardándolo en la maleta - Se nos ha hecho hombre entre las manos.

- Sí, hombre... - Repite él con un esfuerzo - Pero... - Se vuelve hacia el otro cuarto.

- ¡Déjalo! - Dice ella, reteniéndole - No tiene mucho tiempo y tú ya lo sabes.

- Sí - Musita su marido pensativo - Un nuevo 14 de Abril... ¿Quién lo traerá?

- El.

Don Antonio baja la cabeza, asaltado de repente por tantos recuerdos... !

- Sí, Adela... "La Niña Bonita" amaba la juventud.

- Sí, Antonio, pero... esta juventud - Ella se toca el lado izquierdo - Tú y yo tenemos alguna todavía. El tiene las dos, la del cuerpo también. Y esperanza, mucha esperanza...

- ¿No tienes miedo por él?



- Sí, mucho miedo - Replica ella, mirándolo a través de los cristales - Pero ni se le puede ni se le debe retener.

- Es verdad, yo también tengo miedo... No sabemos lo que puede pasar. Pero... - Levanta enérgicamente la cabeza - "La Niña Bonita" tiene que volver a nosotros, la necesitamos, Adela. Es nuestro aire y ella sólo se rendirá a quien sepa conquistarla... Una juventud verdadera... - Susurra nostálgico - ¡La Niña Bonita!

Don Antonio entorna los ojos. Se oye el timbre de la puerta. Doña Adela va a abrir.

- Es Alvaro.

- ¿Está él?

- Sí, está con Carmen.

- ¡Ah! Entonces es mejor dejarlos - Dice el joven, entrando directamente en el cuarto.

- Muy buenas, don Antonio.

- Hola, muchacho - Replica éste amable - ¿Qué traes?

- A ver como va esto.

- Ya está casi todo guardado - Dice ella.

- ¡Alvaro! - Andrés entreabre el balcón - ¿Qué hay?

- A las seis vuelvo por tí.

- ¿Cómo?

- El señor Rozas... - Empieza Alvaro a decir.

- Sí, pensaba ir a verlo ahora.

- No, me lo he encontrado en "La España". Me ha dicho que no podría estar en su casa a y media. Pero que vaya a recogerlo a las seis menos cuarto. Vendremos por tí en su coche.

- ¡Caramba! - Exclama el padre - ¡qué anable ese señor!

- Ya os lo he dicho - Dice Andrés - ¡Es extraordinario!



- ¿Tú crees que será bueno que vayamos nosotros también?

- No... - El muchacho mira a su madre - Maná, yo creo que es mucha gente...

- Sí, hijo - Afirma ella - Basta con ese señor, Carmen y Alvaro.

- Bueno, entonces... - Este hace ademán de retirarse - Está todo listo. A las seis vengo a recogerte. Hasta luego.

Andrés vuelve al balcón con Carmen. Su amigo, al salir, los saluda, perdiéndose calle abajo.

- Alvaro - Susurra el chico - Uno de los pocos amigos.

- Y él ¿qué piensa hacer?

- No sé, ha luchado algo... - Explica Andrés, dubitativo - A pesar de todo, muy diluido todavía...

- ¿Qué edad tiene?

- Veintiséis, pero... Más inteligente que muchos, sensible el chico, a veces con coraje, pero... No sé... algo le falta. Es como tantos que conocemos. En un ambiente favorable, sería extraordinario quizá... Aquí, navega con la corriente. Aunque se da cuenta, es la tragedia... Ha dejado pasar demasiado tiempo...

- El quería haber sido médico ¿no?

- Sí, pero le faltaba el dinero. El padre gana una miseria, es empleado de un Banco y le costeó bachiller. Luego... son varios años. Y es lástima, porque él vale. Habría sido un estupendo médico - Andrés se queda pensativo un momento, prosiguiendo después con vaga amargura - El cuando se le habla dice que es igual y que es la vida... Ya está resignado, pero a veces tiene explosiones, yo lo conozco. Ha variado mucho últimamente, se consume por dentro...



- ¿Se irá también?

- No sé, depende... Ya hemos hablado y si le puedo ayudar, lo haré.

- ¿Dónde está la máquina de escribir? - Pregunta doña Adela a su marido.

- En el cuarto interior. Esta mañana escribí una carta.

- El se la lleva, le hará falta.

El asiente y levantándose, va por ella. La coloca junto a la maleta, ya cerrada.

A las seis se presenta de nuevo Alvaro. Andrés ya está preparado para la marcha.

- ¿Llevas el billete? - Le pregunta su madre, comprimiendo valerosamente los labios - ¿La cartera, el pañuelo, la pluma, la carta de presentación para la oficina...?

- Todo, mamá - La voz del muchacho es algo más ronca que de costumbre - Bueno, padres... Con una sonrisa, trata de disimular - Eee... Bueno... Hasta pronto.

Su madre lo abraza y lo besa dos veces, una en cada mejilla. Su padre lo besa también, abrazándolo y dándole una palmada en la espalda. El los besa a los dos.

- Bueno, hijo... - Dice don Antonio con la voz algo cambiada - Ya está todo dicho... ¡Suerte!

- Gracias, papá - Andrés lo mira muy fijo, poniéndole una mano en el hombro - Ya sabes que... te he comprendido.

Don Antonio asiente sin decir palabra, mientras traga con dificultad.

- Mamá, deséame suerte.

- Sí, hijo, la necesitarás - Dice ella, poniéndole una mano en el brazo - Lucha, sé limpio, todo lo limpio que puedas... No



te dejes arrollar, pero tampoco seas vengativo. Y trabaja, sobre todo trabaja. No te dejes distraer, ve a lo tuyo... Trázate un plan y síguelo con constancia, sólo así alcanzarás una meta... Y tú - Se dirige a Carmen - espéralo, se lo merece.

Bajan los tres la escalera. Andrés lleva la maleta y Alvaro la máquina portátil. El matrimonio los ve descender desde arriba.

- ¿Qué crees tú, Adela?

Ella lo mira y le aprieta el brazo.

- Tengo confianza.

- ¿Todo listo? - Pregunta Rozas desde el interior del coche.

- Todo, señor Rozas - Andrés coloca la maleta sobre la baca y se inclina a continuación - Usted no conoce a Carmen ¿verdad?

- Pues ya la conozco - Replica jovial el apoderado, estrechando la mano que ella le tiende con una sonrisa. Alvaro se sienta junto a él, en la parte delantera. Detrás entran Andrés y Carmen. El vehículo se pone en marcha.

- ¿Sería? - Pregunta él.

- ¿Tú, no? - Sonríe ella, oprimiéndole las manos - Triste.

- Yo estoy triste y alegre - El mira por la ventanilla - Al fin y al cabo, esto se agarra... Son veintidós años aquí. Pero no hay pesar.

Dejan atrás la Plaza de las Angustias y la calle Trinitarias, desembocando en la de Cartuja y siguiendo por la de Medina Real, que por su cuesta lleva a la estación. El reloj del gran edificio en tríptico marca las seis y media. Rozas detiene el coche frente a la escalerilla.

Entran en el andén.

- El tren viene de Cádiz - Dice Rozas - ¿Qué vía es el expreso a Madrid? - Pregunta a un mozo.



- La tercera, señor.

- Todavía falta más de media hora. Vamos a la cantina.

- ¡Madrid! - Susurra el joven - ¡Qué palabra! ¡Cómo resuena en el oído!

- Sí - Replica el apoderado, marchando a su nivel - Es enorme. En mí levanta muchas cosas, ya sabes. Pero ahora vamos a lo práctico.

El bar tiene poca gente, cuatro o cinco personas desparramadas por la sala. Ellos se acomodan en un rincón y un camarero les sirve con rapidez. El apoderado y Alvaro están frente a la pareja. Hay un largo momento de silencio, que Rozas emplea en reconcentrar sus pensamientos.

- Cuando llegues - Dice, dirigiéndose a Andrés - toma un taxi y ve a la dirección que te he apuntado. Es un amigo mío que te ayudará a encontrar un buen alojamiento. Su casa es demasiado pequeña, él ya tiene un familión. Pero puedes confiar en él para lo que te pueda hacer falta, incluso dinero. Pero tú, con lo que vas a ganar en la oficina, podrás vivir. Muy modestamente, eso sí, pero tendrás cubiertas tus necesidades. Distribuye tu tiempo en cuanto estés instalado y organízate para tu trabajo personal. Mi amigo te presentará gente muy interesante. Cultívalas, pero no pierdas el tiempo. La vida no te será fácil, porque tu trabajo en la oficina se te llevará muchas energías, pero no hay otro remedio. El cultivo de las letras no es pan de rosas, sobre todo en España y más como está ahora.

- Se cambiará, señor Rozas, - Replica Andrés con los ojos brillantes - Se cambiará.

El apoderado sonríe, poniéndole una mano en el hombro.

- En eso confío. Pero no hay que ser cándido, no es cuestión



de días ni mucho menos, es cuestión todavía de años. Pero hay que prepararse y estar preparados para cuando llegue la hora. Esa es por el momento tu tarea, Andrés. Prepararte, pero en tu camino. Cultiva a cuatro amigos interesantes, pero no te metas en políticas ni en politiquerías. Tú, por ahora, a lo tuyo. Escribe y lee todo lo que puedas, púlete, trabaja. Esa es por ahora tu manera de hacer política. De otra forma perderás el tiempo miserablemente. Después, ya veremos. La cosa en general, a pesar de síntomas que algunos toman por escandalosos pero que sólo dañan la corteza social, está aun muy verde. Y tú te comprometerías sin necesidad y gastarías inútilmente unas fuerzas que te hacen mucha falta para formarte. Tú dedícate a lo tuyo, madura tus sensaciones y tu estilo, abre bien los ojos por donde vayas, eso es todo. Tú tienes manera para escribir. Yo no sé ni he sabido nunca, pero sí tengo el olfato para intuir los valores. A tí todavía te falta mucho, pero muchísimo, pero tienes años por delante. Eres muy joven. Ya sé que eso de que aun chorrea la leche por los labios se dice mucho y la mayoría de las veces bien estúpidamente, pero hay que aceptar los tópicos cuando responden a una realidad. De hecho, la juventud en literatura es la fase de construir aprendiendo.

- Lo sé, señor Rozas - Replica Andrés, serio - No me he hecho ilusiones.

- Hay que hacérselas, muchacho, pero no tontamente. Tú puedes llegar o no, eso depende de tí y de muchas cosas, pero en muy buena parte de tí. Una voluntad continuada de trabajo será tu base, sin ella todo será pólvora en salvas. Aplicándote a lo tuyo, es como algún día podrás llegar a ser más útil que todos nosotros. Todo el mundo hace política sin querer, por la manera de divertirse, de trabajar, hasta de andar por la calle, pero cada uno tiene



su radio, más o menos grande. El tuyo puede ser de los mejores, pero sin desviarte un milímetro de tu camino ¿comprendes? El ojo del buen escritor es una conciencia, algo así como el portavoz disimulado de las conciencias que le rodean, estén amordazadas o estén dormidas. Puede llegar un día en que lo que tú hagas sea algo que pese en la lucha, ¿por qué no? Eso no se puede saber ahora, ni por tí ni por lo que se está viendo. Todavía está muy cerrado el horizonte, aunque ya se ven algunas lucecitas que empiezan a crecer...

- Y que lo invadirán todo, señor Rozas. Y que quemarán todo lo viejo...

- No lo dudo, Andrés, pero entonces habrá que andar con siete ojos. No habrá que dejarse llevar de crueldades ni de romanticismos. El romanticismo para los novios - Sonríe, dirigiéndose a ella - ¿No cree usted, Carmen?

Ella enrojece un poco, asintiendo con una sonrisa tímida. Alvaro no pierde palabra.

- Tutee a Carmen, por favor - Ruega Andrés - Aquí estamos todos un poco en familia. Alvaro es también de los nuestros ¿verdad, Alvaro?

- Naturalmente ¿puedes dudarlo? - Contesta éste con calor - Yo también quiero entrar en la lucha. Sé adonde queréis ir a parar.

- Entrarás - Afirma Rozas con energía - Tú también. Entraremos todos, tú, Andrés, la misma Carmen... Y yo, claro. Cada uno en su puesto.

- Cambiaremos a Laverna de arriba a abajo, señor Rozas - Dice Andrés.

- Sí, le barreremos toda la basura. Pero la lucha no será fácil, porque tiene que ser un trabajo de mucha paciencia, casi de encaje de bolillo. Una especie de romanticismo científico hará



falta. Porque Laverna será sólo una pequeña parte de la reconstrucción que habrá que iniciar casi desde los cimientos. Pero todavía hay que esperar para la lucha de base.

- Pero venceremos, señor Rozas, venceremos - Exclama Andrés con ardor - Todos unidos venceremos ¿verdad? ¿Verdad, Alvaro? Acabaremos con las luchas sociales.

Los dos sonríen, asintiendo.

- ¡Oh, incurable romanticismo! - El apoderado mueve nostálgicamente la cabeza - Pero ¡qué necesario es! Sí, no cabe duda - Dice con convencido acento - Un poco antes, un poco después, venceremos.

- Es el torrente - Replica Andrés con vivacidad - El torrente de que usted me hablaba. Los troncos no nos pueden detener mucho tiempo. El torrente acaba arrollándolos.

- Lo que es menester, no desbordarse - Dice Rozas, pensativo - Pero la victoria es algo biológico, fatal... Bueno - Mira el reloj - Faltan tres minutos para que llegue el tren. Para sólo diez aquí. Hay que irse para allá.

Salen todos de la cantina. La pareja va detrás.

- Escribe enseguida, Andrés.

El la mira, agarrándola del brazo y apretándoselo con fuerza

- Claro, chiquilla, en el mismo tren.

Descienden por el subterráneo. Sobre la bóveda suena un fuerte pitido, que se extiende en círculos sonoros.

- Es el tren - Alvaro les indica se den prisa.

- Vamos - Dice Andrés - Pero todavía faltan diez minutos -

- Se para y suelta la maleta en el suelo - ¡Carmen! - La coge entre sus brazos, besándola con fuerza. Ella le echa los brazos al



cuello , apretándolo contra sí - ¡Andrés, te quiero!

Permanecen abrazados. Algunos pasan por su lado, mirando con curiosidad. Andrés hace un gesto burlón y coge la maleta.

- Vamos - La agarra del brazo y suben presurosos la escalera.

El tren extiende su larga ristra de coches. La mayoría de los viajeros está ya colocada.

- Es aquí - Andrés sube y se coloca en la plataforma de uno de los vagones. Recibe la máquina de Alvaro y la coloca en un rincón, junto a la maleta, bajando enseguida.

- Faltan cinco minutos - Avisa Alvaro.

- Cinco siglos - Sonríe con fuerza el joven.

- No te he dicho algo, Andrés - Dice Rozas - Con esto puedes rizar una experiencia que tuviste. Don Pedro quería poner en "La Guindalilla" para dirigirla a un buen técnico o un campesino experimentado.

- ¿Y usted a quién ha puesto?

- A un conocido tuyo.

- ¿Quién?

- Lo apodan el Bravillo.

- ¿Cómo? - La cara de estupor del muchacho se cambia de súbito en una franca carcajada - ¡Vaya golpe!

- Sí, será un buen elemento en la lucha. ¡Hala, que se va eso!

Los ojos de Andrés están brillantes, al compás de la línea apreciativa de su boca. Estrecha con fuerza la mano del apoderado y la de su amigo, besando rápido a Carmen.

En pitido del tren. El muchacho sube y abarca a los tres de una ojeada. Agarrado con la izquierda a la barra metálica de la portezuela, saluda con la otra:



- 331 -

- ¡La gran batalla, amigos! - Grita, con los ojos ardientes  
!Ahora empieza! !Y venceremos, amigos, venceremos!

El convoy parte con gran ruido de hierros.

- oOo -